

Selecta

Loren
Mills



*Donde se
cumplen los sueños*

Donde se cumplen los sueños

Loren Mills

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Para todos los que siguen acompañándome
cada día en este camino*

Prólogo

Toulouse, Francia
10 de enero de 2017

—Hoy, por fin es hoy...

Sueños, miles de ilusiones que cumplir. Sentía que era posible que en su mirar quedaran reflejados cientos de sueños, de aquellos que caminaban de un lado a otro. Subidas y bajadas, sonrisas y lágrimas; todo es posible en un mundo donde los sueños se cumplen, pero también donde las derrotas están presentes. Tal vez esa sea la magia de ese sentimiento, de esa ilusión, de la lucha diaria.

Jania conocía muy bien el sentir de cada situación.

La sonrisa al superar una meta, las lágrimas y el dolor que se ancla al corazón cuando caes ante una pequeña derrota. Sabía qué era levantarse una, otra y otra vez; luchar, seguir adelante, nunca mirar atrás, mucho menos rendirse.

Sabía qué era vivir por y para un sueño.

Su sueño cumplido.

Un sueño que poseía un bello nombre.

Danza.

Nerviosos, sus dedos no dejaban de jugar con la tela de su camiseta. A través del ventanal, observaba cómo ambas atravesaban, calle tras calle, mientras sentía cómo los minutos se hacían eternos. Por segundos olvidó la belleza del lugar donde se encontraba. Una ciudad mágica, embellecido con colores clásicos, cada rincón dotado de una belleza especial. Era capaz de reconocerlo. Estaba enamorada de Toulouse, donde volvió a apreciar ese toque de antigüedad que sentía presente en cada uno de sus barrios y que

dejaba la sensación de sentirte en la antigua Roma o en una época incluso más añeja. Calles con corte medieval que no cambiaría por nada del mundo. Pues allí se sintió en aquellos días donde corría atravesando las calles de su hogar, en otra vida ya lejana, allá en su bella Polonia.

Ese es tu sueño, ¿verdad, Jania?

Su azulado mirar se perdió en la lejanía de la ciudad mientras sonreía sin poder sacar ni un ápice de esos nervios que la habían atacado durante días.

Merecerá la pena, todo debe merecerlo.

—Superarás la prueba, estoy segura... —La voz de su madre llegó como de la nada.

—Lo sé, mamá. —Jania lanzó un pequeño suspiro.

—Solo quiero que lo tengas claro, hija. Ya escuchaste lo que te dijo el profesor antes de dejar Polonia.

—«Demuestra lo que vales, has nacido para esto. Brillas tanto en el escenario que ni el amanecer podría dar más luz que tú». —La joven repitió las palabras exactas pronunciadas hacía tantos meses atrás—. Sé que puedo lograrlo, mamá, sé que puedo hacerlo.

¿Qué eran los sueños?

Vida, como lo era la danza para ella. Como lo era ese tiempo que pasaba entrenando, encima de un escenario, a pesar de las heridas, las laceraciones, los huesos rotos.

Era vida, su vida, su sueño, su ilusión, cada latir de su corazón.

—Te quiero, Jania, y estoy muy orgullosa de ti.

Vida.

Compuesta por ese tiempo que pasa como si no fuéramos conscientes de que existe, una eternidad reflejada en el mirar de Jania.

Un acto del destino con el que no sonrió, con el que lanzó un grito unido a la sonora voz de su madre. Un giro y un auto que viajó directo hacia el suyo. Y después, el mundo dando vueltas... El destello de los cristales rotos, ante sus ojos, heridas que ardieron y se abrieron paso en cada centímetro de su piel. Un intenso aroma a gasolina que inundó cada sentido, y un sueño roto provocado por un accidente de tráfico.

La melodía que se repetía una y otra vez en su cabeza sería una pieza que sus pies nunca llegarían a bailar...

Se esforzó por gritar, quería pedir ayuda, pero nada en ella funcionaba. Lo único que sintió fue un dolor punzante en su pierna derecha, esa pierna que

debió moverse al son de la música unas cuerdas más allá. En la magnificencia de un increíble teatro.

—¡Sacad a mi hija del coche! —El grito de su madre taladró su corazón—. ¡Por favor!

Un grito de súplica; el pequeño y lento latir del corazón de Jania dio paso a la oscuridad, que comenzó a envolver todo su alrededor y que provocó la pérdida de la realidad de su mundo, un mundo que amaba. Las voces se convirtieron en un eco lejano; sintió cómo su cuerpo se movía como el ligero peso de una pluma. Con la misma ligereza que siempre la había caracterizado encima del escenario.

Sonrió —a pesar del dolor—, cerró sus ojos y se dejó llevar por la música y esos momentos en los que bailaba sintiendo que nada más podía llegar a importar.

Se aferró a esos recuerdos e imágenes, a la melodía de fondo que una y otra vez sonaba mientras sus músculos se contraían sintiéndose derrotados. Nunca le importó acabar destrozada, casi sin poder moverse. Jania soñó un día que quería bailar, provocar sonrisas, más allá de la suya propia.

Soñó hasta que el sueño cayó bajo su propio peso por un simple golpe del destino.

—No hemos podido salvar su pierna...

Los ojos de Jania permanecían cerrados a pesar estar despierta y plenamente consciente. Algo se lo había dicho; fue más que un presentimiento el que había sentido después de recuperar la consciencia. Todo había cambiado para siempre. Los dedos de sus manos dieron un pequeño y ligero movimiento como acto reflejo.

—Pero ella es bailarina. —Escuchó la dulce voz de su madre y, a pesar de todo, sintió un gran alivio por que ella estuviera bien—. Es bailarina...

El llanto de la mujer —un llanto desesperado— llegó hasta los oídos de Jania mientras esta ahogaba pequeños gritos de dolor entre sollozos. Quiso decirle: «No te preocupes, todo estará bien», pero nada estaba bien. Jania lloró, en silencio, sin derramar ni una sola lágrima, clamando por algo que se convirtió en su nuevo sentir.

Si en su vida no podía estar la danza, no merecía vivir.

No quedaría nada por lo que luchar.

¿Cómo iba a seguir adelante sin su sueño?

Por unos segundos, se imaginó que en ese mismo instante se encontraba sobre el escenario de aquel maravilloso teatro, el Teatro Nacional de Toulouse, allí donde se cumplían los sueños. En su mente, no hizo más que dibujar las imágenes de su esbelto cuerpo moviéndose, atravesando el escenario, dejándose llevar por el sonido de la música.

Y así fue como soñó que cumplía su sueño, cerrando sus ojos, con la esperanza de quedarse con esa última imagen y de no volver a abrirlos jamás.

Capítulo 1

Un mes después

Jania abrió los ojos una vez más. No movió su rostro, solo observó su alrededor como si quisiera convertirlo en uno de esos sueños en los que no despertaba jamás. Pero aquel no era un sueño, era su realidad. Esa maldita realidad que la había golpeado con dureza los últimos treinta días. Treinta días repletos de lágrimas, borrando cualquier recuerdo de lo que un día fue. Sin nada que decir, mas ¿qué podría decir?

Por más que su madre la abrazara, por más que acariciara sus mejillas sonrosadas e irritadas por las lágrimas, ningún gesto borraría el dolor que seguía presionando su alma.

Cada minuto de vida se percibía como una maldición.

Nada podía cambiar el desaliento que sentía al recordarse, una vez más, que nunca volvería a volar sobre un escenario. Treinta días en los que no encontró la valentía para observar su pierna o hablar sobre el accidente que casi le costó la vida.

Debes de recuperarte, porque has sobrevivido.

¿Qué más daba vivir cuando su lucha ya no tenía sentido?

Los segundos eran semejantes a una eternidad, envuelta en un intenso blanco, tumbada en la cama de aquel hospital. Jania dejó escapar un suspiro, alzó un poco sus brazos, observó una vez más los cables que ya formaban parte de su cuerpo. Una extensión de esta. Se quedó ensimismada con los reflejos de la poca luz que llegaba a través de la ventana y que dibujaba colores en su piel blanquecina. En medio del sepulcral silencio, echó un vistazo a sus brazos — más delgados que de costumbre—, los movió con lentitud para lograr recuperar esa sensación que tanto había disfrutado en el pasado. Los sintió

ligeros, como si flotaran en mitad de la nada y compartieran el aire mientras este viajaba hacia sus pulmones. Percibió su alrededor cambiar al instante, segundos en los que no se vio entre las paredes de una habitación muerta, sin ningún brillo ni color. Pudo imaginar su sala de ensayo, el espejo donde cada día observaba el reflejo de sus brazos elevándose para comenzar con los ejercicios de relajación. Recordó su rubio cabello, enmarañado, con algunos mechones pegados a su frente y otros que caían con gracia a cada lado. El azul claro de sus ojos brillaba en contraste con el rojizo que se apoderaba de sus mejillas. La lengua rozando sus finos y rosados labios, ella sonriéndose a sí misma, reflejando su propia luz en aquel espejo de una sala vacía que era suya, y de su baile.

Su amada danza.

—Estás despierta.

La voz de su madre rompió aquel enigmático momento, donde únicamente podía permitirse ser ella una vez más, llevada entre recuerdos, eclipsada por un brillo que para Jania desapareció al instante.

—Buenos días, mamá —le respondió escuchando su voz en apenas un susurro.

—¿Qué hacías? —Su madre se acercó a ella para dejar un suave beso sobre su frente.

—Nada importante, como cada día.

—Hoy empiezas la rehabilitación. —Jania observó cómo su madre acercaba aquel sillón hacia su cama. La observó sentarse y mirarla con la firmeza que siempre la había caracterizado—. Dentro de dos horas.

—No hagas que suene como si fuera un simple hueso roto. —La joven dejó un mechón de su cabello detrás de su oreja derecha—. No hay rehabilitación posible para esto, mamá.

—Si la hay, sabes bien que podrás volver a caminar...

—¡No quiero caminar! ¡Quiero bailar! —El grito retumbó por toda la habitación. Miró a su madre y observó de nuevo ese ya característico sufrimiento en sus ojos, gesto que la obligó a arrepentirse al segundo—. Perdóname, es solo que...

—Oh, cariño, ¿crees que no lo sé? —Su madre se levantó del sillón, se tumbó a su lado y no dudó en abrazarla con fuerza—. Tú padre y yo lo sabemos muy bien, Jania..., pero no puedes quedarte en esta cama para siempre. Tienes que seguir adelante, tienes que volver a caminar. ¿No serás

capaz de hacerlo por nosotros?

¿Y qué hay de mí? ¿Alguien hará algo por mí? ¿Alguien me devolverá mi sueño?

Su mirar se nubló de nuevo. Jania notó cómo las lágrimas corrían atravesando sus mejillas.

Lloró por ella, en una mañana fría de un día cualquiera. Lloró otra vez por ver el sufrimiento de sus padres, personas que habían luchado sin descanso, contra viento y marea, para que su hija cumpliera un sueño que jamás realizaría. Lejos de su país, del resto de su familia, sus costumbres, su trabajo. Y ahora...

¿Qué haría para recompensar todo lo perdido si ya no podía bailar?

Su corazón no solo dolía por ella, dolía por defraudar a unos padres que gastaban palabras diciéndole, cada minuto, cada segundo, que no había por qué lamentarse. Que una y otra vez, y en cada una de sus vidas, volverían a repetir cada uno de esos pasos.

Jania alzó su rostro, escudriñó la mirada de su madre y comprendió, aunque fuese por un par de segundos, ese dolor que ya se revelaba a través de una simple palabra.

—Está bien, mamá... —Dejó escapar las tres palabras con pesadez, casi sin convencimiento de lo que estaba a punto de decir—. Voy a hacerlo, no te preocupes.

Cuando su madre devolvió la mirada, supo que, por primera vez en muchos días, había conseguido hacerla feliz, o al menos un poco, por más que tuviera claro que sus ojos jamás llegarían a brillar como lo hacían cuando subía a un escenario.

—No importa cuánto te cueste, Jania... No importa cuántos días tengamos que estar aquí tu padre y yo; solo queremos que estés bien. —Las palabras golpearon en profundidad el alma de la chica. ¿Acaso merecía la familia que tenía? Probablemente, no—. ¿Está bien?

—Mamá, no tengo diez años, ya soy bastante mayor, ¿recuerdas? Deberíais prestar atención a vuestras cosas. Yo..., desde luego, no iré muy lejos de aquí.

—Algún día, cuando seas madre, entenderás que para nosotros un hijo nunca crece y, mejor todavía, que no habrá momento en el que querramos dejar de dar esa protección. —La joven percibió la suave caricia de esos ya conocidos dedos sobre la piel de su mejilla.

—No creo que nadie vaya a fijarse en mí ahora que..., bueno, ya sabes. —

Jania llevó una de sus manos hacia el lugar donde terminaba su pierna derecha —. ¿Quién se fijaría en una lisiada?

—¿Quién no se fijaría en una bella dama con gran corazón?

Era increíble cómo su madre siempre tenía algo que decir. Y es que Lila, en todo momento, buscaba la forma de animar a su hija por más que supiera el estado anímico en el que se encontrara. Con solo mirar a los ojos de ella, sabía bien que no habría nada en el mundo que pudiera curar el dolor causado por aquella pérdida que para Jania era más que importante; era toda su vida. Cada minuto, mientras le rodeaba la soledad en la casa comprada hacía seis meses atrás, se preguntaba qué podía hacer por su hija, aún a sabiendas que, por más palabras pronunciadas o actos realizados, Jania no tendría consuelo. Intentó ponerse en su lugar y sentir ese dolor atravesar su corazón, y se odió porque todos y cada intento fueron fallidos. Observándola a los ojos, con el paso de los días, comprendió que jamás llegaría a poder estar en el lugar de su hija. Solo podría estar de su lado para mejorar su camino, para hacer de otras metas su entero mundo.

«Y lo haré, lo prometo», se dijo dejando que una sonrisa surcara su blanquecino rostro.

Contar los minutos ya era costumbre para ambos; fueron unos pocos en silencio y veinte en total hasta que el repugnante desayuno entró en una bandeja de plata. Claro que aquella definición era dicha por ese color grisáceo, pensamiento que, de vez en cuando, hacía sonreír a Jania. Y como de costumbre, Lila esperó el rechazo por parte de su hija; no obstante, le sorprendió que incluso ella misma cogiera la taza de leche con un poco de alegría.

—He estado pensando en algo... —La voz de Jania sonaba tan débil como su cuerpo aparentaba—. Quiero ir allí.

—¿Ir a dónde? —Su madre giró sobre sus talones para observar a su hija.

—Quiero ir al teatro, ver quiénes han sido elegidos como protagonistas.

—¿Estás segura de eso, Jania? Ni siquiera has salido del hospital como para...

—¡Quiero ir! —Jania alzó la voz tanto como para dejar a su madre paralizada—. Tan... ¿tan difícil es de entender que lo necesito?

La taza de leche tembló entre sus manos. Jania abrió los ojos intentando que las imágenes de aquel accidente no gobernaran su mente, pero le resultó imposible no recordar, más cuando el resultado de aquello le había arrebatado

el sueño de su vida.

Comenzó a llorar a la par que lanzaba la taza con fuerza, desesperada, con ese ápice de rabia que podía percibirse a través de su mirar.

Lila caminó hacia su hija, tomó sus muñecas con fuerza antes de fundirse en un abrazo con ella. Percibir cómo su alma se hacía pedazos era poca descripción para lo que sentía cada vez que veía a Jania ponerse así. En esos instantes solía recordarse las palabras de los médicos que, en días pasados, habían dejado claro que aquello solo sería una fase. Más en ocasiones como esta, sentía miedo real por que su hija no superara aquello nunca, por que se hundiera todavía más en aquella oscuridad.

—Está bien, Jania..., está bien. Iremos al teatro a ver los ensayos de la obra. No te preocupes, ¿vale? Todo va a estar bien, te lo prometo.

—No lo sé, mamá. —Los brazos de Jania rodearon a su madre por la cintura; en ocasiones sentía que volvía a ser esa niña desprotegida—. ¿Tú lo crees? ¿Qué voy a hacer a partir de ahora si lo único que tenía era esto?

—Encontrarás nuevos caminos, Jania. La vida... la vida da tantas vueltas que nunca sabemos cómo nos va a sorprender. —Lila se apartó un poco para llevar sus manos al rostro de su hija, la miró con una sonrisa y se acercó para besar su frente—. Es cierto que este ha sido el golpe más duro que te haya podido dar la vida, pero tienes que luchar y continuar. Estoy segura de que, si te das la oportunidad, encontrarás nuevas cosas que te hagan sonreír. No todo acaba aquí; sabes bien que, si luchas, podrás volver a caminar.

—Y después... ¿qué? ¿Qué voy a hacer después? —Su hija limpió las lágrimas que todavía recorrían sus mejillas, mordió su labio inferior con fuerza, y calmó así sus nervios—. No tengo idea de lo que me gusta además de la danza. Mi vida siempre ha sido bailar y ahora... no me queda nada.

Jania ancló sus manos a las sábanas de la cama, enredó los dedos en el blanco de estas y dejó que su cabeza se hundiera en aquella almohada. En el momento en que cerró los ojos, su madre se dio cuenta de que necesitaba descansar, calmarse y estar unos minutos a solas.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

Era su primer día de rehabilitación y lo último que quería era añadir más nervios al sentir de su hija. Con decisión dejó todo atrás, como en cada momento importarte de la recuperación de su hija, aun a pesar de que los avances todavía fueran escasos. Lila caminó en silencio hasta la cafetería del hospital, donde había quedado con su marido. Durante el trayecto se encontró

con las enfermeras y doctores con los que había convivido desde el ingreso de su hija.

La mirada de desesperanza de Lila no parecía poder borrarse de su rostro, mientras que los doctores siempre intentaban buscar salidas con palabras de ánimo y pequeños gestos que habían tenido con la familia desde el primer momento en que habían llegado al lugar. Cuando sus ojos se cruzaron con los de su marido, no pudo evitar echarse a llorar. Este la abrazó con fuerza para que Lila se desahogara todo el tiempo que fuera necesario. A pesar de que él también deseaba acompañar ese llanto en más de una ocasión, no podía pensar más que en ser fuerte, por ella y por la hija de ambos. Adrian miró a su mujer, apartándose un poco, para poder secar las lágrimas que recorrían sus mejillas.

—Tranquila, Lila, todo va a ir bien. Conseguiremos que Jania encuentre cosas por las que sonreír. ¿Está bien?

—No lo sé. —La mujer negó notando el leve movimiento de su cabello rubio—. Es normal que se encuentre así, pero ¿qué pasará si no consigue salir adelante? Tal vez esté siempre deprimida. Hoy tiene su primer día de rehabilitación y no tengo ninguna esperanza de que las cosas vayan a salir bien.

—Sabes que Jania es valiente, y esa valentía demostrada a lo largo de los años la hará seguir adelante y luchar por volver a caminar, haya perdido o no la oportunidad de bailar. Solo confía un poco en ella, tienes que confiar en ella. —Adrian dejó una caricia en la mejilla de su mujer y se acercó para besar su frente—. Tengo la esperanza de que una pequeña luz invada esa oscuridad, y tú deberías confiar también en ello.

Lila no pudo más que sonreír mirando los ojos azules de su marido. Esa mañana lucía cansado, como había sido habitual en las últimas semanas. El trabajo y la situación de su hija no ayudaban a que el hombre se encontrara demasiado bien pero, como siempre, había estado presente para ambas. No solo era el hombre de la familia, también era el protector, y sus principios jamás le permitirían que ellas sufrieran.

Él cogió la mano de su mujer con fuerza, entrelazó sus dedos con delicadeza, como tenía por costumbre, y tiró de ella hacia el otro lado de la cafetería.

No importaba cuántos años pasaran; el amor que él sentía por su mujer crecía cada día y la situación por la que estaban pasando no pudo más que demostrarle que esa era la familia con la que quería compartir su vida hasta que la muerte llamara a su puerta. Después de que ambos tomaran asiento,

Adrian pidió un capuchino con ese exquisito toque de canela, costumbre que había adoptado desde que tenía uso de razón. Su mujer, por el contrario, odiaba el café y siempre se conformaba con tomar una naranjada o una leche con chocolate aunque tuviera que escuchar las burlas continuas de su marido.

—Jania quiere ir al teatro, me lo ha pedido hace un rato.

—¿Al teatro? —Adrian alzó la mirada para cruzarse con la de su mujer.

Ella llevó un mechón suelto de su cabello atrás de su oreja mientras asentía. Observó cómo su marido rascaba su barbilla. No era habitual en él dejar demasiado larga su barba, mas ahora no era algo que fuera a tener en cuenta; después de todo, siempre se vería atractivo con ese brillante color negro que adornaba su rostro.

—Quiere conocer a los protagonistas elegidos para la obra. Yo creo que sería una tortura para ella ir tan pronto, pero se puso como loca cuando le di la mínima negativa. —Lila suspiró, con tranquilidad movió su cucharilla después de verter un sobre de azúcar en su chocolate—. ¿Crees que es buena idea?

—Creo que no podemos negarnos a cualquier cosa que ella pida. Quiero decir: no es que sea un capricho, Lila. A lo mejor necesita hacerse a la idea de que ya no va a poder bailar o tal vez, simplemente, quiere volver a pisar un teatro. —El hombre llevó una de sus manos hacia la de su mujer, dejó una pequeña caricia con la yema de sus dedos sobre la piel de esta y sonrió—. En cuanto nos den permiso para que salga del hospital, iremos al teatro. Cogeré libre ese día en el trabajo para estar con las dos.

—¿No tendrás problemas si lo haces?

—Hemos pasado por cosas peores, estamos pasando por la prueba más dura de nuestra vida. Sinceramente... el trabajo, en este caso, no es que me importe demasiado. Solo tienen que entendernos y, si no lo hacen, es problema de ellos. —Adrian se encogió levemente de hombros expresando esa seguridad que siempre lo había caracterizado—. Desayuna tranquila y no pienses en nada.

—Así lo haré, y Jania se pondrá contenta. Creía que no ibas a venir.

—Mi hija sabe bien que su padre es una caja de sorpresas. Y hablando de eso, he comprado algo para ella.

Lila miró con curiosidad a su marido; habían sido muchas las ocasiones en las que él le había demostrado ser alguien atento y especial, sin ser repetitivo; por el contrario, siempre se esforzaba por ser un hombre sorprendente.

Cuando terminaron su desayuno, tomó su mano alzando la mirada para

disfrutar, una vez más, de la altura del hombre con el que quería pasar el resto de su vida. La complexión delgada de Adrian no le quitaba ningún matiz de atractivo, todo lo contrario: le daba un toque de misterio que combinaba a la perfección con las facciones de su rostro y con el cabello ligeramente ondulado que siempre lucía con despreocupación. Apenas tardaron un par de minutos en llegar a la habitación de su hija, y se sorprendieron ante la imagen con la que se encontraron. Jania les devolvió la mirada acompañada de una sonrisa; estaba sentada en el borde de la cama acariciando su pierna derecha justo en el lugar donde terminaba, apenas a unos centímetros por encima de lo que sería la rodilla.

Adrian no dijo nada, solo se acercó a su hija para besar su frente y acariciar la sonrojada mejilla de Jania.

—¿Estás lista para afrontar uno de los días más importantes de tu vida?

—Creo que sí, papá. Pensé que no vendrías. —Jania dejó que las palabras sonaran en un débil susurro. Después miró a su madre y volvió a sonreír—. Siento lo de esta mañana.

—Tranquila, hija, he estado hablando con tu padre. En cuanto podamos iremos al teatro, te lo prometo.

Aquel encuentro familiar se vio interrumpido por un leve toque en la puerta de la habitación. Uno de los enfermeros atravesó la puerta arrastrando una silla de ruedas.

—¿Preparada para comenzar con la rehabilitación, Jania?

—Más que preparada —respondió ella manteniendo su sonrisa.

Adrian y Lila se miraron casi sin poder creerse esa reacción por parte de su hija, pero sin poner en duda esa intención. La miraron a los ojos y comprendieron que tal vez este sería el comienzo de su nuevo futuro, un futuro que debían afrontar juntos sin pensar en nada más que en la recuperación de Jania.

La joven se dejó ayudar por los médicos y, cuando se sentó en la silla, miró a sus padres.

—La llevaremos a que se cambie de ropa. Vayan a la sala de rehabilitación, todo estará listo dentro de unos diez minutos.

—Gracias —respondió Lila. Después de que Jania atravesara la puerta, llamó la atención de uno de los médicos—. ¿Es normal que se sienta así?

—De hecho, estoy muy seguro de que va a ser duro para Jania. Por eso les pido que nos acompañen. Puede ser que ahora le rodee esa especie de aura

positiva pero, cuando le coloquemos la prótesis y empecemos con las pruebas, será complicado y, sobre todo..., le dolerá.

—Es lo que me temía —añadió Adrian—. Muchas gracias, doctor.

Si el corto espacio de tiempo de camino hacia la zona de rehabilitación tuviera nombre, sin duda sería Eternidad. El deseo de ambos era que, en ese momento, toda la vida de su hija cambiara para instalar una sonrisa eterna en su rostro. Los dedos de ambos estaban entrelazados mientras caminaban en silencio, llevando auestas el mismo pensamiento y haciéndose la misma pregunta: ¿por qué su hija? Y era cierto: durante toda su vida, tanto Lila como Adrian, habían sido fervientes creyentes de esa palabra que llegaba asustar a toda una humanidad: destino. Ahora, tal vez, eso era a lo que querían acogerse, cuando miraban a su Jania, y comprobar cómo este la había golpeado tan duramente.

—¿Están preparados? —El médico a cargo de la rehabilitación mostró su mano a modo de saludo—. Soy Dominique y estaré con su hija cada día hasta que la rehabilitación termine.

—Encantados de conocerlo. —Lila sonrió y después desvió la mirada hacia su marido.

Este también estrechó la mano del doctor. La seguridad que transmitían sus ojos oscuros los sobrecogió; no obstante, desde ese mismo instante, el padre tuvo claro que Jania se encontraba en buenas manos. A partir de ese momento, era ella quien tendría que poner todo su esfuerzo por conseguir salir adelante, pero también sería su misión lograr que en ningún momento el proceso la llevara a la desesperación.

Cuando las puertas de la sala se abrieron, la observaron sentada en aquella silla. Los ojos de Adrian se cruzaron con el rostro de su hija. Su piel marmoleada brillaba bajo una capa de sudor que no se debía al cansancio. La conocía lo suficiente como para saber que esa imagen se había formado por la mezcla de nervios y un ápice de desesperación. Era un nuevo comienzo, algo que todavía no sabía bien cómo afrontar. Sin embargo, Jania no tardó en esbozar una pequeña sonrisa al ver a sus padres. Jamás dejaría de sentir ese amor y agradecimiento hacia ellos.

—Muy bien, Jania, ahora vamos a colocarte la prótesis. El primer paso es intentar hacerla tuya, ¿está bien? —Ella asintió a Dominique mientras este la observaba con una sonrisa—. Todo va a ir bien.

—Vale... —La voz de ella abandonó los labios en un susurro.

Tenía tanto miedo que no sabía siquiera cómo actuar.

Lo primero que Jania sintió fue un frío desconocido en el muñón de su pierna. Una sensación que la hizo quedarse paralizada. Aún tenía en su cabeza las palabras pronunciadas entre los labios de Dominique. Le había explicado que sentiría una sensación de vacío además de un frío algo particular, pero que debía de pensar, desde el primer momento, en aquella prótesis como si fuera su propia pierna.

«Sé que, en primer lugar..., es muy fácil decirlo y, más que complicado, hacerlo una realidad. Pero, con el paso de los días, te irás acostumbrando. Si sientes dolor en tu muñón o te encuentras mal, solo tienes que decirlo y te ayudaré con todo», habían sido las palabras del doctor.

—¿Lo llevas bien? —La voz de Dominique sobresaltó levemente a Jania.

—Sí, es solo que está fría y es... extraño —respondió ella cruzándose con la mirada ajena.

—Es normal, pero poco a poco va a ir a mejor, no lo sentirás de esa forma.

Dominique echó un vistazo a los padres de Jania, dio un pequeño asentimiento con su rostro al recibir el mismo gesto como respuesta, además de esbozar una pequeña sonrisa. Los dedos de Lila seguían entrelazados con fuerza a los de su marido; necesitaba esa protección que él siempre le brindaba. No hacía más que darle vueltas a la cabeza, como si supiera que en ese día no iban a ir bien las cosas aunque en el fondo deseara equivocarse.

—¿Preparada?

Dominique estiró sus brazos para ofrecer las manos a Jania. Sin decir nada más, solo la miró, sonrió cogiendo las de ella con fuerza. Dio un par de pasos hacia atrás sin dejar de mirarla a los ojos, mucho menos de transmitirle esa confianza necesaria que sabía que necesitaba.

—Ahora dime: ¿cuántos años tienes?

—¿Qué? —La extrañeza de la pregunta hizo sonreír a Jania.

—Dime: ¿cuántos años tienes? —volvió a preguntar Dominique dando otros dos pasos hacia atrás.

—Voy a cumplir veintidós años dentro de dos meses —respondió ella.

Jania se dio cuenta de que Dominique estaba tirando de ella animándola a levantarse, pero al mismo tiempo dejando que sus pensamientos viajaran por completo a otra parte.

—Eres mayor de lo que creí —añadió él fijando su oscuro mirar en los ojos de la más joven.

—¿Acaso creías que era una cría de doce años? —Jania comenzó a moverse aún sin ser consciente de sus actos.

No se dio cuenta de ello hasta que vio apoyado su pie izquierdo sobre el suelo; lo complicado era mover su otra pierna y sentirlo con la misma seguridad.

—Nunca lo pensé, pero era un dato que quería corroborar. —Dominique sonrió, aferró sus manos con más fuerza a las de Jania—. Ahora no te asustes.

—¿Que no me asuste? ¿Por qué? —clamó deseando hacer más preguntas.

Preguntas que no obtuvieron respuesta. Sin esperarlo sintió cómo él tiraba de ella; no le quedó más remedio que esforzarse por hacer presión con su pierna para dejar bien apoyada la prótesis.

—Entonces, casi veintidós años... ¿Bebes alcohol?

—¿Qué clase de preguntas son esas? —Jania se escandalizó y notó cómo un pequeño rubor se instalaba en sus mejillas.

Tenía el cuerpo encorvado. Sintió al instante cómo sus piernas temblaban, pero se esforzó por poner su espalda recta, acompañada siempre del apoyo de Dominique. Sus manos se aferraron a las de él con fuerza y, cuando Jania consiguió enderezarse, esta no pudo más que sonreír.

—Solo tengo curiosidad —respondió por fin Dominique.

Los padres de Jania la miraron con orgullo.

—Sabe bien cómo hacer su trabajo —susurró Adrian llevando la visión hacia su mujer.

—Creo que eso va a ser bueno para Jania: tener a alguien que la anime. Tal vez es porque el chico es joven, o al menos es lo que a mí me parece.

—Lo es. —La voz grave de Adrian llegó en un pequeño susurro hacia su mujer. Apartó un segundo su mirada de Jania para ver a Lila—. Digamos que me he informado un poco. Estuve hablando con los doctores y me comentaron que solo lleva dos años trabajando en el hospital. Es bueno que alguien joven esté con ella; tal vez pueda darle una visión distinta de las cosas.

—Creo que sí...

Lila llevó de nuevo la visión hacia su hija.

—¿Y bien?

—Es... extraño —admitió Jania con aquel característico hilo de voz—. Siento como si tuviera la pierna dormida. Aunque no sé si en realidad estoy sintiendo algo o no.

—¿Deseas caminar un poco? Podemos hacerlo o puedes volver a la silla si

quieres. No voy a obligarte a nada. —Dominique le dedicó una sonrisa. Después de casi dos años de trabajo, sabía bien que cada caso era particular y único.

Todos tratados de una forma distinta. Y aunque el médico veía esperanza en los ojos de Jania, así como un gran ánimo, no estaba del todo seguro de las intenciones de la más joven, mucho menos de los sentimientos que se escondían en su interior, aunque no creía que fuera muy lejos si pensaba que, después de todo, tal vez estuviera fingiendo.

Jania, a su vez, miraba a sus padres alegre a la par que confusa. ¿Sería una decepción para ellos? ¿Debía esforzarse a pesar de no querer siquiera levantarse de la cama en la que había estado postrada tantos días?

—Voy a intentarlo. Después de todo, ya estoy aquí. Pero creo que hay algo que no te he preguntado. —Jania miró a los ojos de Dominique con algo de vergüenza.

Sintió cómo sus mejillas se ruborizaban hasta el punto de sentir un cosquilleo acompañado de esa característica quemazón. Él tenía las manos de ella cogidas con fuerza. No se movió, quería comprobar cuánto podía imponer Jania, pero en ningún momento dejó de dibujar esa sonrisa en su rostro.

—Pregunta —le respondió.

—¿Cuántos años tienes tú? Porque no creo que seas un joven de treinta años que lleva trabajando aquí diez, ¿verdad?

Los padres de Jania sonrieron al ver cómo usaba ese pequeño mecanismo de defensa para no pensar en todo lo que podría venirle encima si no se concentraba lo suficiente.

—Tienes razón: no soy un joven de treinta años que lleva diez en el hospital. —Dominique respondió usando las mismas palabras. Sintió cómo ella ejercía presión sobre su cuerpo. Dio un paso hacia atrás aunque la percepción fue prácticamente mínima—. Tengo veintiséis años, acabé los estudios hace dos y conseguí plaza aquí.

—Te hacía mayor. —La joven alzó una ceja y seguidamente se echó a reír sin perder la visión de aquellos ojos oscuros.

Uno, dos pasos, llegaron a dar cuatro dejando una leve distancia de pocos centímetros desde la silla hasta el lugar donde ahora se encontraban. Jania miró hacia el suelo y observó que apenas había caminado un metro. Sintió cómo los dedos de sus manos comenzaban a temblar casi de forma incontrolable. A su mente llegaron aquellas imágenes de sus primeras clases

de danza contemporánea.

Recordó haber sonreído como una niña pequeña cuando le habían enseñado a realizar sus primeros *demi-plié*, *en-dehors* y cada uno de esos mágicos movimientos con los que conseguía sentirse libre. Observó los labios de Dominique; se movían, pero apenas podía percibir más que un zumbido en sus oídos. El calor de sus mejillas fue preludio de algo peor: las náuseas llegaron a su cuerpo mientras este temblaba desesperado, y con ello comenzó a sudar. Perdió el equilibrio mientras Dominique la cogía para evitar que cayera al suelo.

Lila y Adrian corrieron a su encuentro.

—Sabía que esto pasaría. Por más que lo haya dicho, no está preparada. — Las manos temblorosas de Lila tocaron la frente de Jania.

No tardaron en llevarla a su habitación para dejar que descansara. Sus padres cerraron la puerta y observaron a Dominique; a pesar de la preocupación, seguía manteniendo su sonrisa.

—Lo que ocurrió es algo normal. Jania no es una joven que ha perdido simplemente una pierna. Me temo que la rehabilitación no va a estar solo centrada en la parte física, al menos en este caso, pero estoy muy seguro de que lo conseguirá. —Dominique puso una de sus manos sobre el hombro de Adrian y lo observó—. Solo hay que darle un poco de confianza.

Lila miró a través del cristal de la puerta, llevando su visión hacia el cascanueces tallado en madera que Adrián había dejado sobre la mesita. Apenada, pero a la vez con un pequeño hilo de esperanza, observó la delicada y blanquecina piel de su hija. Quizás, en ese día, esos primeros pasos no habían dado resultados esperados, pero sabía bien que su pequeña era de las que luchaban con uñas y dientes por lograr todo lo que se proponían.

Y por más que la vida la hubiera puesto a prueba, no se iba a rendir por nada del mundo.

Capítulo 2

Las calles de Toulouse quedaron impregnadas de una ligera capa de agua tras una mañana lluviosa, fiel a la estación invernal. La carrera que acompañó los pies de André comenzó a romper el encanto de aquel brillo sobre el asfalto, mientras que las gotas de lluvia saltaban —una tras otra— como pequeños cristalinos y dejaban una visión particular. Algo digno de observar, mas su mirada azulada seguía fija en un edificio que tenía mucha más importancia que cualquier otra cosa en el mundo.

El Teatro Nacional.

Corrió atravesando calle tras calle, costumbre que solía adoptar cuando no disponía de su coche. Su sentir iba más allá de lo que cualquier persona pudiera llegar a imaginar. Día a día acudía al teatro para ensayar la obra que se estrenaría apenas dos meses después, un evento soñado durante toda su vida: la versión contemporánea del clásico *El lago de los cisnes*. Miró su reloj con un ápice de desesperación y notó el reflejo de agua y luces en el cristal del pequeño objeto. Y a pesar de esa desesperación, sonrió una vez más, pues el baile era magia para su alma, un sentimiento de relación que se presentaba al instante. Para él, la danza era vida, el motivo por el que despertaba cada día con ilusiones renovadas.

Cruzó la última calle que lo separaba del edificio, abrió las puertas y sintió cómo la calidez de su interior embriagaba cada rincón de su ser.

Los alumnos de las diferentes escuelas que participarían en la obra ya corrían de un lado a otro, por lo que le dejaba la pequeña esperanza de saber que quizá no era el único al que, como siempre, se le había venido el tiempo encima. Sacudió la ropa y el cabello, y se deshizo de las mínimas gotas de agua que habían quedado impregnadas. Las yemas de sus dedos rozaron su rostro y

notaron la barba incipiente, otro de los pequeños cambios que se habían producido durante las últimas semanas. No lo consideró un descuido; no obstante, era de propia naturaleza esa preocupación por mantenerse fielmente arreglado y «decente», como él solía decir. Suspiró ante el pensamiento, atravesando el gran vestíbulo, dejándose claro a sí mismo que aquello no había sido más que el producto de un cambio que iría a mejor con el paso de los días y ese deseo por subirse encima del escenario.

—André. —La voz del profesor de danza a sus oídos—. Debo de admitir que esperaba que llegaras más tarde.

—Lamento si ha sido una decepción agradable.

Él miró a su profesor con aire melancólico. No fueron necesarias las palabras para hacerle saber el motivo por el que llegaba tarde otro día más. Esa tristeza se mantenía impregnada en los ojos azules de André, así como cada gesto o movimiento indicaba ese sentir que podía destruirlo un poco más.

—¿Cómo va todo?

Una pregunta con fácil respuesta.

—Todo va igual, profesor, pero gracias por la preocupación. —André alzó su mirada y dibujó, por unos segundos, lo que pareció una sonrisa.

—Bueno..., ve a cambiarte. De aquí a veinte minutos, empezamos.

El más joven asintió, agarró con fuerza su bolsa y se encaminó hacia la zona de vestuarios. Cuando volvió a mirarse en el espejo, percibió el color azulado de las ojeras que ya formaban parte de un maquillaje permanente en su rostro. Incluso su cabello estaba algo más largo de lo habitual, con pequeños rizos marcados en su nuca y detrás de las orejas.

A veces, mientras observaba su reflejo, todavía sonreía al recordar cómo siempre le decían que, a pesar de ser un chico con estatura poco habitual en el mundo de la danza, no era impedimento para ser uno de los mejores bailarines que formaran parte de la escuela. Observó a sus compañeros caminando a sus espaldas, incluso giró su cuerpo para dar con un joven que le sacaba más de veinte centímetros de altura.

—¿Eres André, verdad? El protagonista de la obra. —La voz del chico lo sacó de sus propios pensamientos.

André asintió con una sonrisa nerviosa dibujada en sus labios. Todavía no podía creer demasiado ese magnífico hecho.

—Estuve en tu audición. Aquí hay muchos chicos que no entienden el porqué te eligieron a ti, pero, chaval, tú tienes magia. Nunca dudes eso.

El bailarín se sintió sin tiempo para responder, solo sonrió y, cuando el nudo en su garganta hubo disminuido, el chico rubio dejó el vestuario marchando más allá de su visión.

André se encogió de hombros, pero seguía nervioso y radiante, radiante de felicidad aun a pesar de la oscuridad que había rodeado su corazón durante las últimas semanas. Abrió el grifo y dejó caer el agua fría. Lavó su cara y mojó su cabello todavía empapado por la lluvia caída. Enredó sus dedos entre los mechones rizados de su pelo negro y con delicadeza logró cambiar su peinado, así como le gustaba llevarlo cada vez que subía al escenario. Lo conocían por ser muy ordenado y especialmente obsesivo con su físico y su apariencia cuando bailaba. Aunque tuviera claro que maquillarse para un simple ensayo era exagerar.

Negó para sí mismo y sin más se deshizo de sus *jeans* y la ropa que llevaba puesta para ponerse la de ensayo. La tela fina le daba a su silueta una gracia que muy pocos poseían; aquella era otra de sus hermosas peculiaridades como bailarín.

Contó cada uno de los pasos hacia el escenario, donde algunos de sus compañeros ya ensayaban. Se preguntó cuáles serían las sensaciones que se presentarían en su corazón el día en que todas aquellas butacas, ahora vacías, estuvieran repletas de personas expectantes ante la obra que se iba a presentar. La más importante de la ciudad en esa temporada.

¿Podría soñar con que él estuviera allí para ese entonces?

Sus pensamientos lo llevaron a un lugar muy alejado de su propia visión, y sintió cómo el temblor de sus manos volvía a presentarse, como en cada ocasión que los recuerdos lo asaltaban.

—¿Cómo crees que estará Jania? —La voz de una de las chicas llamó la atención de André.

Fue como si volviera a la tierra después de meses de ausencia. Como si sus pensamientos volvieran, de un solo golpe, a la realidad para lograr que su corazón se encogiera por completo.

—No tengo ni idea, pero dicen que su recuperación va a ser dura.

André se preparó para calentar, pero sus cinco sentidos seguían puestos en aquella conversación que, por alguna razón, había logrado llamar lo suficiente su atención como para que se quedara paralizado con los brazos en paralelo al suelo.

—¿Cómo te sentirías tú si de repente rompen todos tus sueños? —volvió a

preguntar aquella joven.

—Creo que me moriría. Y ojalá Jania estuviera aquí, porque estoy segura de que habría conseguido el papel protagonista.

—Jania... —La voz de André sonó en lo que fue un pequeño susurro solo perceptible para sus oídos.

Fijó su visión en las puertas que daban paso a la zona de butacas. No faltaban muchas semanas para que la madera desgastada recibiera el paso de decenas de personas. Apenas unas pocas semanas para subirse sobre ese escenario y poder llamarse, por primera vez en toda su vida, bailarín profesional. Sonrió y se dejó llevar por aquella dulce melodía que recorría cada parte de su ser, erizaba su piel y dejaba cada paso guiado por el latir de su corazón. Dio vueltas y vueltas fijando el azul de su mirar en un solo punto: aquellas puertas. Formulando aquel deseo, en silencio, desde la profundidad de su corazón. Nadie más que él mismo sabía qué se removía en ese interior que ahora se encontraba destrozado en añicos, mientras intentaba reconstruir cada uno de ellos con el lento paso de los días.

Se preguntó si habría una forma de cambiar el pasado, si llegaría el momento en que volviera a cruzar su mirada con esa tan conocida para él, para verlo aplaudir desde el escenario. Por más que fuera un sueño imposible.

Llevó el pensamiento hasta el mayor de los extremos, como para que sus piernas temblaran y perdiera el equilibrio. Apoyó las manos en la madera fría del escenario mientras intentaba que su respiración se calmara de nuevo, mas era su corazón el que no parecía dar ningún tipo de rendición. Quiso llorar ahí mismo, pero él siempre había sido ese chico de faceta dura e irrompible y jamás se mostraría débil ante nadie más que su propio ser.

—¿Todo bien, André? —La voz de su profesor llegó hacia sus oídos.

—Todo bien, perdí el equilibrio. ¿Vamos a empezar con el ensayo? —André se levantó del suelo y lo miró con firmeza.

No hubo ningún tipo de expresión en su rostro, salvo un pequeño ápice de desesperación por empezar a bailar junto al resto de sus compañeros. Eso era lo único que quería: involucrarse de cada melodía y sin más cumplir con el horario que tenía impuesto desde hacía más de tres semanas. Pocas eran las que ya quedaban para el estreno, un tiempo considerablemente corto para la importancia de la obra. Y sí, era cierto: Toulouse sería la zona de salida para un *tour* por Francia y por parte de Europa que muy pocos tendrían la suerte de disfrutar, y solo se cumpliría si las críticas de esa primera noche eran buenas.

—¡Empezamos otra vez! ¡Como no os pongáis en serio, no avanzaremos absolutamente nada!

—Profesor. —André avanzó en su posición y dio la cara a todos sus compañeros—. ¿Por qué no probamos con dividirnos en grupos? Creo que sería bueno que todos viéramos los errores de los otros. Después de todo, por más que unos sean protagonistas y otros sean secundarios, todos formamos parte de esta obra.

Este lo miró con firmeza. Siendo un hombre con una carrera bastante importante en el mundo de la danza, nunca se había dejado llevar por las palabras de alguno de sus alumnos en sus veinte años en el mundillo. Pero con André era diferente. Desde el primer momento en que cruzó la visión con su baile, supo que tenía algo especial y que, de algún modo u otro, él serviría de mucha ayuda para aquellos que se encontraran perdidos dentro del mundo de la danza.

El hombre se cruzó de brazos, llevó una de sus manos hacia la barbilla para dejar un par de toques en sus labios y observar a todos los miembros componentes de la obra.

Con delicadeza arregló su cabello castaño. En el color miel de su mirada, podían reflejarse las luces del escenario junto a las siluetas de aquellos jóvenes que cumplían su pequeño gran sueño. Como a todo bailarín le gustaba decir: pues el gran sueño de la danza era poder compartir el arte con las personas que en cada actuación aplaudían con alegría o demostraban su disgusto con la peor de las respuestas. Anton asintió y sonrió, dio un par de palmadas y llevó las manos a su cintura en su típica pose autoritaria.

—Muy bien, vamos a dividir los grupos. André y Mina se adelantarán un par de posiciones; tenemos que llenar el escenario. De eso se trata chicos: de llenar el escenario y hacer ver que ni un solo hueco de este quede libre de danza.

Con una sonrisa volvió a comenzar con cada una de las instrucciones y pasos que ensayar.

—¿Crees que deberíamos ir a ver a Jania? Tal vez se sienta sola en el hospital.

—Según sus padres, ella no quiere que nadie le vea así. ¿Y sabes? La entiendo. No sé si podría soportar la mirada de la gente y que la mía diga claramente que mi sueño en la danza está acabado.

Aquellas últimas palabras llamaron la atención de André, que pudo percibir la claridad del sol colarse por debajo de las puertas.

Sintió cómo se le encogía el corazón de una forma que no había sido capaz de percibir nunca.

Las piernas respondieron por sí solas, mientras caminaba hacia aquellas chicas que para él eran prácticamente desconocidas, a pesar de formar parte de la obra. Nunca había sido bueno en eso de entablar nuevas relaciones con la gente, mucho menos si se trataba de personas que no conocía de nada. Pero las preguntas se formularon una tras otra en su mente, y deseaba poner respuestas a todas ellas.

—Disculpad... —Se plantó inseguro delante de ellas y las miró esbozando una pequeña sonrisa—. ¿Esa chica de la que habláis es la que no pudo hacer el castin?

—¿Jania? —Una de las jóvenes respondió asintiendo de forma afirmativa—. Sí, lleva un mes en el hospital. Y lo cierto es que parece que va a quedarse algunas semanas más. ¿La conoces?

—No, creo que venimos de escuelas diferentes —respondió André—. Solo sentía curiosidad por saber qué pasaba. Como habéis dicho que ha perdido su sueño...

André mordió su labio inferior levemente, preguntándose cuánto dolería si él mismo perdiera aquello.

—Tuvo un accidente de tráfico. Los médicos no pudieron salvar su pierna derecha, así que no puede volver a bailar.

La realidad golpeó a André como si estuviera viendo los acontecimientos pasar a través de su mente, justo delante de sus ojos. Sus puños se cerraron con fuerza; se sintió como si hubiese sido él mismo quien hubiera perdido esa oportunidad por cumplir cada uno de sus deseos. Tuvo que respirar un par de veces, con tranquilidad, cogiendo todo el aire posible para llenar sus pulmones y poder armarse del valor necesario. Necesitaba preguntar algo que ya golpeaba su corazón.

—¿Cuándo ocurrió? —Dos palabras pronunciadas en un suave hilo de voz.

—El mismo día en que se hizo el castin para elegir a los protagonistas de la obra. —Las chicas se miraron la una a la otra.

André no fue capaz de escuchar nada más. Empezó a sentir pequeños golpecitos en su cabeza, uno por cada vez que su corazón intentaba bombear sangre a todo su cuerpo. No se despidió de aquellas chicas, que siguieron hablando, mas él ya no era capaz de percibir sonido alguno.

Las luces se opacaron de a poco ante sus ojos; sintió que la oscuridad lo invadía de repente. Cuando salió a la calle, el anochecer parecía estar cerca; esa fue su impresión aun a pesar de la hora. Sintió como si la luz cayera poco a poco y dejara esa mezcla armoniosa de colores que se asemejaba a la más bella de las primaveras. Y ojalá hubiese sido aquello lo que su mirada azulada había presenciado en ese instante, pero de nuevo sabía bien que no podía ser de esa forma. Aquel día quedó marcado por una vida casi perdida, un alma que tal vez viviera y respirara tal y como lo hacía cualquier persona. No obstante, André intuyó qué podría estar sintiendo esa chica llamada Jania, aun a pesar de no conocerla, porque él no soportaría ni por un segundo que alguien le quitara la oportunidad de subirse a un escenario.

Se imaginó toda su vida sintiendo aquello, intentando escapar de una pesadilla que se asemejaba más a una horrible tortura que a simples imágenes vistas a través de los sueños.

—Lo siento... —susurró llevando su vista al cielo.

Un claxon, dos pitidos y un frenazo justo delante de sus pies fue lo siguiente que percibió.

—¡Mira por dónde vas, maldita sea! ¿Acaso quieres morir joven?

—Tal vez ya lo haya hecho... —susurro sin importarle la reprimenda de aquel hombre de mediana edad.

André colgó bien la bolsa deportiva a su espalda. Necesitaba cambiar de lugar sus pensamientos y, a pesar de que aquel edificio no parecía ser muy importante para la mayoría de las personas, él no conocía otras paredes que le aportaran más calidez y protección. Incluso sintió cómo sus ojos se empañaban poco a poco y dejaban caer pequeñas gotas, como esas veces en las que la lluvia solo quiere dejar su pequeño almizcle embriagando cada uno de los sentidos mezclándose con el aroma a flores. Algo casi imperceptible, pero a la vez mágico.

¿Llevarían sus lágrimas algún tipo de magia? ¿O eran sus pasos sobre el escenario los que provocaban esa magia a ojos de otros?

Siempre escuchó esa misma frase, o al menos con palabras parecidas, una y otra vez: «Tienes magia en tu danza, en todo tu corazón».

Aunque esa magia no valía absolutamente nada cuando no podía ser percibida por aquellos a los que de verdad deseabas regalar ese don que poseías. Era lo que ese chico de alma oscurecida creía con firmeza. Y es que André tenía muy claro que no había luz que aportar a través de su corazón, por más que su danza fuera magia. Pero ¿qué era mejor?: ¿sentir la danza muerta a través de tus pies y de tus manos o no poder bailar para el resto de tu vida?

—Creí que irías a casa directamente nada más salir de los ensayos. Dios mío, hijo, estás empapado... —La madre de André se acercó a él.

Vio con su mirada azulada cómo su hijo se encogía de hombros. De hecho, para André, muy pocas cosas tenían importancia en las últimas semanas; incluso no veía sus pies sobre el escenario sintiendo las mismas sensaciones como las había vivido a lo largo de su vida. Por más que en ocasiones se dijera que era feliz. La mujer se acercó a él y buscó, entre la bolsa deportiva de su hijo, una toalla para secar su cabello oscuro. Le dio un pequeño abrazo y le colocó la prenda que ella misma llevaba para abrigarse por encima de sus hombros.

—Vamos, es mejor que comas algo. —Su madre cogió la fría mano de André y fueron en busca de aquel cercano restaurante.

La melancolía que transmitían los ojos del bailarín era perceptible incluso para la persona más descuidada con la que pudiera cruzarse. Cualquiera podría pensar que no era más que un hombre compuesto de huesos y músculos, pero sin ningún ápice de luz en su alma. Antaño él mismo le hubiera dado la importancia que aquello requería, pero ahora sus deseos eran muy diferentes; incluso por su mente se pasaron las peores pesadillas y pensamientos que cualquier ser humano pudiera tener.

—Hoy me he enterado de algo, mamá. —La tristeza con la que sonaba su voz logró estrujar el corazón de su madre.

—¿Qué pasa, hijo? —Ella llevó una de sus manos hacia André, cogió la de su hijo con fuerza para entregarle esa confianza que siempre posaba en él, observándolo con una gran sonrisa—. Sabes que puedes contarme lo que sea.

—¿Recuerdas que te hablé de la bailarina protagonista elegida? —André observó cómo su madre lo miraba, con esa expresión de cariño que nunca perdía—. Hoy las chicas estaban comentando algo sobre una joven. Ella iba a hacer el castin para obtener ese mismo papel. Tuvo un accidente de coche y perdió su pierna...

—Vaya, eso es horrible. No quiero ni imaginar cómo debe de sentirse. Lo

imagino en ti, y es... imposible de creer... —La mano de su madre se aferró más fuerte a la de André fingiendo que no tenía idea de lo que este le hablaba—. No te preocupes, ¿vale?

Emilie miró a su hijo, sabía exactamente qué era lo que le quería decir. Lo conocía lo suficiente como para entrar dentro de su mente y recibir las palabras que el más joven quería contarle con el simple color de su mirar.

—Iremos a dar un paseo, ¿está bien? —Emilie volvió a sonreír—. Estoy segura de que te vendrá muy bien despejarte de todo; además, tengo una rica comida preparada en casa para cuando venga Maximilian.

—¿Con él estás bien? —preguntó su hijo.

Maximilian era el nuevo novio de su madre. Llevaba con ella casi un año y, después de que esta perdiera a su marido por una enfermedad, le aportó tantas cosas que, para André, era como un nuevo padre, además de un gran amigo y una persona con la que compartía muchos gustos personales.

Jamás dejaría de agradecerle el apoyo que les había entregado durante aquella última época. Eso era algo que le quedaría grabado en su corazón de por vida.

Tomaron un café mientras compartían pequeñas charlas sobre los ensayos y la vida diaria que ahora llevaba André entre trabajo y horas de baile. Emilie observó a su hijo con aire pensativo, miró sus ojos azules y alargó su brazo para tomar la mano de él y así dejar pequeñas caricias.

—¿Crees que debería...?

—Hijo, no hay nada que tú puedas solucionar por más que entiendas la situación de esa chica o comprendas cómo se debe de sentir. En la vida suceden este tipo de cosas, y tú debes de concentrarte en seguir adelante, en bailar y cumplir ese sueño que has tenido desde que tuviste uso de razón. —André agradeció aquellas palabras, pero mucho más el gesto compartido con su madre—. No te preocupes, estoy segura de que, aun así, ella lo conseguirá. ¿Cómo se llama?

—Jania. Es curioso porque yo debería de conocerla y ahora no voy a hacerlo. —El joven lanzó un pequeño suspiro—. Quizá es por eso que me siento de esta forma, no lo sé. Pero tal vez sea eso, sí.

Madre e hijo vivieron los siguientes minutos en silencio, como esas tantas veces en las que salían a pasear por los alrededores de su casa o iban al parque a disfrutar de la frescura que este les podía aportar. Solo hubo una diferencia con respecto a todas esas veces, y era que André no podía dejar de

darle vueltas a los pensamientos que habían quedado instalados en su mente desde que hubo conocido la historia de aquella chica. Se preguntó cómo sería, de qué color serían sus labios, sus ojos, su cabello... ¿Tendría la piel blanquecina o se asemejaría al más bello de los bronceados?

No podía explicarse porque su corazón se sentía aprisionado. Y aun a pesar de que su madre tenía razón, André tenía claro que no podría olvidar ese pequeño detalle. Por más días que pasaran se preguntaría dónde estaría ella, que estaría haciendo, si su corazón curaba poco a poco, mas era su alma la que seguía sufriendo. ¿Sería alguien capaz de aliviar ese dolor? Él mismo estaba destrozado, como si desgarraran cada centímetro de su piel hasta sentir un profundo dolor atravesar cada centímetro de musculatura. Si perdía la danza, lo perdía todo. Y perder todo eso significaría su muerte.

¿Habrá deseado sentirse así?

Solo la voz de su madre consiguió sacarlo de sus pensamientos.

—¿Decías? —volvió a preguntar André.

—Hijo, estás demasiado distraído. Céntrate un poco, por favor. Te preguntaba si querías venir conmigo a recoger a Maximillian. He pensado que sería mejor dar un paseo e ir a buscarlo antes que esperarlo en casa.

El joven, de mirada perdida, con sus ojos azules clavados en la lejanía, negó con lentitud. Él era quien necesitaba despejarse al menos unos minutos, no quería que su madre siguiera haciéndole preguntas. Esta se acercó para dar un abrazo a su hijo como despedida. La calidez de sus manos quedó posada en los hombros de él mientras lo miraba con una sonrisa.

—Sé que lo echas mucho de menos, que extrañas que venga y te abrace, que vaya en sus ratos libres a ver cómo bailas. Pero él no querría que estuvieras así André, tienes que ser fuerte. Por mí, incluso por Maximillian. —Emilie se acercó a su hijo para dejar un pequeño beso en su frente. Apenas sin ser consciente volvió a abrazarlo con fuerza hundiendo su rostro en el cuello de André, como si el adulto que ahora veía ante sus ojos no fuera más que un pequeño adolescente —. Si tú también te derrumbas, si te marchas..., no sé qué será de mí, hijo. ¿Serás capaz de ser fuerte por tu madre?

—Siempre lo seré, mamá, te lo prometo.

Y no pensaba en ningún momento que aquella promesa fuera a ser en vano, sino todo lo contrario.

Conforme caminaba a casa decidió tomar un desvío hasta llegar al jardín Compans Caffarelli, el único lugar donde lograba despejarse. Nada más entrar

se descalzó, sintió la hierba mojada en la planta de sus pies. La frescura de esta comenzó a recorrer cada centímetro de su cuerpo regalándole una calma que pocas veces lograba sentir. El aroma a primavera envolvía aquel lugar y, a pesar de que había sido un día lluvioso, el sol logró aportar esos reflejos perceptibles para ojos de cualquiera, pero que pocos llegaban apreciar tanto como él. Dejó que aquellos reflejos lo cegaran y aportaran esa calidez que tanto deseaba sentir. Sus dedos se enredaron en la hierba mojada; incluso se permitió tocar, con la yema de estos, la tierra empapada. Cerró sus ojos y sintió sus pies bailar sobre el color verdoso, mientras se dejaba llevar, incluso, por el frío de la tarde o por las gotas de lluvia en los días más negros.

Si estuvieras en mi lugar y te observaras, te enamorarías, André.

La voz volvió a meterse en su cabeza, al igual que aquellos ojos azulados tan iguales a los suyos. Su voz, sus manos, cada centímetro de su cuerpo. Pocas eran las diferencias que lo separaban de esa persona que ahora no estaba de su lado, de esa parte de su alma que había quedado vacía el día en que sus ojos se hubieron cerrado para no volverlos a abrir más. André sabía bien que solo podría recuperar todo aquello si volvía a tenerlo donde tantas veces había estado, observando su danza, a apenas unos centímetros de distancia.

«Él no querría que estuvieras así»; la voz de su madre volvió a entrar en su cabeza y lo obligó a abrir los ojos.

André miró a su alrededor antes de levantarse. Quizás no era el mejor de los días pero, como siempre, el parque estaba repleto de gente. Cogió su teléfono y lo dejó encima de la bolsa después de poner el reproductor de música. No le importó la melodía que sonara; él solo quería bailar, regalar su danza a los ojos de aquel espíritu que sabía viajaba con él a todas partes. Por más que no recibiera palabras de apoyo, por más que no fueran los brazos de él los que lo rodearan mientras lo miraba con orgullo. Todo daba igual mientras él pudiera verlo bailar, mientras él pudiera sonreír observando cómo había conseguido cumplir con su sueño. *El lago de los cisnes*, su ballet favorito. Incluso podía recordar aquel día en que había salido la información del castin.

—*Tienes que presentarte, André.*

—*Sabes bien que no soy tan bueno como para conseguir el papel principal en la obra, por más que lo digan en la escuela y el profesor insista.*

Y que equivocado había estado André al no confiar en las palabras de su

madre y pensar que no lo conseguiría. Se colocó en primera posición, miró al frente alzando su rostro, con esa posición elegante que siempre había sido parte de su estructura física, y sin más bailó. Bailó sin importar el lugar, el barro formado en el interior de aquella hierba, incluso sin importar que los minutos pasaran, viendo en la lejanía cómo las nubes se arremolinaban una tras otra para terminar por ocultar el sol.

Vuelta tras vuelta observó cómo el cielo cambiaba de aquel color azulado al anaranjado del anochecer. Una imagen mágica, tan parecida al colorido que adoptaban las aguas del mar con el ligero movimiento de las olas, o al reflejo en la superficie de esa vida que se escondía ante el ojo humano. Un mundo de ilusión, lleno de vida, así como la danza aportaba al alma de André todos esos colores que se desdibujaban cada vez que caminaba por las calles de su ciudad. Caminar se convertía en una tortura cuando sus pies solo querían moverse con el delicado ritmo de la música. Y allí estaba, sobre aquel escenario de madera desgastada, ante el mayor de los públicos.

La música de Tchaikovsky inundó cada rincón del teatro compartiendo sus hilos musicales con todo el que pudiera encontrarse allí. André esperaba mirando hacia un lado, esperaba por su dama, por el amor de su vida sobre el escenario. Aquella joven llegó en forma de silueta vacía, sin rostro; no era nada más que humo desvanecido por un leve golpe de viento.

—Jania... —André abrió sus ojos de golpe.

La gente lo miraba, incluso aplaudía agradeciendo la magia que acababa de percibir en su mirar. El gentío llegó a olvidar las primeras gotas de lluvia que el comienzo del anochecer había dejado a su paso y, aun a pesar de sonreír, no supo ver el alma de un hombre que despertaba de su propio sueño creado. Se vio sobre aquel escenario con una acompañante que no era la protagonista elegida para la obra. Era un alma más oscura, un alma sin vida que soñaba y deseaba bailar a su lado, cumplir con él aquel sueño por el que tanto había luchado a lo largo de su vida.

—Iré a verla, mamá, tengo que ir a verla.

Apretó sus puños y, después de recoger, dejó aquel jardín en la estela lejana de sus pasos con el convencimiento que atravesaba su mente.

Capítulo 3

Hospital Pierre-Paul Riquet, Toulouse
18 de febrero de 2017

Parecía una época ya lejana en la que los dedos nerviosos de Jania también jugaban con las teclas del ordenador mientras preparaba las clases universitarias, que solía combinar con el baile. Ahora, esa «misión» era semejante a un calvario para una joven en cuyos pensamientos se dibujaban las miradas apenadas de sus compañeros a la par que ella recorría los pasillos de la universidad. Los mensajes de apoyo se acumulaban en la bandeja de entrada de su correo electrónico, así como en el foro universitario al que pertenecía desde que había empezado su carrera, ya hacía tres años atrás.

Suspiró una vez más. Desde que tuvo uso de razón, los estudios siempre habían sido parte importante en su vida, y ahora quizá sería a lo que tendría que prestar más atención. Dedicar su vida a su otra pasión: la filosofía.

Dejó que su mirada se perdiera a través de la ventana, abierta de par en par; la brisa fresca se coló moviendo las delicadas cortinas, aportando una tranquilidad poco habitual en días pasados. El fulgor del sol logró reflejar sombras y luces en rincones diferentes de cada habitación. Jania echó un vistazo a la mezcla de colores, más cercanos a una buena vibra o sensación, con el único pensamiento puesto en una mujer que con habitualidad se encontraba en esa habitación, siempre de su lado.

—No puedo retrasar a mis alumnos, pero en cuanto pueda estaré de vuelta a tu lado.

Jania estiró el brazo para coger su teléfono móvil y comenzar a teclear. Después de tantos días de angustia, sentía que, de algún modo u otro, debía agradecer a su madre el esfuerzo dedicado a ella cada día y la fuerza que le

entregaba cada ocasión en la que pisaba esa habitación. ¿Quién, en su sano juicio, no estaría agradecida de tener una madre como Lila? Con seguridad Jania tuvo clara, mientras escribía, la dualidad de su situación. En unos instantes, era injusta; en otra, la chica más agradecida del mundo. Y en cierto modo, era una verdad universal; sus padres nunca podrían entender su situación o el sentir que recorría el interior de Jania cada día, minuto y segundo, siendo consciente del final de su sueño. De toda su vida.

Unos padres no culpables de aquella situación. En ocasiones, Jania recordaba el accidente de tráfico, escuchaba a su madre, su llanto, sentía su dolor y, una vez más, agradecía poder tenerla de su lado.

—¿Ocupada, señorita? —Jania reconoció aquella voz.

Volvió a dirigir su mirada hacia la pantalla del ordenador antes de alzar la vista para observar a Dominique, quién asomó la cabeza entre el hueco de la puerta. Dejó el teléfono móvil sobre la mesita y sonrió al instante.

—No demasiado, tampoco es que tenga que preparar una maratón o algo así —bromeó.

El médico debía de reconocer que algunas veces le sorprendía el humor irónico que Jania derrochaba. Con el paso de los días comprendió que era una forma, su forma, de escapar a la situación y llevar los pensamientos lo más lejos posible de esta.

—En realidad estaba poniéndome al día con la universidad.

—No sabía que estudiabas. —Dominique entró a la habitación arreglando su bata blanca mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Nunca lo has preguntado. Además, te sorprendería saber muchas cosas sobre mí que no conoces; de eso estoy segura —respondió ella dejando el portátil a un lado.

—Supongo que las conoceré a lo largo de estos días. ¿Puedo sentarme? —El de ojos oscuros sonrió al recibir la respuesta afirmativa por parte de ella.

—Voy a estar unas cuantas horas sola —añadió Jania arreglando un poco su cabello. Formó una coleta entre sus manos y ató la goma que guardaba como de costumbre en uno de los cajones de la mesa de hospital—. Mi madre es profesora, no podía atrasar más las clases universitarias. Además, la han presionado bastante con eso estos días, y la pobre... está exhausta. Creo que, después de todo, sí soy una carga constante.

—No lo tomes así, fue tu madre quien quiso estar presente cada día durante tu rehabilitación; no obstante, también está la otra cara del caso.

Jania rodó los ojos al escuchar las palabras de su rehabilitador. Siempre le parecía graciosa su forma de hablar; de hecho, en ciertas ocasiones, pensaba que Dominique tenía más edad de la real. Si no hubiera sido porque días atrás, entre risas y esa clase de juegos, él le había mostrado su identificación personal, jamás le habría creído.

—A veces da la sensación de que eres más psicólogo que rehabilitador. A ver, dime. —Jania apoyó sus manos sobre el colchón de la cama para enderezarse un poco y con ello mirar con firmeza al que se convertía poco a poco en un buen amigo—. Según tú, ¿cuál es la otra parte del caso?

—En la otra parte del caso, el paciente reúne todo el valor necesario para afrontar su rehabilitación sin tener que ir llorándole a sus padres por un poco de atención o cariño. —Dicho esto, Dominique esbozó una enorme sonrisa a la par que alzaba una ceja.

Aquella era una forma de retar a aquella mujer de sueños rotos a que, de algún modo u otro, debía de abrir los ojos a la realidad que necesitaba afrontar. Y cuanto antes lo hiciera, mucho mejor.

—Vaya, gracias por llamarme llorona; es todo un placer recibir esa clase de halagos por tu parte, ¿sabes? Ahora sé por qué te tengo aprecio —añadió Jania sin ser consciente de sus palabras.

—En realidad no creo que me tengas aprecio alguno. Te aseguro que, el día que salgas por las puertas del hospital caminando, no te acordarás ni de mi nombre. Soy fácil de olvidar, créeme; al fin y al cabo, yo estoy aquí solo para hacer mi trabajo.

—Si estuvieras aquí solo para hacer tu trabajo, no te tomarías la molestia de visitar a cada paciente para ver cómo se encuentra. —Jania volvió a mirar a Dominique con ese orgullo que era capaz de destruir cualquier muro que levantara ante ella—. Pero gracias por decirme que eres fácil de olvidar, así quizás no tenga que preocuparme demasiado por venir a visitarte después de las clases universitarias.

—¿Eso quiere decir que vas a seguir estudiando?

—No es que tenga otra opción, ¿no crees? Por si no te has dado cuenta, no puedo siquiera ponerme en pie, así que mucho menos bailar.

—Vaya, tu súper humor está de vuelta —protestó el médico.

—Logras que siempre lo saque. No sé cómo lo haces, pero siempre acabas desquiciándome. Puedes llevarte el privilegio.

Por un momento, Jania quiso tragarse sus palabras. Nunca era muy

consciente del daño que a veces provocaba, cada vez que hablaba bajo un estado de enfado puntual, hasta el momento que esas palabras se reflejaban en el gesto de la persona ajena.

—Supongo que sí. —Dominique se levantó de aquel sillón volviendo a arreglar su bata—. Dentro de un par de horas empezaremos con la rehabilitación. No hace falta que te diga que te animes un poco y lo tomes con tranquilidad si no quieres que tus progresos sean de solo un par de pasos.

Nada más pronunciar esas palabras, el médico hizo un pequeño gesto con su mano y se despidió de ella para salir de la habitación sin dirigirle una sola mirada.

—Joder, Jania, eres una metepatas. —Se echó a reír con ironía—. Con la única que te queda...

Se dejó caer sobre la almohada y volvió a coger el ordenador.

Abrió el video que sus compañeros de clase le habían dedicado en días de ausencia. Después de semanas de amargura, esa había sido una de las pocas veces que había logrado sonreír con total sinceridad, pues debía de reconocer que, si no fuera por ellos, tal vez sus días de soledad en aquel hospital hubieran sido todavía más amargos. Otro de los «daños colaterales» que se presentaba en su día a día. Y se preguntó qué sería lo que realmente le esperaba nada más llegar a la universidad, después de haber completado su primera fase de rehabilitación. Porque no se veía capacitada para soportar miradas de compasión o pena ante lo ocurrido.

Negó para sí misma y se dedicó a responder aquellos mensajes, tanto de compañeros como del profesorado, que la querían cuanto antes de vuelta, que habían transmitido apoyo y tranquilidad en todo momento. Sintió la diferencia con ocasiones anteriores, cuando los permisos eran debido al baile. Las lágrimas llegaron hasta sus ojos una vez más; ¿cómo daría las gracias sin entregar la percepción de cómo realmente se sentía? Por primera vez sintió la sinceridad impregnada en sus dedos cuando transmitió que quizá no estaba o estaría preparada para volver a la universidad. No obstante, ¿qué haría si no? Negó e intentó sacar los pensamientos de su mente, buscó y abrió los documentos para la preparación del siguiente semestre.

«Muchas veces perdemos lo que más nos llena, pero siempre habrá motivos por los que seguir luchando, Jania. —Una de las tantas frases dedicadas por su madre—. Sea una persona, sea un sueño, o simplemente esos pequeños detalles a los que, en su mayoría, no prestamos atención».

—Mierda..., me olvidé de mamá. —Jania sonrió. Le era imposible no hacerlo cuando recordaba esas charlas o la sonrisa que la mujer solía dibujar en su rostro. Volvió a coger su teléfono y recordó con calma la conversación compartida con Dominique—. Imbécil...

Esta mañana todo está bien. Dominique ha pasado para decirme que, dentro de un par de horas, empezaremos con otra sesión de rehabilitación. ¿Las clases están yendo bien? Se nota demasiado cuando no estás aquí, mamá. Espero que puedas escaparte pronto y vengas a verme. Papá me dijo que también intentaría salir antes del trabajo, aunque no aseguró nada. Te quiero mucho.

—Creo que es momento de empezar a afrontar las cosas. —Lanzó un suspiro para cerrar su teléfono y colocar con tranquilidad las manos sobre el teclado de su ordenador.

La búsqueda marcó: «Teatro Nacional de Toulouse, *El lago de los cisnes*».

Era ya costumbre que las escuelas a las que pertenecían los alumnos intercambiaran información con diarios locales, e incluso las noticias sobre los avances de ensayos y estreno de la obra en varios foros o páginas de difusión.

Jania se quedó paralizada mientras miraba la pantalla, preguntándose si estaría bien lanzarse a esa piscina vacía. Tenía muy claro cuál sería su reacción, las imágenes que pasarían por su cabeza, así como cada sensación de dolor que atravesara su alma. Primero fueron las fotografías; luego, la presentación de cada participante, y finalmente, la imagen de los dos protagonistas de la obra. Leyó el nombre de André y dio clic a su video de presentación.

Observó en silencio, percibiendo cómo el aire abandonaba sus pulmones con tranquilidad.

—Increíble... —Fue la única palabra capaz de pronunciar.

Por un segundo recordó el batir de las alas de una delicada mariposa que se movía con gracia entre flores cargadas de un color primaveral. Verla moverse de aquella forma sobre el escenario la enamoró; fue capaz de acompañar esos pasos de baile como si se encontrara de su lado. Siendo su pareja y amante de dance. Percibiendo la calidez de unas manos cortar el aire, al lado de ese chico de ojos azules, formado, con aire de autoridad en su rostro, y la

profesionalidad de un bailarín que tomaba muy en serio su trabajo. Imaginó, solo durante un par de segundos, que ambos respiraban el mismo aire, sentían los mismos pasos, observaban el ajeno mirar y cómo el sudor perlaba con cuidado y pasión la piel del otro. Por un segundo, solo un segundo, se sorprendió, mas sonrió al comprobar esa perfección que también solía caracterizarla a ella. Recordó cada sensación que había recorrido su interior, minutos antes de salir de casa, yendo hacia el teatro, lista para vestir la mejor gala, subir al escenario y obrar magia.

El dolor la atrapó de nuevo, desgarrando su interior, cortándolo con ese afilado cuchillo, más poderoso que cualquier dolor físico. Lo suficientemente ardiente como para hacerle desear cerrar los ojos para no querer abrirlos jamás. Pues para Jania solo seguía existiendo la posibilidad de encontrarse sobre un escenario, siguiendo los pasos de un chico como él, siendo su compañera de danza mientras ambos soñaban con volar muy lejos de allí.

¿Cómo era posible que no quedara nada por rescatar? ¿Cómo era posible que aquel sueño se esfumara en un solo instante, el mismo día que cumpliría su mayor sueño?

—Perdóname —susurró sin apartar la mirada de la pantalla.

Tocó, con la yema de sus dedos, la imagen de André, para ella un desconocido que sintió como compañero de sueños. Delineó su rostro acariciando encima de la pantalla sus finos y sonrojados labios que, en alguna ocasión, perdían ese nervio para dar paso a una delicada sonrisa. Reconoció el acento francés de Toulouse, identificándose a ella misma como la «extranjera» en ese instante. Pensamiento que la hizo sonreír solo durante una corta milésima de segundo. Deseó estar cara a cara con André, hablar con él, agradecerle su esfuerzo. Si pudiera verlo a los ojos, le diría que jamás había conocido a nadie que encajara tan bien con un papel, le susurraría al oído un «Lo haremos bien», en el caso de que ella misma se encargara de ser su compañera en ese arduo y sinuoso camino. No obstante, sabía que no existía forma de hacérselo saber; solo podía tocar una pantalla cargada de sueños vacíos para ella.

Las lágrimas le rasgaron los ojos, cayeron una tras otra ardiendo y atravesaron sus mejillas mientras intentaba encontrarle sentido a esa nueva vida que nunca quiso verle inicio. Se abrazó a ella misma, regalándose una calidez insuficiente, y simplemente cerró sus ojos, una vez más, con el pequeño sueño de que tal vez, algún día, pudiera abrirlos para encontrarse de

nuevo haciendo lo que más le gustaba: bailar.

Una semana después

—André, vas a llegar otra vez tarde, y no creo que a tu profesor le haga mucha gracia que el protagonista de la obra no esté allí para dirigir los primeros ensayos. —La voz de Emilie era capaz de hacer un delicioso eco por la cocina de su casa.

Se movió de un lado a otro pisando las baldosas grisáceas del piso, con delicadeza, como si fueran sus pies y no los de su hijo los que ahora marcaban una tranquila danza. Sentado enfrente de un delicioso desayuno, André leía tranquilamente el periódico mientras daba vueltas a la cucharilla de una taza que ya estaba casi vacía. El sonido repiqueteó sobre la mesa de madera oscura que acompañaba a los colores claros de las paredes, a juego, como en toda la casa, con el rojizo de la encimera y el negro de los electrodomésticos. Dio un par de toques en la pasta de sus gafas, justo a la altura del puente de su nariz, y de nuevo elevó la vista con una sonrisa.

—Me gustaría que Maximillian viniera a los ensayos de este fin de semana. ¿Sabes si estará libre de trabajo? —preguntó el bailarín con un suave hilo de voz.

Su madre se giró para mirarlo con una pequeña sonrisa mientras limpiaba sus manos con el trapo habitual.

—Lo cierto es que todavía no lo sé. Ya sabes que anda ocupado con las reuniones de su empresa. Ser arquitecto no es tarea fácil.

—Depende de para qué. —André llevó una de sus manos hacia su cabello para peinarlo con delicadeza. Esa mañana la rebeldía de sus bucles seguía cumpliendo con lo deseado: darle un toque único y particular—. Mira la casa en la que vivimos; sin duda debió de ser fácil soñar con algo que en realidad quería tener, aunque no sé si barajó la idea de tener que soportar a dos personas como nosotros.

La forma en la que André sonrió volvió a enamorar a su madre. No recordaba haberlo escuchado así de tranquilo y feliz desde hacía un tiempo atrás. Aunque, después de todo lo vivido, no podía reprochar la falta de

sonrisas en el rostro de su hijo. Incluso ella misma escondía, en lo más profundo de su alma, todas ellas para momentos mejores, a pesar de no creer que eso fuera a ocurrir en un corto lapso de tiempo. No tardó en acercarse a él para acariciar su hombro y sentarse en la silla de al lado. Quería mirarlo a los ojos, sincerarse con su hijo y, por una vez, hacerlo sentir bien.

—Hoy tienes que ir a trabajar, ¿verdad? —le preguntó buscando su mirada.

—Después de los ensayos. Ya sabes que he cambiado todos los horarios para poder compaginar el trabajo con el baile, mamá. —André levantó un poco su vista y sonrió dejando a un lado el periódico; sabía bien a qué venía la mirada de su madre—. Sé qué vas a decirme, y la respuesta es no.

—Pero sabes que no es necesario que trabajes. Con mi sueldo de enfermera y Maximillian...

—Él no tiene por qué matarse trabajando para poder pagar todo, mucho menos mis estudios; es algo de lo que yo quiero encargarme. Solo he dejado la universidad temporalmente, mamá. Te prometo que, cuando ahorre lo suficiente, volveré a estudiar, pero en realidad ahora no me siento con fuerzas para continuar con ello.

—Sabes bien que Maximillian te considera como su propio hijo. No importa que tengas veinticuatro años, André; no corre de tu cargo pagar todas las deudas que esta familia tiene. —Emilie entrelazó su mano con la de su hijo, la apretó con fuerza, incluso lo miró con la angustia que cargaban sus palabras—. Eres joven, demasiado joven para cargar con todas esas obligaciones.

—Tengo veinticuatro años, mamá, ya soy un hombre. Papá siempre decía que desde bien pequeño me consideró todo un hombre; no quiero defraudarlo. No quiero que llegues a casa después de más de doce horas de trabajo y que ni siquiera te puedas mantener en pie. Tampoco quiero que Maximillian esté viajando de un lado a otro, intentando ganar contratos para que no haya ningún problema económico. No es justo para él, tampoco lo es para ti, porque él debería de estar a tu lado todo el tiempo posible. —El joven se levantó de la silla y se acercó a su madre para dejar un delicado beso en su frente y abrazarla—. Todo irá bien, y debes de saber que soy feliz por poder ayudar en esto. Te prometí que lo haría y que no iba a defraudarte; además, vivir aquí me gusta y, después de todo, sigo bailando.

—Nunca serías capaz de defraudarme, André, pero...

—Pero nada. —Este se apartó para mirar a su madre y dejar un toque en la nariz de ella—. No pienso cambiar de idea y, si sigues quejándote, no iré a

verte al hospital cuando salga de trabajar. Tienes turno de noche, ¿verdad?

Emilie asintió esbozando una pequeña sonrisa.

—Procura dormir durante el día, nos veremos allí en unas horas.

—Que vaya bien el ensayo, hijo. —Fueron las últimas palabras que Emilie pudo dedicar a André antes de que este desapareciera tras la puerta de la cocina.

Él llevó ambas manos hacia su cabello mientras caminaba con tranquilidad hacía su dormitorio.

Envuelto en ese silencio, no podía hacer más que recordar todas las faltas que ahora lo rodeaban. Ya no estaba en aquella casa donde un día su familia era totalmente distinta a la de ahora; incluso el sonido de las pisadas en los pasillos se hacía desconocido, más doloroso de lo que un día quiso creer. Fue inevitable llevar su mano derecha hacia las paredes, teñidas de colores suaves, que simulaban el color azulado del mar cuando el brillo del sol golpea directamente en las aguas. La deslizó con tranquilidad, sintiendo el frío de estas en la yema de sus dedos, y se preguntó cuánto tiempo podría llegar a soportar estar así. Fingir ante su madre que no existía preocupación alguna en su corazón, o al menos, más de la que dejaba ver.

Se paró en seco en la puerta de su dormitorio, echó un vistazo a su alrededor y comprobó que ese vacío no solo se encontraba en su interior. Cada vez que pisaba ese suelo, lo sentía desconocido, como si un fantasma fuera el que descansaba entre esas cuatro paredes. Tal vez así fuera: un fantasma que se convertía en André solo para fingir ante todos que su día a día iba bien. Aunque tuviera claro que tarde o temprano sería imposible mantener esa faceta, aquella máscara, al menos con la firmeza requerida, pero estaba convencido de que nada, y sobre todo nadie, tiraría por tierra esos planes que tenía tan marcados.

—Otro día más... —susurró cogiendo su bolsa.

Comprobó que todo estaba en orden para ir al Teatro Nacional, donde los ensayos tendrían su comienzo en apenas media hora.

Así como cada día, deseó con pasión pisar ese escenario, donde un minuto de aprendizaje, para él, era toda una vida de baile. Comenzaba a conocer mejor a todos sus compañeros, mas era otro el nombre que rondaba por su cabeza desde el mismo momento en que lo había escuchado.

Jania, la joven de sueños rotos.

Recordó la conversación de su madre, pero para André aquello se había

convertido en algo más que en una cuestión personal; de hecho, necesitaba conocer todo de ella, y no solo su nombre. Quería saber qué aspecto tenía, cómo sería el tono de su piel, de sus labios, de sus ojos y de su cabello. Necesitaba sentir en su voz esa desesperación que seguramente la inundaba cada día al no poder dar un solo paso de baile. Por segundos pensaba que sería injusto ir a verla, injusto porque él no tenía el derecho de presentarse ante esa joven para hablarle de la obra que jamás podría bailar. Pero, entonces, ¿por qué sentía esa necesidad tan extrema? Hasta el punto que su corazón se convertía en un nervioso latir. André necesitaba de respuestas, y esas respuestas las encontraría esa misma tarde cuando, después de los ensayos, fuera hacia el hospital para verla.

A pesar del dolor por mentir a su madre, aprovecharía la tarde libre en el trabajo para hacerlo.

«Hijo, no hay nada que tú puedas solucionar por más que entiendas la situación de esa chica o comprendas cómo se debe de sentir. En la vida suceden este tipo de cosas...», le había dicho su mamá.

No obstante, su madre jamás llegaría a comprender esa situación; por más que le dedicara palabras de consuelo, era él mismo quien podía ponerse en la piel de Jania. Y aunque en el fondo no fuera una ayuda para ella, estaría dispuesto a correr el riesgo. Aquel día, la vida cambió para ambos y una promesa fue pronunciada desde su corazón.

—¡André! —El entusiasmo con el que su nombre fue pronunciado solo podía pertenecer a alguien—. Es raro verte por aquí y que no llegues tarde.

—Esta mañana me he dado más prisa. No soy tan desastre como crees, Dave.

El de mirada oscura rodó sus ojos antes de echarse a reír. Desde aquel primer día que se habían encontrado en aquellos vestuarios, se convirtieron en inseparables, aunque el mayor debía reconocer que no era nada bueno en eso de hacer nuevos amigos, mucho menos en relacionarse con la gente.

De hecho, durante aquellos meses, y sobre todo últimas semanas, se alejó tanto de las personas que ya no mantenía contacto alguno con los que un día habían sido compañeros de facultad.

—¿Acaso te han hecho algo, hijo?

—Lamentarse, eso es suficiente.

André nunca pudo soportar el hecho de que lo miraran con pena o se compadecieran de él. Era uno de los peores sentimientos que conocía, y la sensación que dejaba en su corazón era lo suficientemente horrible como para desear empezar de cero, sin mirar más allá. Sin importar a quién dejara atrás. Y allí se encontraba, al lado de ese enorme chico de metro noventa, preguntándose si sería capaz de hablarle alguna vez con toda la sinceridad que una amistad requería.

—Anton ha dicho hace un rato que hoy tenemos visita.

—¿Visita? Eso es raro. El profesor no deja que nadie pise el teatro mientras estamos de ensaño. ¿Estás seguro? —André respondió aquellas palabras con algo de torpeza innata mientras intentaba deshacerse de su ropa deportiva.

—Más que seguro. —Dave apoyó su espalda en la pared sin dejar de observar al chico—. Dijo que era algo... especial y que debemos de dar lo mejor de nosotros mismos. No sé bien qué nos espera, pero espero que no sea alguno de los mandamases del teatro o alguna compañía en concreto, de esos que solo se interesan en el dinero y lo que puedan recaudar... Ya sabes.

—No creo. Para esas cosas no nos piden que hagamos bien los ensayos, Dave.

—Tienes razón. Ahora siento los nervios. —Dave llevó sus manos hacia el agua para lavarlas y después refrescar su cabello además de su rostro.

André lo acompañó haciendo el mismo gesto, guardando en su interior los pensamientos sobre lo que acababa de contarle su amigo.

Caminó con tranquilidad hacia la zona del escenario, mas era su mente la que se preguntaba quién sería esa persona «especial» para que Anton pusiera tanto ímpetu en que no hubiera ningún tipo de error. Por lo poco que André conocía de los profesionales, no era la primera vez que algún director de otro teatro se interesaba en una de las obras más importantes que iba a representarse en una ciudad en concreto; Toulouse era el pistoletazo de salida para un *tour* que, sin duda, podría cambiar la vida de todos ellos. Aunque en su interior, el tiempo decía ser insuficiente para enseñar el verdadero espíritu de una obra que por ahora sentía sin finalizar. Miró a su alrededor, sonrió como de costumbre, dejando incluso un par de saludos, y se colocó en su posición dispuesto a comenzar con el ensayo.

Dejaría llevar su espíritu más allá. Si esa era la propuesta —dar lo mejor de sí—, entonces lo haría, para reflejar su espíritu en la persona que, de un momento a otro, clavaría su mirar en esa magnífica danza.

—¿Preparados? —La voz del profesor resonó en cada rincón del lugar.

Las palabras no fueron necesarias. La música sonó y todos tomaron posiciones con alegría, mirando al frente, transmitiendo esa seguridad en contraposición al nerviosismo que también recorría su ser. El teatro estaba vacío, pero aquello no era lo que cada uno de esos bailarines podía percibir, pues cada latir de los distintos corazones que ahora sonaban al unísono simulaba que aquellas butacas estaban repletas de gente que, con ilusión, era capaz de disfrutar de una magia inigualable.

De eso se trataba: de crear magia en un conjunto entre danza y música.

Aun incluso cuando las luces se encendieran para dar por finalizada aquella interpretación que a muchos podían enamorar y a otros, decepcionar. Mas el esfuerzo de todos ellos, dedicado a cada minuto, segundo e incluso milésima, jamás podría negarse, pues solo un bailarín podía saber a ciencia cierta cuánto amor sentía por su baile. Así lo vivía André en ese momento, completamente eclipsado por la música y los movimientos de sus compañeros, incluidos propios. Estaba tan metido en su papel que no se percató de la luz que había entrado cuando las puertas de la sala se abrieron para dejar el reflejo de tres sombras que se acercaban poco a poco.

—Dios mío..., es Jania...

Nada más escuchar ese nombre, André sintió cómo todo su cuerpo se paralizaba. Dejó sus pies plantados sobre el escenario, olvidó que la música seguía sonando y que el baile continuaba. Porque ni él mismo pudo hacerlo, no esta vez, no cuando sus ojos solo observaban a esa joven debilitada, que era llevada en una silla de ruedas con la ayuda de los que supuso eran sus padres.

No se lo pensó dos veces: abandonó aquel escenario ante la atenta mirada de Anton y del resto de compañeros.

André corrió al encuentro de Jania como si fuera alguien a quien conociera de toda la vida.

Se dejó llevar por lo que su corazón dictaba en ese momento. Necesitaba ver sus ojos de cerca, incluso sentir en su piel aquella respiración que supuso era leve y tranquila. Sin embargo, cuando estuvo a un par de centímetros, no supo qué hacer. ¿Debía hablarle o debía dejarla seguir adelante sin decir ni una sola palabra? Su mente era un completo caos y hervidero de emociones, sin lograr clarificar ninguna de ellas. Algo que Jania había percibido al instante. Sonrió dando el primer paso. Alzó un poco el tono de su voz, pidiendo ayuda para levantarse y así quedar a casi la misma altura que André, quien esbozó una

pequeña sonrisa al instante.

—Tú eres André, el protagonista, ¿verdad? —La voz de Jania sonó dulce.

Él la sintió como esas melodías capaces de emocionar hasta el más frío de los corazones. Cuando escuchó su nombre, percibió una pequeña vibración que abrió puertas en su corazón, espacios desconocidos. No pudo más que dejar una pequeña respuesta con el leve movimiento de su cabeza. Ella seguía mirándolo, sonriendo, y no fue hasta que notó su mano que André fue capaz de reaccionar.

—Encantada, yo soy Jania.

—Lo sé —respondió André sin dejar de mirarla a los ojos.

—Veo que entonces soy un poco famosa por aquí. —Ese tono de voz seguía dejando sin palabra alguna al chico—. No deberías de interrumpir el acto bajo ninguna circunstancia, ¿sabías?

André volvió a asentir. Apartó su mano, guardó el último resquicio del tacto de ella, suave y delicado a la vez, como una delicada pluma que roza tu piel. Se separó un poco al notar cómo ella quería seguir avanzando; en ningún momento miró a los padres de esta, pues se sentía tan extraño con la situación que por un instante olvidó el lugar donde se encontraba.

—Bienvenida al ensayo oficial de *El lago de los cisnes*, Jania. —Anton bajó del escenario para ofrecer su mano a la joven además de a sus padres—. ¿Cómo te encuentras? Me han hablado mucho de ti.

—Estoy... bien, supongo. —La joven se encogió de hombros mientras caminaba con esa torpeza que tanto le molestaba—. Solo quería haceros una visita, ver a mis compañeros de escuela y, bueno, necesitaba conocer a los que van a protagonizar esta maravillosa obra.

El semblante blanquecino de Jania se tornó algo más serio, y no era por incomodidad. André se aseguró de quedarse a su lado en todo momento, observando en silencio cómo la tristeza invadía a la joven. El valor que demostraba al plantarse en ese lugar, después de tan poco tiempo, le parecía increíble; ni él mismo podría encontrarse allí, de pie, observando cómo otras personas cumplían ese sueño, truncado para ella.

—¿Bailarías para mí?

Lila y Adrian se miraron esbozando una pequeña sonrisa; sus manos seguían entrelazadas, dejando la silla de ruedas a un lado. Permitieron, en todo momento, que su hija actuara tal y como lo deseara. Observaron cómo se movía para plantarse delante del joven que acababan de conocer. Incluso era

extraño observar cómo alguien se mostraba tan nervioso cuando siquiera conocía a su hija.

—André, espabila, hombre. —La voz de Anton fue la única que consiguió sacarlo del trance en el que se encontraba—. Sube al escenario, primera posición y, en cuanto suene la música, a bailar. ¡Vamos, chicos, a dar lo mejor de vosotros mismos!

Palabras dichas, Jania se movió despacio hacia una de las butacas. En silencio se sentó dejando las manos apoyadas en cada brazo de este. Observó con tranquilidad cómo André subía por las escaleras y se colocaba en el centro del escenario al lado de la protagonista de la obra, una joven a la que Jania no odiaba, mas no podía evitar sentirse mal por no ser ella la que estuviera ocupando aquel lugar.

Sus padres se sentaron uno a cada lado.

Jania llevó sus manos a cada una de ellos, entrelazando sus dedos. Reflejó tanta fuerza que incluso su padre se giró para observarla, y se aseguró, una vez más, de que estaba preparada para ello. La joven lo miró y asintió delineando una sonrisa. En algún momento tenía que ver la realidad ante sus ojos, esa realidad tan dolorosa, la realidad que día tras día apuñalaba su corazón sin piedad alguna. Pero tal y como Dominique le había dicho en una de sus sesiones de rehabilitación, algo necesario ya que, cuanto antes pudiera seguir adelante, antes lograría salir de aquel trance por el que estaba pasando.

Y la música sonó.

Esa pieza de Tchaikovsky que ella tanto amaba. Esa pieza que había bailado en tantas ocasiones, esa pieza encontrada en el acto primero con el nombre de «Pas de Trois», que tantas lágrimas le hizo derramar, con orgullo y alegría.

—¿Estás bien? —La voz de su madre sonó suave y delicada.

Jania asintió. Sonreía, pero Lila sabía muy bien que la sonrisa que ahora esbozaba su hija no era de alegría; a través de su respiración agitada, podía sentir cómo la tristeza la invadía una vez más, mientras veía el movimiento de aquellos magníficos bailarines.

—Es mágico, totalmente mágico —añadió Jania—. Ojalá pudiera bailar con él, jamás había visto a un hombre llevar tan bien sus pasos como lo hace André.

—¿Lo conocías? —preguntó Lila en voz baja, acercándose al oído de su hija.

—Solo he visto los videos que subieron en la página del teatro. En el foro

diario se dan a conocer las audiciones y ensayos —respondió con el mismo hilo de voz que su madre.

No pronunció ni una sola palabra más.

Sus ojos seguían plantados en aquella figura masculina, cuya presencia abarcaba más allá de aquel escenario. Verlo bailar era algo más que mágico, indescriptible; sus movimientos lograban que todo a su alrededor desapareciera, como si él mismo fuera el único que llevaba aquella danza cargada en todo su cuerpo. Jania observó con cuidado, vio la fluidez de movimientos en las manos y los pies de André; incluso con cada giro y estiramiento hacía denotar años de entrenamiento, además de lo enamorado que él parecía estar de la danza. Un sentimiento que ambos compartían, desde lo más profundo de su corazón.

Cerró sus ojos y se dejó llevar por esa melodía. Alzó sus brazos para entregar una de sus manos a la del chico, delineando a la perfección cada movimiento, cada paso, así como cada estrofa de ese primer acto.

Cada latir de su corazón era un detonante para que este siguiera desgarrándose en pequeños pedazos que se esparcían por el suelo de aquel escenario; este todavía seguía siendo su ferviente sueño. Un sueño roto, un sueño que ya no podría cumplir, un sueño que solo se vería realizado cuando cerrara sus ojos, para volar a solas dejando que la felicidad inundara cada rincón de su ser.

Aunque al abrirlos siguiera dándose de bruces con su cruda realidad.

Capítulo 4

El teatro quedó vacío. La música ya no sonaba, habían pasado minutos desde que los bailarines se hubieron retirado hacia los vestuarios para continuar con su vida, con esas vidas que a veces, solo algunas veces, eran completamente distintas a la que vivían encima de un escenario. Silencio y vacío, una mezcla sangrienta que envolvió a Jania mientras seguía sentada en aquella butaca, con ambas manos apoyadas en la tela, después de más de diez minutos desde que hubiera pedido a sus padres que la dejaran a solas, sintiendo cómo las lágrimas ardientes seguían quemando sus mejillas.

Quiso perderse para siempre tras la oscuridad de las telas que daban paso a la zona trasera del escenario. Ahí, donde los nervios estaban a flor de piel. Ahí, donde comenzaban los sueños.

Escuchó el eco de unos pasos que logró que abriera sus ojos, que saliera del trance en el que se encontraba. Rápidamente limpió sus mejillas y observó cómo André se acercaba a ella para sentarse en el borde del escenario. A Jania le resultó gracioso ver cómo esas piernas, capaces de obrar magia, apenas rozaban el suelo, una peculiaridad que la hizo sonreír en demasía. Y aun así, era una «falta» que él sabía cubrir a la perfección con cada uno de sus movimientos.

—Me dijeron que te habías quedado aquí un rato. —La voz de André sonaba tranquila, como si minutos atrás los nervios no lo hubieran controlado.

—Necesitaba un momento a solas después de... los ensayos.

—¿Estás bien? —André frotaba sus piernas con suavidad, dejando que los nervios se perdieran ante ese sencillo movimiento de dedos sobre la tela de sus pantalones—. Sé que es una pregunta estúpida, pero...

—Estoy bien, algo más tranquila. Necesitaba mucho venir al teatro y ver

cómo iba todo. No es suficiente con verlo tras la pantalla de un ordenador, ¿sabes? —El esfuerzo con el que Jania sonrió no sorprendió demasiado a André—. Y no me equivocaba en mis pensamientos...

—¿Qué clase de pensamientos? —volvió a preguntar él.

—Obras magia, verdadera magia —respondió ella con tranquilidad.

Sonrió, olvidándose de las lágrimas y ese dolor que sin remedio recorría su interior. Aunque sabía bien que a ese chico de ojos apagados parecía no importarle su estado, un extraño sentir, y aun así era como lo percibía. Sentía que la comprendía, de algún modo u otro; no había porqués, ya que solo alguien que amaba la danza de esa forma sería capaz de entender una situación así.

Jania hizo el amago de levantarse. Automáticamente André bajó del escenario; sin embargo, ella alzó una mano y detuvo los pasos de este.

—Puedo yo sola, no te preocupes. Voy despacio, pero he avanzado mucho en esta última semana. Aunque esta prótesis solo es provisional. —Jania sonrió. Sus pasos seguían siendo algo torpes; incluso se podía reflejar el dolor en su rostro, pero no por ello iba a abandonar su objetivo de seguir avanzando—. Solo quiero ponerme a tu lado.

Y aunque fueron segundos largos, pudo percibir cómo su corazón sentía esa especie de orgullo que te envuelve al conseguir superar un reto, por más pequeño que sea. Solo un par de pasos, una corta caminata, demostrarse que podía seguir adelante. En contraposición, no se asemejaba al sentimiento que producía un buen entrenamiento, esos ensayos que la habían hecho llorar en más de una ocasión. Mas Jania sonrió, después de un tiempo, con total sinceridad.

—Lo siento —dijo mirando a André.

—¿Por qué dices eso?

Era extraño, al menos para él, comportarse de forma tan abierta ante una persona que no conocía. Más cuando, en la última época, su vida no había sido otra cosa que un cúmulo de oscuridad que se encerraba en sí mismo, sin querer saber nada de la vida, más que del baile y de su familia.

—Porque sé bien que yo lo habría conseguido. Estar sobre este escenario, bailando contigo. Siento que te he fallado; después de todo, eres el protagonista. —Jania se encogió de hombros y miró a André dibujando una sonrisa, sonrisa a la que podría acostumbrarse fácilmente.

Por su parte, él se quedó asombrado al escuchar aquella confesión.

Una especie de hormigueo recorrió su interior. No estaba seguro de si era la sonrisa de ella, sus palabras o el sentimiento cargado a través de estas. No tenía una respuesta para ello; no había modo de salir de ese trance, de mirar más allá y decirse: «Abandonaré este lugar sin más, sin importar lo que ella sienta». Porque la entendía, la entendía tanto que incluso lo asustaba admitirlo, y temió, temió porque podía bajar cada barrera instalada alrededor de su alma, y con ello permitir que alguien descubriera lo poco bueno que quedaba en su interior.

—No me has fallado, estás aquí —respondió él con tranquilidad. André dejó las manos apoyadas sobre el escenario echando hacia atrás su espalda—. Nunca imaginé que fueras a venir a verme —admitió volviendo a girar su rostro. Analizó la mirada de ella y sonrió, entregando la tranquilidad que consideraba necesaria—. Cuando escuché tu nombre y supe quién eras, deseé con todas mis fuerzas conocerte, ¿sabes? Es algo curioso, pero no sé por qué lo sentí así. Esa necesidad de ver...

—A alguien que es capaz de comprender al cien por cien cada parte de tu vida, de tu alma, de tu sueño —interrumpió Jania acallando las palabras de su acompañante—. Sí, es justo eso lo que sentí cuando vi tu audición. Y aunque estar aquí para mí es una pequeña tortura, necesitaba venir. Necesitaba saber, ver, darme cuenta de que puedo seguir adelante a pesar de todo lo malo. Aunque haya días que no crea en eso.

—¿Qué harás a partir de ahora?

—Bueno, no solo me gusta el baile. Aunque la filosofía no es mi sueño, no al cien por cien, quiero seguir estudiando y terminar con mi carrera universitaria.

—Jania llevó un pequeño mechón de su cabello suelto para dejarlo detrás de su oreja—. Espero poder conseguirlo, al menos, tener algo a lo que acogerme.

—Creo que eres una luchadora, así que podrás conseguir todo lo que te propongas.

—Dominique siempre dice eso. —La ilusión que se había reflejado en los ojos de Jania al pronunciar ese nombre, sin ser consciente, sorprendió en demasía al bailarín. Se fijó en su forma de sonreír, totalmente diferente a como lo había hecho minutos atrás—. Pero a veces me cuesta creerlo. Después de todo, yo nací para bailar y ahora no podré hacerlo.

—Pero... no es tu culpa, simplemente ha sido un golpe del destino que ha cambiado todos tus planes. —André respondió con tranquilidad, intentando transmitir toda la calma posible a Jania—. Yo solo sé que no tienes que

ponerte barrera alguna. Tal vez... puedas encontrar otros motivos por los que sonreír, ¿no crees?

Casi sin darse cuenta, el francés movió una de sus manos y arrastró el tacto por la superficie del escenario hasta tocar con suavidad la mano de Jania. Ella giró su rostro y volvió a sonreír, esta vez dedicando toda la luz de su espíritu a André ante ese gesto y las palabras que había dejado escapar entre sus labios.

—Sí, creo que sí, tienes razón. Muchas gracias, André.

—No me agradezcas, yo... solo quiero ayudarte —confesó él mirándola a los ojos, recibiendo esa maravillosa sonrisa por su parte.

—Jania, ¿estás lista? —La voz de Lila recorrió el lugar con un melodioso eco.

Su hija apartó la mano del francés y asintió con una sonrisa.

—Vamos, hay que volver al hospital. No quiero que Dominique se enfade conmigo por estar agotada en rehabilitación. —Jania se acercó a André para dejar un beso en su mejilla—. Y tú sigue haciéndolo tan bien como hasta ahora. O mejor.

André quiso hacer preguntas, muchas, mas fue el silencio el que lo consumió al recibir aquel simple gesto. Observó con alegría cómo Jania era la viva imagen de sus padres, incluso en cada pequeño gesto y movimiento. Con cuidado ella se sentó en la silla de ruedas y, en lo que fue percibido como una eternidad para André, el trío salió del teatro entre sonrisas y palabras de afecto acompañadas de la dulce risa de Jania.

Esa mujer que, de un modo casi indescriptible, logró eclipsar al bailarín con la compañía de unos pocos minutos.

Cuando las puertas se cerraron para dejarlo completamente a solas, fue el instante en que el vacío lo consumió, sentado en la misma postura, sobre ese escenario en el que le habría gustado compartir su danza con esa maravillosa mujer. Suspiró rozando con sus dedos la madera, esbozando una sonrisa tranquila; tal vez no le quedaran más momentos como ese al lado de Jania, pero ¿quién podía saberlo? Por alguna razón tenía claro que no sería la última vez que se iban a encontrar porque, aunque ella no conociera ni un solo detalle de su persona, André sabía cuáles eran las circunstancias que los unían. El bailarín movió su cabeza en un ligero movimiento, calmándose a sí mismo, entregándose algo de seguridad para afrontar lo que se venía por delante —duros días de ensayo—, mientras que en su interior eran demasiadas cosas las que ahora se debatían pero, como siempre, se sentía dispuesto a afrontarlo con

toda la fortaleza posible.

Y sin más, se marchó del teatro y dejó atrás aquel momento que podría haberse catalogado como mágico.

—¿Qué haces aquí, André? —La voz de Emilie sonaba cansada, pero a la vez feliz por encontrarse con el rostro de su hijo.

—¿Acaso un hijo no puede visitar a su madre en el trabajo?

—Vamos, no es algo que sueles hacer muy a menudo que digamos y... —Una sonrisa siguió instalada en el rostro de ella, con ese gesto autoritario que siempre la acompañaba—. Pensé que trabajabas.

—Me dieron descanso. —André se encogió de hombros, dibujando aquella sonrisa con la que era capaz de ocultar cualquier cosa.

Su madre se echó a reír al instante de observar el ceño fruncido del bailarín. Se acercó y lo abrazó con fuerza, dejó un beso en su frente, gesto infantil que él seguía agradeciendo aún a pesar de la edad con la que contaba.

—Te has puesto de acuerdo con Maximillian; está en la cafetería. —Emilie se apartó un poco y dejó una caricia en el rostro de André—. Deberías de ir con él; está algo estresado y cansado. Pero dime: ¿cómo ha ido el ensayo de hoy?

—Vino a vernos —respondió él con alegría.

No hizo falta entregar ningún nombre a cambio, tampoco una palabra más sobre a quién se podía referir André. Por su mirada, Emilie fue capaz de deducir de quién estaba hablando. Lanzó un pequeño suspiro, pues conocía lo suficiente a su hijo como para saber cuánto podía ilusionarse de la nada, o la clase de sentimientos que recorrían su interior. Mas no fue exactamente preocupación lo que se reflejó en el color claro de su mirada, sino una tristeza inevitable, la misma que él había sentido al ver a Jania.

¿Qué hubiera ocurrido si hubiera sido su hijo el que no hubiera podido bailar por el resto de su vida?

—¿Cómo está? —preguntó su madre sacando de su mente ese último pensamiento.

—Creo que bien, no sé, parece una mujer chica valiente. Supongo que, cuando se haga a la idea de que debe seguir adelante, todo le irá bien. —

André se encogió levemente de hombros mirando a su alrededor.

Las batas blancas se mezclaban con el color verdoso y grisáceo de los uniformes; estos eran los colores principales del hospital.

Parecía un día tranquilo, pero él sabía muy bien que en cualquier momento alguna urgencia alejaría a su madre de su mundo durante largos minutos, incluso horas. Y aun a pesar de que aquel edificio no era más que un cúmulo de tristezas y desgracias, a André le proporcionaba una calma que en la última época reconocía casi como desconocida.

—Eso es bueno —añadió Emilie.

—Aunque también la vi destrozada... mientras ensayábamos el acto primero de la obra. Supongo que es algo normal. —El bailarín guardó las manos en sus bolsillos quitando seriedad al asunto—. Me pregunto qué habría pasado sí...

—Tú también eres fuerte, André; me lo has demostrado en esta última época.

—No me refiero a eso, mamá. Ya sabes qué quiero decir. —El joven mordió su labio inferior. Quiso decir aquellas palabras que estaban ocultas en lo más profundo de su mente, mas bien sabía que su madre ya lo había entendido—. ¿Qué habría pasado?

—Siempre te he dicho que en nuestra familia somos luchadores y supervivientes. Hijo, este trabajo me ha enseñado muchas cosas; entre ellas, el valor que hay que tener para poder seguir adelante muy a pesar de las circunstancias. —Emilie sonrió y dejó una caricia en los brazos de su hijo—. Aunque el tiempo nos vacíe de fulgor, la oscuridad sigue poblada de luciérnagas, no lo olvides.

—Supongo que tienes razón, mamá, siempre tan filosófica —respondió él acompañando las palabras con una sonrisa—. Sí, tienes toda la razón del mundo. Bueno, ¿vas a tardar mucho?

—Cuestión de media hora si no pasa nada. Ya sabes cómo son las cosas por aquí.

André asintió, colocó bien su mochila y saludó a un par de conocidos que a la par eran compañeros y amigos de su madre.

—Por cierto... —La voz de Emilie sonó suave mientras miraba a su hijo—. No te pierdas demasiado por los pasillos..., recuérdalo.

—No lo haré, no te preocupes. Sabes que me he acostumbrado a no ser tan observador como antes, no causaré ningún problema. —André se acercó a su madre para dejar un suave beso en la mejilla de esta—. Y tú procura no agotarte. Voy a ver a Maximillian.

—Bien. A ver si consigues que sonría un poco.

André asintió y tomó el camino contrario para ir hacia los ascensores al final del pasillo. Todavía le resultaba curioso ver cómo el lugar cambiaba tanto: de un ambiente entristecido a otro repleto de alegría. Su fijación por suelo y paredes, con colores vivos como los pétalos de flores, lo hacían sonreír.

Además de aquellas plantas que adornaban cada rincón del vestíbulo. Pues, después de todo, un hospital también debía ser un lugar, como había dicho su madre, para encontrar esperanzas renovadas.

Puede que —y tal vez fuera así— André ya no creyera en los milagros, pero eso no quería decir que dejaran de ocurrir.

En el fondo sabía muy bien que la vida estaba repleta de ellos. Una balanza igualitaria a las desgracias: así era la vida... A veces, justa; otras, injusta, pero nadie tenía en su mano la elección de vida. Después de todo, con observar la lejanía y ver a aquel hombre, tranquilamente sentado mientras tomaba su taza de café, ya lo reconfortaba, llevado a través de los pensamientos que le dejaban claro que, aun después de lo ocurrido, había encontrado un segundo padre.

Con alegría se acercó sin perder un ápice de aquel gesto, pues necesitaba en todo momento regalar aquello que Maximillian siempre le entregaba a cambio. Y solo bastó un leve toque en el hombro del mayor para que este sonriera con verdadera felicidad.

—Mira quién ha llegado: la viva imagen de la perfección. —Maximillian se levantó de su silla y dio un fuerte abrazo al que consideraba su propio hijo—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a ver a mamá; me ha dicho que estabas aquí.

—Creía que trabajabas. —Una simple mirada bastó para que Maximillian se diera cuenta de aquel pequeño «secreto» que André guardaba dentro de su mente—. Sabes que a tu madre no le gustan las mentiras.

—Ni siquiera se ha dado cuenta; solo le dije que me habían dado tiempo libre.

—Pero eso no te da motivos para mentirle, André. Anda, siéntate, —Maximillian indicó al más joven el lugar de enfrente—. Hemos estado hablando sobre esa idea que se te ha metido en la cabeza, y sé bien por qué estás aquí. No deberías ser tan terco.

—No lo soy, Max. —André hizo una mueca—. Mira, quería conocer a Jania y, de hecho..., ella misma se adelantó. Ha venido hoy al teatro y hemos estado

hablando un rato. Además, no le veo nada de malo; tampoco es que tenga demasiados amigos con los que compartir mi pasión por la danza. Está Dave, pero no sé si terminaremos por congeniar bien.

—Quizás esa chica no esté preparada para tener un amigo que pueda bailar. ¿Has pensado en eso? —Dichas esas últimas palabras, Maximillian alzó su mano para llamar al camarero y así pedir un café para su hijo—. Tienes que ser consciente de eso, André.

Él rodó los ojos. Odiaba cuando lo trataban como si aún tuviera quince años o, peor aún, fuera alguien inmaduro.

—Me da igual lo que mamá y tú digáis; es su elección si quiere acercarse o no a mí. ¿Acaso sabéis por qué vino al teatro? —André estiró su espalda afianzando su postura—. Estuvo viendo mi audición por el ordenador, a través de la página del teatro. Quería conocerme y ella misma decidió ir; si eso no es una señal, pues alguien debe explicármelo.

—No seas crío, André, te lo pido por favor. —Maximillian suspiró clavando su mirada en la del bailarín—. Con todo lo que está pasando tu madre, deberías de ser un poco más consciente.

—¡Y yo qué!

André se levantó de aquella silla y la golpeó contra la mesa. Cogió su mochila y, después de colgarla a su espalda, dedicó esa mirada rabiosa tan conocida por su padrastro.

—¿Crees que yo estoy feliz por toda la situación por la que estamos pasando? ¿Crees que a mí no me duele la forma en la que lo perdimos? ¿Crees que no me duele que estemos casi endeudados? No tienes ni puta idea, Maximillian. Tú eres nuevo aquí, no sabes el sufrimiento que llevo cargando encima mientras sigo formando parte de esta familia, así que deberías de callarte la boca. —Con la misma energía André dejó un puntapié en el metal de aquella silla, y logró que el sonido hiciera eco por toda la cafetería—. Vete a la mierda...

El francés no dio oportunidad de réplica a Maximillian. Con la misma energía utilizada para aquel reproche, marcó sus pasos hacia la salida de la cafetería.

Dispuesto a marcharse a casa, se dio de bruces con esa cara que hacía pocas horas había visto por primera vez.

—André... —La voz de Jania sonó delicada y a la par sorprendida.

Pero él estaba demasiado enfadado como para ser consciente de que habían

pronunciado su nombre, al menos hasta que ella estiró su brazo para tomar la muñeca del bailarín.

—Eh..., ¿a qué viene ese cabreo monumental? —preguntó ella esbozando una sonrisa.

—¿Qué? —André se giró apartando su brazo con energía mas, cuando sus ojos se posaron en los de ella, una calma absoluta inundó todo su corazón—. ¿Qué quieres?

—Pregunto a qué viene este cabreo monumental.

André bajó su mirada; ella seguía sentada en la silla de ruedas, perfectamente llevada por las manos de su padre. Un par de ojos que observaban al bailarín con esa amplia sonrisa tan igual a la de su hija. El francés miró a sus espaldas; la silueta de Maximillian seguía viéndose desde esa distancia, pero André no tenía pensado cambiar de idea ante lo dicho.

—No es nada —respondió después de segundos en silencio—. Creo que necesito pasear.

—Papá, iré con él. Dominique ha dicho que me vendría bien tomar aire después de la sesión de rehabilitación. André puede llevar la silla y así tú vas con mamá; también necesitáis despejaros un poco.

—Si él quiere, no veo el problema. —Adrian extendió su mano—. Encantado, por cierto.

—Lo mismo digo, señor. —Fue el francés quien estrechó con fuerza aquella mano, hasta el momento desconocida—. Solo daremos un paseo por los alrededores.

—De señor nada, y el placer es mío. Jania nos ha hablado bastante de ti, y déjame decirte que lo haces de maravilla. Me habría gustado mucho ver a mi hija a tu lado sobre ese escenario. —André fue consciente, en ese instante, de la sinceridad cargada en aquellas palabras—. Y no es algo que diga a la ligera.

—Lo sé, muchas gracias —respondió André con nerviosismo. Se colocó justo detrás de la silla de ruedas y la cogió con fuerza—. Me robo a su hija un rato.

En ese momento, el francés se visualizó esbozando una pequeña sonrisa, de esas que pocas veces salían con toda la sinceridad de la que podría disponer. Se despidió con un ligero gesto de cabeza de Adrian y continuó su camino junto a Jania, atravesando las puertas de entrada y salida del hospital.

Parecía que la tarde era bastante tranquila, a decir verdad, soleada, poco

habitual en la época en la que se encontraban. Como si la primavera quisiera mostrarse antes de lo habitual, el aroma a azahar les dio la bienvenida rodeando el edificio, así como el brillo del césped, que acogía en todo momento a las personas que se atrevían a caminar por el lugar.

—Cualquiera diría que esto es un hospital, ¿verdad? —Jania giró su rostro para observar la tez seria de André.

Este respondió con un leve asentimiento de cabeza.

—Oh, vamos, no me digas que ahora vas a ser don seriedad conmigo, porque te advierto que cerraré la boca y no diré nada más. Créeme: eso suele molestar bastante a la gente porque incluso frunzo el ceño y no suele gustar mi cara de desagrado. Dicen que me pongo muy fea —bromeó Jania.

—Estoy seguro de que en cualquier situación serías igual de preciosa. No digas tonterías. —Sin ser consciente André estaba riendo a carcajadas mientras negaba lentamente—. Mira, justo allí hay un sitio donde podemos descansar.

Dio un par de movimientos con su cabeza para indicar el lugar. Jania volvió a girarse y sonrió.

—Tendrás que ayudarme. No llevo..., bueno, ya sabes.

—No tengo problema con eso. ¿Todavía no te dejan caminar a todas horas? —preguntó él con curiosidad.

—Me duele bastante más de lo que pensaba. Dicen que es parte de la rehabilitación y que desde luego parece más psicológico que otra cosa, pero aún están buscando la forma de adaptar mi prótesis. Ya sabes, los materiales y ese tipo de cosas —dijo ella con toda la tranquilidad. Se descubrió a sí misma hablando de ese pequeño detalle como si fuera lo más normal del mundo—. No todos tenemos la misma aceptación, mucho menos somos iguales a la hora de llevar una prótesis. Y para serte sincera, estoy un poco cansada de que me digan que el espectáculo debe continuar...

No solo fueron aquellas palabras ni el suspiro que prosiguió a estas; además, el gesto tenso que su cuerpo había adoptado delató la tristeza de Jania, y André era muy consciente de ello. Poco a poco, mientras compartía aquellos cortos segundos con una joven que deseó haber conocido antaño, en momentos en los que la soledad era su única compañera. Con una sonrisa y aún sin responder, llegaron hacia una zona vacía, donde el césped parecía estar seco y la tranquilidad visible les entregaría el silencio necesario para poder hablar sin temer a no ser escuchados.

André cogió en brazos a Jania y con delicadeza la dejó sentada sobre el color verdoso. Vio la incomodidad en los ojos de la mujer; por tanto, cogió aquella fina manta de cuadros azules y la tapó desde la cintura hacia la punta de su único pie. Dejó su mochila en el asiento de la silla de ruedas y no se lo pensó dos veces, solo la miró y se sentó a su lado estirando sus piernas, dejando las manos apoyadas sobre el frescor de la hierba.

—Mira: es normal que los médicos, e incluso tus padres, te animen a seguir adelante y te indiquen qué caminos debes de tomar para poder buscar aquello que quizás se convierta en tu nuevo sueño. —André la miró, por unos segundos cerró sus ojos y disfrutó del suave toque de la brisa en su rostro.

No los abrió mas, de alguna forma u otra, seguía mirando a Jania, mientras que ella tenía el color azulado de sus ojos fijados en el rostro del bailarín. Por alguna inexplicable y extraña razón, sentía que sus palabras y su futuro ánimo iban a ayudarla más de lo que quiso imaginar.

—Pero ellos no se han dado cuenta de una cosa —continuó él después de unos segundos en silencio—. No se dan cuenta de lo que te ha quedado después de aquel accidente. Sí, vas a poder caminar y podrás hacer una vida normal, claro que sí. Incluso hemos visto a corredores que ganan juegos olímpicos; sin embargo, no podemos engañarnos. Tu vida como bailarina se ha acabado porque es imposible que puedas bailar; incluso un pequeño calentamiento para ti significaría un mundo entero.

—Sí... —Jania no sentía dolor alguno por las palabras de André, sino por la realidad que ya era parte de su vida—. Ellos creen que es fácil, creen que puedo despertarme cada día y mirar a mi alrededor sin pensar en algo tan sencillo como... «Hoy tengo que entrenar». Estoy harta de que me digan que hay muchas más cosas. Pero ¿qué le queda a un bailarín cuando ya no tiene su baile?

—Nada —añadió André como respuesta—. No nos quedaría nada.

El bailarín se movió un poco para quedar sentado sobre el césped entrecruzado de piernas, en esa posición de estiramiento tan común para él. Algunas veces le resultaba increíble darse cuenta de cómo llevaba todo lo referente a la danza a su realidad, esa realidad que había golpeado a Jania hasta producirle el peor de los dolores.

—No tengo ni idea de qué hacer. —Ella enredó sus dedos en las pequeñas hojas verdosas—. Intento esforzarme y mirar las cosas de una forma diferente pero, sinceramente, no tengo ni idea de lo que quiero hacer.

—Encontrarás la forma, ya lo verás. Estás aquí, has venido al teatro, y eso ya es un gran paso. —André buscó una de las manos de Jania, la cogió con fuerza y acarició esa delicada piel blanquecina—. Tal vez no te sirva de ayuda, pero yo estaré para apoyarte, día a día.

—¿Por qué? —preguntó ella. Alzó su mirada para buscar el color azulado de André—. ¿Por qué quieres ayudarme?

—¿Por qué has venido a buscarme al teatro? —respondió él a pesar de la pregunta.

—Necesitaba hacerlo, ver cómo bailabas, además de que precisaba ser consciente de que sí...: aun a pesar de mi realidad, la vida sigue y, sobre todo, el baile. El mundo de la danza no se ha parado por más que yo ya no pueda bailar. Pero quería comprobarlo con mis propios ojos y así, aunque sea complicado, hacerme a la idea de ello. —Jania lanzó un pequeño suspiro. Se encogió de hombros y sonrió llevando sus manos hacia el cabello para arreglarlo y colocar los mechones sueltos detrás de su oreja—. Creo que tú serás un buen compañero de aventuras; de un modo u otro, me has ayudado y sé que me darás el apoyo que necesito. Además, creo que eres a la única persona que no odio por poder subirse a ese escenario.

—Solo bailo, sin preocuparme por nada más. —André la observó con tranquilidad—. Después de todo, no se trata de luchar por ser el mejor, sino de dar lo mejor de ti mismo para hacer ese baile completamente tuyo. Al menos es lo que yo pienso.

—¿Ves? Me lo pones fácil, hombre. —Jania se echó a reír—. Con esa clase de comentarios que tienes, es completamente imposible pensar en odiarte. Anda, ven.

André alzó una ceja pero, siquiera antes de poder rechistar, Jania ya se había tumbado sobre el césped. Dejó sus brazos en alto, completamente estirados, y comenzó a moverlos como si siguiera una suave melodía.

—Sé cada uno de los actos de memoria. No estaba muy segura de cuál iban a pedir en la audición. —Giró su rostro. André ya estaba a su lado sonriente, como siempre se había mostrado con ella.

—Segundo acto, número doce —respondió André con alegría.

—Vaya...

El bailarín se giró para ponerse de lado y apoyar su rostro en una de sus manos. Notó cómo su costado y parte del brazo comenzaba a enfriarse debido a la frescura de la hierba, mas no se preocupó por eso en ningún momento;

solo miró a Jania y elevó su brazo libre para entrelazar sus dedos con los de ella. Cogió su mano con fuerza, pero fue Jania la que aprovechó ese gesto para llevar el brazo de André hacia su cuerpo y que así la abrazara.

Sus rostros estaban tan pegados que podían sentir la respiración del otro chocar. El cosquilleo que André sintió la hizo sonreír; era un efecto automático que ella conseguía con él y la hacía sentir que nada de aquello era fingido.

Jania se giró para observar el perfil del bailarín. Ya había olvidado el lugar donde se encontraban, menos se preocupaba por el frío o si empezaba a anochecer en cuestión de minutos. Aquellos dos encuentros valieron por tiempo regalado y sonrisas compartidas junto a ese hombre misterioso que parecía esconder en su interior la misma clase de dolor que ella sentía día tras día. Lo veía en sus ojos, incluso en la forma de expresarse, pero no preguntó; solo quiso acercarse y compartir algo más que palabras o suaves caricias. Algo en su interior le decía que deseaba besarlo, descubrir lo que había más allá de esa sonrisa o mirada azulada. Nunca había sido una mujer que negara los deseos que se escondían en su interior: se acercó a él con la misma rapidez con la que latía su corazón, pegó una de sus manos al pecho de André, rasgó la tela de su camiseta mientras la enredaba entre sus dedos. Ambos se dejaron llevar por ese beso, dulce y a la vez pasional, pidiendo más con cada respirar, justo antes de escuchar un carraspeo a sus espaldas.

—Maximillian preocupado por ti y tú... aquí... —Emilie tenía sus brazos entrecruzados a la altura de su pecho.

André no estaba seguro de si sufría más por la vergüenza de la interrupción de su madre o al ver la cara de Jania, con el semblante totalmente teñido de ese característico color rojizo.

—¿Se puede saber qué coño te pasa, André?

—Estás enfadada de verdad. —Arrastró aquellas palabras con protesta y se sentó sobre el césped antes de dirigir su mirada hacia Jania—. Mamá, ella es Jania. Jania..., ella es mi madre.

—Un placer... —respondió la más joven con una sonrisa.

Y ahí seguía ella, tirada sobre el césped sin saber bien qué hacer.

—Maldito seas. Con la edad que tienes y actuando como si fueras un maldito crío, André.

—¡Pues no me echas la bronca como si fuera así, joder! —Este alzó una ceja, se levantó de allí con la misma fortaleza con que minutos atrás había

cogido a Jania para sentarla en su silla de ruedas—. Y no habría peleado con Maximillian si él se hubiera callado la boca.

—Desagradecido. —Emilie se giró para enfrentar la mirada de su hijo—. Podrás ser el adulto que quieras, pero sigo siendo tu madre y el, tu padre.

—Claro, mamá, lo tengo muy presente. —El bailarín lanzó una protesta al aire alzando su rostro, miró a Jania y comenzó a andar—. No te preocupes: cuando llegue a casa, me volveré un crío de nuevo y le pediré disculpas.

La madre de André rodó los ojos mientras que Jania empezaba a reírse de forma descontrolada. Podían ser adultos, pero sin duda aquella situación era lo más parecido a una serie adolescente.

—No puedo creer que esto haya pasado —dijo ella con alegría.

—Es una entrometida, siempre me trata como un crío —protestó André mientras seguía con su caminata hacia el interior del hospital—. La odiaré de por vida por esto.

—No digas esas cosas, hombre, que no es para tanto.

—¿Qué no es para tanto?! Já —André se echó a reír y, en cuanto vio las puertas, entró al interior del edificio—. No los conoces. Si todavía no me he ido de casa, no tengo ni idea de por qué es, la verdad...

—Bueno, hay personas que están hasta los cuarenta años en su casa y no pasa nada —bromeó ella llevando su mirada hacia el de ojos azules.

André abrió y cerró la boca, sin poder dar replica a ese hecho. Se echó a reír con una risa tan estruendosa que incluso dañó sus propios oídos.

—Esa ha sido buena. Si otros nos vieran, pensarían claramente que estamos en plena adolescencia y, en realidad, ya somos bastante adultos —añadió girando la silla de ruedas hacia el ascensor—. Pero es más por las circunstancias que todavía no me fui de casa. Digamos que necesito mantener a la familia unida al menos por un tiempo.

—Creo que me pasa igual aunque, con lo que ha pasado últimamente, no es que pueda marcharme de casa sin más. Tengo la sensación de haber vuelto a esa edad en la que prescindía de ellos más de la cuenta, y no quiero sentirme así; incluso creo que soy una carga para ellos y para sus trabajos. Mi madre ha tenido que dejar de dar clases tan seguido en la universidad. —Fue Jania la que pulsó el botón de su planta nada más entrar al ascensor—. Y mi padre dice que tal vez se tome unas vacaciones porque está demasiado estresado. En teoría, soy lo suficientemente adulta como para poder cuidarme yo sola, y mira: aquí ando..., robándote incluso tiempo a ti porque aún no puedo valerme

por mi misma.

—A mí no me estás robando tiempo. Estoy aquí porque quiero; además, en teoría, venía para recoger a mi madre, pero al final he acabado haciendo otras cosas. —André siguió caminando hasta la habitación de Jania.

—¿Qué es lo que ha pasado para que te pelearas con tu padre?

—Oh, es mi padrastro —comentó él con alegría—. Pero en realidad sí: es como si fuera mi padre. Y no fue nada importante, así que no te preocupes.

Jania intuyó que aquellas palabras no habían sido del todo ciertas, mas tampoco quería insistir si él, de primera mano, no le comentaba nada. Conocía bien el malestar causado por las preguntas constantes y no deseadas cuando no existía el deseo de transmitir aquello que sentías: guardó silencio y sin más indicó el lugar donde quedaba su habitación.

Cuando atravesaron la puerta, se aseguró de sonreír y dar la bienvenida al que se había convertido en su nuevo hogar.

Todo estaba perfectamente ordenado, incluso el último ramo de flores mandado por algunos amigos de la universidad, con la típica nota de ánimo que, sin que ellos lo percibieran, había producido el efecto contrario en la mujer. André caminó hacia la zona de la ventana, se separó de ella, pero sin dejar de mirarla. Como si leyera su mente, ella respondió negando con su rostro.

—Me quedaré aquí un rato, creo que luego vendrán para que camine un poco por los pasillos.

—¿No era que no podías?

—No, lo que pasa es que me dolía. Están probando diferentes formas para que me adapte a la prótesis. Hasta que mi muñón no esté bien curado y cicatrizado, es normal que me duela. —Jania se encogió de hombros, pasó una de sus manos por la pierna amputada y dejó un leve masaje en el límite de esta —. Pero ya estoy mejor, no me duele tanto con los masajes y la rehabilitación.

—Eso me alegra mucho. —André la miró y observó su reloj.

Fueron las manos de Jania las que tomaron las de él para atraerlo con un simple tirón hacia ella y permitirle que besara sus labios y continuara con aquel momento interrumpido por la madre del bailarín. Los dedos de ella rasparon su barba incipiente, viajaron con suaves roces hasta la nuca de André, para atraerlo más hacia ella y así profundizar aquel beso dándole completo acceso a su boca.

—Ahora sí —susurró ella aún pegada a sus labios—. Pronto estaré fuera de

este hospital y podré hacer la vida normal que tanto deseo hacer.

—Y mientras tanto, prometo estar aquí todo el tiempo libre que pueda. No pienso dejar pasar esto por alto; además, soy yo quien debería de robar tus besos, ¿no crees? —preguntó él con burla.

Se acercó y dejó un suave roce en sus labios.

Solo bastaron unas pocas palabras para firmar la despedida de ese día, sorprendente, peculiar y, a la par, totalmente inesperado. Para André, quizás todo fuera un sueño, y lo creería de esa forma si no recordara el tacto de los labios de Jania sobre los suyos y ese deseo interno que empezaba a extenderse por todo su ser de una forma descontrolada.

Caminó en silencio por los pasillos del hospital antes de marchar al lado de su madre, seguramente para tener que esforzarse por un perdón que no estaba obligado a pedir. La sensación de tristeza comenzó a invadirlo, sin poder evitarlo, mas era su rostro el que no reflejaba emoción alguna. Sabía bien que ese lugar lo llevaba a recordar la pérdida de un ser querido. Apenas sin darse cuenta acabó caminando hasta esa habitación, donde tantas preguntas seguían formándose. Miró a través del cristal de la puerta y suspiró, suspiró clamando rezos, pidiendo fortaleza para su alma.

Y aun después de todo eso, siguió caminando, mientras su mirada se perdía en la lejanía de aquellos pasillos, aunque sus recuerdos siguieran intactos en su mente y el dolor de ese corazón destrozado marcara latidos vacíos de felicidad.

Capítulo 5

Seguía siendo una sensación extraña eso de amanecer con una sonrisa dibujada en tu rostro cuando el sentir que recorría tu alma solía ser todo lo contrario. La sonrisa de Jania deslumbraba, incluso, a través de su azulado mirar; era un fulgor semejante a los rayos del sol que se colaban entre las rendijas de la persiana y dejaban esa característica armonía de colores reflejada en cada objeto de su habitación.

¿Cómo una mujer destrozada por su destino podía verse tan feliz sin ningún cambio aparente en su vida?

Al menos, esa era la pregunta que Dominique se había hecho nada más entrar en la habitación de ella, dando su habitual «Buenos días» para anunciar el horario de la rehabilitación. Dichoso se sintió al ver cómo el rostro de la mujer parecía lucir distinto, con una sonrisa verdadera y no con ese gesto forzado en días atrás. Se cruzó de brazos apoyándose en el marco de la puerta, fijando sus ojos en los de ella, intentando buscar las respuestas escondidas en su mente, aunque en demasía tuvo claro que, con el paso del tiempo, con su forma de ser, sería imposible escudriñar más allá de los pensamientos que ella transmitiera a través de sus labios.

—¿Se puede saber por qué no dejas de mirarme de esa forma? Habla ahora o calla para siempre, mi querido Dominique. —Janía alzó una ceja mientras intentaba comer el insípido desayuno que servían cada mañana.

—No lo sé, dímelo tú. Es raro verte tan... —El médico movió las manos mientras caminaba al interior de la habitación, buscando las palabras correctas—. ¿Risueña, quizá?

—Pensé que tú eras el que quería que alegrara la cara, ¿no? Palabras textuales —afirmó Janía llevando un mechón de cabello tras su oreja—. ¿O

era el espíritu? Ah, sí eso. Lo tengo grabado en la frente, por desgracia — bromeó.

Dominique rodó los ojos dirigiéndose hacia el sillón gemelo a la cama, donde ella descansaba. No disponía de mucho tiempo libre; no obstante, ya había tomado como costumbre ir a ver a su paciente favorita. Alguien a quien empezaba a considerar amiga o, al menos, algo distinto a la relación con la que se habían conocido.

—No es que tenga el poder de leer la mente, pero sé lo suficiente de mujeres como para darme cuenta cuándo una expresión parece más especial de lo habitual. Y la tuya es de felicidad. —Dominique cruzó una de sus piernas encima de la otra, izquierda sobre derecha, un gesto que Jania odiaba, a la par que él instalaba una sonrisa automática al observar la tez seria de la mujer—. Habla. ¿Qué hiciste ayer para estar tan contenta?

—¿A ti qué coño te importa? Hombre... —Ella se encogió de hombros y siguió comiendo aquella compota de manzana—. ¿Ahora eres detective?

Observó el gesto de Dominique y se echó a reír. Jania dejó el vaso sobre la bandeja y no tardó en mirarlo a los ojos.

—Ayer fui al Teatro Nacional. ¿Recuerdas que te dije que quería conocer a uno de los bailarines?

—El protagonista, sí, lo recuerdo perfectamente —respondió Dominique mostrando un ligero interés—. ¿Lo conociste?

—Más que eso: vi una parte de *El lago de los cisnes* —añadió Jania, siendo consciente de esa primera vez sonriendo al hablar de su amada danza—. Si hubieras estado allí... Posee una magia que pocas veces he visto en un bailarín, al menos en un hombre, y con la poca altura que posee. Sus movimientos, el ritmo parejo que logra junto con la música... Incluso, si no estuviera sonando, él mismo sería capaz de transmitirte la pieza de Tchaikovsky con su forma de bailar.

Dominique observó cómo Jania comenzaba a mover las manos acorde con lo que sus palabras decían. Supo, por cómo lo hacía, que estaba siguiendo aquella danza que seguro tenía grabada en su mente.

Un mundo totalmente desconocido para él.

Sonrió, pues no podía evitar sentirse feliz al ver a Jania eclipsada por esa expresión alegre, pero también se dio cuenta de lo poco que le gustaba hacia donde estaba yendo la conversación. Veía, en los ojos de ella, una ilusión no solo transmitida por el recuerdo del baile, sino por la imagen de aquel chico,

que para él mismo era totalmente desconocido.

—Ha pasado algo más, ¿verdad? —preguntó Dominique. En su expresión quedó marcado el interés del porqué; sintió por primera vez cómo los celos se instalaban en su persona.

—Algo que..., sin duda, no esperaba —admitió ella sin dejar de mirar a Dominique—. Ayer no tardé demasiado en volver al hospital, pero por la tarde, después de la rehabilitación, me encontré con él en los pasillos. ¿Sabías que su madre trabaja aquí? Es enfermera, se llama Emilie.

—Creo que la he visto. Una mujer rubia de ojos azules, ¿cierto? Con aspecto cansado. —Sonrió al ver cómo Jania asentía—. No la conozco demasiado, pero dicen que es una mujer muy trabajadora y seria.

—Lo es, puedes creerme. Ayer me di cuenta, por la tarde. —Ella siguió hablando con alegría, recordando los eventos ocurridos el día anterior—. André y yo fuimos a dar un paseo por los alrededores del hospital. Digamos que, mientras estábamos hablando a solas, surgió...

—¿Surgió? —interrumpió Dominique—. ¿Estás queriéndome decir que has tenido algo con un hombre desconocido?

—No era del todo desconocido; nos habíamos visto por la mañana.

—¡Es lo mismo! —El médico alzó una ceja dibujando una mueca de disgusto.

—Oh, vamos, no me digas que ahora te vas a poner como el típico padre protector. Ya soy bastante mayorcita, hombre.

—Deja de llamarme así —le recriminó él.

—No me da la gana..., hombre. Además, no quieras recordarme la escena que montó la madre de André si no quieres que me ría en tu cara y te diga que estáis hechos el uno para el otro. Dioses. —La rubia lanzó un suspiro, sin todavía creerse aquel hecho. «Ni que fuéramos críos», se dijo antes de volver a la conversación con el médico—. Fue de chiste... verla ahí plantada, con los brazos cruzados y echándole en cara a su hijo por qué se había peleado con su padrastro. —Jania se echó a reír—. La típica riña a un adolescente.

—Hay ciertos hombres que, por más años que tengan, siguen siendo unos estúpidos, además de unos críos, y con certeza pienso lo mismo de las mujeres.

—¿Te has enfadado, Dominique? —Fue ella la que ahora se cruzó de brazos retando al médico.

Este la miró en silencio. Quizás no era enfado, pues lo sabía muy bien y se

conocía lo suficiente como para ser consciente de cuáles eran los sentimientos que le arrebataban la posibilidad de pensar con claridad.

Celos.

Esa palabra que era capaz de cegar a cualquiera hasta el punto de hacerle obrar cualquier estupidez.

—No estoy enfadado. Digamos que me parece un poco una locura que esas cosas pasen así de repente. Cuando solo conoces a la persona de unas cuantas horas.

—Claro, habla quien se encuentra entre el género que más líos de una noche buscan en las discotecas. —El propio tono de ofensa sorprendió a Jania hasta el punto de obligarla a echarse a reír, más cuando observó el gesto de disgusto de su compañero—. Olvídalo, haz como si no hubiera dicho nada.

—Menos mal que admites que te has pasado un poco. —Dominique suspiró y se levantó de la butaca—. En fin, supongo que no soy nadie para decírtelo, pero deberías de llevar cuidado con esas cosas.

—Tú lo has dicho, Dominique: no deberías darme esa clase de consejos, pero también soy adulta y nada estúpida como para cometer esos errores o simplemente arriesgarme a dejar que me hagan daño. Y no vuelvas a irte como hiciste ayer, pedazo de borde. —Ella alzó su rostro echándole en cara aquello—. Sé que tienes un rato libre antes de las rondas, así que... ¿puedo preguntarte algo?

—Todo va bien, si es a lo que te refieres. Tu cicatriz está muy bien lograda. El dolor por el que estás pasando es solo un proceso, Jania, un proceso que superarás.

—¿Cómo sabías que sería eso? —preguntó ella mientras negaba con una sonrisa.

Dominique se acercó hacia su paciente y se sentó en uno de los huecos de la cama. Cogió una de las manos de ella y la estrechó con fuerza. La mirada de él era dulce a la par que atenta.

—Creo que ya te conozco, y no solo como paciente. Se cuáles son tus miedos y tus preocupaciones, así como lo veo en tu rostro cada vez que hacemos los ejercicios. —Dominique alzó la mano de ella para depositar un delicado beso en su piel—. Es cuestión de tiempo y de trabajo que consigas sentirte totalmente a gusto con tu prótesis y con la nueva vida que iniciarás con ella. Pero nunca he dudado de tu fortaleza y mucho menos lo voy a hacer ahora, así que tranquilízate un poco, ¿vale? Además, recuerda que, en unos

pocos días, por fin recibirás el alta; tienes que esforzarte por empezar tu vida en casa.

—Lo sé. Es demasiado tiempo el que he pasado dentro de este hospital; no puedo permitir que mis padres vuelvan a esa vida en la que debían de cuidar de una adolescente. Y tengo que seguir con los estudios; la universidad es mi primer objetivo.

—¿Ves? Después de todo, no es tan difícil ver las posibilidades nuevas que la vida nos ofrece. Ahora tengo que irme, Jania, pero nos vemos en unas horas.

—Dominique tomó una cercanía ya conocida por ambos para dejarle un cálido abrazo—. No te aburras demasiado.

—Prometido. Tengo una mañana súper ocupada además, ¿no lo sabías? — bromeó Jania observando cómo él se levantaba de la cama.

Siguió los pasos de Dominique con su mirada, aguardando en silencio a que se perdiera tras aquella puerta. Negó con lentitud; después de todo, debía de reconocer que le gustaba la forma en la que la cuidaba y siempre estaba pendiente de ella. Incluso a pesar de esas «peleas» que en ocasiones provocaban en ella más que un dolor de cabeza, pues nunca esperaba más allá de lo que en realidad debían de entregarle, y para Jania Dominique era un buen amigo, un amigo que tal vez mantendría en el futuro. Pero, aun así, ella misma no dejaba de preguntarse el porqué de esa actitud tan protectora, ya que el hombre sabía muy bien que no era necesario tal comportamiento, no al menos hacia una mujer que durante toda su vida había demostrado ser muy diferente a las demás.

—¿Preparada para afrontar otro nuevo día?

La voz de André la sorprendió como si se tratara de un sueño, mas comprobó con su mirar que aquella visión no era efecto de su imaginación.

Allí estaba, plantado en el borde de la puerta, con una pierna cruzada delante de otra, así como sus brazos, posados en esa posición tan masculina. Sus ojos azules destilaban alegría y un brillo que, por encima de lo primero, demostraba ese amor que solía crecer lleno de ilusión en el interior de alguien. Al menos, era la percepción que ella quería guardar en su corazón, aunque algo en su interior deseara que estuviera equivocada.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿No tienes ensayo?

—No, día libre, y bien merecido. Esta tarde tengo que ir a trabajar, así que no podré venir al hospital. ¿Acaso un hombre no puede visitar a una bella dama en su tiempo libre? —Aquella pregunta dejó sin palabras a la más joven.

André alzó una ceja con alegría, apretando sus labios para evitar reír. Negó con lentitud y sin más, cerrando la puerta con un leve toque, caminó al interior de la habitación.

Observó con tranquilidad la expresión de Jania. No estaba muy seguro de si era sorpresa, duda o quizá miedo, pero tampoco era algo que al bailarín le importara. Lanzó su mochila hacia el sillón, observando la tez sorprendida de ella, y caminó hasta colocarse al lado de su cama y sentarse a la altura de sus pies. No tardó en subir las piernas y entrecruzarlas para tomar cercanía con la mujer.

—André...

—Dime —dijo él con una sonrisa—. Si quieres, me voy.

—No es eso, idiota, pero no te esperaba; has alegrado mi mañana —admitió ella siendo consciente de la sonrisa que en ese momento se había instalado en su rostro.

El francés echó un vistazo a su alrededor y vio el desayuno inacabado de ella. Negó con una sonrisa y estiró uno de sus brazos para llegar hasta su mochila. La colocó con cuidado entre sus piernas y, después de abrir el bolsillo grande, sacó de su interior dos snacks de sus favoritos: Kit Kat.

—¿Llevas chocolatinas en tu mochila?

—¿Por qué no debería? ¿Y si en uno de los ensayos me da un bajón de azúcar? No sabes lo grave que es eso y lo mal que he llegado a sentirme por no tener el suficiente azúcar, así que un día me dije... —El bailarín se incorporó un poco estirando su espalda al completo y carraspeó—. «André, a partir de ahora, irás cada día a comprar chocolate sin importar qué».

—Aunque parezcas uno de esos adolescentes adictos al azúcar con peligro inminente de que le salgan caries y de que peligre su diabetes.

Jania se echó a reír, lo que provocó que André dibujara una mueca de disgusto. En ese justo instante, él fue quien apartó las manos y dejó aquellas chocolatinas en el mismo lugar. La observó alzando una ceja, entrecerrando sus ojos, llevando esa expresión al límite, a la par que su silencio acentuaba esa respiración nerviosa que pasó a ser calmada con el paso de los minutos después de despertar.

—Dámela —pidió Jania.

—¿Por qué debería? Tú misma acabas de decir que soy un adicto al chocolate. Debería de tomarlas todas para demostrar la realidad de tus palabras, ¿no crees? —comentó el bailarín con burla—. Además, tú ya has

desayunado.

—¿A esto lo llamas desayuno?! Por todos los dioses, André, ahora soy consciente de por qué echo de menos la universidad: allí sí sirven un desayuno decente. —Jania apoyó las dos manos sobre la cama y se echó un poco hacia delante para dejar su rostro a apenas unos pocos centímetros de los del bailarín—. Entonces, ¿no piensas compartir con esta bella dama tus chocolates?

—No lo sé, quizás un hombre como yo necesite algo a cambio para desear recompensarte con dulces.

Ella no respondió con palabra alguna, solo se movió llevando sus manos hacia el rostro de André. Se acercó a él —no con la lentitud que el bailarín esperaba— y se apoderó de sus labios con pasión, que le dieron completo acceso a su boca. Con el deseo de recuperar ese tiempo perdido que la lejanía había provocado.

Dejó una mordida en su labio inferior, nada delicada, y llevó su rostro hacia atrás mientras escuchaba cómo él gruñía.

—¿Acaso he hecho daño al señor D’Alzon? —preguntó ella alzando una ceja.

—Señorita, usted no sabe nada de este hombre. Quizás mi queja sea de otro tipo. —Cogió entre sus dedos aquella chocolatina y la ofreció a Jania sin perder esa mirada pícaro que ya parecía ir incluida en su propia esencia—. No crea que va a tener escapatoria alguna después de esta provocación.

—Tendrías que encerrarme bien escondida en algún lugar de este hospital, así nadie puede encontrarnos, algo que creo prácticamente imposible.

—¿Acaso eso es un reto, Jania? —André se acercó hacia ella para besar sus labios.

¿Cómo se habían convertido sus encuentros en un juego plenamente sexual?

Jania no estaba segura de si era aquella mirada, tal vez el color de los labios de él, el brillo de su cabello o incluso el imaginar cómo cada uno de sus músculos se contraían en aquellos perfectos movimientos de baile. Demasiadas preguntas sin respuesta que no dejaban de atravesar su mente desde el instante en que sus ojos se habían cruzado con las imágenes de él a través de una pantalla de ordenador. Podía ver misterio a través de la mirada de André, esa esencia oculta de una personalidad difícil de transcribir.

Y a la par era ese misterio el que atraía cada uno de los pensamientos de Jania.

Deseaba descubrir qué pasaba por la mente del bailarín. Deseaba saber el porqué de su mirada perdida o de aquellas palabras llenas de sentimiento que le había dedicado hacía apenas unas pocas horas atrás. Lo miró a los ojos, pensativa, mientras se encargaba de abrir con sus dedos el plástico que cubría aquel delicioso chocolate. Él seguía atento a cada uno de sus movimientos, como esos cazadores que observan a su presa, hora tras hora, por el puro placer de saber cuál será su siguiente movimiento. Quizá, él mismo esperaba que apartara la mirada, pero Jania no estaba dispuesta a dejarse ganar. Dio un bocado a su chocolatina y la comió con cuidado, en completo silencio, agradeciendo el delicioso sabor entre sus labios. Preguntándose cómo sería probar el placentero dulce entremezclado en los del ajeno. Y puede que André hubiera leído aquel pensamiento a través de los ojos de ella, porque gustosamente fue quien dio ese paso. Dando rienda suelta a sus deseos, cumpliendo con lo que su cuerpo pedía en ese instante.

—Deberías estarte quieto —susurró Jania pegada a los labios de él.

—¿Por qué? ¿Acaso quieres que me pierda tras esa puerta y que deje de besarte? —La pregunta sonó alegre, incluso atractiva a oídos de ella.

—No he dicho eso, pero cualquiera podría entrar a la habitación.

—¿Ese tal Dominique? Bueno, puede mirar, si es que así lo desea; no tengo ningún tipo de problema. —André se encogió de hombros dibujando una sonrisa.

Jania abrió su boca y la volvió a cerrar al instante. De todas las cosas que hubiera esperado escuchar por parte del bailarín, que nombrara a Dominique no era precisamente una de ellas.

—¿Acaso estás celoso de él?

—No lo sé. Si es tu novio, puede ser que me dé un poco de rabia pero, si no lo es, tal vez lo tome como a alguien que solo está aquí para ayudarte. Después de todo, estoy seguro de que yo soy mucho más guapo que él. —André dedicó un guiño.

—Pero, bueno, miren quién tiene el ego por las nubes. Era extraño que no estuviera en ti siendo bailarín. —Jania lo miró, relamió sus labios y dejó una mano en el rostro de este. Acarició su mejilla y dejó que la barba incipiente de André raspara sus dedos—. Dominique es un amigo, un amigo increíble que se desvive por ayudarme. Si no fuera por él, la mitad de mi positividad se habría ido al garete. Además, me conoces de apenas dos días; ¿es tiempo suficiente para que te pongas celoso?

Aquella curiosidad crecía en el interior de Jania como uno de esos torrentes imposibles de detener. Era cierto: solo eran horas, pero ¿acaso se podía evitar ese tipo de atracción que te ataca sin ningún tipo de preaviso? Puede que nadie lo entendiera, incluso que lo vieran como uno de esos peligros inminentes que siempre acaban dañando a todo aquel que se cruza en tu camino. Pero a ella no le importaba demasiado, menos si el bailarín estaba tan dispuesto a seguir con ese «juego» que ambos habían comenzado.

—¿Celos? —André alzó una ceja mientras negaba con rapidez—. ¿Crees que debería sentir celos solo porque alguien se ha acercado a una mujer que parece maravillosa?

—No será para tanto.

—Lo es. —La expresión alegre del francés cambió en un pequeño instante. A Jania le sorprendió lo multifacético que parecía ser—. Mira, Jania, desde que escuché tu nombre en los ensayos de la obra, supe que, de alguna manera u otra, necesitaba conocerte. No me preguntes el porqué, porque ni yo mismo lo sé, pero no me importa demasiado. Lo que no esperaba es que fueras tú quien viniera a buscarme, mucho menos que sintieras curiosidad por un tipo como yo.

—¿Y qué clase de tipo eres? No me lo has dicho. Apenas te conozco, no sé por qué debería de rechazarte sin saberlo mejor o peor de ti. —Quizá eran palabras que podían olvidarse de un momento a otro, pero Jania hablaba con toda la sinceridad de la que disponía—. No obstante, eres libre de contarme cómo sea.

—La verdad es que no se si tengo deseos de que sepas esas cosas sobre mí. —André la miró con firmeza, buscó una de las manos de ella y la apretó con fuerza—. Soy André, un bailarín que ha luchado año tras año, ensayo tras ensayo, por conseguir bailar en uno de los teatros más importantes del mundo. No es tan difícil de ver.

—¿Crees que con eso es suficiente? —preguntó Jania con curiosidad.

Pero ella misma era una persona que ocultaba mucho más de lo que podía expresar. Incluso sabía bien que, esbozando una sonrisa, no contaba la verdad que se escondía en lo más profundo de su alma.

No podía juzgar a André, mucho menos pedirle que hiciera lo que ni ella misma estaba dispuesta a hacer, no hasta que se sintiera preparada. Aun así observó su mirada, ese color azulado que se perdía, de vez en cuando, en una lejanía desconocida para ella; una mirada que se teñía de misterio y se

convertía en una de esas pequeñas adicciones que no querías dejar de seguir observando.

—Es cierto. Creo que, en realidad, tienes razón —volvió a decir Jania—. Quizá sí sea suficiente por ahora; ni yo misma sé lo que me digo.

—Será el chocolate, tal vez nuble tus sentidos. —André se acomodó mejor sobre la cama mientras la observaba con detenimiento.

—O tal vez sea que un hombre como tú, aunque no lo parezca, puede llegar a eclipsar a una mujer hasta dejarla sin escapatoria alguna de pensar lo contrario.

—¿Es eso lo que yo he logrado contigo, señorita?

André se alzó un poco hasta quedarse de rodillas; apoyó ambas de sus manos justo a la altura de sus muslos, llevó su rostro hacia el de ella y terminó por rozar los labios de Jania con delicadeza.

—Recuerda dónde estamos —susurró Jania en un tono que apenas fue perceptible para ella.

—Lo recuerdo perfectamente, pero no me importa —respondió André y pegó sus labios a los de ella—. Por si quieren echarme a patadas.

—Serás capaz... —se burló ella.

—No tienes ni idea. —André dejó una pequeña mordida en el labio inferior de Jania.

Llevó una de sus manos hacia la nuca de ella, enredó sus dedos en aquel delicado y sedoso cabello rubio. Solo por el puro placer de atraerla hacia sus propios labios y encontrarse con la lengua de ella en un beso lleno de deseo y desesperación, hasta el punto que el bailarín sabía bien la locura que estaba cometiendo. No solo por el lugar donde se encontraban, sino porque el poco tiempo que ambos habían disfrutado de su compañía.

Para Jania, estar así, a su lado, perdiéndose entre sus labios, no era más que una cura para la locura de vida que la invadía. Por un momento, segundos que se convirtieron en una bella eternidad, no pensó en nada más que en el bailarín.

Se dejó llevar enredando su lengua con la de él, elevando sus manos para entrelazar sus propios dedos mientras se aferraba al cuello de André. Y podría haber estado así durante horas, dejándose llevar sin importar el lugar, la gente, absolutamente nada. Aunque, al parecer, era el propio destino o las pequeñas circunstancias las que no querían permitir que ese acercamiento fuera más allá.

El sonido de su teléfono móvil hizo que Jania lanzara un lamento al aire.

—No deberías de cogerlo —protestó André pegado a los labios de ella.

—Si no lo hago, puede que mi madre entre en pánico y se presentara aquí en cuestión de cinco minutos.

—¿Como si su hija fuera una adolescente en peligro? —El francés alzó la ceja con aspecto divertido.

—Veo que vas aprendido, André. Ahora aparta. —Jania llevó una de sus manos al pecho de él para dejar un pequeño empujón antes de tomar el teléfono y responder aquella llamada—. Todo va bien, mamá, no he provocado ningún incendio; de hecho, no me he movido de la cama. ¿Vas a tardar mucho en llegar?

El rostro de ella demostró el «desagrado» al escuchar que su madre ya estaba de camino al hospital. Había olvidado por completo que ya era momento de empezar con el papeleo y todo lo necesario para irse definitivamente a casa y con ello poder comenzar con su nueva vida.

—Creo que será en otro momento, cuando puedas desahogar tus impulsos conmigo. —Ella rio ante su propia broma. Tomó la cartera de André y buscó otra de esas famosas chocolatinas—. Por ahora, debo de conformarme con esto.

—¿Vendrás a verme a los ensayos?

La pregunta pilló tan desprevenida a Jania que tuvo que tomar aire para no terminar ahogada con aquel dulce. Miró a André con aspecto inseguro, sin tener idea de qué podría responder.

No esperó en ningún momento que aquella primera visita al teatro llevara al bailarín a desear que ocurriera en más de una ocasión.

—No hace falta que vengas, era solo curiosidad. Me gustó mucho tener tu presencia mientras bailaba. No sé, sentía como si estuvieras bailando a mi lado, ¿sabes?

—¿Te das cuenta de la falta de realidad en tus palabras? —El tono de voz de ella se tornó más serio de lo normal. Dejó la chocolatina a un lado y miró con firmeza a André—. ¿Crees que es justo para mí que me sienta delante del escenario y que me digas que imaginas que bailo contigo cuando en realidad no puedo?

—Ya sabes que no era eso lo que quería decir, Jania. Mi intención no era ofenderte.

—Déjalo, André, no creo que llegues a entenderlo. —Jania se recostó sin

apartar su mirada del francés. Mordió su labio inferior e intento sonreír—. Mira, ayer fui porque lo necesitaba, como un modo de convencerme a mí misma de que debo de seguir adelante. Pero no por eso la gente debe de creer que esto es fácil, ni que estoy hecha a la idea de no poder volver a bailar.

André lanzó un suspiro, negó con lentitud y dejó que su mirada llegara hasta lo más profundo del alma de la mujer.

—Exacto, ya no queda nada de esa bailarina que pueda rescatar. Ya no soy nada, André, ¿lo entiendes? —Ella llevó sus manos hacia el rostro de él sin dejar de sonreír—. Siento haberme puesto así, pero no estoy lista para eso, mucho menos para que vivas entre sueños imaginando que yo te acompaño en cada danza que bailes con tus pies. Tal vez en algún momento esté preparada.

—¿Me dejarás ayudarte? —André dejó un delicado beso en la nariz de ella.

Observó con alegría cómo Jania asentía y sin más cogió una de sus manos con fuerza para entrelazar sus propios dedos con los de ella. Quizá, y estaba seguro de que así era, no consiguiera demasiado. Pues era muy pronto para que aquellas heridas que estaban en el corazón de ella comenzaran a sanar. Puede que no lo hicieran nunca, porque había luchas y batallas que, por más que se intentaran ganar, nunca tenían resolución final. Pero André tenía algo muy claro y era que, si hacía falta, estaría al pie de cañón con tal de ayudarla a continuar su camino.

—Gracias —añadió unos segundos después—. Puede que te parezca una locura, pero también es importante para mí que me permitas estar a tu lado.

—¿Pero es que estás a mi lado? Yo creía que solo venías en busca de un par de besos. —Jania alzó una ceja y negó con rapidez mientras se echaba a reír—. Claro que es importante que estés aquí, tonto. Si no lo fuera, ya te habría echado de la habitación. Creo que necesitaba a alguien que supiera comprender qué es tener danza y también qué es conocer el sentimiento de poder perder ese sueño. Muy pocos se dan cuenta de que yo he perdido prácticamente toda mi vida.

—Aunque no puedas recuperar ese sueño, quizás haya otra forma de recuperar esa ilusión que tanto necesitas. Con el paso del tiempo encontraremos la forma, ¿vale?

Quizá, y era comprensible, ella no entendía el punto del gran interés que sentía André por que se sintiera mejor. Pero, después de todo, debía admitir que no le importaba en absoluto que él se mostrara de esa forma; incluso, en el fondo, lo agradecía más que nadie.

—Eso espero, aunque en estos días no tendré ni un poco de tiempo para preocuparme por eso. Tengo que avanzar con la rehabilitación, además de que voy a volver a casa y tengo que ir a la universidad para ponerme al día. Demasiadas cosas para alguien que tiene que acostumbrarse a una nueva vida de golpe.

—Siempre puedes buscarme para descargar tu ira; te lo permitiría. Soy todo un muro de piedra, así que no debes de temer dañarme —bromeó André mientras la miraba a los ojos.

Jania negó con lentitud. Apenas iba a responder cuando sintió cómo de nuevo él tomaba sus labios. Las manos de André viajaron poco a poco, acariciando la piel del cuello de ella, hasta posarse en su nuca para atraerla aún más a sus labios y profundizar aquel beso, que ya se asemejaba a una loca adicción para ambos.

Detenida únicamente por la necesidad de tomar un poco de aire.

—Vas a tener que dejar de hacer eso si quieres que en algún momento retomemos nuestras ocupaciones.

—¿Quién ha dicho que yo quiera ir a hacer mis obligaciones? —La sonrisa de André acentuó aquella pregunta dándole un tono más que divertido—. Tal vez quiera hacer otras cosas...

Ella golpeó el hombro del francés con un leve toque, negó con una sonrisa y sin más se acercó para dejar un pequeño beso en los labios de André.

—Anda, tienes trabajo por más que te niegues a ir. —Los dedos de Jania acariciaron las mejillas del francés—. Y mi madre está a punto de llegar. No tengo ganas de que me llame ciertas cosas por estar haciendo algo que no debería en una habitación de hospital.

—Técnicamente estás en la cama, así que no es un lugar que se aleje demasiado a la normalidad, ¿no crees?

—¿Desde cuándo eres así?! —Jania se echó a reír a carcajadas—. Hombre, déjame tranquila, que me nublas y ya no sé ni qué cosas están bien o mal.

—Has dicho las palabras clave para que no te deje tranquila ni un segundo.

André mordió su labio inferior, hizo el amago de acercarse a los labios de ella, pero al segundo tomó su mochila y se bajó de la cama. Hizo el mismo gesto que había hecho segundos antes para llegar a la frente de ella y dejar un delicado beso.

—Me portaré bien, pero estaré aquí antes de lo que puedas llegar a esperar. Prometido. —André sonrió y se preparó para marcharse de aquella habitación,

que ahora guardaba un pequeño secreto—. No te canses demasiado, ¿está bien?

—No te preocupes. Ten un buen día, André. —Jania mordió su labio inferior esperando a que el francés se compadeciera de ella y volviera a besarla.

Sin embargo, se marchó del lugar dejándola entre protestas y una risa que apareció apenas unos segundos después. Se recostó de golpe, enterrando su cabeza en la suavidad de aquella almohada, y sintió avergonzarse por un momento mientras recordaba, en la piel de sus labios, cómo los de André la besaban, con pasión y locura. Un sentimiento que hacía tiempo no experimentaba.

De hecho, si echaba la vista atrás, no podía recordar la última vez que alguien había sentido deseo por ella. Siempre había sido una mujer algo reservada, dada a pocas citas y concentrada, al cien por cien, en su preciada danza.

Quizá ese era uno de los motivos por los que André le atraía tanto. Él la comprendía; de una forma u otra, sabía bien qué era tomar riesgos y abandonar cualquier cosa en la vida para dedicarla a otra. Quitar horas de sueño, salidas con los amigos, incluso el tiempo que ese amor te robaba para dedicarlo a subir encima de un escenario y simplemente bailar. Debía reconocer que, en el momento en que había observado esos maravillosos ojos azules, hubo algo en André que había llamado su atención hasta el punto de decirse a sí misma: «Quiero conocerlo, necesito hacerlo». Tal vez no solo era cuestión de baile, quizá eran muchas otras cosas más las incluidas en aquel deseo que ahora crecía en su interior, el deseo de conocer a un hombre que se le antojaba maravilloso.

Aunque fuera ahora cuando todos esos miedos y dudas comenzaran a acechar cada uno de sus pensamientos.

—Vamos, Jania, ya no te queda nada.

La voz de Dominique estaba cargada de alegría, de apoyo, además de calma, mientras observaba cómo las manos de ella se aferraban con fuerza a las barras paralelas. Jania detuvo sus movimientos por unos segundos para permitirse el respirar con calma y así poder continuar con un ejercicio tan

sencillo como la coordinación de pierna y cadera.

—Qué frustrante —protestó ella mientras intentaba caminar sin profundizar demasiado su cojera.

—Cada uno tiene su proceso, Jania. Por haber pasado poco más de un mes, vas bastante bien, así que solo mírame a los ojos e intenta caminar despacio. Tu objetivo es llegar hasta mis manos.

Ella lo miró dejando un leve asentimiento de cabeza. Observó al frente intentando concentrarse en los ojos del médico. Contó para sí misma un paso, y otro tras otro, hasta llegar más allá de la mitad de su recorrido. A pesar del calentamiento y de que su muñón ya parecía habituarse a aquella prótesis temporal, el dolor seguía siendo intenso en muchas ocasiones. Recordó la conversación en la que Dominique le había hablado sobre la diferencia de haber sido una bailarina toda su vida y de acostumbrar a su cuerpo a una vida más tranquila. Aun así, no se detuvo ni por un segundo, siguió caminando con lentitud fijando su visión en los ojos oscuros de él. Sintió cómo las gotas de sudor comenzaban a marcar un recorrido a través de la piel de su cuello, instalándose en la tela de aquella camiseta grisácea una y otra vez.

La visión de Jania comenzó a nublarse justo en el instante en que estiró sus brazos para encontrarse con las manos de Dominique.

—Vale, lo has hecho muy bien, tranquila. —Él cogió las manos de ella con fuerza, y con rapidez se colocó tras su espalda para pasar sus brazos rodeando el cuerpo de Jania—. Vamos a sentarnos un rato.

Acompañó los pasos de ella hasta una de las falsas escaleras que se usaban también en la rehabilitación.

—Al menos no me he caído esta vez —comentó ella con disgusto mientras llevaba una de sus manos hacia su cabello para arreglarlo—. No veo progreso alguno y ya queréis que vaya a casa.

—Jania, sabes que no puedes estar aquí eternamente. Ya hemos hablado de eso, y tus padres han puesto todo el cuidado necesario para que puedas caminar por casa con tu silla de ruedas o con la ayuda de las muletas. Yo te espero aquí cada día, como siempre. —Dominique llevó su mano izquierda hacia el hombro más cercano de ella para dejar un par de toques—. Tienes que tomártelo como una tarea que se cumplirá poco a poco. Cada día tienes que marcarte una meta y, cuando consideres que la has superado, entonces tienes que sumar más objetivos a ese camino.

—Lo sé, Dominique, lo sé. —Ella lanzó un suspiro—. Es solo que todavía

no estoy muy acostumbrada a este cambio de vida. ¿Crees que voy a poder soportarlo? ¿Crees que voy a poder volver a la normalidad a sabiendas de que esta ya no sea la que solía ser?

—Es algo a lo que te irás acostumbrando poco a poco. Hacía tiempo que no conocía a alguien con tanta fortaleza como la tuya. —Él le dedicó un guiño—. Y no te lo digo solo por detonar mi aprecio hacía ti; es completamente sincero. Debemos seguir trabajando en la musculatura y en tu muñón, además de probar un *liner* de silicona para ver si así vas más a gusto con tu futura prótesis.

—Me siento como una princesa de cuento bien cuidada, solo que ahora esa princesa de cuento no es la bailarina perfecta que solía ser.

—Entonces serás otra cosa. Solo debes de encontrar el momento perfecto para proponértelo y con ello seguir adelante. —Dominique sonrió—. ¿Qué te parece si vamos a la cafetería y tomamos algo antes de que vayamos a arreglar todo el papeleo con tus padres?

—Antes tengo una pregunta que hacerte. —El médico alzó una ceja al ver su rostro de curiosidad—. ¿Por qué tienes nombre de mujer? ¿Tus padres son de esos tipos que tienen un sentido del humor raro? Porque, de verdad, no lo entiendo.

Al instante, Dominique se echó a reír. Sin duda, Jania no era la primera interesada en ese tema tan particular y a la par peculiar.

—Para que quede claro, hay muchos hombres en la historia que se llaman Dominique, pero en mi caso fue por simple confusión. Digamos que estaba tan recogidito que pensaron que yo sería niña y nací varón. —Él se encogió de hombros con una sonrisa—. Mi madre estaba tan acostumbrada a llamarme Dominique que ya no quiso cambiarlo. Además, como he dicho, hay muchos hombres importantes en toda Francia que han recibido el nombre femenino. ¿Por qué debía yo de ser menos?

—Suenas a don orgulloso. —Jania lo miró y negó con rapidez—. Sin duda debió de ser toda una sorpresa, cuando naciste, el que se dieran cuenta de que no eras una niña.

—Oh, lo fue, créeme. ¿Sabes cuál fue la peor parte de todo?

—Ilumíname —respondió ella apoyando ambas manos en uno de los escalones para ayudarse a estirar cada uno de los músculos de su espalda.

—Que llevé, durante los primeros meses, ropa de colores rosa y rojo.

—No...

Dominique asintió esbozando una enorme sonrisa. Ambos estallaron en

carcajadas ante la confesión del médico.

—Creo que no voy a poder superar algo así nunca —añadió ella justo después de dejar de reír—. Pero prometo no ser demasiado cruel.

—¿Por qué cruel? —preguntó el con curiosidad.

—Esta clase de confesiones son de las típicas que se pueden usar en futuros chantajes.

—¿Serías capaz de usar eso en mi contra? ¿Después de ser ese hombre tan simpático que incluso te invita un café cuando lo tienes hasta arriba de trabajo? —Dominique dio un chasquido con su lengua—. Vaya, mujer, sin duda es usted alguien de armas tomar.

—¿Acaso pensabas que era una cría?

—Yo nunca he dicho eso ni mucho menos, puedes creerme. —Dominique alzó sus manos a modo de rendición y con ello se levantó del lugar donde estaba sentado ofreciendo una de sus manos a Jania—. Vamos, se acabó el descanso para ti.

—Pero...

—Pero nada. Voy a hacerte unos masajes y nos vamos a tomar un café antes de que vuelvas a la habitación.

—Te odio, pareces mi padre de mal humor. —A regañadientes ella cogió las manos de Dominique y, con un solo primer impulso, logró ponerse en pie y hacerlo sonreír—. Aun así, sabes que te adoro.

Jania se adelantó un poco para dejar un beso en la mejilla de él, aunque no llegó a tal lugar, pues su torpeza y el no poder alzarse como de costumbre la hicieron llegar simplemente al cuello de Dominique.

—Lo siento... —susurró ella.

—No te preocupes, tampoco es que vaya a ponerte una pistola en la cabeza. Solo debes de avisarme cada vez que quieras besarme y yo seré un caballero cortés que se pondrá a la altura de esta señorita.

Jania iba a protestar o, al menos, preguntar el porqué de aquellas palabras. Pero, cuando quiso hacerlo, ya había recibido un beso por parte de Dominique.

Se quedó en silencio mientras caminaba con lentitud, siempre acompañada de él, hacia la zona de las camillas, para tumbarse y en tranquilidad recibir el masaje por parte del médico sin siquiera poner un mínimo interés en hacerse preguntas. Esas preguntas que comenzaban a revolotear en su interior cada vez que recibía una sonrisa, y no solo por parte de aquel enigmático bailarín

llamado André.

Capítulo 6

El silencio era una de esas cosas que el médico solía disfrutar con más intensidad que cualquier otra cosa. Durante aquellos minutos, Dominique comía uno de sus dulces favoritos mientras que Jania parecía no poder apartar la vista del cabello mojado de este. Siempre le resultaba curioso verlo en bata de hospital cuando, en la mayoría de las ocasiones, solía vestirse con ropa deportiva. Se preguntó, en aquellos segundos de silencio, cómo sería ese hombre fuera de las paredes de ese edificio, donde cada día hacía su vida.

La taza de té seguía evaporando y, en una de sus manos, se mantenía aquella galleta que había tomado unos segundos antes.

—Si sigues así, lograrás que cierren la cafetería, y puedes creerme. — Dominique se adelantó para dejar su rostro pegado al de ella—. No les gusta demasiado que retrasen su trabajo a la hora del cierre.

El médico observó a la mujer a los ojos, sabía que por algún motivo no lo estaba escuchando, así que no dudó en llevar un dedo a la mejilla de ella para llamar su atención. Aquel toque provocó que ella abriera los ojos de golpe, como si volviera a la realidad. La galleta cayó en la taza de té, lo que provocó el derrame del líquido verdoso.

—¡Mierda! —exclamo Jania.

Dominique se echó a reír, no solo por el acto, sino al verlo de esa forma, nerviosa, mientras tomaba unas cuantas servilletas para limpiar la mesa.

Negó con rapidez y tomó la mano de Jania con ese ya característico nervio.

—¿Puedo preguntar qué es lo que te pasa?

—No es nada, Dominique, en serio que no es nada. Mejor termina de tomar tu café; tienes trabajo que hacer y no quiero ser quien te retrase. —Ella lanzó un suspiro antes de volver a concentrarse en su taza de té.

—En cualquier caso soy yo quien elige retrasarse en su trabajo, pero sabes bien que esto no quedará así. Me preocupa qué es lo que te puede pasar, y puedes contar conmigo para hacer cualquier pregunta o para compartir tus dudas. ¿Está bien?

—Sabes que lo haré, solo que ahora no creo estar preparada para hablar de algo así. Todo... da demasiadas vueltas. —Ella negó intentando esbozar una sonrisa—. Me doy cuenta de... Bueno, tal vez no estoy preparada para volver a casa, y no te lo digo como rabieta, es solo que va a ser muy extraño. Por muy raro que parezca, me he acostumbrado a mi vida en este hospital.

—Es normal. Creo que aquí te sientes bastante protegida; al menos es lo que percibo. ¿No es así?

—Sí —admitió ella.

—Entonces, tu siguiente paso es intentar salir de esa burbuja en la que todos te hemos metido y con ello, poco a poco, irás dando pequeños pasos, un avance. Es más cuestión de voluntad que otra cosa, pero desde luego todos los que estamos a tu alrededor tenemos que encargarnos de hacerte ver que es parte de tu rehabilitación, de tu nueva vida. —Dominique sonrió y cogió uno de aquellos dulces—. Por ejemplo, cada día, cuando vengas aquí, tienes que pensar que es solo una parte de tu tiempo que ocupar. Después, debes organizar tu agenda y con ello ver las prioridades que quieres marcarte a partir de ahora.

—Prioridades —añadió Jania con aire pensativo—. El problema es que todavía no tengo marcada una sola prioridad en la que quiera ser partícipe, además de poder caminar bien, claro.

—Eso ya es algo: el poder coordinar bien tus pasos... —Jania asintió ante las palabras de Dominique—. Bien, una cosa añadida a la lista. ¿Has pensado que incluso puedes comenzar con ejercicios más avanzados una vez que logres caminar bien?

—¿Como correr y todo eso?

—Que tengas una prótesis no significa que debas de dejar tu vida activa. —Dominique se tomó unos segundos para comer una de aquellas galletas—. Entiendo que para ti la vida activa era el baile, pero teniendo en cuenta que ya no podrás hacerlo...

—Lo sé, debo de buscar otras cosas que hacer para coger el ritmo de vida que llevaba antes. ¿A eso te refieres? —Jania sonrió observando a Dominique—. Supongo que, después de todo, puedo hacerlo. No me puedo permitir

quedarme sin hacer nada.

—Esa es otra buena prioridad: el querer avanzar más allá de las posibilidades que quizá vienen marcadas en un proceso como este. Mira: bajo la voz de la experiencia, te digo que vas a hacer una vida totalmente normal. Tienes que cuidarte, claro, vivir de otro modo, pero al fin y al cabo recuperarás tu vida con toda la normalidad que a esta la caracteriza.

—Comprendo. —Jania se tomó dos segundos de silencio para beber su té. Observó a Dominique esbozando una sonrisa y, a la par, agradeciendo toda la ayuda que él le entregaba—. Creo que puedo hacerlo.

—¿Crees? —Dominique alzó una ceja; le era imposible no sonar autoritario cuando se trataba de un tema como ese—. No debes creer, debes convencerte de ello.

—Eres un poco pesado, ¿no crees? —Ella negó antes de echarse a reír—. ¿A qué viene tanta insistencia?

Dominique apartó la taza de café, dejándola a un lado, tomó otra galleta para dejar un pequeño mordisco en esta, a sabiendas de que estaba colmando la paciencia de Jania. Alzó su rostro y la miró directamente a los ojos.

—¿Qué te parece si dentro de dos semanas te invito a una fiesta?

—¿A una fiesta? —respondió con curiosidad implícita—. ¿Por qué alguien como tú llevaría a alguien como yo a una fiesta?

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—No sé si tiene algo de malo, es solo que...

Y de nuevo aquella inseguridad. Aquellos pensamientos que rondaban la mente de Jania desde hacía bastantes días. Apoyó la mano en su muslo derecho y rasgó la tela de su pantalón con suavidad.

—Bueno... —Dejó escapar aquella palabra mientras su respiración se tornaba algo más tranquila—. Es que no se si... Verás...

—¿Crees que no querría ir contigo solo porque has perdido una pierna? ¿Es eso?

A veces, a Jania le parecía increíble cómo ese hombre era capaz de leer su mente con solo la pronunciación de una palabra. Lo sentía dentro de su cabeza limando cada uno de sus pensamientos para sacar al aire esas preocupaciones que tan nerviosa —incluso vacía en muchas ocasiones— la hacían sentir. La que un día fue bailarina asintió y notó cómo sus mejillas comenzaban a arder, más por la vergüenza de sus palabras que por la invitación del rehabilitador.

—Son algo extraños los pensamientos que se me pasan por la cabeza. Parece

una idiotez, ¿no crees? —Ella tomó con nerviosismo una de las galletas para dejarla sobre la mesa pocos segundos después—. Todavía no me he mirado al espejo.

—No has visto tu cuerpo sin tu pierna. —Dominique observó cómo Jania mordía su labio inferior con nerviosismo—. Pronto tendrás el valor de hacerlo, estoy seguro.

—¿Tú crees? —Jania volvió a suspirar con inseguridad—. ¿Qué crees que pasara cuando...? Bueno... ¿cuando un hombre quiera verme desnuda? ¿Crees que le gustará que me falte una pierna?

—Vamos, Jania, ¿por qué no le vas a gustar a un hombre solo porque hayas perdido tu pierna? —preguntó él—. Eres preciosa, y no solo eso. Eres una mujer maravillosa con una entereza increíble y con una fuerza de voluntad que he conocido en muy pocas personas. Todas esas cosas son capaces de atraer mucho más que el simple físico.

—¿Acaso me está llamando fea, señor perfección?

—¿Acaso eso es ironía?

Ambos se echaron a reír. Jania tomó la taza de té entre sus manos, la llevó hacia sus labios y acabó con todo el contenido.

—Eres maravilloso, Dominique. No sé cómo lo haces, que siempre cambias esos pensamientos malos que se dibujan en esta mente alocada.

—Estoy para ayudar, así que no te preocupes: no es que no esté acostumbrado. Solo deseo que estés bien y, sobre todo, animada. Debes luchar por conseguir esos objetivos que aún no tienes del todo marcados. —Dominique le dedicó un guiño. Cogió una de las pocas galletas que quedaban y la comió en silencio—. Primero, caminar bien; después, ir a la universidad, enfrentar tus miedos, mirarte al espejo... Señorita Nowak, usted tiene muchas cosas que hacer como para estar perdiendo el tiempo con este caballero.

—Vaya, yo pensaba que era este apuesto caballero el que me había invitado a tomar una deliciosa taza de té. Pero ya que insiste, creo que sí: debo retomar esas obligaciones importantes, precisamente no soy de las que les gusta perder el tiempo.

Apenas sin darse cuenta, Jania llevaba más de diez minutos mirando a través

de la ventana de su habitación, mientras su madre hablaba por teléfono con el decano de su universidad. Todo estaba listo para que la más joven volviera a sus clases y, de hecho, se sentía bastante emocionada por retomar esa pequeña rutina, que ahora ocuparía aún más horas de su día. Se encontraba en su tercer año universitario y debía reconocer que amaba la carrera elegida, aun a pesar de no ser tan común para una persona de su edad.

Con una sonrisa, de vez en cuando, seguía la charla de su madre y se preguntaba qué estarían haciendo aquellos dos hombres que ocupaban sus pensamientos en ese mismo instante.

Por la hora, supuso que André estaría en su trabajo. Y definitivamente le era imposible olvidar la salida de Dominique de aquella cafetería, cómica y rápida, más cuando este le había repetido hasta la saciedad que no le daría tiempo a pasar por el supermercado antes de retomar la jornada laboral. Entre pensamientos, Jania negó intentando aclarar un poco su mente mientras escuchaba la insistencia de su madre para que tuvieran todo preparado a la llegada de su hija.

—Iré andando, mamá, no tienes que preocuparte por eso —interrumpió Jania puntualizando bien sus palabras.

Se quedó en silencio, lanzó un suspiro y volvió a dirigir su mirada hacia el horizonte.

Fue en ese instante cuando tuvo claro que debía agradecer a Dominique la insistencia por que pusiera sus prioridades en orden. De un modo u otro, se sentía bastante bien al saber que tenía el apoyo de personas nuevas, personas que empezaba a querer con locura. Además, tenía claro que, aunque aquel camino ahora lo iniciara a «solas», estaría lleno de apoyo y comprensión no solo por parte de su familia. Echó su vista hacia el sillón donde sus padres solían dormir en las largas noches de hospital. En el lugar descansaba la bolsa que llevaba a rehabilitación, con los vendajes y todo lo necesario para la comodidad a la hora de colocar su prótesis temporal. Aquello le hizo recordar que al día siguiente tenía reunión con los doctores para hablar de su prótesis definitiva.

Jania se sentía bastante nerviosa, no por el hecho de salir del hospital, sino porque, aun sin quererlo, esa era una de las decisiones más importantes que tomaría en su vida.

—¿En qué piensas, pequeña?

—Mamá, que no tengo quince años —protestó Jania, aun a pesar de que

sabía bien que a su madre no le importaría—. Solo me siento un poco nerviosa, por todo en general.

—¿Ha ido bien la rehabilitación?

—Más que eso. Aunque me mareé un poco, pero Dominique me llevó a tomar un té y a comer algunos dulces para recuperar energías —respondió ella con alegría.

Su madre la observó alzando una ceja, sin necesidad de palabra alguna. Jania sabía bien qué era lo que la mujer estaba pensando.

—No pasa nada, es mi amigo. Me está ayudando mucho con todo, nada más.

—Eh. —Lila alzó sus manos a modo de rendición—. Que no te iba a decir nada, señorita. Me pongo furiosa solo porque su madre ha insinuado que Dominique es un hombre maravilloso.

—¡Mamá! —Jania lanzó a su madre aquellas palabras con una repentina negación de cabeza—. Eres peor que esas señoras mayores que solo cotillean sobre con quién se acuestan sus vecinos.

—Eres mi hija: tengo todo el derecho del mundo a preguntarte cómo te va en esos temas —protestó Lila—. Porque, reconozcámoslo, no es que te hayas preocupado demasiado por encontrar un novio, y ya vas siendo mayorcita. Como has dicho: no tienes quince años.

—Tenía muchas cosas que hacer. Quizá ahora, que no tengo que preocuparme tanto por mi tiempo, pueda dedicarme a otro tipo de menesteres. Pero la verdad es que ahora mismo no tengo ningún tipo de interés en encontrar un novio.

—¿Estás segura? —Lila alzó una ceja con picardía, se acercó hacia la cama y se sentó en el borde de esta mirando a su hija con fijación—. No es por nada pero, cada vez que hablas de ese tal André, se te iluminan los ojos. ¿Cómo le va en los ensayos?

Jania rodó los ojos. De algún modo sabía perfectamente que no podría librarse del interrogatorio por parte de su madre; ni siquiera después de haber pasado la edad reglamentaria para que una madre se preocupara por los amoríos de su hija.

—Le va bien. Está un poco cansado, pero es algo normal; todo bailarín sabe que, cuando se enfrenta a su gran reto, las horas de sueño se reducen bastante —admitió ella con una sonrisa—. Por no decir que el nerviosismo que eso te causa aumenta a cada segundo. Aunque no dudo de su fortaleza, seguro que lo hará bien. Pero no sé qué tanto interés...

Ella miró a su madre «excusándose» con la típica frase de que apenas se conocían como para darle la importancia que Lila quería hacer ver a su hija. Sin embargo, era Jania la que se preguntaba hacia dónde iban sus pensamientos.

Bien, era cierto que solo habían sido dos ocasiones en las que se habían sentido lo suficientemente cerca como para destacar algo en aquella extraña relación; pero, de alguna forma u otra, Jania tenía claro que aquellos besos habían significado algo. La pregunta que ahora debía hacerse era, realmente, la siguiente: ¿qué significarían al compartirlos con el bailarín? ¿Serían producto de un cariño y entendimiento mutuo? ¿Besos llevados a través del deseo fuera de todo tipo de sentimiento? Aquellas preguntas la aturdían hasta el punto de no saber siquiera cuál responder primero. Lila tuvo que acercarse a su hija para dejar un par de chasquidos de dedos frente a sus ojos, para que esta volviera a la realidad.

—Solo he dicho un nombre, y ya pareces una adolescente embobada.

—¡Mamá! —Jania golpeó el brazo de su madre con tal fuerza que llegó a dolerle—. ¡Déjame tranquila! Para venir a esto no hace falta ni que te molestes.

—Pero si yo no he hecho nada, solo estaba teniendo una conversación la mar de decente con mi hija. ¿Cómo puede ser que te pongas así? —Lila alzó una ceja y negó cruzándose de brazos—. Desde luego, tú sola te delatas. Puedes creerme: cuando se lo diga a tu padre, se va a estar riendo durante toda la noche.

—Ni se te ocurra contarle nada a papá o te juro que te odiaré durante el resto de mi vida. —La mirada de Jania, a pesar de fingida, se transformó en un gesto furioso—. Si te has puesto así por eso, no quiero ni imaginar cómo te pondrás en el momento en que te diga que Dominique quiere llevarme a una fiesta.

La madre de Jania abrió la boca y la volvió a cerrar de golpe. Se quedó en completo silencio mientras intentaba reordenar las ideas que se pasaban por su cabeza. No quería reírse; sin embargo, el sonido comenzó a llegar poco a poco hasta convertirse en una carcajada constante.

—Sí, mamá, parezco una de esas mujeres busconas que tienen admiradores por todas partes. Gracias por decirlo.

—¡No he dicho nada! —Lila alzó sus manos.

—Lo piensas, y es suficiente. —Jania negó esbozando una enorme sonrisa,

se hizo con sus dos muletas y despacio fue hacia la cama para sentarse en el borde de esta—. Sinceramente, no tengo muchas ganas de pensar en ese tipo de cosas cuando todavía me miro y me veo así...

—Jania... —Fue en ese instante cuando la mano derecha de Lila tomó con fuerza la de su hija para apretarla—. No te preocupes por eso. Cualquier persona que tenga la ilusión de estar contigo te apoyará, comprenderá y ayudará en este proceso durante el resto de tu vida.

—Lo sé, mamá, pero tengo miedo de que nadie sea capaz de aceptarlo, de que todo cambie de modo que ya no encuentre mi lugar.

—¿Tu lugar? ¿Crees que te vas a quedar así durante toda la vida? —preguntó Lila acercándose a su hija para dejar un beso en su mejilla—. Porque yo creo que tienes la fortaleza suficiente como para seguir adelante y buscar otras cosas que hacer.

—Es lo que dice Dominique; según él, debo de ponerme prioridades y debo superar cada una de esas metas que me vaya marcando, poco a poco. —Jania miró a su madre con una sonrisa mientras acariciaba la piel de la mano de esta—. Y creo que es exactamente lo que voy a hacer. Salgo dentro de unos días del hospital y voy a esforzarme todo lo que haga falta para no necesitar la silla de ruedas, aunque tenga que caminar ayudándome de las muletas. Pero no quiero llegar a casa y ser una carga para nadie. Sé bien que puedo conseguirlo. Y quiero hacerlo cuanto antes.

Su madre la miró con claro orgullo.

Tiempo atrás, cuando Jania no era más que una niña de cuatro años, se había dado cuenta de que iba a ser una soñadora que lucharía por cumplir con cada uno de esos sueños que se marcara. Y aun a pesar de que ahora todo su destino había cambiado de forma radical, sin poder evitar nada al respecto, estaba muy segura de que encontraría otro camino que seguir. Algo nuevo por lo que luchar, y ahí estarían ella y su marido para apoyar cada una de las decisiones de su hija.

—Todo va a ir bien, ya lo verás. —Lila rompió aquel silencio impuesto por ambas para volver a acariciar la mano de su hija—. Solo hay que confiar en que la vida va a seguir mejorando.

—Ya ha mejorado, mamá. Después de todo, estoy aquí con vosotros, y eso es lo que más me importa.

Lila asintió sin borrar la sonrisa de su rostro. Aquella era la primera vez que escuchaba a su hija admitir que todo estaba bien después de haber perdido su

pierna.

Todos los médicos se habían asegurado de decirle que era un proceso que Jania terminaría por aceptar tarde o temprano, pero nunca unas palabras le habían sonado tan sinceras. Además, ver la sonrisa que esbozaba su hija le aseguraba que no mentía, al menos no por esta vez. Pues habían sido muchos días en los que el fingimiento había estado presente en cada una de las acciones de la joven. Y claro que la entendía, pero esa familia también necesitaba un motivo para seguir adelante, sonreír y confiar en que podrían superar todo. Un paso que necesitaba ser dado por la misma Jania para que toda aquella confianza fuera entregada a sus padres, así como las palabras transmitidas a su madre.

—No sabes lo que he esperado para que dijeras eso. —Lila no pudo evitar acercarse a su hija para abrazarla.

—Lo sé. He sido un poco egoísta, ¿verdad? —Ella se apartó un poco para mirar a su madre a los ojos mordiendo su labio inferior.

Observó cómo negaba con tranquilidad.

—Para nada. Quizá tu padre y yo te metimos demasiada presión, incluso Dominique y todos los doctores que te han ido atendiendo durante estos días. Pero era necesario el hacerte ver las cosas de otra forma. —Su madre se giró un poco para mirar bien a su hija—. Mira: hasta hace unos días no había entendido algo. Cuando nos pediste ir al teatro y fuiste a conocer a André, me di cuenta de que nosotros, tu padre y yo, nunca llegaremos a entender cómo puedes sentirte con respecto a eso. La única forma que se me ocurre de ponerme a la altura es imaginar que yo no puedo hacer aquello que me apasiona. Y sinceramente, no me vería con la fuerza de voluntad para poder seguir adelante.

Jania escuchó con atención a su madre, pasó una de sus manos por el suave y rubio cabello, y dejó un mechón detrás de su oreja derecha. De algún modo u otro, cuando tenía esa clase de conversaciones con su madre, se sentía como esa pequeña adolescente con necesidad de protección que un día había sido.

—Pero tú eres distinta: eres alguien joven, llena de vida, que puede conseguir cualquier cosa que se proponga. —Lila apretó con fuerza la mano de su hija—. Lo has demostrado en este casi par de meses, y lo seguirás demostrando durante el resto de tu vida. Puede sonar a amor de madre...

—Oh, claro que lo es —interrumpió Jania entre risas.

—Aun así, no lo es del todo. Hay muchos padres que no tienen más remedio

que resignarse a ver cómo sus hijos no pueden cumplir con aquello que se han propuesto. Incluso nosotros mismos sufrimos eso de vez en cuando —admitió Lila esbozando una pequeña sonrisa—. Pero tú, tú eres completamente diferente. Lo que veo en tus ojos es mucho más de lo que puedes llegar a imaginar. Y sé que conseguirás todo lo que te propongas.

—¿Irás conmigo a la universidad? No estoy muy segura de si podré soportar las miradas compasivas de todos.

—Sabes que voy a estar ahí, siempre. A tu padre también le gustaría acompañarnos, pero tiene un viaje de trabajo que no puede retrasar más. —Lila sonrió intentando quitar importancia a sus palabras—. También me ha pedido que dejes de preocuparte por eso; no va a afectar a su carrera ni mucho menos. Durante este tiempo han estado apoyando a tu padre como nunca.

—Eso me alegra. No me gustaría que, por mi culpa, el esfuerzo que ha dedicado durante años se pierda por nada.

—Tú no eres nada, hija. Los padres están para ayudar en todo y para apoyar a sus hijos en lo que necesiten, por más que sigas creciendo y ya hayas superado esa etapa en la que se supone que más debemos protegerte. —Jania observó cómo su madre se acercaba para dejar un beso en su mejilla, y sin más esta se levantó de la cama—. Ahora voy a ir a arreglar el papeleo, ¿quieres venir conmigo?

—Me encantaría. Estar entre estas cuatro paredes me va a causar claustrofobia como siga así. —Ella se echó a reír mientras observaba a su madre.

Lila esperó a que su hija se colocara la prótesis. Observó cada gesto del rostro de ella y se dio cuenta de que aún parecía sufrir dolores, pero lo cierto era que ni siquiera se dejaría vencer por algo así.

Su hija cogió ambas muletas y comenzó a caminar tranquilamente, con paso lento y a la par, recorriendo metro tras metro con esa sonrisa que la había caracterizado en los últimos días. Mientras iban hacia la sala principal de rehabilitación, Lila se preguntó cuáles serían los pensamientos de su hija. Incluso creía con firmeza que esa sonrisa también era esbozada gracias a la ayuda de dos hombres que habían aparecido en la vida de ella, casi sin ser conscientes, pero que habían marcado una clara importancia en esta. Eran muchas las nuevas cosas ocurridas para esa familia, que había dejado todo atrás en Polonia para que su pequeña cumpliera ese sueño que tanto trabajo le había costado. Y ahora, aun habiendo perdido eso, seguían adelante siendo esa

familia unida que luchaba codo con codo para lograr cada uno de sus objetivos. Quizás ahora fuera distinto, y bien lo sabían, pero aquel era un camino que debían de atravesar dándose todo el apoyo, así como habían hecho hasta el momento.

Incluso en esas recaídas que Lila estaba segura de que su hija sufriría a la par que continuaba con su recuperación.

—Os estaba esperando. —La voz de Dominique sonó con un tono alegre cuando vio aparecer a las dos mujeres a través de la puerta de su despacho—. ¿Cómo ha ido la tarde? ¿Muchas prioridades apuntadas en tu lista, Jania?

La nombrada rodó los ojos y simplemente se dedicó a entrar a la sala en silencio.

Cuando tomó asiento en una de las sillas, dejó sus dos muletas pegadas a una de ellas y se preocupó por entrelazar sus dedos entre sí y dejar las manos sobre su regazo. Iba a responder cuando observó cómo su madre sonreía, teniendo claro que iba a anticiparse a cualquier situación.

—¿Sinceramente? Aquí, donde la ves, se ha pasado la tarde mirando a través de la ventana.

—Vaya, y yo, que pensaba que mi día había sido bastante tranquilo. —Dominique sonrió y cogió las carpetas que quería mostrarles—. Pero no está nada mal tomarse unas horas para meditar, porque supongo que al menos habrás hecho eso, ¿no, Jania?

Ella lo miró y desvió la visión hacia su madre poco después, mientras entrecerraba los ojos con claro gesto de odio.

—Mucho. Creo que mi madre no valora demasiado eso de que tengamos palabras entre madre e hija para que se quede más tranquila, ¿eh? —Lila no pudo evitar reír cuando sintió aquella mirada por parte de su hija.

—En fin, no estamos aquí para compartir risas precisamente. —Dominique carraspeó y puso un gesto más serio—. Pronto llegará el jefe de departamento; tenemos muchos papeles que firmar y cosas que arreglar. ¿Has pensado ya en qué clase de prótesis deseas, Jania?

—Como ya dije anteriormente, no quiero que mi rutina cambie demasiado con respecto a ejercitar mi cuerpo. Estuve mirando toda la información que me diste y, si mi madre está de acuerdo, me gustaría la Genium. Además, teniendo en cuenta la temperatura que siempre suele hacer en Toulouse y que cada dos por tres está lloviendo, no quiero pensar en que pueda estropearse o algo así.

—¿Leíste que puedes adaptarla para hacer *footing* y ejercicios que no sean

demasiado pesados? —Dominique observó cómo Jania asentía—. Entonces, perfecto. A la larga, y viendo la vida que te gusta desarrollar, te vendrá muy bien tener ese tipo de prótesis, a pesar del coste poco económico que esta acarrea.

—Eso no es problema —interrumpió Lila—. Para nuestra fortuna, siempre hemos sido de esas familias que ahorran cada céntimo. Lo hacíamos en Polonia y hemos seguido la costumbre aquí, en Francia.

—Más teniendo en cuenta el gasto que debe de ser tener a una hija bailarina, ¿verdad?

Dominique no fue consciente de sus palabras hasta que vio el gesto derrotado de Jania pues, de algún modo u otro, era imposible que la situación dejara de afectarle.

—Lo siento, no quería decir eso —dijo antes de lanzar un suspiro—. No era mi intención.

—No es nada. —Jania negó con rapidez sin apartar la mirada de él—. Tampoco eres el único que se refiere a mí de esa forma. Incluso, a veces, me gusta pensar que todavía soy esa bailarina que un día llegará al Teatro Nacional para comenzar con los ensayos de su primera obra importante.

Lila quiso hablar, mas no lo hizo al sentir cómo su hija tomaba una de sus manos y la apretaba con fuerza, síntoma de que se encontraba bien.

—Con el paso del tiempo me acostumbraré a ello —admitió esbozando una ligera sonrisa—. Y tú no tienes por qué preocuparte, Dominique; de hecho, me gusta que, de vez en cuando, se destaque eso de mí. En el fondo de mi corazón, sé muy bien que, por más años que pasen, siempre seré bailarina y siempre tendré ese sueño presente. Aún no sé cómo voy a luchar en contra de esos pensamientos que me hacen sentir mal en el momento en que lo recuerdo, pero me estáis ayudando mucho. De verdad que sí, y nunca viviré lo suficiente para agradecerlo.

Escuchar aquellas palabras logró que el latir del corazón de Dominique se acelerara sin poder evitarlo. Dirigió su mirada hacia Jania, observó cómo sonreía aún a pesar de esos malos recuerdos. Asintió sin más y le entregó la información que contenían aquellas carpetas.

—Lo diría de otra forma, pero ya sabes que está en mi trabajo ayudarte en todo lo que pueda, tanto a ti como a tus padres.

—Y es algo que le agradecemos mucho, señor Brias —añadió Lila.

—Por favor, si me lo permite, mejor podemos tutearnos. Ya hace tiempo que

nos conocemos, en realidad, y suelo preferir que me llamen Dominique o Dom, depende de la clase de relación que tenga con la persona —dijo el rehabilitador con una sonrisa.

—Sigues empeorando tu nombre, ¿eh? —Jania le dirigió una mirada cargada de malicia sin dejar de sonreír—. No pienso pasar por la tortura de llamarte Dom; es como si llamara a un perro o algo así.

—¡Jania! —Lila se echó a reír ante el comentario de su hija. Miró al rehabilitador y negó con la cabeza—. De verdad, a veces dudo mucho que esta mujer sea de verdad hija mía.

—En realidad, estoy bastante acostumbrado, y lo cierto es que lo agradezco. —Dominique sonrió llevando el oscuro de sus ojos hacia Jania—. Pocos de mis pacientes tienen esa disposición y, además, dan motivos por los que disfrutar de tu trabajo. No es que me queje, pero siempre he dicho que la recuperación no solo depende de nosotros, y Jania está demostrando ser una mujer valiente.

—Para esto, me largo de aquí y mejor os dejo a vosotros firmando todos los papeles. —La nombrada alzó una ceja entre protestas mientras sentía cómo sus mejillas comenzaban a ruborizarse—. ¿Hace falta que me halaguéis tanto?

—Hace falta —replicó su madre.

Jania estaba a punto de hablar cuando la puerta del despacho se abrió para dar paso a los compañeros de Dominique. Con un ligero asentimiento de cabeza, los saludó sin dejar de sonreír. A diferencia de su amigo, ellos poseían un porte demasiado serio para el gusto de ella, pero sabía bien que el tema por tratar no requería otra forma de trato. Después de todo, era el inicio de su nueva vida lo que había que decidir junto a aquellos doctores.

Los minutos pasaron más lento de lo que a Jania le hubiera gustado, llevando su nerviosismo a través de sus dedos mientras dejaba pequeños toques en la tela de su pantalón.

Aun así, agradeció aquellas miradas cómplices dedicadas por Dominique; de vez en cuando, y en mitad de aquella pesadosa reunión, él sonreía como en cada momento que se dedicaba a su trabajo. Y fue en ese instante cuando Jania comprendió a qué se refería el hombre con aquellas palabras de apoyo. Para él no solo parecía un trabajo al que acudir, en el que estar unas horas y terminar marchando a casa. Escuchando sus palabras no hacía otra cosa más que demostrarle que, para Dominique, ayudar a las personas era más que una dedicación. Era ese sueño que día a día él mismo quería cumplir, así como

ella misma se había dedicado en cuerpo y alma al baile.

Jania se dio cuenta de que, después de todo, su realidad no se alejaba tanto como ella creía y, por un momento, incluso agradeció que ese hombre llegara a comprenderla tanto como le hacía falta.

Capítulo 7

4 de marzo, 2017

Teatro Nacional

Las gotas de agua marcaban un tranquilo recorrido a través de su nunca y su cuello, mientras que con una toalla intentaba eliminar el exceso de esta, presente en su cabello oscuro. Los ojos de André seguían fijos en el espejo, mientras observaba cómo la barba de unos cuantos días aún teñía su piel blanquecina y le entregaba un aire aún más adulto a su edad. Mas ese día en especial, eran los latidos de su corazón los que marcaban un ritmo característico de alguien que comenzaba a enamorarse. No supo cómo, pero lo sabía.

Su compañero de baile y nuevo amigo, Dave, lo observaba con curiosidad a sabiendas de que pocas veces el bailarín se comportaba de forma tan acelerada.

«Hoy es un día importante», le había dicho justo antes de terminar los ensayos.

Y sí que lo era.

Jania dejaría el hospital definitivamente, y el francés quería estar presente en ese nuevo comienzo de la que un día también había sido bailarina. Con una sonrisa, se despidió de todos sus compañeros y, bolsa en mano, dejó el teatro para dirigirse justo al lugar donde había aparcado el coche de su madre. En su mente, aún podía recordar aquellas palabras que la mujer le había dedicado justo antes de salir de casa, cuando él mismo le había informado de sus intenciones.

«No tienes ni idea de dónde te estás metiendo. ¿Crees que vas a ayudarla por mucho que seas bailarín y la entiendas?», le había dicho su progenitora.

Quizá era cierto, y no tenía la posibilidad de ayudar a Jania aun conociendo cómo debía de sentirse. Pero André no estaba dispuesto a perder la oportunidad de intentarlo, más cuando para él mismo ella era una ayuda, un motivo por el que luchar y seguir adelante, después de los últimos acontecimientos que habían teñido de negro su vida. Con un ligero movimiento de cabeza, como si quisiera alejar de su mente aquellos recuerdos, abrió la puerta del coche y dejó la bolsa en el asiento del copiloto, para ponerse en marcha e ir hacia el hospital. Cinco días, cinco días desde la última vez que ambos se habían visto, y cinco días en los que André se había cerciorado de que aquel deseo que sentía hacia Jania no era un mero espejismo.

—Sois agobiantes. No hace falta que aplaudáis por cada paso que doy, en serio. —Jania protestaba mientras seguía caminando hacia el ascensor.

Dominique la observaba unos metros alejado de ella mientras escuchaba con alegría la emoción de los padres de la mujer. En cierto modo, los entendía pues, aunque Jania no fuera consciente de ello, era todo un logro que se ayudara de una sola muleta para caminar.

—Vamos, Jania, no tiene nada de malo que tu padre y yo estemos contentos por el progreso.

—Y no lo niego, pero me siento como una niña que ha ganado algún tipo de premio en la feria después de malograr un intento tras otro. —Jania volvió a sonreír negando con la cabeza.

La realidad era que debía admitir lo divertido de la situación y el apoyo que sus padres, junto a Dominique, le estaban entregando en ese mismo instante. Observó su pierna con alegría y, aunque la prótesis aún no era la definitiva, podía sentirse feliz por haber avanzado tanto en los últimos días, hasta el punto de conseguir mantener el equilibrio, en muchas ocasiones, sin ayuda alguna.

Sus pensamientos estaban tan puestos en los que ahora la acompañaban que no se había percatado de la imagen de André, cuando este hubo salido del ascensor, hasta el mismo momento en que lo tuvo delante.

—Vaya, me pierdo unos pocos días y mira con lo que me encuentro.

El bailarín esbozó una enorme sonrisa y se acercó con la misma alegría

hacia Jania para dejar un pequeño beso sobre sus labios. Tan inesperado que dejó a la mujer completamente en silencio, paralizada, y sin tener idea de qué hacer.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella segundos después.

—¿Cómo que qué hago aquí? —André alzó una ceja y volvió a mirar a Jania—. Hemos estado hablando estos días, ¿acaso pensabas que no vendría a verte en un día tan importante?

—No es que me hayas avisado precisamente.

—Bueno, es que quería darte una sorpresa. Como si no pudiera hacerlo... —protestó este sin dejar de mirarla.

—André, no he dicho que no puedas. —Sintiendo cómo el nerviosismo se apoderaba de ella, Jania echó un vistazo a su alrededor.

La expresión de Dominique era tan de sorpresa como la suya propia en el momento en que sintió aquel beso del bailarín. Mientras tanto, sus padres permanecían en un silencio sepulcral que le dejaban claro que era ella misma quien debía de arreglar aquella vergonzosa situación.

—¿Puedo adelantarme? —preguntó Jania.

—Claro, haz lo que gustes. Nosotros vamos a terminar de firmar los papeles del alta y a recoger todo lo necesario.

Jania asintió dirigiendo una última mirada a sus padres; sin embargo, no tuvo el mismo gesto con Dominique. Pues, de algún modo u otro, dudaba que él se sintiera cómodo con la acción que André había tenido nada más acercarse a ella. De hecho, ni ella misma estaba de acuerdo con aquella forma de actuar, completamente fuera de lugar y de tiempo, mucho menos delante de sus padres y en mitad de aquel pasillo, donde las miradas solían ser poco discretas.

En silencio entró en el ascensor, esperando a que André siguiera sus propios pasos. Pero no fue hasta que estuvieron fuera del edificio que se volvió para mirarla a los ojos, con claro gesto de desagrado.

—No me dirás que te ha molestado lo que acabo de hacer, ¿verdad? —preguntó él antes de dejar escapar un suspiro entre sus labios.

—¿No debería acaso? ¿Por qué demonios lo has hecho? —Jania quiso acelerar su paso, pero el dolor de espalda comenzaba a hacer de las suyas—. Mira, André: te va a sonar un poco mal, pero no somos novios. Sí, hemos compartido besos, pero no puedes venir como si nada y besarme como si fuéramos algo más que eso delante de mis padres y de todo el mundo. No soy de esa clase de mujeres facilonas que con un solo beso ya se creen

comprometidas. ¿Está claro?

—Más que claro. —El bailarín adelantó su paso para colocarse delante de ella y comenzar a caminar hacia atrás—. Le pido mil disculpas a la señorita por mi atrevimiento, pero ahora ¿podría sonreír un poco, ya que por fin podrá comenzar su nueva vida?

André le dedicó un guiño, mordiendo a la par su labio inferior, sin dejar de mirarla con el azul de sus ojos. Había guardado ambas manos en los bolsillos y comenzaba a rasgar la tela de estos con tranquilidad, observando cómo Jania cambiaba su expresión poco a poco.

Parecía increíble, pero con una sola mirada ella sentía perder algún tipo de batalla con aquel hombre enigmático que, de algún modo u otro, la volvía loca.

—Estoy feliz, no tienes que preocuparte por eso —admitió ella con una sonrisa.

—Entonces, ¿te gustaría venir conmigo a tomar algo? A ambos nos vendría bastante bien respirar después de todo, ¿no crees? Solo dime que no tienes que pedir permiso a tus padres. He traído coche.

—No tengo quince años, André; la época de pedir permiso ya ha pasado.

—Entonces, perfecto —añadió el bailarín sin borrar aquella sonrisa de su rostro—. Hoy, usted tiene una cita con el señor D'Alzon.

—¿Y adónde tiene pensado llevarme el señor?

—Un hombre nunca revela ese tipo de cosas, señorita. —El francés volvió a acercarse a ella y ofreció uno de sus brazos esperando a que ella lo tomara—. Solo tranquila, quiero que tu primer día fuera del hospital sea especial.

—Está bien, me dejaré llevar y confiaré en ti.

Dichas esas palabras, ambos se dirigieron hacia el coche de André. Jania no hizo ninguna pregunta más. Solo se limitó a descansar un poco y a observar las calles como si fuera la primera vez que pisaba la ciudad.

Y quizá ese era el sentimiento más cercano que le venía a la mente. Aquel día en el que, por primera vez, ella y sus padres habían llegado a Toulouse para instalarse definitivamente. Por aquel entonces, Jania no había sido consciente de cuánto le iba a enamorar aquella ciudad y del esfuerzo que pondría por mantener su vida allí después de todo el trabajo que habían realizado sus padres, así como tantos sacrificios que la familia había tenido que afrontar. De vez en cuando, André desviaba su mirada para observar con tranquilidad cómo la sonrisa de ella aparecía en lapsos cortos de tiempo. Pudo

ver la ilusión en su mirada, así como la calma que sentía después de haber vuelto a la ciudad y de escapar, por fin, de aquellas cuatro paredes que hasta hacía pocas horas había considerado su hogar.

No llevado a través del cariño, sino por la protección que este le había aportado. Incluso por aquel vacío que había sido suyo, día tras día, hasta que por fin consiguió abrir los ojos sin soltar ni una sola lágrima. Y aun después de cierto tiempo, agradecía haber estado entre las paredes del hospital, pero también tenía clara una cosa: su nueva vida comenzaba de nuevo mientras acompañaba al bailarín. Y con ello, que André la llevara a un sitio y se preocupara por hacerla sonreír era algo con lo que no podía evitar sentirse bien. Era cierto lo que segundos atrás le había dicho: no se consideraba nada de él, así como a él no lo consideraba nada de ella misma, pero ¿por qué no dejarse llevar por el momento sin pensar en nada más?

Durante los minutos en aquel trayecto, la había hecho olvidarse de aquel dolor que, de vez en cuando y muy a menudo, atacaba a cada parte de su musculatura y espalda. Aquella sonrisa y esos ojos azulados hacían que todo aquello se perdiera en la lejanía de un simple recuerdo.

—¿Estás loco? ¿Vas a traerme al Meet the Meat con lo caro que es? —Jania observó a través de la ventana antes de dirigir su mirada a André.

—¿Por qué no? Puedo llevarte a donde quiera; después de todo, era una sorpresa. Y no vas a poder decirme que no; ya hemos llegado y no creo que quieras volverte a casa solita, ¿verdad?

André alzó una ceja con diversión y logró que Jania lanzara un suspiro. Justo antes de salir del coche, dibujó esa sonrisa característica. Más al ver el ambiente que se respiraba en aquel restaurante, colorido en el exterior y con aspecto anticuado en su interior; no pudo poner resistencia alguna.

Cogió su muleta y se quedó plantada observando las paredes blancas con ribetes rojizos como adorno. La gente charlaba con alegría mientras los camareros se movían con toda rapidez por la zona, repartiendo los pedidos. Observó cómo André se colocaba a su lado ofreciéndole un brazo, así que lo único que Jania tuvo que hacer fue dejarse llevar por los movimientos de él. Se sorprendió nada más entrar al restaurante, al ser consciente de que la reserva ya estaba hecha.

—¿Así que ya lo tenías planeado? —Ella alzó una ceja mientras miraba a los ojos azules de André—. Vaya, ahora resulta que eres un hombre de sorpresas.

—¿Qué esperabas? Soy un poco desastre, pero no del todo. Anda, vamos.

André asintió a uno de los camareros y este los acompañó a través de los espacios que quedaban entre las mesas.

El eco de las conversaciones se entremezclaba y creó un perfecto murmullo en el interior del local. Jania caminó despacio hacia la mesa reservada, una de las más apartadas de la zona central; con cuidado se sentó en la silla observando la madera, marcada por manchas oscuras, seguramente debido a todas las bebidas que se habían compartido en ese lugar. Las ralladuras desgastadas eran un comprobante para otorgar fama al restaurante, lugar de memoria, recuerdos e ilusión en cada una de sus visitas. Pues ella siempre había sido de esas personas que creía en eso de que cada recuerdo llevaba a una historia detrás, y no podía poner en duda que ese lugar estuviera lleno de cientos de ellos.

—Me gusta —añadió acariciando la mesa.

—Eso me hace feliz. Creo que he acertado entonces.

—¿Feliz? ¿Por qué debería de hacerte feliz? —preguntó ella con curiosidad.

—¿Y por qué no? Según tú, no estoy en mi derecho. —André acompañó aquella última palabra remarcando comillas con los dedos de sus manos, en aquel gesto tan peculiar—. Pero yo creo que sí estoy en el derecho de poder hacer que sonrías y, al menos, que te sientas algo más tranquila.

—Oh, vamos. —Jania movió su cabeza restándole importancia—. Te lo agradezco mucho, pero no hace falta que te pongas en plan celoso. Simplemente te he dicho que no me pareció bien que me besaras delante de mis padres y de Dominique cuando no somos nada.

—¿Eso es lo que te ha molestado? ¿Qué él lo haya visto?

—Sigues mostrándote celoso, André, y no soy de las mujeres fáciles, ya te lo he dicho. —Ella fijó su mirada azulada en los ojos de él—. Puedes o no creerme, aunque sinceramente me da un poco igual. Dominique es mi amigo, un buen amigo, al igual que tú lo eres. Sí, es cierto: me atraes, pero no te creas que por eso hemos pasado a un estatus oficial, porque ya bastantes líos tengo en mi cabeza como para preocuparme por eso.

—Lo sé, y no pretendía hacerte sentir incómoda, de verdad que no. Me disculpo si he actuado mal. —André observó cómo el camarero volvía a acercarse para tomar nota de su pedido—. Ahora solo quiero disfrutar de la comida contigo.

Jania asintió, pero esta vez mostrando la mejor de sus sonrisas. Sin

reclamos, sin enfados, siquiera sin pensar en esos momentos malos del pasado en los que no quiso mirar hacia el futuro. Allí estaba, viviendo su presente, junto a un hombre que se le asemejaba más que maravilloso.

La cena transcurrió acompañada de un delicioso entrecot, el famoso Papillote de Saumon Frais, y de uno de los mejores vinos de la carta. Además, no faltaron risas, palabras de afecto y esas historias típicas y conocidas, entre dos personas que pertenecían al mismo mundo. Por primera vez, Jania se sintió bien hablando de la danza en un tiempo que ya no era presente, y mucho menos sería futuro. Aconsejó a André y vio en sus ojos esa ilusión que ella misma había tenido durante años y que mantenía, en la mayoría de las ocasiones, cada vez que este le nombraba algo sobre *El lago de los cisnes*. Una de sus manos fue llevada hacia la de André y posada tranquilamente sobre la madera mientras él movía sus dedos con tranquilidad. Acarició su piel y lo miró a los ojos sonriendo, dejando que esa sonrisa se transmitiera al corazón del bailarín. Y fue en ese momento cuando le prometió estar ahí, quizás no día tras día, pero sí viendo esa evolución y el cómo la obra tomaba vida, ensayo tras ensayo, a través de la danza del francés.

Una promesa que él aceptó en silencio, feliz porque finalmente Jania hubiera aceptado acompañarlo en ese, a veces, solitario camino. Marcando quizás el inicio de algo que quedaba aún fuera de los límites de sus mentes.

El camino a «casa» fue en completo silencio. Minutos llenos de conversación a través de miradas, pequeños gestos y suaves caricias de manos. Jania mordía uno de sus dedos y se preguntaba, una vez más, qué sería aquello que rondaba en la mente del bailarín.

—Vamos a otro lugar, no quiero ir a mi casa. —Ella lo miró concentrándose en el azul de los ojos de él.

—¿A otro lugar? ¿Adónde se supone que vamos a ir?

André miró a su acompañante. En ese instante observó cómo ella mordía su labio inferior. No necesitó palabras para averiguar cuáles eran los pensamientos que atravesaban la mente de Jania. El bailarín asintió y dio un volantazo, en cuanto tuvo oportunidad, para emprender camino a casa. Por segundos se maldijo de no tener su propia privacidad o vivir a solas, pero lo cierto era que prácticamente ese era su día a día gracias al trabajo de su madre y del novio de esta.

Estaba tan concentrado en la carretera que, cuando sintió la mano de Jania por encima de la tela de su pantalón, un siseo se escapó de sus labios.

Ella comenzó a acariciar el muslo del bailarín, raspando los *jeans* con las uñas, moviéndose poco a poco y recorriendo cada centímetro hasta llegar al bulto entre las piernas de él. No reparó en ningún momento en el lugar donde se encontraban, ni en la «molestia» que esto podría causarle al bailarín, mas continuó con aquellas caricias, deseosas, tranquilas y a la vez cargadas de una fuerza que creía irreconocible en ella. Se olvidó de todo y solo deseó llegar a aquel lugar, ubicado en una pequeña zona residencial al oeste de la ciudad. Jania se quedó en silencio mientras aguardaba a que André aparcara el coche en la zona perteneciente del garaje.

Desabrochó su cinturón de seguridad y se acercó a los labios del bailarín para dejar una mordida en estos y rozarlos poco después con la punta de su lengua, en lo que para André fue una deliciosa caricia.

—Anda, vamos, aquí no estarás cómoda —refunfuñó él sintiendo cómo el corazón comenzaba a acelerarse más de lo normal.

Jania asintió y abrió la puerta del copiloto, y salió con toda la rapidez que le permitía su nueva condición. Se aseguró de dejar la muleta dentro del coche y sin más esperó a que André llegara a su lado para guiarla.

Aunque los deseos de él fueran otros.

Las manos del bailarín se aferraron a la cintura de Jania, la giraron con la rapidez y fuerza que le pertenecía y dejó la espalda de ella pegada al metal del Audi color gris. Este fue testigo de aquel beso lleno de deseo y pasión. Enredó su lengua con la de ella sin temor a que todo se descontrolara en su interior. Escuchó la risilla de Jania, sin dejar de rozar los labios de la mujer con los suyos propios, pues por alguna razón no quería ni deseaba despegarse un solo milímetro de su cuerpo.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó apretujando más su cuerpo al de ella, dejando apenas espacio entre ambos.

—Cállate y vamos a tu casa. —La orden proveniente de los labios de Jania hizo sonreír al bailarín.

Este tomó una de las manos de ella y sin más tiró para comenzar a caminar, sin dejar de tener en cuenta la tranquilidad que debía de llevar Jania a través de sus pasos.

La desesperación provocó choques entre sus cuerpos, que se aprisionaban el uno al otro entre aquellas paredes y dejaban que la respiración acelerada de ambos rozara los labios de su contrario, mientras se debatían entre caricias y la torpeza de aquellos movimientos avanzando poco a poco.

Sin soltar la mano de ella, André abrió la puerta que daba acceso a la parte trasera de su casa.

—Bienvenida, querida Jania —pronunció con una sonrisa.

Ella no respondió, solo dio un pequeño empujón a André y lo aprisionó contra la pared blanquecina del pasillo principal.

—¿Adónde hay que ir, querido señor D’Alzon? —Jania se acercó de nuevo hacia el rostro del bailarín para dejar un pequeño beso en sus labios.

André quiso responder, mas sus manos fueron las que volvieron a darle aquella respuesta que tanto buscaba en el interior de su mente, al igual que en su corazón. Llevó una de ellas hacia las piernas de Jania y con fuerza la tomó en brazos y robó, a la par, un beso de sus labios, caminó con decisión escaleras arriba para llegar a su dormitorio, ubicado justo al final del pasillo.

La luz tenue golpeó el rostro de ambos. Jania observó los pequeños reflejos que la luz dejaba sobre aquel dormitorio, perfectamente ordenado.

El bailarín cerró la puerta con un leve toque. Se giró para volver a acorralarla contra la pared y, sin esperar ni un segundo, llevó las manos hacia la cintura de Jania para tomar la prenda que cubría su cuerpo entre estas. Enredó sus dedos en la tela mientras la levantaba para deshacerse de la camiseta y, con ello, pegar sus labios al cuello de la mujer. Dejó una mordida, seguida de un beso y de un pequeño roce con su lengua; se deleitó con el sabor de su piel y la suavidad de esta. Ese bastó para que toda la piel de André se erizara. Coló una de sus piernas entre las de ella sin dudar en ser posesivo y, con ello, controlar cada uno de los movimientos de la mujer. Jugó con su mano derecha, marcando un camino con sus dedos por la piel desnuda de Jania, y notó cómo esta se erizaba ante su roce. Era cálida —además de suave—, exquisita al tacto y tan excitante que André apenas podías controlar su respiración mientras llevaba las manos hacia el muslo de ella.

—Espera. —Jania llevó una de sus manos hacia la de André para detener su camino. Intentó que su respiración se tranquilizara mientras miraba hacia los ojos azules de él cuando este apartó un poco su cuerpo—. Es que... ¿estarás bien?

—Creo que esa pregunta debería de hacértela yo, ¿no crees?

Jania asintió mordiendo su labio inferior, llevó sus manos hacia los brazos de André y se movió escurriéndose entre su cuerpo para caminar despacio hacia su cama. El dolor de la pierna había disminuido entre la distracción de aquel increíble momento. Pero, aun así, sus pensamientos eran claros y, en el

peor de los casos, más negativos de lo que debía esperar. Sería la primera vez que se desnudaba ante un hombre después del accidente y los nervios, añadidos a la inseguridad que sentía en su interior, hacían de esa tarea personal algo casi imposible de superar.

—¿Te importaría no mirar? —Jania lanzó la pregunta a través de un pequeño susurro.

Observó cómo el bailarín no se movía de su sitio y sin más asentía. Jania no necesitó darle las gracias a través de palabras, solo se acercó a él, enrolló sus brazos alrededor de su cintura y dejó un beso en su hombro izquierdo, antes de dar media vuelta y volver a la cama.

André escuchó aquellos suspiros, que acompañaban la respiración nerviosa e intranquila de ella. Sonrió pues, aún en el fondo, sabía bien cómo debía de sentirse y que aquel momento en el que quedaría al descubierto no solo su cuerpo, sino parte de su alma, no iba a ser fácil para ella. La tela que cubría su cama sonaba ante el roce de los dedos de Jania, mientras parecía removerse como si fuera un pajarillo torpe encerrado dentro de una jaula. El bailarín pudo percibir el pequeño sonido que hacía la ropa de ella al caer hacia el suelo, justo antes de saber que ya se escondía entre las sábanas de su cama.

Sin esperar a que hablara, André se giró y la miró mientras tomaba su camiseta y se deshacía de ella en cuestión de segundos. Mordió su labio inferior, sin dejar de mirar a los ojos de Jania, y le transmitió, a través de estos el, deseo que creía a cada segundo en su interior.

—Eres preciosa —susurró nada más posar sus rodillas sobre la cama. Se acercó para besar los labios de Jania, y con ello dejó una caricia marcada en el cuello de ella—. Y te deseo como no tienes ni idea.

—Creo que te equivocas.

Jania llevó ambas de sus manos hacia el cuello de André, lo amarró con fuerza para atraerlo hacia sus labios y besarlo invadiendo la boca de él. Dejó escapar pequeños gemidos entre sus labios mientras sentía cómo el aire se escapaba poco a poco al separarse un poco de los de él. Sus dedos jugueteaban con el cabello de André mientras intentaba observar su mirada en mitad de la oscuridad que los rodeaba. Él, sin embargo, sonrió pegado a sus labios y dejó una mordida en estos pocos después. Sin darle la oportunidad a ella de siquiera respirar.

Aquel beso la tomó por sorpresa, mucho más los movimientos del cuerpo del bailarín encima del suyo. Este se colocó entre sus piernas y llevó sus manos

hacia las muñecas de Jania para tomarlas con fuerza y aprisionarla entre su cuerpo y la cama.

—Vaya... —intentó decir ella cuando sus labios se separaron.

—Shhh —ordenó André volviendo a morder el labio inferior de ella—. Ni se te ocurra decir nada.

—¿Ahora vas a controlarme hasta en eso? —Jania se echó a reír.

André se apartó un poco para mirarla mientras entrecerraba sus ojos.

—He dicho que no se te ocurra decir nada.

Ella, sin embargo, iba a protestar de nuevo cuando los labios de André la acallaron por completo. Gimió mientras sentía la humedad de la lengua de él en el interior de su boca.

Tampoco había sido consciente en el momento en que las manos del bailarín la tomaron por sorpresa, acariciaron cada centímetro de su cuerpo y erizaron su piel con su suave y cálido recorrido. André seguía besándola, moviendo sus labios entre besos hacia su cuello y su hombro, abordando toda su piel, dejando pequeñas mordidas, mientras que con sus manos se tomaba la libertad de conocer el cuello de ella. Durante aquellos segundos, que parecían pasar con lentitud, Jania se olvidó de su pierna y del dolor que atravesaba también su interior. Se dejó llevar por el bailarín, sus labios, sus manos y el roce de su cuerpo contra el suyo. Hasta el punto en que la desesperación hizo que ella moviera las suyas desde el cuello de André hasta la cintura de su pantalón, prenda que, para gusto de ella, ya estorbaba. Y lo hizo detonar en el momento en que coló sus manos entre sus cuerpos para dar con la abertura del pantalón de André y con ello desabrocharlo. Se permitió bajarlo poco a poco, rozando con sus dedos la piel cálida del bailarín.

Este se movió, ayudándose con sus piernas, para deshacerse de aquella prenda. La única que lo separaba del cuerpo desnudo de Jania.

Fue un gemido lo que había invadido los labios de ella cuando sintió el miembro de André en su intimidad, preparado para encontrar su interior. Aferró sus manos con fuerza a la espalda de él, dejó atrás las caricias y se dedicó a recorrer su piel mientras clavaba las uñas en cada centímetro del recorrido hasta llegar a su cuello. El bailarín se tomó unos segundos para mirar a Jania a los ojos y sonreír. Elevó una de sus manos hacia el rostro de ella para dejar una cálida caricia, como si quisiera combinar aquella pasión con la más delicada de las personalidades. Los ojos azules de ella parecieron brillar ante ese gesto, un gesto correspondido con las caricias de sus propios

dedos en la nuca de él.

Caricias, el siseo de su respiración que se escapaba de entre sus labios, miradas, el latir de ambos corazones. Todo hablaba mientras el silencio sepulcral de aquella habitación los rodeaba.

Una de las manos de André viajó por el costado derecho de Jania e hizo detonar la fortaleza de su tacto provocando que la piel de ella fuera consciente de ese deseo que ya ardía en su interior. Ella volvió a gemir, siendo consciente de que su humedad pedía a gritos que el bailarín la invadiera. Fue un movimiento inesperado, como simple acto reflejo de todo lo que invadía su interior. Jania alzó su cadera y logró que su entrada rozara el miembro erecto de André. Fue él quien lanzó un gemido ronco, esta vez, sobre los labios de ella, que permitieron que ambos lo escucharan. Su mente trabajó por él —le había pedido que lo hiciera— y fue su corazón quien dio la última palabra cuando la razón se perdió entre los labios de ella, mientras la volvía a besar. Bastó un simple movimiento para que su miembro se encontrara con el interior de Jania. Las manos de ella se aferraron con fuerza al cuello de André, mientras él hundía su rostro en el de ella y le regalaba caricias con sus labios, besos detenidos por los gemidos que se escapaban de entre sus labios.

Ambos marcaron un delicioso vaivén con sus caderas, rápido y a la par desesperado. Se buscaron con labios y besos que debían de ser catalogados como prohibidos. Las manos de ambos se dedicaron a conocer el cuerpo del otro, amarrándose con fuerza, dejando caricias mientras que con ellas eran capaces de marcar la piel. Aquella ardiente piel que se tornaba perlada por el esfuerzo. Jania pidió más entre gritos y gemidos, llevando una de sus manos hacia la cadera del bailarín, anclando los dedos en su piel para acompañar aquellos movimientos masculinos y poderosos. La humedad de su intimidad crecía con cada embestida de André hasta el punto de que todo su interior se contraía de forma alocada y le pedía más, llegando al punto en que podría dejarse llevar al éxtasis en cuestión de pocos minutos.

Mas, a pesar del deseo descontrolado, sentía cada temblor como único, mientras todo se detenía en un volver a empezar. Jania fue consciente de cómo su cabeza daba vueltas, de la falta de respiración, de cómo se había dejado llevar ante la pasión de aquel hombre sin pensar en nada más que disfrutar de cada músculo del cuerpo del bailarín. Escuchó sus gemidos entremezclándose con los suyos. Besó sus labios con pasión y buscó la lengua de André con la misma determinación. Convirtió sus caricias en su propia locura, con el deseo

de transformar cada segundo en minutos eternos. Notó, con el tacto de sus manos, cómo los músculos de él se contraían, una y otra vez, por el esfuerzo, las embestidas y los movimientos. Saboreó con sus dedos la humedad del cabello del bailarín mientras los enredaba con fuerza en aquel color oscuro, que parecía brillar aun en medio de aquella oscuridad. Sonrió ante la fiereza de los movimientos de aquel hombre, mientras colapsaba cada uno de sus sentidos con el simple roce de sus caricias.

Jania se deshizo entre gemidos junto a él. André buscaba, una y otra vez, los labios de ella, desesperado, aferrando una de sus manos a su cintura para acompañar sus movimientos y así lograr hundirse más en ella. Gimió al sentir cómo los músculos de la intimidad de Jania se contraían con fuerza alrededor de su miembro y lo atrapaban para llevarlo a la locura cada vez que invadía su interior.

Los gritos de la mujer se hicieron más fuertes mientras que el bailarín notaba, bajo el peso de su cuerpo, cómo ella comenzaba a temblar al percibir aquella respiración cada vez más entrecortada por culpa de los gemidos. Notó cómo Jania se aferraba con fuerza a su espalda y logró que soltara un siseo cuando sintió cómo ella le clavaba las uñas con deliciosa alevosía. No dejó de moverse a pesar de los temblores de su propio cuerpo. Tomó a Jania con fuerza entre sus brazos, hundió su rostro en el cuello de ella, y le arrancó un gemido cuando dejó una mordida en la piel de esta. La excitación recorrió todo su interior al escucharla. De tal modo que el suyo se dejó llevar por el deseo y llegó al orgasmo en cuestión de segundos. Fue Jania la que arqueó su espalda para sentir mucho más intenso ese orgasmo en su interior, y permitió que su cuerpo actuara por sí solo para unirse a él apenas unos pocos segundos después.

El silencio que los invadió a ambos fue claramente sorprendente, al menos después de acompañarse durante largos minutos entre gemidos y gritos. André la observó a los ojos, tranquilamente, mientras se deshacía en pequeñas caricias llevando una de sus manos hacia el rostro de ella.

—Dime que estás bien o querré ahorcarme —alcanzó a decir cuando su respiración comenzó a calmarse.

—¿Qué clase de pregunta es esa en un momento como este, André? —Jania se echó a reír y asintió con tranquilidad—. Estoy muy bien, de maravilla.

—Me gusta escuchar eso. De verdad que sí.

El francés se movió con delicadeza, soltó un siseo cuando se sintió fuera del

cuerpo de Jania. La observó y decidió quedarse medio tumbado en el lado izquierdo de ella, pues en el fondo sabía bien que tal vez podría llegar a notarse incómoda.

Jania giró su rostro para observar al bailarín con una sonrisa. Se movió un poco y se apegó más al cuerpo de él, y notó la calidez de este. Una de sus manos fue hacia el pecho del francés para compartir delicadas y suaves caricias sin decir ni una palabra, para disfrutar de la respiración lenta del bailarín y notar cómo la suya se acompañaba a la de él. Lentamente, marcando una dulce melodía que solo a ellos les pertenecía. Así como sus caricias, sus miradas, sus susurros, sus sonrisas. Pequeños detalles capaces de llenar hasta la más oscura de las almas.

—Ha sido increíble. —Las palabras de Jania sonaron con la tranquilidad recuperada de su respiración—. Me has hecho sentir muy bien.

Y era cierto. Aunque en parte se sorprendiera de la tranquilidad que ahora era capaz de percibir a través del latir de su corazón, André había renovado cada una de sus emociones y logrado que, durante aquellos minutos, los dolores que no solo sentía físicamente desaparecieran como en esos sueños que olvidas nada más despertar. Ella no podía dejar de sonreír mientras percibía en su cuerpo las caricias de aquel hombre de mirada clara, tez blanquecina y lo que ella podía percibir como alma misteriosa. Lo miró fijamente intentando descifrar qué era lo que él mismo sentía después de lo ocurrido, mas era bien cierto: su sonrisa podía contar mucho más que las simples palabras.

—Y tú a mí —respondió por fin el bailarín después de segundos de silencio. Observó cada gesto de ella, sonrió ante ello—. Te puede parecer increíble, pero es algo que necesitaba.

Jania alzó una ceja con gesto burlón, sin dejar de mirar en ningún momento aquellos ojos azules.

—No me malinterpretes. Quiero decir...

—Libre —añadió Jania llevando una de sus manos hacia el rostro de él. Acarició su mejilla raspando la yema de sus dedos con la barba incipiente de este—. ¿Verdad? Como si nada de lo que nos rodea importara más que nosotros mismos.

—Sí, creo que yo no lo podría haber expresado mejor.

—¿Cuáles son esas cosas que te ahogan, André? —Los dedos de Jania marcaron un delicioso recorrido sobre el torso del bailarín.

Percibió cómo el francés lanzaba un suspiro lento, cargado de angustia. Ella conocía bien ese tipo de expresión, en el que parecía que quería ahogar gritos o lamentos a través de la respiración. Supo, en ese mismo instante, que quizás tocaba temas en los que no debía ahondar. Pero ¿cómo podía dejar pasar la oportunidad de conocer a ese hombre misterioso que tanto le había llamado la atención?

Lo tenía entre sus brazos ardiente de deseo y, por más que se dijera «No», necesitaba darle un «Sí» para romper aquella línea tan delgada que parecía separarlos. Una línea llamada «Miedos».

—La pérdida ha golpeado a mi familia —respondió él en voz baja—. Sé que es algo que no podemos evitar, pero echo mucho de menos que esos ojos me vean bailar, que esos brazos me entreguen un abrazo.

Jania asintió sin responder nada. Solo llevó sus caricias hacia el cuello de él, para pasear el tacto de sus dedos por el hombro de este, continuar con el brazo que tenía al alcance y finalizar en la cadera de él.

—No sé bien qué es sentirse así, porque para mí no es lo mismo, claro —añadió ella con una sonrisa—. Pero aquí tienes mi apoyo, si me permites decírtelo.

—Y todo lo que tú desees.

Pronunció aquellas palabras antes de dejar un leve chasquido con su lengua. André no dijo nada más, solo se movió para colocarse de nuevo sobre el cuerpo de ella. Tanto sus manos como sus labios volvieron a buscar los de ella. Sin perder ni un solo segundo. A sabiendas de que ambos podrían encontrarse el uno con el otro, orgasmo tras orgasmo. Sin dedicarse ni una sola palabra. Durante el tiempo que ambos desearan.

Capítulo 8

La música sonaba. Envolvente, cálida, a la par que agresiva y desconcertante. El eco era marcado por el sonido de esa melodía, entremezclada con los aplausos del público, en una noche mágica, especial, sanadora. Sonrisas que opacaban lágrimas teñidas por el cansancio, el esfuerzo, la satisfacción. Y una reverencia, como despedida, que transmitía un «Gracias», además de un «Os quiero». Instante en el que nada más que eso tenía importancia.

Un sueño roto, acompañado de una cruda realidad.

Otro día más en el que Jania despertaba después de una noche envuelta entre sueños convertidos en pesadillas. Para muchos podrían ser simples recuerdos, pero una tortura que nunca podría soportar. Si supiera que, después de unas horas, y como si nada, volvería a pisar un escenario para comenzar con su danza.... Con sus «Gracias» y sus «Te quiero», podría asomar un ápice de sonrisa en su rostro. Mas ya no quedaba nada por rescatar. Su mirada se percibía perdida mientras observaba su rostro en aquel espejo que acompañaba al escritorio, teñido en blanco, sobre la madera desgastada de una antigüedad que contenía cada uno de sus secretos. Secretos construidos a lo largo de toda su vida.

Jania dio un leve golpeteo con sus manos sobre las mejillas. Proclamando para ella misma que debía despertar de la realidad. Y como si le hubieran leído la mente, escuchó ese mismo golpeteo en la puerta de su dormitorio, lo que logró que —después de mucho tiempo— sonriera de verdad.

Por fin estaba en casa.

—¿Ya despierta? —Lila entró a la habitación portando una pequeña bandeja.

—Puedo ir a la cocina a desayunar, ¿sabías?

—Hoy es un día importante, no quiero que estés nerviosa —aclaró su madre

mientras dejaba aquella bandeja en el escritorio de la más joven.

—No voy a estarlo; volver a la universidad es algo que quiero hacer. Todo está mejorando ahora. Os tengo a ti y a papá, además de a mis amigos y más gente que me apoya —respondió ella con alegría mientras recibía el aroma del desayuno.

A pesar de ser algo que veía innecesario, más por su edad, agradecía que su madre siempre estuviera pendiente de aspectos tan simples como prepararle un simple desayuno.

—¿Cómo te va con él?

Al momento de recibir la pregunta, Jania negó con rapidez, se encogió de hombros y sin más volvió a sonreír.

—No somos nada, no hay nada serio entre André y yo. Lo pasamos bien juntos, y es de lo único que me preocupo. No creo que ninguno de los dos esté lo suficientemente preparado como para tener una relación con alguien, por más que él se crea mi novio en algunas ocasiones.

—Como el otro día, cuando saliste del hospital —recalcó Lila.

—Por ejemplo, ya le dejé clara mi molestia. Pero luego me invitó a comer y tampoco podía negarme. Es un buen hombre.

—Ya veo...

—Lo demás... lo dejo de lado porque no creo que te guste conocer mis cosas. Mucho menos cuando todavía me ves como si tuviera quince años. — Jania estiró su brazo para tomar uno de los almohadones de su cama y se lo lanzó con alegría a su madre.

Casi siguiendo la misma rutina que llevaba en casa, tomó el desayuno y se arregló, lista para ir a la universidad. Con gran desesperación, se llegó a dar cuenta de que, de algún modo u otro, debía modificar los horarios con respecto a su rutina anterior.

Caminar con la prótesis cada día le resultaba más sencillo y menos doloroso. A pesar de encontrarse aún un poco torpe al andar, todo parecía mejorar. Y la rehabilitación seguía dando sus frutos. Pronto, y como siempre se había encargado de decir Dominique, todo volvería a la normalidad. Sin embargo, Jania sabía bien que esa normalidad no implicaba la palabra «físico»; necesitaba que las pesadillas cesaran y los recuerdos de toda una vida dejaran de significar una tortura. Aunque ¿cómo hacerlo cuando día a día aún soñaba con dedicarse a su amada danza? Negó con rapidez, no estaba muy dispuesta a demostrar ante su madre los pensamientos que vagaban por su

mente. Debía ser la mujer fuerte y preparada que siempre quiso que fuera. Aunque no solo se trataba de sus padres; ella misma necesitaba demostrarse que podía seguir adelante.

Y lo haría como fuera.

—Ya estoy lista. ¿Vamos en tu coche?

Jania se paró en el umbral de la puerta de la cocina. Se había colocado una chaqueta vaquera para acompañar a la camiseta desgastada —su favorita entre todas— de color gris y con estampados de varios colores oscuros; caía perfectamente sobre la cintura de los *jeans* oscuros que tenía por costumbre llevar. Solo le bastó calzarse sus botas para estar lista, como un día cualquiera, para ir a la universidad.

Sin embargo, percibió cierta molestia al caminar. Al parecer también tenía que ser consciente de que la tela de aquel pantalón no trabajaba igual. Al menos había sido la primera sensación que percibió, sensación que seguro cambiaría en el futuro.

Aun así, no le dio demasiada importancia, pues su único deseo era empezar con aquel día universitario, a sabiendas de que también tenía un significado más que importante. Era su nuevo comienzo en, tal vez, retomar algo que ya conocía bien; no obstante, ahora iba a ser su completa dedicación y Jania no tenía duda alguna de sus intenciones. Se esforzaría cada día, cada momento y cada segundo por conseguir los resultados que tanto deseaba.

Dándole vuelta a sus pensamientos, la travesía en coche fue calmada, relajante, reparadora en muchos sentidos, tanto que apenas fue consciente de que su sonrisa seguía siendo verdadera. Tal vez, y sabía bien que era cierto, su alma aún tuviera que curar en muchos aspectos pero, después de todo, volver a esa rutina iba a ayudarla a mirar hacia delante.

—Sigue habiendo el mismo tráfico horrible que recordaba —aclaró Jania mientras miraba a través de la ventana.

—¿Qué esperabas? Es hora punta.

—Echaba de menos desesperarme para intentar llegar puntual a las clases sin que el tráfico tenga parado el transporte urbano a cada rato.

—Si no fueras tan cabezota y dejaras que yo te llevara, no te pasaría eso. Al menos intenta sacarte el carnet de conducir; ya sabes lo útil que es. —Lila llevaba su visión a todas partes mientras seguía con el recorrido.

—No me gusta, y no pienso hacerlo. Ya sabes que prefiero caminar y todo depende de lo que tarde en despertar. Además, ahora no voy a tener tantas

obligaciones, así que es completamente diferente.

—Pero será mucho más cómodo para tu pierna que no la cargues con tanto esfuerzo. —El suspiro de Jania fue tal que, en ese mismo instante, su madre se dio cuenta de la pesadez de sus palabras—. Perdona, no quería decirlo así. Es solo que no quiero que te esfuerces tanto, Jania. Tienes que ir poco a poco.

—Si voy poco a poco, nunca querré ponerme límites. Y de eso se trata. Dominique lo ha dicho hasta la saciedad. —Jania giró su rostro para sonreír a su madre—. Tengo que luchar como si cada día la meta estuviera más y más lejana. Será la única forma de recuperar parte de la normalidad en mi vida. Al menos, con esto, quiero intentarlo.

—Está bien, sé que vas a poder hacerlo. Nunca he tenido dudas de tu valentía y fortaleza.

—Eso es lo que todos dicen...

Jania dejó aquella frase con palabras escondidas tras un largo suspiro. En ciertos momentos en los que se sentía perdida entre sus propios pensamientos, como en ese instante, sentía ganas de gritar. Quería decir a la vida que nadie iba a ganar su batalla por ella; sin embargo, de vez en cuando, donde todo se ponía cuesta arriba, le resultaba todavía más complicado de lo que pudiera imaginar. Aun así, mientras la ciudad quedaba grabada en el reflejo de sus ojos azules, se convenció a sí misma de que lo haría. De que pondría sus metas en orden y que no dudaría en ningún momento en cumplir cada una de ellas. Así como ese maravilloso hombre le había dicho.

Dibujó en su mente el rostro de Dominique y el color oscuro de sus ojos y de su cabello. Esa sonrisa que siempre conseguía convencerla de cualquier cosa. Incluso pensó en la fortaleza de sus manos cada vez que se amarraban a las suyas y la ayudaban a caminar, con calma, cuidando cada momento. Cuidándola a ella.

—¿Te verás hoy con André? —La pregunta de su madre la sacó de sus propios pensamientos.

—Creo que tiene ensayo, así que me extraña mucho que nos encontremos, salvo que vaya al teatro. Y no tengo idea de lo cargado que será el día. Además, apuesto lo que quieras a que salgo agotada —protestó Jania.

—Eso sería algo completamente lógico pero, bueno, espero que te vaya bien con él. Parece un buen hombre.

—Ya te he dicho que no somos nada y que no tengo ganas de pensar en algo así, mamá —añadió su hija sin apartar la mirada—. Pero es cierto: es un buen

hombre, algo complicado, pero a la vez maravilloso. Y de todas formas, creo que su preocupación debería de ser *El lago de los cisnes*. No quiero ser un estorbo para él.

—No creo que lo seas, Jania. —Lila tomó el último giro de volante para dirigirse al aparcamiento de la universidad—. Creo, y por lo poco que he visto, que él valora tu presencia allí. Sé que no me equivoco al decir que él siente la danza de la misma forma en que tú lo haces. Incluso podría venirte de mucha ayuda.

—O tal vez se convierta en una maldita tortura. Todavía no puedo saber hasta qué punto me va a afectar verlo bailar sobre el escenario.—Jania se encogió de hombros y sonrió—. André dice que me ayudará, que será una de esas terapias con las que logras avanzar, por no decir que él cree que se sentirá mejor si me tiene por allí. Pero, a decir verdad, hoy solo quiero pensar en la universidad y nada más.

—Creo que haces bien, Jania; en este momento presión es lo menos que necesitas.

Ella asintió como respuesta a su madre.

Habían pasado un par de minutos desde que esas últimas palabras y la imagen de la universidad se hubieren presentado ante sus ojos. Jania se limitó a salir del coche y tomar su mochila. Su madre mantenía esa sonrisa complaciente, una sonrisa que decía mucho más de lo que las propias palabras pudieran describir. Pero su hija sabía bien que no era necesario que dijera nada, pues era ella misma quien debía dar sus primeros pasos después de lo ocurrido. Aun conociendo que la compasión la rodearía, así como le llegarían miradas cargadas de lástima a su alrededor. Y no por ello se dejaría achantar. Mantuvo su sonrisa en todo momento, como si el mundo que la rodeaba hubiese sido el mismo que la había acompañado durante tantos años. Y de hecho, sí: se daba cuenta de que era exactamente el mundo en el que había compartido vivencias, durante los últimos tres años, con la mayoría de sus compañeros. Compañeros que seguían dedicándole palabras de apoyo, palabras cargadas de esperanza que jamás podría llegar a olvidar. Aunque en el fondo no tuviera gran relación con ninguno de ellos, salvo con la que podría considerar como su mejor amiga, Caroline, puesto que la danza siempre había sido su prioridad, el mundo que la había llevado a vivir en una burbuja, prácticamente, toda su vida.

Y eso, precisamente, era lo único que Jania temía en el instante en que sus

pies quedaron plantados en la entrada de la universidad. Ya que esa burbuja de autoprotección quedó completamente destruida cuando aquel coche chocó contra el de su madre.

—Ten un buen día. —El abrazo de Lila fue firme.

Jania quiso pedirle que se quedara, pues el terror comenzaba a invadirla. Pero se recordó que era lo suficientemente mayorcita como para afrontar sus propios problemas, y no solo eso: ese era un paso que debía de dar a solas.

Cuando Lila desapareció ante los ojos de ella, la más joven caminó ayudándose de aquella muleta que cargaba a todas partes. De algún modo, sabía bien que le iba a ser imposible caminar por ella misma con la facilidad que requería. No solo se trataba de torpeza; todo lo que invadía su interior eran esos malditos nervios que no la dejaban respirar, ese vacío que a veces se empeñaba en recordarle el motivo por el que se encontraba a esa hora entre esas paredes, en vez de en aquellos vestuarios, justo antes de ir a la sala de ensayo de la escuela a la que había pertenecido los últimos meses. Y qué extraño era cruzar su mirada con otras tantas conocidas, mientras se lamentaba de no haberse relacionado lo suficiente con ninguna de ellas como para formar un gran grupo al que llamar «amigos». Pero, para su fortuna, aún deseaba encontrarse con aquellos ojos tan cercanos a ella en aquellos últimos tres años.

—¡Bienvenida de nuevo, Jania!

Las voces de cada uno de sus compañeros se unieron en un coro más que perfecto pronunciando aquellas palabras.

Los ojos azules de ella observaron la pancarta colocada en la zona de las pizarras, con fotografías de momentos pasados junto a sus compañeros, además de otras en las que ellos mismos habían acudido a ensayos o pequeñas actuaciones cuando aún era bailarina. El silencio se apoderó de ella cuando leyó «Donde se cumplen los sueños es en nuestro corazón», que decoraba aquel papel de un perfecto beis manchado. Intentó cerrar los ojos para mantener la firmeza, sobre su pie izquierdo, de la prótesis que formaría parte de su vida para siempre, sin derrumbarse, sin mostrar esas ganas de llorar que la habían invadido. Pero en el momento en que todos sus compañeros se levantaron de aquellas sillas para acabar abrazándola con fuerza, en grupo, dejando aquellas palabras de cariño, se permitió, por unos segundos, dejar que las emociones la controlaran.

—Gracias...

Fue lo único capaz de pronunciar en medio de aquella multitud que con alegría le había llegado a demostrar que no se compadecían de ella, sino todo lo contrario. Siempre la habían visto como una luchadora, y una vez más Jania se encontraba en una de esas batallas por las que no pensaba dejarse vencer.

Nunca más.

—Ni por un segundo pienses que te vas a librar de todos los trabajos que tienes atrasados.

La voz de Caroline llegó a modo de eco hacia los oídos de Jania. La pelinegra era una de las pocas personas con las que más había compartido a lo largo de los años de universidad. Dejó que de nuevo la abrazara y, con ello, la propia Jania posó un beso en la mejilla de la mujer, a la que podía llamar «mejor amiga».

Un par de años mayor que ella, poseía una mirada castaña más que intimidante, pero a la vez llena de sinceridad. Apenas un poco más baja que la exbailarina y con un cuerpo de esos que muchos podrían llegar a admirar, era sencilla y siempre valoraba los pequeños detalles. Así como la amistad que la unía a la rubia, muy a pesar de no haber compartido tantas cosas como a ambas les hubiera gustado.

—Muchas gracias por respetar... Bueno. —La voz de Jania sonó algo débil mientras caminaba a su habitual lugar de asiento.

—Dijiste que no querías visitas en el hospital, que debíamos de esperar. — Caroline miró a su amiga con una sonrisa—. ¿Acaso como amiga tuya no debía de respetar ese hecho? No tienes nada que agradecer, pero ya sabes que tienes mucho trabajo por delante para ponerte al día. Has perdido dos meses de clase y, a estas alturas de carrera, debería considerarse pecado.

Jania se echó a reír mientras negaba. Tomó asiento y lanzó un suspiro, sintió la agradable sensación que la inundaba cuando por fin dejaba su prótesis aligerada de peso.

—Tranquila, creo que ahora podré ponerme al día sin problemas. Teniendo en cuenta que tengo más tiempo libre. —Jania observó a Caroline con una sonrisa—. Salvo las sesiones de rehabilitación con Dominique, mi día a día actualmente resulta bastante tranquilo.

—¿Cómo llevas eso?

—Bien. Dominique es bastante paciente, agradable y me está ayudando mucho —admitió la de ojos azules mientras sacaba todo lo necesario para comenzar con las clases.

—Te ha tocado una buena doctora, entonces. Se te nota en la cara que lo llevas bien.

—Oh, no. —Jania negó con rapidez mientras se echaba a reír a carcajadas—. En realidad Dominique es hombre. Hay una historia curiosa con su nombre. Cuando le hicieron las ecografías a su madre, pensaron que era una niña; de hecho, lo creyeron hasta el momento en que él nació. Y no hubo modo ni convencimiento para que sus padres le cambiaran el nombre. Él suele decir que está muy orgulloso porque muchas personas importantes en la historia de Francia también se llaman así.

—Sí que es gracioso —añadió Caroline mientras observaba en silencio a su amiga—. ¿Él y tú...?

—¿Qué? —Jania negó con rapidez—. No, para nada. No pienses cosas que no son. Ya te pareces a mi madre.

—Yo no he dicho nada, me lo han dicho tus ojos. —La pelinegra se encogió de hombros y miró al frente en el momento en que el profesor comenzaba a dar la clase—. Pero no te llevaré la contraria; sé lo terca que puedes llegar a ser.

La mirada fulminante de Jania hizo reír de nuevo a su amiga. Sin embargo, no dijo nada más, pues todos sus pensamientos se vieron concentrados en seguir el ritmo de las clases. Ritmo que, para su propia sorpresa, pareció no haber perdido pese a esa tan larga ausencia. Se dio cuenta de que los minutos seguían pasando con la misma rapidez que antaño, cuando disfrutaba de cada una de las horas que estaba entre aquellas paredes cargadas de historia y enseñanza. Sus dedos trabajaban rápido mientras marcaban el delicado baile con la pluma estilográfica sobre el papel de su libreta desgastada. Aquella era una rutina que, hacía muchos meses atrás, le había enseñado a darse cuenta de cuánto amaba cada segundo que pasaba en el lugar, también con la creciente ilusión de hacer las cosas bien solo para dar el siguiente paso. Solo para mover sus pies afuera de aquel edificio y para que su alma y su corazón se encontraran con la música envolvente de esa danza que tanto amaba.

Y aunque, por un momento, las dudas inundaron su espíritu cuando el timbre del final de la jornada sonó, no sintió reproche alguno ni odio por el nuevo rumbo que tomaba su rutina diaria.

—Y eso es todo. Creo que no hay mucho más que debas de hacer, Jania. No es tan complicado como parece pero, si es necesario, gastaremos muchas horas en la biblioteca con tal de que te pongas al día.

—Sabes que te lo agradecería muchísimo. —Jania observó a su amiga

mientras caminaba con cuidado—. Dices que es fácil, pero lo cierto es que hemos adelantado más de lo que esperaba.

—Entonces, ambas seremos compañeras de estudio, solo que ahora con mucho más tiempo que antes. —Caroline pasó su brazo derecho alrededor del cuello de su amiga para acercarse a ella y dejar un beso en su mejilla.

—Eres maravillosa, de verdad que sí.

En ese instante, Jania se dio cuenta de las intenciones de su amiga. Intenciones que habían dado sus frutos desde el mismo instante en que había cruzado su mirada nada más entrar ella a clase. No parecía que su vuelta a esa rutina fuera a ser tan dolorosa después de todo. Observó a su alrededor, el cómo caminaban sus compañeros, que le sonreían de vez en cuando, y sintió cómo le podía llegar su apoyo a través de esas sonrisas.

Estaba tan distraída en aquellos pensamientos que apenas se percató de la presencia que se había plantado justo delante de ella y de su amiga, apenas a unos centímetros de distancia.

—Bienvenida a la vida universitaria de nuevo.

—¿Qué haces aquí, André? Voy a pensar que me acosas o algo así. —Jania alzó una de sus cejas nada más ver al bailarín.

Mas fueron las risas las que inundaron el lugar y dejaron un pequeño eco que se extendía más allá de lo que ellos pudieran percibir.

Caroline se quedó mirando al «chico nuevo» mientras esperaba a que su amiga saliera de ese trance en el que claramente dejaba ver mucho más allá de lo que podría expresar. Finalmente avanzó hacia el francés para dejarle un beso en su mejilla.

—Tenía un rato libre y pensé que sería bueno ver cómo había sido tu primer día. —André miró a la amiga de Jania y con una sonrisa extendió su brazo para entregar su mano y, con ello, estrecharla con fuerza—. André D'Alzon, un placer.

—Caroline. —Estrechó la mano del bailarín con fuerza, dibujando una enorme sonrisa—. ¿Eres el novio de Jania?

La nombrada estuvo a punto de responder, pero esta vez quien dejó una negación fue el mismo André.

—Solo somos buenos amigos, nos ayudamos el uno al otro.

—Ya veo. —Caroline, sin mucho convencimiento, se encogió de hombros antes de dirigir su mirada hacia Jania—. Os dejo, entonces. Tengo que irme, pero recuerda lo que te he dicho: hay mucho con lo que ponerse al día.

—No te preocupes. —Jania se acercó a su amiga y dejó un beso en su mejilla, además de un fuerte abrazo—. Gracias por todo, Caroline.

Esta se despidió elevando uno de sus brazos para dejar un pequeño saludo con la mano mientras avanzaba, hasta perderse más allá de la visión de Jania y de su ya acostumbrado acompañante.

—Voy a terminar por pensar que no tienes vida personal para ti mismo.

—¿Vengo a hacerte una visita y te quejas? Vaya, vaya, señorita. Creo que, a partir de ahora, no la tendré en tan buena consideración. —André dedicó un guiño a Jania antes de recibir, por parte de ella, un golpe en su brazo derecho—. ¡Eh! Eso ha dolido.

—Para que te des cuenta de que no soy tan debilucha como puedo llegar a aparentar.

—Nunca he dicho que seas así; además, bien me has demostrado que tienes mucha fuerza. —El bailarín se echó a reír al ver el gesto de Jania.

—Como todos los hombres, eres idiota —protestó ella—. Vamos, camina, no quiero quedarme aquí parada todo el día. Además, en media hora empiezo la rehabilitación. ¿No trabajas hoy?

—Dentro de dos horas, pero quiero ir a ver a mi madre antes de ir a trabajar. Ha tenido guardia durante dos días y debe de estar agotada. Además, me apuesto lo que quieras a que no ha comido nada decente.

—Ahora me vas a sorprender diciéndome que has cocinado un rico plato para tu madre. —Jania llevó su mirada hacia los ojos azules de André mientras caminaba con lentitud.

Este asintió guardando las manos en los bolsillos de su chaqueta. El sol brillaba y dejaba un delicioso reflejo en la hierba que acompañaba su camino a través del campus. Jania, por su parte, echó la cabeza hacia atrás mientras rodaba los ojos.

—Nos ha salido un hombre perfecto.

—Para nada. —André negó con rapidez dirigiendo sus pasos hacia la salida de la universidad mientras caminaba al lado de Jania—. Solo he aprendido. Cuando tienes unos padres que se pasan el día más fuera que dentro de casa, aprendes a ser independiente aunque sigas viviendo bajo su techo. ¿Acaso la señorita aún es tratada como una adolescente a la que le hacen todo?

—Te sorprenderías. Mi madre todavía cree, en algunas ocasiones, que tengo quince años. —Ella observó a su alrededor—. Pero puedo sobrevivir a ello cada día, aunque parezca que haya dado un paso atrás con el accidente.

—Estoy seguro de que ellos solos se preocupan por ayudarte en cada momento. No creo que te vean dependiente ni mucho menos. ¿Tienes quién te lleve?

La pregunta fue acompañada de esa sonrisa que tanto caracterizaba al bailarín. Jania asintió señalando hacia la parada de autobús, que quedaba a solo unos pocos metros de la salida universitaria.

—Vendrás conmigo, y como rechistes pienso cargarte.

—¿Qué pasa si me niego? —preguntó Jania alzando una ceja.

—El problema es que no puedes negarte, ¿verdad? —André se paró en seco, girando sobre sus pasos, para quedarse justo enfrente de ella—. Estoy seguro.

Pronunció las últimas palabras con seguridad justo antes de tomar a Jania por la cintura, con sus dos manos, y pegar su cuerpo al de la mujer, a la par que estampaba sus labios en los de ella e invadía el interior de su boca con lujuria. Sin importar el lugar o cualquier persona que pudiera pasar a su alrededor.

—André... —El nombre fue acompañado de un pequeño siseo a través de los labios de Jania.

—¿Vas a venir conmigo o no?

—Claro que sí, idiota. —Jania alzó su rostro para cruzar su mirada con la del bailarín.

Solo se separó para tomar su muleta y comenzar a caminar al lado de aquel hombre, que por segundos parecía volverla cada vez más loca. Lo miró en silencio, preguntándose qué pasaría por su cabeza en ese instante en el que sus ojos azules parecían estar perdidos en la lejanía.

—Mañana, si todo va bien, iré un rato al teatro para ver los ensayos.

—No lo hagas, salvo que te pongas al día con todas tus obligaciones.

—¿Vas a seguir dándome órdenes? Porque te aseguro que no me gusta nada. —Jania se echó a reír llevando su mano libre al brazo más cercano de André. Dejó una pequeña caricia hasta llegar a su mano y rozarla ligeramente con sus dedos—. No tienes por qué preocuparte de nada; si voy, será porque tengo tiempo libre. La rehabilitación todavía no termina, así que tengo que estar pendiente de eso antes de poder continuar con la normalidad de mi vida.

—Lo sé. ¿Te sientes más cómoda con la prótesis?

Jania se quedó en completo silencio, lanzó un pequeño suspiro y se encogió de hombros.

—Todavía no la siento como mía. Dominique me ha dejado claro que ese

será un proceso más largo que la cura física y el acostumbrarme a andar con ella. —Las palabras eran pronunciadas pausadamente pero, a la par, con firmeza, aunque su interior se empeñara en decir lo contrario—. Por el momento no confío en que eso pase pero, ya que no soy médico, supongo que no debo de dudar de sus palabras.

—Tal vez él tenga razón. Supongo que todos pasan por un instante de negación al principio, ¿no? —André llegó hasta su coche y abrió la puerta del copiloto para que Jania entrara.

Ella dejó su mochila en el asiento trasero del coche antes de abrochar el cinturón de seguridad. Se permitió unos segundos para respirar y para pensar en la pregunta de André. Una pregunta que fue respondida en el momento en que él tomó asiento en su lugar habitual.

—¿Negación? Bueno, ¿cómo te sentirías tú si tuvieras un accidente y solo fueras capaz de andar así? Con una pierna que no puedes llegar a sentir por más que lo pretendas. Aunque todos te digan que es cuestión de psicología. Yo no creo que sea así; sin embargo, aquí estoy, poniendo mi esfuerzo cada día por intentar creer en esas palabras.

—Sabes que no lo decía para molestarte, Jania. —El francés miró a su compañera mientras ponía su cinturón de seguridad para arrancar el coche—. Solo me interesa que estés bien.

—Estoy bien. Si no fuera así, no estaría en la universidad afrontando un día cualquiera. Puedes creerme. ¿Tardaremos mucho en llegar?

—No demasiado. Si el tráfico está bien, será cuestión de unos pocos minutos.

El recorrido estuvo marcado por aquel silencio cortante.

André observaba, de vez en cuando, a Jania, mas no se atrevió a pronunciar palabra alguna. Pues sabía bien que, de algún modo, la había ofendido, o al menos tenía claro que aquella pregunta no le había sentado tan bien como esperaba.

Y sin duda admitió para sí mismo que, de un modo u otro, se esperaba aquella despedida por parte de Jania nada más llegar al hospital. Esta dejó un beso en su mejilla, seguido de una pequeña caricia, e intentó mostrar aquella sonrisa que tanto la caracterizaba. André la abrazó, y así se dio la oportunidad de aspirar su aroma durante algunos segundos. Observó poco después cómo se alejaba con lentitud a través de los pasillos y, a la par, se lamentó por haber «jugado» de esa forma con cosas en las que ni siquiera debió meterse.

Capítulo 9

Allí estaba, apoyado en aquella puerta, observando el lejano horizonte, aunque en realidad cruzaba sus ojos con la tez blanquecina de aquel cuerpo postrado en la cama. Un cuerpo casi sin vida, que movía su pecho con lentitud mientras las máquinas hacían el esfuerzo por que siguiera respirando. André estaba cruzado de brazos, sin permitirse un solo parpadeo, dejando que su alma se perdiera entre las cuatro paredes de aquella habitación. Tan desconocida, pero familiar a la vez.

Se permitió unos segundos de silencio propio para escuchar su respiración, pausada, calmada, frágil y destrozada.

Seguía siendo una conmoción ver aquello, observar con sus propios ojos cómo de nuevo la vida seguía basándose en injusticia tras injusticia. Preguntándose ese «¿Por qué?» al que nunca lograba dar respuesta. ¿Por qué el destino siempre golpeaba a quien menos lo merecía? Esa era, quizá, una de las preguntas más comunes, realizada por cientos de personas que sufrían desgracia tras desgracia. Pero nunca sientes una pregunta tan cercana hasta el momento en que la vives en tus propias carnes o lo ves con tus propios ojos. Esos ojos azulados de un bailarín cargado de sueños, pero que, en ese instante, no tenía ilusión alguna por cumplirlos.

—¿Qué haces aquí, André? —La voz de su madre llegó a través de un ligero eco.

Mas no fue consciente de su cercanía hasta el instante en que la sintió a su lado, y volvió de nuevo a la realidad. Recibió su abrazo con alegría, justo antes de quedarse en completo silencio.

—Te he dicho mil veces que no deberías quedarte aquí parado. —Emilie tomó a su hijo de un brazo y se lo llevó a través del pasillo—. Una cosa es que

vengas a visitarme y otra, que te quedas mirando las habitaciones.

—¿De verdad vas a regañarme como si fuera un crío, mamá? Te recuerdo que soy bastante mayorcito para hacer lo que me dé la gana.

—No mientras sea en mi trabajo donde lo hagas. André, aprende de una vez que no puedes ser un salvador de almas. —Emilie se paró en seco justo delante del ascensor, miró a su hijo, sin mostrar sonrisa alguna—. ¿Qué te traes con esa mujer además?

—No metas a Jania en esto.

—Sabes bien que debo. ¿Estás loco? —Su madre entró en aquel ascensor cruzada de brazos, con esa autoridad que André tanto odiaba—. Me apuesto lo que quieras a que ni siquiera le has contado nada de ti, además de que eres bailarín. ¿Me equivoco?

—Ella me ha preguntado, ¿vale? Pero no tiene por qué saber absolutamente nada más. —André llevó las manos con nerviosismo hacia su cabello para arreglarlo y con ello mirar hacia las puertas de aquel ascensor—. No creo que tenga por qué conocer cada detalle de mi vida; además, no tenemos nada serio.

—Te estás equivocando, hijo. No importa qué edad tengas ni lo adulto que seas. Una mentira sigue siendo una mentira, André. Y en el momento en que ella lo descubra, te meterás en serios problemas. Pero no pienso darte ningún consejo más. Como has dicho: ya eres mayorcito para hacer lo que te dé la gana.

—Entonces, déjame tranquilo, mamá. Solo he venido a traer a Jania a su sesión de rehabilitación y a dejarte la comida que he preparado para ti. Tengo que ir a trabajar y lo que menos quiero es llegar de mal humor. —André abrió su mochila para sacar una bolsa de esta y dársela a su madre—. Espero que tu día termine bien.

Nada más abrirse las puertas del ascensor, André no miró atrás. Guardó las manos en los bolsillos de sus *jeans*, raspando la mezclilla con sus dedos, mientras se encaminaba al exterior del hospital.

Su respiración se tornó agitada, más de lo que le hubiera gustado, por encima de aquella rapidez con la que inhalaba y exhalaba aire cada vez que ensayaba o bailaba. Llegó hasta su coche y cerró la puerta con fuerza, puso su cinturón de seguridad y se aseguró de que sus manos ejercieran esa fuerza con la que liberaba sus nervios cada vez que cogía el volante de este.

—¡Joder, joder! —gritó mientras dejaba un par de golpes en el cuero negro del volante.

Cerró sus ojos con fuerza para intentar calmar su respiración. Sintió aquella punzada de dolor, capaz de atravesar hasta la más pura de las almas, cuando recordó aquella mentira contada a través de sus labios. En un día donde se sintió puro de nuevo, feliz, donde —por primera vez y después de cientos de batallas libradas consigo mismo— podía estar tranquilo. Sin lamentos por el ser en quien se había convertido, demostrando que era capaz de amar y también de proteger a alguien que realmente lo merecía. Los ojos de Jania eran la clara visión que su mente dibujaba cada vez que cerraba los suyos. Esa sonrisa, el brillo del cabello rubio, el color blanquecino y la suavidad de su piel, recorrerla con sus propias manos mientras se deleitaba con aquellos labios rosados. ¿Qué de malo tenía, entonces, no haber liberado esa parte de su alma ante ella?

«En el momento en que ella lo descubra, te meterás en serios problemas». André recordó las palabras de su madre y dejó otro golpe seco contra el volante. El claxon sonó, y lo sacó de aquella pesadilla constante, que era capaz de tomar el control de su mente. Metió la llave y arrancó para tomar camino hacia el lugar donde trabajaba, en el barrio Minimes. La radio acompañó su camino con el sonido de «Sad day», del grupo francés Kyo, uno de los favoritos del bailarín. Cantar aquella letra lo ayudó a olvidar las emociones que se empeñaban en controlar su interior, sin permiso alguno, y en torturarlo una vez más con sus propios actos y las mentiras que construía alrededor de estos. Ocultándolas, a la vez, en un muro de protección que solo él podría llegar a destruir. Observó las calles en silencio, cómo los coches se movían con la tranquilidad característica de la hora en la que se encontraban. Llegó al lugar de destino en apenas diez minutos, después de un recorrido de apenas cinco kilómetros entre el hospital y su lugar de trabajo.

Cerró la puerta con fuerza, liberando su rabia y todo lo que esta escondía en su interior. Quiso gritar, liberar aquella frustración a través de su danza. Mas aquella frustración se vio eclipsada por las palabras de Jania cuando el bailarín sintió cómo su teléfono vibraba.

Siento mucho haberme despedido de esa forma. Estoy en el descanso de la rehabilitación, pero... ¿qué te parece si esta noche nos vemos? Tomaré el autobús y estaré en el teatro a eso de las nueve. Te espero allí, espero que tu jornada de trabajo sea agradable.

—Lo será —respondió él esbozando una sonrisa.

No contestó el mensaje. Después de todo, también podía ser un poco cruel y demostrar que, en realidad, sí lo habían dañado aquellas palabras, cuando su intención no había sido crear algún tipo de molestia. «No eres un salvador de almas», recordó las palabras exactas de su madre. Y le dio la razón. Tal vez no lo fuera, pero estaba convencido de hacer todo lo que estuviera en su mano por aquella magnífica mujer de mirada sincera y de igual espíritu.

Concentró cada uno de sus pensamientos en los ojos de ella y en los minutos de pasión compartidos en aquella mágica noche. Sintió cómo el deseo crecía en su interior con un fervor descontrolado, casi sin ser consciente de cómo las horas pasaban, una tras otra, y lo acercaban al encuentro tan deseado.

Su cuerpo se mantenía erguido, apoyado en el coche; el cruce de brazos era el único gesto de autoridad. Aunque, en realidad, esa era la forma de mantener los nervios y no dejar que estos afloraran. Pero André tenía claro que no eran exactamente nervios los que recorrían su interior; era el deseo mantenido durante toda la tarde. Quería tocar las manos de Jania, acariciar su mejilla, besar sus labios, mirarla a los ojos y sonreír. Así como dejar el peso de su propio cuerpo sobre el de ella, sentir cómo sus pechos chocaban el uno contra el otro ante la respiración agitada. Arrancarle gemidos al morder su cuello. Lo deseaba todo, y se conocía lo suficiente como para saber que no podría contenerse. Mucho menos cuando su visión se cruzó con los ojos de ella, y esta sonreía como si todas las preocupaciones del mundo hubieran desaparecido justo en ese instante.

—Has venido. —André se acercó a ella liberando sus brazos.

—¿Piensas que soy mujer de fallar su palabra? —A pesar del gesto cansado que se percibía en la expresión de su rostro, Jania no pudo evitar sonreír.

—Te creo muchas cosas, pero ese, sin duda, no es uno de tus fallos.

—O sea que consideras que tengo fallos. —Jania negó con la cabeza. Se acercó a André para dejar posadas ambas de sus manos en el pecho de este—. Muy mal, señor D'Alzon.

La muleta fue a parar al suelo, dejando un golpe en seco que no importó a ninguno. Fue André quien llevó sus manos a la cintura de ella, la atrajo a su cuerpo y provocó una cercanía que llegó a paralizarle el corazón. No dijo ni una palabra más, pues todos sus pensamientos se posaron en aquellos labios, que pedían a gritos besarlos. El francés no tardó en cumplir con las expectativas. Se tomó la tranquilidad de aquellos segundos para degustar, una

vez más, los labios de Jania en un beso pasional a la par que tranquilo. Sin descontrol, solo por sentir el mero placer de invadir de nuevo cada uno de los pensamientos de ella. André sabía bien que lo conseguía, conseguía borrar cada mal pensamiento que pudiera remover el interior de esa mujer frágil y a la vez misteriosa.

Ella tomó un poco de separación para mirar a los ojos del bailarín. Aquel edificio mágico se levantaba a espaldas de él. Jania observó las cristaleras del lugar. Pronto la noche dejaría su brillo en cada una de ellas mientras las luces que adornaban la piedra golpeaban directamente en los ventanales. El color tierra simulaba ser más oscuro, mientras se entremezclaba con las líneas blancas que acompañaban al tono predominante.

André observó la mirada de ella y pudo percibir los deseos que se escondían en su interior.

—¿Quieres entrar? —preguntó mientras esbozaba una pequeña sonrisa.

—El teatro está cerrado, no creo que podamos hacerlo.

—Uno tiene sus trucos o, en su caso, una llave que puede abrir la puerta trasera de este.

La rubia lo observó, abrió la boca queriendo protestar, mas las protestas fueron acalladas con una sonrisa. No podía negar que le gustaba la sensación de invadir un lugar cuando el momento no lo permitía.

—¿Quién te ha dado la llave?

—Anton. Él siempre dice que debemos de ensayar cada vez que queramos, siempre que sea a una hora apropiada, claro. Con suerte, el conserje aún se encontrará por el teatro y nunca ha visto problema en que yo entre. Es amigo del profesor.

—¿Me estás diciendo en serio que vienes a ensayar a estas horas de la noche? —Jania volvió a negar. Elevó sus manos hacia el rostro de André para acariciar sus mejillas y con ello atraerlo hacia sus propios labios para dejar un delicado beso sobre estos—. No perdamos el tiempo, entonces. Me siento bastante cansada y quizás acabe siendo un zombi irreconocible en cuestión de minutos. Puedes creerme.

—Deberías de haber ido a tu casa, entonces.

—Puedo hacer lo que me dé la gana, y quería verte. —Jania se separó y cedió una de sus manos al bailarín para que este la tomara—. Solo vamos.

André la siguió sin protestar. Tomó la muleta del suelo y procuró dar apoyo a ella para que caminara sin realizar el mayor de los esfuerzos. La parte

trasera del teatro no quedaba lejana como para hacer detonar más el cansancio de Jania; sin embargo, no pudo evitar sentirse así. La rehabilitación, aquella tarde, había sido cansadora y, si no hubiera sido por que el deseo por ver a aquel hombre era más grande que cualquier otra cosa, tal vez se hubiera decidido por ir a casa. Pero aquella mirada, aquella exquisita mirada, la hipnotizaba hasta el punto de quedarse paralizada, sin siquiera saber qué hacer o decir.

—Ven aquí.

Sin poder responder, sintió cómo los brazos de André rodeaban su cintura y, en apenas un movimiento, se encontró con sus piernas rodeando la cintura del bailarín mientras este caminaba con lentitud hacia el interior del teatro.

—Nos matarás.

—De eso nada, señorita —aclaró él antes de dejar un beso en los labios de Jania.

Aprovechó el lugar para apoyar la espalda de ella en una de las paredes y aprisionarla con fuerza, tomar los finos labios de la mujer entre los suyos, con lujuria y pasión. Dejando una mordida en estos cuando se permitió dejar que sus lenguas se separaran.

—Te mataré si nos pillan, André —protestó Jania.

Aunque lo cierto era que aquella invasión de su boca la había excitado hasta el punto de que sus manos viajaron solas hacia la nuca del bailarín para volver a atraerlo a los suyos. Dejó escapar un gemido ronco entre estos. La respiración del francés rozó con suavidad sus labios; Jania los relamió con delicadeza sin apartar la mirada de aquellos ojos azules, que lograban eclipsarla más de lo que quiso creer en su día.

Fue desde aquel primer instante cuando observó cómo él se movía sobre aquel escenario.

—Prometo portarme bien. —André aclaró su voz.

Dejó un pequeño beso sobre los labios de Jania y sin más se dispuso a caminar hacia la sala principal del teatro.

Ella se preguntó a qué se debía ese interés por llegar al lugar y pisar ese escenario, donde con tanto fervor deseaba bailar a cada minuto que pasaba. Se olvidó por un momento de que ese sueño se había roto hacía ya un par de meses atrás. André caminó pasillo tras pasillo hasta llegar a la zona trasera del escenario. Dejó atrás la cortina que cubría el *backstage* del escenario principal y, una vez que estuvo en el centro del escenario, dejó que Jania

pisara la madera de este con sus propios pies.

—Espera un segundo.

André desapareció entre la oscuridad. Los dedos de ella comenzaron a dejar pequeños golpes sobre sus muslos, claro síntoma de lo nerviosa que se sentía. Nervios que empeoraron cuando la música comenzó a sonar.

Reconoció al segundo el acto primero de aquella obra. El vals «Tempo di valse» comenzó a dejar su melodía en el lugar. Jania cerró sus ojos y se obligó a respirar con tranquilidad. Se había evadido tanto en sus propios pensamientos que apenas sintió la presencia de André cuando este llegó de nuevo al escenario y se plantó justo delante de ella para terminar por tomar sus manos con fuerza. La miró con una sonrisa, pero Jania no podía descifrar más allá de eso.

—Bailemos —dijo él en lo que a ella le había parecido un pequeño susurro perdido a través del eco.

—André... —Jania apenas podía hablar.

Sentía cómo su corazón se aceleraba por momentos. En principio negó, quiso alejarse y marcharse de allí, evitar que a sus oídos siguiera llegando esa magnífica música que tanto amaba, con la que tanto deseaba bailar. Mas André no se lo permitió; al contrario, él se aferró, aun con más fuerzas, a las manos de Jania. La atrajo hacia él y llevó una de ellas a la cintura de la mujer para agarrarla con fuerza, sin permitir que se moviera.

En silencio comenzó a moverse en pasos lentos, llevando el ritmo de la melodía.

—Solo bailemos, ¿vale? Déjame regalarte eso.

Jania asintió, apoyó su cabeza en uno de los hombros de André y siguió sus mismos pasos con lentitud, dejando leves movimientos de cadera mientras con torpeza intentaba que sus dos pies siguieran el ritmo que el francés marcaba.

Por unos segundos elevó su rostro para fijarse en la sonrisa de este. No podía leer sus pensamientos, pero supo que se sentía feliz. Quizás no fuera gran cosa para muchos, pero para Jania era un regalo que jamás había pensado recibir. Sorprendente por ser el lugar que era y mucho más por la persona que tenía al lado. Sonrió, sintió cómo sus nervios se habían disipado para dejar una sensación mucho mejor en su interior, justo en el momento en que la música cedió, y percibió aquel sepulcral silencio. Ahora solo estaban ellos dos acariciando sus cuerpos, sus propios labios con delicados besos. Sonriendo y compartiendo aquella sonrisa a través de sus miradas.

Ella quiso hablar, pero André puso uno de sus índices sobre sus labios y acalló las posibles palabras. No quería escuchar nada, solo deseaba besarla.

La atrapó entre sus brazos, llevó sus labios a los de Jania, e invadió su boca en un beso que debía catalogarse como prohibido. La cogió en brazos mientras caminaba con lentitud, atravesando aquella cortina de color carmesí, oscurecida por la poca luz que había en el lugar. Ella se preguntó cuáles eran los pensamientos de aquel hombre, mas no tardó en averiguarlo. Observó a su alrededor y comprendió que tomaría riesgo de sus propios actos, siguiendo los del bailarín sin hacerse preguntas, solo por el placer de dejarse llevar ante aquella prohibición que se asemejaba al peor de los pecados. No solo por lo que hacían, sino por el lugar en el que se encontraban.

—André... —Jania dejó que el nombre de él se escapara a través de un pequeño susurro, mientras notaba cómo su respiración se aceleraba poco a poco—. Estás loco.

—Es cierto: estoy loco —añadió abalanzándose sobre los labios de ella para dejar una mordida en estos. Jugó con su lengua rozando de nuevo los labios de Jania—. Loco por ti.

Caminó hasta llegar a una mesa cercana, una mesa que en ocasiones había formado parte del escenario o de noches perdidas en desvelos mientras alguien repasaba una obra o ensayo. Mas en ese instante sería testigo de caricias, besos y gemidos compartidos. André dejó a Jania sobre la madera desgastada; se escuchó un leve crujido claramente provocado por el peso de ambos. No habló ni se limitó a mirarla, solo se acercó a besar sus labios y a dejar otra mordida; llevó los suyos hacia el cuello de la mujer para rozarlos con su lengua. Quería excitarla, escucharla gemir, provocarla todo lo que pudiera. Las manos del bailarín se movieron con rapidez. Primero se deshizo de la chaqueta que ella portaba; poco a poco desabrochó los botones de aquella ajustada camisa a cuadros, que tan perfectamente delineaba el cuerpo de la mujer.

Un primer gemido excitante, ronco fue lo que se escapó de entre los labios de Jania, mientras que, con sus manos, se apoyaba en la fría madera, echando su cabeza hacia atrás para darle a André completo acceso a cada centímetro de su piel.

Aunque el interés de él estaba puesto en otra parte del cuerpo de la mujer. Logró quitarle aquella prenda con suma rapidez, más de la que ella había esperado. Jania sintió cómo la piel se le erizaba ante el contraste cálido de

esta contra del frío del lugar. Más todavía cuando las manos suaves del bailarín recorrieron la extensión de sus brazos hasta subir de nuevo hacia sus hombros para enredar, entre sus dedos, los tirantes de aquel sujetador que Jania portaba. Los bajó con lentitud, justo antes de llevar una de sus manos hacia la espalda de ella y con ello desabrochar el cierre de la delicada prenda. Observó sus senos en silencio, notó cómo los pezones se endurecían con el leve roce de sus manos. Con cada gesto de Jania —una mirada, su respiración y la inquietud de su cuerpo—, André supo lo excitada que se encontraba. Tal vez tanto como él. La miró a los ojos, observó cómo abría sus labios, dispuesta a hablar.

—No digas nada —le pidió André y llevó un índice hacia sus labios para acallar las palabras de la mujer.

Sabía que, quizás, estaría asustada e incluso cohibida. Pero él nunca haría nada que pudiera molestar a la mujer. Y lo dejó claro con sus caricias y esa sonrisa que tan perfectamente se dibujaba en el rostro del francés. Las manos de él se quedaron ancladas en los hombros de Jania; ella entendió en el momento que le pedía tumbarse sobre la fría madera de la mesa desgastada.

Observó los ojos azules de André, vio confianza en ellos, una confianza transmitida a cada rincón de su ser. Jania asintió esbozando una pequeña sonrisa, echó su cuerpo hacia atrás, mas no se tumbó del todo. Algo en su interior le decía que deseaba observar al bailarín, ver cada uno de sus actos y movimientos. No quería perderse detalle de su expresión, de su mirada, de sus ojos y de esa sonrisa que tanto la excitaba. Él lo comprendió al instante. Dejó una pequeña negación con su cabeza justo antes de concentrarse en llevar sus labios hacia el cuello de Jania. Marcó el recorrido de este con su lengua, sintió cómo la piel de ella se erizaba ante aquel pequeño roce. Sus manos volvieron a recorrer aquellos delicados brazos de piel blanquecina, brillante, a la par delgados y fuertes. André llegó hacia las manos de ella y se aferró a ellas con fuerza antes de dejar una mordida en el hombro de la mujer.

—Malvado —susurró ella justo después de dejar que un gemido invadiera sus labios.

—Claro que si —añadió el bailarín.

«Lo seré mucho más», se dijo a sí mismo mientras se deleitaba con el sabor de la piel de ella. Se movió lentamente, sin separar los labios del cuerpo de la mujer, recorriendo centímetro a centímetro con la punta de su lengua, dejando —de vez en cuando— pequeños besos a la par que sus dientes marcaban el

tono blanquecino de la piel que tanto excitaba al bailarín.

Jania llevó una de sus manos hacia el cabello oscuro de él, enredó sus dedos con fuerza en la suavidad de este. Mordió su labio inferior mientras disfrutaba de aquellas caricias prohibidas. Sus ojos viajaban desde el rostro de él — pasando por sus manos— hacia el techo oscuro, imaginando su propio cuerpo como en un reflejo, mientras observaba el movimiento de sus cuerpos. Su pecho se movía con rapidez. Apenas fue consciente de la invasión en uno de sus senos; André lo tomó con firmeza entre sus dedos, con posesión. Dedicó caricias, con su mano libre, por la piel desnuda de Jania, y tomó la cintura del pantalón entre sus dedos. Lo desabrochó y la observó. Miró su cuerpo semidesnudo con una sonrisa orgullosa, cargada de deseo, así como se reflejaba en su mirada azulada. Jania asintió, mordiendo su labio inferior de nuevo, guardando los gemidos entre sus labios.

Alzó sus caderas en el momento en que André posó allí sus manos preparado para deshacerse de la tela que cubría las piernas de ella, bajándola poco a poco.

Llevó su rostro hacia el cuello de Jania para lamer la piel con su lengua. Bajó poco a poco hasta tomar uno de los pezones de ella entre sus labios, succionarlo sin desesperación alguna. Dejó caricias en círculos con su lengua; sintió, con el roce de esta, cómo el seno de Jania se endurecía de placer. Ella llevó sus manos por la espalda de André, buscando el final de su camiseta. Sacó la prenda con torpeza, entre risas y negaciones de cabeza, raspando la piel del bailarín con sus uñas mientras se deshacía de la tela. Provocó en él los gemidos que tanto le gustaba escuchar. No tardó en amarrarse a la cintura de aquellos *jeans*, que ya mostraban la excitación del francés. Se deshizo del cinturón; luego, de aquel botón bajando la cremallera poco a poco. Se dejó llevar por los besos del bailarín. Jania coló una de sus manos y rozó la fina tela que cubría el miembro de André; sintió con sus dedos lo endurecido que estaba. Mordió su labio inferior y buscó los labios de él, desesperada; los necesitaba tanto como el mismo respirar. Lo besó mientras llevaba sus manos alrededor del cuello de él para atraerlo más hacia ella, no sin antes haber bajado su ropa lo suficiente como para liberar el miembro de él.

André repitió el mismo proceso moviendo el cuerpo de Jania a su antojo. Solo se separó para terminar de desnudarla, sin despegar su mirada del color azulado de aquellos ojos mágicos. Ella sonrió y se dio cuenta del respeto que André guardaba en todo momento; solo miraba sus ojos, sus labios y parte de

su cuerpo. Jania no se avergonzaba de su situación, mas no podía evitar agradecer que él no mostrara preocupación o pena alguna. Solo la deseaba y lo demostró en el momento en que aquellas manos masculinas se aferraron a su cintura, con fuerza, y la atrajeron hacia él; casi que la hace caer de aquella mesa. La movió lo suficiente como para que ella notara su miembro, fuerte y poderoso, entre sus piernas, justo antes de agachar su cuerpo para dejar que se tumbara mientras él besaba la desnudez de Jania. Un cuerpo que de nuevo era suyo, un cuerpo que tomó con una poderosa embestida, para encontrarse con la humedad de la mujer y sentirse atrapado por el placer.

Gimió antes de pegar sus labios a la piel de ella. Besó de nuevo uno de sus pechos mientras buscaba el endurecido pezón para jugar con él entre sus labios.

Aquel lugar fue testigo de gritos y gemidos escondidos que se apoderaban de ellos entre besos y su respiración. Testigo de caricias, sonrisas y el movimiento de sus cuerpos, perlados en sudor por el esfuerzo, unidos con desesperación y deseo, una y otra vez. Llegaron a límites que ninguno había pensado que llegaría a explorar el uno con el otro. Las manos de Jania se aferraban con fuerza al cabello, enredando sus dedos con la humedad de este, mientras que los labios de él seguían aferrándose a los de ella, con desesperación, y denotaban el temblor que atravesaba todo su cuerpo, que se reflejaba a cada momento en ese instante compartido por ambos. André se aferró con fuerza a la cintura de ella, se dejó llevar e irrumpió en el interior de la mujer una y otra vez hasta que el orgasmo lo controló por completo. Los gritos de Jania no pudieron ser acallados. Mientras, sentía cómo su interior se contraría y atrapaba con más fuerza el miembro de André, hasta llegar con él al éxtasis en cuestión de segundos.

Sus manos seguían aferradas al cabello de él, mientras que el bailarín apoyaba las suyas en la madera desgastada, intentando controlar su respiración una vez más.

—Deberían detenerte por esto —dijo Jania justo antes de echarse a reír.

—¿Por qué? ¿Por dejarme llevar a la locura contigo? —André acercó sus labios a los de la mujer y volvió a besarla—. Que me detengan todo lo que quieran, volvería a hacerlo una y otra vez.

—No lo pongo en duda. —Jania negó y mordió su labio inferior.

Su interior palpitaba; sentía todavía la invasión de él en su cuerpo. Dejó escapar un siseo cuando él se movió, aunque se alejara apenas unos

centímetros de su calidez. Apreció el gesto del bailarín cuando este llevó las manos hacia sus mejillas, las acarició con delicadeza, sonriendo mientras seguía mirándola, justo antes de dejar otro de esos besos que tan loca la volvían. Jania negó preguntándose cuántos serían los días en los que se dejaría llevar ante esa misma locura, con un hombre que era capaz de revolucionar cada uno de sus sentidos con solo regalarle una mirada. Además de una mínima sonrisa. Aferró sus brazos con fuerza a la cintura de él, queriendo incluso compartir su respiración, todas esas cosas que ya conocía aún sin haber sido pronunciadas con palabras. Pues era increíble sentir cómo con aquella conexión podían llegar a conocerse de esa forma.

Jania quiso hacer preguntas, mas tenía claro que no era el momento correcto. Ahora solo quería respirar, sonreír y mirar a André una y otra vez, sin importar nada más.

—La verdad es que no esperaba que viniéramos al teatro a hacer esto. — Jania aclaró su voz mientras sentía cómo sus mejillas ardían ante la vergüenza.

—Espero no haberte decepcionado —aclaró él, y al segundo observó cómo ella negaba con rapidez.

—¿Decepcionarme? Todo lo contrario. No soy mujer a la que puedan decepcionar fácilmente. Bueno, solo hay algo que lo logra.

—¿Qué es, entonces? —André preguntó sin dejar de dibujar aquella sonrisa ni un solo segundo. Se deshizo, en todo momento, con las caricias de sus propios dedos sobre la piel blanquecina de ella—. Me encantaría saberlo.

—La mentira es lo que más odio en el mundo; eso sin dudarlo ni un solo segundo.

Mentira: una palabra que encogió el corazón de André. Sintió cómo golpeaba su pecho con fuerza, como si estuvieran estrujando el órgano sin piedad alguna. Aquello se vio reflejado en los ojos azules de él, mientras se quedaba en silencio, admirando el rostro de ella pero, a la par, perdiendo su mirada en la lejanía. De nuevo, recordó las palabras de su madre; se pasearon por su mente y destrozaron su entereza, como si esas mismas palabras fueran un huracán que es capaz de eliminar una ciudad a su paso.

Intentó esbozar una sonrisa y se acercó poco a poco a los labios de Jania, aunque ya era demasiado tarde para que ella no se diera cuenta de aquel pequeño cambio en el rostro del bailarín.

—¿He dicho algo malo? —preguntó alzando una ceja.

—No, para nada, solo me acabo de acordar de una cosa. Pero todo está bien,

de verdad que sí. —André se acercó a los labios de Jania y la besó.

—¿Estás seguro?

Aquella pregunta fue respondida con un simple gesto afirmativo con el rostro de él. André no podía dejarse llevar por sus emociones y aquellos recuerdos que trastornaban su mente una y otra vez, mucho menos quería abrir la boca y hacer una confesión que no sería capaz de afrontar. Una confesión que tal vez Jania jamás llegara a perdonar. Por alguna razón, el bailarín sabía bien que su madre tenía razón con aquellas palabras que le había dedicado.

—Muy seguro —pronunció por fin.

Fue tan delicado, como en segundos atrás, acariciando la piel de Jania sin pensarlo dos veces, dejando besos en sus labios y en cada centímetro de su piel. La adoraba en todos los sentidos. Sabía bien que era capaz de quedarse allí, hora tras hora, satisfaciendo sus deseos con el sabor de esa piel blanquecina, con esos labios rosados que lo besaban y lo llevaban a la locura.

Y por unos cuantos minutos, se olvidó de aquella palabra que ahora se había quedado grabada en su mente. Mentira. Esa mentira oculta a muchos, una mentira que él mismo se encargaría de seguir manteniendo encerrada en lo más profundo de su alma.

Capítulo 10

Después de diez días, centrándose en sus obligaciones y volviendo a esa rutina que al final tanto había echado de menos, Jania podía decirse a sí misma, con total orgullo, que ya se sentía mejor. En su primera mañana libre, marcó sus pasos con más rapidez mientras recorría los pasillos del hospital, para encontrarse con Dominique en otra sesión de rehabilitación. La primavera estaba a punto de llegar, mientras el frío invernal seguía siendo intenso en aquella ciudad de ensueño, donde tantas cosas habían cambiado en la vida de la que, hasta hacía unos pocos meses atrás, había sido una bailarina excepcional.

Las lágrimas aún se hacían presentes en sus ojos cada vez que recordaba lo perdido. Pero aun así, cada día era un avance, un metro más recorrido de ese camino que terminaría en una meta impuesta por ella misma y motivada por el gran deseo de cumplir la promesa hecha a su rehabilitador.

—Buenos días, mi querido doctor. —Jania entró a la sala esbozando una enorme sonrisa.

Dominique preparaba todos los artilugios que ese día usaría para avanzar en la rehabilitación con Jania.

Aunque no fue eso precisamente lo que la mujer había observado con atención. Fueron los movimientos de él los que habían eclipsado su visión. Dominique no se caracterizaba por ser uno de esos hombres musculados; sin embargo, poseía un atractivo grandioso. Espalda ancha, brazos delgados pero a la par fuertes, manos masculinas, además de una sonrisa caracterizada por aquella mandíbula marcada y cubierta de una ligera barba.

—Llamando a Dominique. Hola, señor. —Jania carraspeó intentando conseguir la atención del médico.

Para cuando él se giró, la observó cruzada de brazos, imponente, con esa mirada azulada que tanto atraía y con la sonrisa que cargaba desde hacía algunos días. Algo que a Dominique le encantaba.

—Llegas temprano, no te esperaba hasta dentro de media hora.

—Si quiere me voy y retomo mi camino, señor. —Ella sonrió girando sobre sus propios pasos.

Dominique acortó la distancia entre ambos. Sin que ella lo esperara, se vio rodeada por los brazos del hombre.

—Estás atrapada, tú no te vas a ninguna parte. —Dominique se apartó un poco para sonreír a la mujer y dejar un beso en la frente de ella.

—¿Qué te pasa hoy, que andas de buen humor?

—Oh, no es nada, solo que por fin me ha llegado la invitación para la fiesta que te comenté hace unos días. —Él volvió a observarla con una sonrisa—. Y por cierto: todavía no me diste tu respuesta.

Jania se quedó paralizada mirando a Dominique, intentando descifrar cuáles serían sus pensamientos. Abrió la boca y volvió a cerrarla un par de veces intentando buscar las palabras adecuadas.

—Pensabas que estaba de broma cuando te invité, ¿verdad?

—No de broma. —Ella negó con rapidez—. Solo creí que no lo decías en serio. Quiero decir: que no querías invitarme de verdad, que únicamente lo hacías por complacerme.

—Vamos, Jania, ¿de verdad crees que soy de esa clase de hombres que pone palabras en su boca solo para sacar una sonrisa? —Dominique dejó un toque en la nariz de ella—. Te equivocas; lo decía muy en serio y quiero que vengas conmigo. Es este sábado, así que ya puedes empezar a elegir vestido y a ponerte nerviosa porque no pienso aceptar un no como respuesta.

Ella quiso protestar, pero algo en su interior la detuvo, aún más después de observar aquella sonrisa orgullosa por parte de Dominique.

No podía negar sentirse halagada y, por un segundo, se quedó pensativa observando al hombre, que seguía moviéndose de un lado a otro, preguntándose si lo que había percibido en sus ojos no era otra palabra diferente al significado del propio deseo. ¿Era una realidad aquella en la que parecía que Dominique quería con fervor que ella lo acompañara?

—Este sábado. Eso son dos días, Dom. —Jania avanzó un par de pasos para tomar asiento en las escaleras donde solía entrenar—. ¡No puedes pedirme que en dos días piense en un vestido adecuado! ¿Cómo voy a hacerlo? Ni

siquiera sé si me va a quedar bien...

Dominique escuchó aquellas últimas palabras esbozando una sonrisa. Dejó las varas de metal en el suelo y se acercó de nuevo a la mujer para tomarla de las manos y y levantarla de aquel lugar.

—Camina.

—¿Qué? —preguntó ella sin entender a qué venía ese juego.

—Camina, mujer, hazme caso. Soy tu médico: debes de hacer lo que yo te diga. —Dominique dejó un guiño acompañándolo con una sonrisa.

—No te aproveches de ese estatus, idiota.

—Ponte a caminar, joder. —Él volvió a protestar y entonces se separó un poco de ella para observar cómo empezaba a andar—. Perfecto.

—¿Perfecto qué?

—Jania, tal vez no te des cuenta, pero en estos días has avanzado más de lo que parece. Te estas adaptando a la prótesis y, aunque los dolores aún continúan, tu sincronización es perfecta. ¿Verdad que ya no sientes el muñón tan cargado?

—Pues no me había parado mucho a pensar en ello, la verdad.

Dominique alzó una ceja y negó. Se cruzó de brazos, adoptando ese gesto pensativo que tan nerviosa ponía a Jania.

—La señorita que no se fija en nada: a partir de ahora, te voy a llamar así.

—Él se echó a reír mientras se acercaba de nuevo a ella—. El caso es que pienso que un vestido te quedará de maravilla y, para tu fortuna, soy un hombre al que le gusta ir de compras, así que ¿qué te parece si vamos hoy a buscar el modelo perfecto para la fiesta?

—Será verdad.

—Te estoy hablando en serio, Jania. —Dominique se puso más serio, y así logró que ella fuera consciente de que estaba en lo cierto—. Hagamos la sesión de rehabilitación y vayamos a disfrutar del día libre. Ya no tengo más trabajo y, si has venido tan temprano, solo puede significar que tú tampoco tienes obligaciones. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. —Ella mordió su labio inferior—. Está bien, solo espero que seas capaz de soportarme. No soy nada buena eligiendo ropa y mucho menos cuando mi vida social ha estado predestinada, desde siempre, a dar la bienvenida al público del teatro.

—Algo que, sin duda, hoy va a cambiar. Eso me gusta.

—No dirás eso cuando tengas que soportarme. —Jania se echó a reír

mirando a su alrededor; siempre le había gustado la organización de él—. Aunque creo que podrás lidiar con ello.

—Lo hago a diario desde hace más de un mes; no es nada que no se pueda superar. —Él dedicó un guiño a Jania mientras escuchaba las risas de ella. Se giró y la observó—. ¿Qué?

—Nada, solo que eso que dices es verdad. Has tenido que soportarme mucho y creo que nunca te he dado las gracias, al menos no de la forma que lo mereces. —Jania se acercó al médico para abrazarlo con fuerza—. Tal vez algún día encuentre las palabras correctas para hacerlo.

Dominique dejó sus manos apoyadas en la cintura de ella; se quedó en silencio observando cómo Jania enterraba el rostro en su cuello. El aroma a perfume impregnado en su piel llegó a hipnotizarlo; se quedó paralizado disfrutando de ese gesto, antes de volver a esa realidad que tanto le gustaba y, con ello, sonreír.

—Has aceptado venir a la fiesta conmigo; supongo que por eso ya debo de estar agradecido. No tienes por qué darme las gracias; este es mi trabajo, Jania. —Dominique se separó un poco para mirarla a los ojos.

—Será tú trabajo, pero no creo que a todas las personas las trates igual.

—¿A qué te refieres con eso?

—Oh, vamos. —Jania tomó un poco de separación y cogió las manos de él para entrelazar los dedos con los suyos—. No soy idiota. Dicen eso de que no debes crear vínculos personales con tus pacientes pero, a decir verdad, me he dado cuenta de que, por más tiempo pase, voy a tenerte para el resto de mi vida. ¿Tú no lo crees?

Aquella pregunta dio paso a un silencio de unos segundos entre ambos. Dominique sonrió mientras asentía con su rostro. Sí, ella tenía razón, e incluso lo veía en el azul de su mirada. Le creía, sabía que aquello que decía era completamente cierto. Y él pensaba lo mismo.

—Lo creo y, además, estoy seguro. No pensé que se notaba tanto que te has convertido en una persona imprescindible para mí. —Volvió a sonreír mientras se acercaba para dejar un beso en la frente de ella—. Espero que nunca cometamos el error de alejarnos el uno del otro; creo que me odiaría bastante.

—Yo también...

Jania se separó, llevó una de sus manos hacia la mejilla de él, acarició con sus dedos la barba que cubría su rostro. Intentó observar más allá de esos ojos

oscuros que, en ocasiones, se tornaban color miel. Sin embargo, se detuvo sin apenas ser consciente de ello, pues por primera vez la inundó un terror desconocido, ese miedo a descubrir cosas que tal vez nunca quisiera llegar a ver. Dejó ir su mano sin decir nada más, dio un par de pasos hacia atrás y volvió a alejarse de ese hombre mientras él seguía observándola con esa enigmática mirada.

Observó el reloj perfectamente colocado justo encima de la puerta que daba paso a la sala y, con ello, sin más, sonrió.

—Ya es la hora. Tenemos que empezar con la rehabilitación o al final no haremos nada y luego yo seré la culpable de mi no avance. —Jania aclaró su voz antes de girar su rostro, encogerse de hombros y echarse a reír.

—En realidad tú eres la culpable de no avanzar; yo hago lo que puedo.

—Claro. —Ella rodó los ojos—. ¿Qué va a ser primero?

Dominique negó al ver la sonrisa de la mujer. Todavía se preguntaba cómo era posible que cambiara del más puro nerviosismo a la alegría extrema. Era algo que amaba de ella, por encima de muchas cosas. Se acercó hacia las camillas estirando un brazo, mostró su dedo índice y terminó por hacer un pequeño gesto para que ella fuera hacia aquella zona. «Toca el masaje»: esa fue la frase indicada a través de la mirada del médico. Ella asintió y caminó con toda la rapidez que pudo hacia la zona de las camillas. Jania empezaba a darse cuenta de algo: le gustaba andar rápido, sentirse bien con su «nueva» pierna. Después de tanto tiempo, la percibía casi como suya.

Se tumbó y dejó trabajar a las manos de Dominique, en silencio, mientras centraba su visión en aquel techo blanquecino lleno de luces.

Desde que había comenzado con la rehabilitación, nunca había bajado su mirada. Cuando debía de ponerse la prótesis, era la única ocasión en que Jania miraba su pierna. Y bien era cierto que, a pesar de todo, todavía no se sentía preparada para observar, dar ese paso, comprobar con sus propios ojos que podía levantarse, mas no habría un segundo pie que apoyar. Suspiró al sentir la suavidad de las manos de Dominique, mientras este masajeara su muslo y seguía con el recorrido hacía el muñón. Quiso decirle que aún temía, temía encontrarse con las pesadillas y los recuerdos de nuevo, en el momento en que observara su falta. Mas no dijo nada. Jania cerró los ojos, siguió respirando, sintiendo cómo la musculatura se calentaba poco a poco y dejaba atrás el dolor que solía sentir a diario. Esas manos parecían ser una gran cura. Él tenía ese poder; eran increíbles las pocas veces que ella era consciente de eso.

Después de días y semanas, logró que se olvidara de ese dolor, y la mujer sabía bien que no solo se trataba del dolor físico. A pesar de las pesadillas, de los recuerdos y de todo lo que aún inundaba su mente cada vez que cerraba los ojos, con Dominique había aprendido a querer todo lo que ahora tenía. Valoraba cada nueva etapa, cada vivencia, así como esas cosas en las que nunca se habría fijado pues, después de vivir años dentro del mundo de la danza, ver todo lo que un día le había sido ajeno a esa palabra le producía un grado de satisfacción que nunca había percibido.

—Demasiado silenciosa para tratarse de ti, Jania. —La voz de Dominique le llegó a través de un pequeño susurro.

Ella sonrió y llevó su mirada hacia los ojos oscuros de él. Negó encogiéndose de hombros, demasiado evadida, durante aquellos minutos, siquiera para ser consciente de que, en verdad, el silencio se había apoderado de todo su ser.

—¿Qué te pasa? Puedes contármelo si quieres, ya lo sabes.

—¿Crees que he estado desperdiciando mi vida? No sé cómo explicarlo, pero ahora, que ya no ocupo mi tiempo en la danza, es como si viera venir muchas cosas a las que antes apenas habría prestado atención.

—Oh... Bueno..., tal vez sí lo hacías, pero no eras consciente porque tu dedicación era por y para tu sueño. —Las manos de Dominique subían y bajaban con suavidad por la piel de Jania; él no dejaba de mirarla ni de hablar—. Alguna vez me he sentido de esa forma. Después de estar tan centrado en mis estudios y en mi trabajo, he llegado a creer que la vida pasaba por delante de mis ojos y apenas era consciente de que llegaba para plantarse y decirme: «Hey, estoy aquí, hombre. Sal un poco, haz cosas nuevas». Pero al final cada uno elige lo que quiere hacer a diario y con eso está bien; no porque no vayas al cine todos los días, o a comer a un restaurante, o te pongas a estudiar tres carreras a la vez significa que estés desperdiciando tu vida.

—Pero, por ejemplo, yo jamás he ido a una fiesta y ni siquiera sé qué pinto allí. Seré una completa inútil.

Dominique alzó una ceja mientras apretujaba sus manos con fuerza, lo que provocó que ella soltara un siseo de disgusto.

—Por llamarte inútil, esa palabra debería de ser catalogada como prohibida. —La protesta del médico logró que Jania se echara a reír a carcajadas—. Y para responder a tu pregunta, es una especie de gala benéfica. Se organiza todos los años para recaudar fondos y así poder aportar dinero a la

investigación de un sector en concreto. Este año será para los niños enfermos de cáncer.

Ella asintió. Sonrió sin más mientras dejaba sus manos apoyadas sobre la tela de la camilla. Pensó en ese día de forma agradable, pues la idea no estaba mal después de todo.

—Habrá cámaras y esas cosas, pero no debes de asustarte.

—Espera... ¿Qué? —Jania se alzó de la camilla con tanta fuerza que golpeó su frente directamente con la de Dominique. Ambos soltaron un grito y llevaron una de sus manos a la zona dolorida—. Mierda, perdona. ¿Cómo que cámaras? ¿Vas a llevarme a un sitio donde hay cámaras? ¿Y por qué hay cámaras? ¡Responde, joder!

—¡Deja de hacer preguntas! —Él se echó a reír a carcajadas sin dejar de acariciar su frente—. Mierda, Jania, si no me has dejado idiota, será un milagro.

—¡Idiota ya lo eres por tener esa maldita idea!

Jania hizo el amago de bajar de aquella camilla con tal decisión que no fue consciente de que no llevaba la prótesis puesta. Apoyó el pie izquierdo, temblando por culpa de los nervios, sin poder evitar caer al suelo. Al segundo, él fue en su búsqueda tomándola de los brazos.

—Déjame, Dominique, puedo yo sola.

Este asintió tomando un par de metros de distancia para observar cómo Jania dejaba sus manos apoyadas sobre la camilla y se levantaba con el mínimo esfuerzo. Hecho que enorgulleció al médico y que logró que dibujara una enorme sonrisa al verla.

—Perdona, no quería ponerme así. —Jania suspiró y se giró para sentarse sobre la camilla.

—¿Eres consciente de que debes de perder una vez el miedo a que te vean?

Aquellas palabras hicieron sonreír a Jania; claro que era consciente, más de lo que muchos se llegaban a preguntar. Asintió mientras sentía cómo una de las manos de Dominique rozaba la piel de su brazo. Este caminó con lentitud hasta colocarse justo delante de la mujer y se cruzó de brazos en ese gesto autoritario en el que ella tanto se había fijado.

—¿Y bien? —volvió a preguntar él.

—¿Qué?

—No has respondido a mi pregunta, Jania, y no pienso moverme de aquí hasta que lo hagas. Me da igual si tengo que alargar las horas de rehabilitación

a tres días con tal de que seas consciente de las cosas que tienes que admitir, que tienes que decir.

—¡Sí! ¿Vale? —Jania dejó un manotazo con ambas manos en sus muslos—. Me aterra la idea de que me vean, no quiero dar pena a la gente ni que piensen que soy una débil o algo así. Tengo miedo a que se horroricen al ver las cicatrices y a que no me vean atractiva.

—Como si no lo fueras. —Él lanzó un suspiro sin apartar ni un segundo los ojos de ella—. Basta con que sonrías para que seas atractiva. Incluso lo eres con una sola mirada, debes de dejar de pensar en eso. Cualquier persona con dos dedos de frente y lo suficientemente inteligente como para darse cuenta sabría buscarte para intentar llamar tu atención.

—¿Tú lo harías? —Aquella pregunta salió de forma inconsciente de los labios de ella.

—Desde luego que sí.

Mas fue aquella respuesta la que terminó por dejar a Jania sin palabras. Observó a Dominique, a esos ojos que brillaban, en ese instante, de una forma que parecía nunca haber llegado a percibir, aunque ella era muy consciente de que sí lo había visto cada vez que le sonreía. Una vez más, estaba siendo sincero, lo sabía.

—Mira: no te he invitado a la fiesta por algo en concreto. Solo quiero que me acompañes, la pases bien, te diviertas y veas que eres capaz de que puedes hacer todo lo que se te antoje por más de que la vida se haya empeñado en cambiar tus planes. —Dominiqué tomó las manos de ella entre las suyas y dejó pequeñas caricias con sus dedos—. Vamos a ir de compras, y pienso demostrarte que puedes verte tan atractiva como deseas. ¿Está bien?

—Muy bien, señor Brias, creo que al final me has convencido. —Ella dejó un leve asentimiento de cabeza, se acercó lo suficiente como para dejar sus labios pegados a la mejilla de él y con ello besar su piel—. Pero antes más nos vale terminar con la sesión de rehabilitación, o no iremos a ninguna parte.

Los minutos pasaron con más rapidez, al menos esa fue la percepción que ambos habían sentido después de aquellos ejercicios habituales, compartidos entre risas y charlas disfrutadas desde el mismo instante en que se habían

conocido. Era cierto: tenían una complicidad de esas que muy pocas veces sueles experimentar con una persona que conoces desde hace apenas un par de meses. Para Jania, tener esa cercanía con Dominique significaba algo más que su propia salvación. Esa constancia que el hombre tenía para que cumpliera cada uno de sus objetivos y, seguidamente a eso, para que volviera a marcarse muchos otros más logró en ella cosas buenas. Más que eso pues, de algún modo, superó cada una de sus propias expectativas y llegó a sonreír ante momentos de desesperación profunda. El médico no solo era eso —su médico—, también era una persona especial, y nunca se olvidaría de esos pequeños detalles que había tenido con ella.

El tráfico, más lento de lo normal, los llevó, casi media hora después, a la zona céntrica de la ciudad. Jania observaba a su alrededor como si fuera una completa desconocida, y en parte no dejaba de ser cierto.

Pues desde que había llegado con sus padres a Toulouse, no se había parado a conocer la ciudad a fondo, mucho menos a disfrutar de una salida por puro ocio. Incluso la música que sonaba en aquel centro comercial, mientras la canción «Team», de Lorde, llegaba hasta sus oídos, la hizo sonreír, sentirse libre. Transportada a otro mundo que había desconocido hasta el momento. Dominique la observó con una sonrisa mientras ambos caminaban, el uno al lado del otro. Quizá ni ella era consciente del gran paso dado, logrado desde aquel primer día de rehabilitación en el que no había conseguido recorrer más que unos pocos centímetros. Ahora, la mirada de Jania se perdía entre las tiendas de ropa, unas más casuales que otras, y se preguntaba qué podría usar para ese día tan «especial», según Dominique.

—¿Ya has pensado en algo que quieras comprar? —La pregunta de Dominique volvió a sacarla de sus pensamientos.

Jania no pudo hacer otra cosa que dejar una negación con su cabeza. ¿Cómo iba a pensar en un vestido cuando ni siquiera se había puesto uno en toda su vida?

—No soy una experta en eso, ya te lo he dicho. Estoy segura de que tú serías capaz de elegir mucho mejor que yo. Después de todo, tienes que haber acudido a más fiestas que tu novata acompañante —bromeó ella entre risas, observando al médico mientras se cruzaba de brazos.

—Lo dices como si yo estuviera yendo de fiesta en fiesta. Desgraciadamente tengo poca vida social debido al trabajo —protestó él—. ¿Sabes desde cuándo llevo deseando que este evento se celebre?

—Oh, venga, ¿vas a decirme ahora que no tienes una gran fila de mujeres esperando por ti? —Las carcajadas de Jania hicieron eco mientras caminaban a través de aquellos pasillos.

—No soy de esa clase de hombres, Jania.

Ella observó el gesto de Dominique; aun a pesar de la seriedad de sus palabras, no había perdido esa sonrisa tan maravillosa que lo caracterizaba.

—Solo era broma, hombre. Después de varias semanas viendo cómo trabajas, sé bien que te dedicas mucho a ello. Más de lo que otras personas harían en realidad.

—Me gusta mi trabajo. Muchos creen que puede llegar a ser aburrido o algo así, pero en realidad amo ser rehabilitador y, con ello, ayudar a otras personas. —Dominique hizo un gesto con su rostro cuando visualizó una tienda que parecía ajustarse a las características que deseaba—. El único problema es que no todas las personas son como tú y aceptan la ayuda de forma tan fácil. Al menos, me alegro de que tú formes parte de mi lista de pacientes. Será una tontería, pero me quitas muchos dolores de cabeza.

—¿Yo? Cuando el que tiene mucho que agradecer aquí no eres tú. Pero hombre, ¿qué dices? —Jania alzó su mano con gesto divertido. Observó en silencio el escaparate y tomó una de las manos de Dominique para ir hacia el interior de la tienda—. Vamos a comprar ese dichoso vestido, o al final te odiaré por haberme convencido.

—Ya, claro, como si eso fuera posible.

Dominique se echó a reír. Siguiendo los pasos de Jania, se aventuró en el interior de la tienda. Sus ojos recibieron la mezcla de colores de cada tela con alegría, una sonrisa y el claro deseo de ver a ella con uno de esos vestidos que cubriera cada curva de su cuerpo.

—Lo principal y primordial ahora mismo es que elijas el color. Un color que combine con tu piel y que no sea lo suficientemente llamativo como para que no combine con el traje que yo elija.

—Entonces, ¿por qué no eliges tú primero el traje?

—Porque yo llevaré gris oscuro o azul —respondió el encogiéndose de hombros—. Siempre me han gustado esos colores y no suelo cambiar de idea, así que ya lo tienes. Algo que combine con uno de esos colores.

—¿Sabes? Mi color favorito siempre ha sido el blanco, así que creo que buscaré un vestido que se ajuste a ese gusto personal.

Dominique asintió observando cómo Jania comenzaba a caminar, siendo

consciente de una alegría que tal vez ella ni siquiera había percibido.

Se cruzó de brazos y siguió aquellos pasos en silencio, observando por puro placer cómo ella iba, de un lado a otro, echando un vistazo a cada uno de aquellos vestidos. Estaba seguro de que su mirada iba más allá de las telas; su sonrisa denotaba aquel deseo por probarlas sobre su cuerpo imaginando cómo quedarían, cómo se vería en aquella fiesta una vez que lo llevara puesto.

Las manos de Jania se deslizaban por encima de las diferentes prendas tocando la suavidad de estas; sentía en sus dedos aquel tacto que la llevó, en cierto modo, a un paraíso completamente desconocido hasta el momento. No se giró ni un solo segundo para mirar a Dominique, pues sabía bien que él estaría sonriendo, tal vez orgulloso por haber llegado a convencerla de hacer aquello que ella aún consideraba una locura. Locura por no imaginarse con un vestido así, mucho menos acompañada por un hombre como él, a una fiesta en la que ella —al menos así era como lo creía— no se merecía siquiera su presencia. Todavía se preguntaba por qué Dominique la había elegido; después de todo, estaba segura de que sí debería de tener amistades para acudir a aquella fiesta. Recordó aquellas palabras: «Solo quiero que la pases bien, te diviertas y seas consciente de que puedes hacer todo lo que se te antoje por más de que la vida se haya empeñado en cambiar tus planes». Y quizás, por una vez, Jania estaba segura de que Dominique tenía toda la razón del mundo. Estaba a punto de ir hacia la otra zona de la tienda cuando un vestido blanco llamó su atención. Se trataba de un vestido «camisa» largo de color blanco, con cuerpo de encaje y una abertura central en la falda. Completamente asombrada, dirigió sus ojos azules hacia la mirada oscura de su acompañante.

—A mí me gusta —aclaró él.

—¿No crees que es demasiado excesivo? —Una vez más las inseguridades de Jania despertaban pensando tan solo en un pequeño y mínimo detalle.

—Para nada. Cuando lleguemos al lugar, te darás cuenta de la gran cantidad de vestidos así con los que vas a encontrarte. A veces tengo la sensación de que no vamos a una fiesta para recaudar fondos, sino para lucirnos yendo bien vestidos. —Dominique se echó a reír antes de volver a mirar a Jania—. ¿Te lo probarás?

—Solo hay algo que me preocupa. El calzado. Este es uno de esos vestidos para llevar con tacones de infarto y, bueno, ahora mismo no me creo capacitada para ello. —Jania mordió su labio inferior mientras se cruzaba de

brazos—. Mucho menos cuando apenas estoy aprendiendo a caminar de nuevo. Creo que es mejor dejar atrás la idea de este vestido.

—De eso nada. ¡Señorita! —Dominique alzó uno de sus brazos.

La dependienta, que ya los observaba con curiosidad, se acercó a la «pareja» esbozando una sonrisa.

—¿Puede darnos este vestido? Jania, ¿qué talla usas?

—Pero no...

—Jania, dile la jodida talla. —El médico entrecerró los ojos observándola, esbozando una sonrisa para llevar, poco después, su mirada hacia la joven que los atendía—. Es que es una vergonzosa. No le haga caso y, por favor, traiga un vestido acorde con su talla.

Dominique golpeó el brazo de Jania y abrió la boca para pronunciar un «Vamos» sin emitir sonido alguno. Por fin, y con el pensamiento de no dejar que el médico siguiera burlándose de aquella forma, dijo su talla y esperó con impaciencia a que trajeran el vestido que debía probarse. Cuando lo tuvo entre sus brazos, tocó la tela, se fijó en aquel color y supo al instante que quería llevarlo puesto, no solo para lucir un color que acompañaba al tono de su piel, sino para disfrutar de aquello que Dominique le había dicho hacía apenas unas horas atrás. Necesitaba del disfrute, de aquellas pequeñas cosas que la vida podía llegar a ofrecerle, y no pensaba fallarse a sí misma.

Cuando tuvo el vestido en sus manos, miró de nuevo a Dominique.

—¿Me acompañas a la zona de probadores? Necesito tu opinión.

Él caminó en silencio, observando cómo una Jania nerviosa se introducía detrás de la cortina de los probadores. La música logró evitar que los suspiros de ella se escucharan más allá de sus propios labios. Sonrió al percibir en sus oídos una de sus canciones favoritas: «Magic», de Coldplay. Por alguna razón, en ese mismo instante, supo que aquello era una especie de señal, de esas que debías de acoger con brazos y corazón abierto, sin preocuparte por nada más, sin negarte a ti mismo una de esas realidades con las que sabías que podrías sonreír. Poco a poco, Jania se despojó de la ropa que llevaba puesta. Miró hacia el espejo perfectamente colocado en el probador; su reflejo dejó un brillo que creía olvidado, pues hacía demasiado tiempo que no observaba su cuerpo. Llevó sus manos hacia el encaje de su ropa interior. Tocó la suavidad de la delicada prenda que cubría su parte inferior, justo antes de viajar por sus muslos.

—Hola... —dijo en voz baja.

Su mano derecha se había quedado parada justo donde comenzaba la tela blanquecina que cubría el final de su pierna, por encima del muñón, y el principio de su prótesis. Mordió su labio inferior mientras sentía cómo su corazón comenzaba a acelerarse poco a poco y a golpear su pecho con fuerza, lo que dejó que su respiración se pausara sin apenas ser consciente de ello. Miles de sentimientos recorrieron su interior en ese momento. Elevó la mano izquierda hacia su frente y apartó los mechones de cabello que comenzaban a quedarse pegados a su piel debido al sudor perlado. La piel de la nuca se le erizó justo después de percibir cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo.

—Jania, ¿estás bien?

Escuchó aquellas palabras en lo que creyó que era un sueño, pues por unos segundos se sintió completamente evadida de la realidad que la rodeaba. La realidad quedó eclipsada por su reflejo o, al menos, ese era su deseo: encontrarse en un lugar lejano donde su visión no se encontrara viendo a una Jania que aún le resultaba completamente desconocida. Fue el tacto de sus dedos los que le demostraron que estaba completamente equivocada ante su percepción; no vivía en un sueño, era una sencilla y maldita realidad. Y allí estaba, plantada, de pie, observándose en aquel espejo sin apenas respirar, dejando cada detalle grabado en sus retinas. El color de la prótesis, las articulaciones de esta... Aun sin quererlo, no pudo evitar comparar su pierna izquierda con la que ahora sería su derecha para toda la vida. Ya no era confusión lo que se reflejaba en su mirada, mas tampoco era comprensión ni mucho menos aceptación. Después de días en los que todo parecía ir bien, de nuevo se vio derrotada por cada uno de los acontecimientos que formaban parte de su vida desde hacía casi un par de meses. Llevó las manos hacia sus sienes para apretarlas con fuerza, en un intento por dejar los recuerdos atrás, mas parecía que las pesadillas no querían abandonar su cabeza por más que se encontrara con los ojos abiertos.

—Maldita sea —protestó en voz más alta de la que quiso.

Dominique escuchó sus palabras. Preocupado fue hacia el probador, pues no haber recibido respuesta a su pregunta era el claro indicativo de que algo no iba bien.

Cuando recorrió la cortina se encontró con una Jania paralizada, mostrando sus ojos cristalinos mientras seguía mirándose en el espejo.

—Eh..., ¿qué ocurre? —La voz de Dominique sonó en apenas un susurro.

Se quedó parado a un lado de ella, casi pegado a su espalda, y llevó la

visión hacia las manos de Jania. Temblaban tanto que Dominique se vio obligado a tomarlas entre las suyas.

—Tranquilízate. —Fue en ese instante cuando supo exactamente qué ocurría.

Jania todavía no se había mirado a un espejo. No había visto la realidad con sus propios ojos tal y como ahora la observaba.

—Yo...

—Escúchame: no pasa nada, ¿vale? —Dominique obligó a Jania a que se girara y, con ello, observara sus ojos—. Es normal que te sientas así. ¿Por qué no me dijiste que todavía no te habías observado en un espejo? Es un proceso que podríamos haber hecho en el hospital.

—No pensé que era importante, Dom... Yo... —Las palabras salían entre pequeños balbuceos.

Ella sintió su cabeza a punto de explotar. Deseaba llorar, mas no quería hacerlo porque sabía que, si comenzaba, quizás no terminaría en días o, tal vez, incluso, nunca. Aferró sus dedos con fuerza a los de Dominique e intentó sonreír; por un segundo, incluso se había olvidado del lugar donde ambos se encontraban. Solo importaba la sonrisa de él, acompañada de aquella mirada con la que tantas cosas era capaz de transmitir. Logró calmarla con unas pocas palabras y con esa seguridad que siempre parecía llevar cargada encima. Jania se sorprendió una vez más, pues se recordaba siendo una mujer con valentía, que no temía a nada y, en aquellas últimas semanas, parecía como si todo se hubiera quedado en un lejano olvido.

—Gírate. —Una palabra pronunciada como si hubiera sido una orden la que había salido de los labios del médico.

—¿Qué piensas hacer? ¿Acaso no sabes dónde nos encontramos? Nos van a echar de la tienda como nos pillen, idiota.

Dominique rodó los ojos y de nuevo dirigió su mirada hacia aquel espejo.

—Haz el favor de callarte de una jodida vez y hacer lo que te digo. —Él lanzó un suspiro a modo de protesta.

—Está bien, ¿qué se supone que debo de mirar? Solo me veo a mí misma.

—Exacto. —Dominique sonrió pegando su pecho a la espalda semidesnuda de ella. En ningún momento se preocupó por que ella no llevara apenas ropa puesta—. Eres tú, Jania, no hay nadie más en este lugar. Son tus ojos azules, tu cabello rubio, el color de tus labios, el tono de tu piel. Sí, has perdido una pierna, llevas una prótesis que en realidad debes de tomar como tuya, como parte de tus huesos, de tu carne, de tu piel.

Las manos de Dominique viajaron por la extensión de los brazos de ella hasta llegar a los hombros y, con ello, dejar una pequeña caricia sobre estos. Se acercó lo suficiente como para poder dejar un pequeño beso sobre el cabello rubio.

—Eres tú, no creo que hayas cambiado en ningún sentido. Sí, puede que tus sueños deban de cambiar, e incluso puede que el camino que debas de tomar no sea el mismo que deseabas para tu vida. Pero no por ello dejarás de ser tú en ningún momento; lo que hay de nosotros siempre está en nuestro interior. — Las manos de Dominique llegaron de nuevo a las de Jania y, con ello, las aferró con fuerza y las llevó hacia sus piernas como si quisiera obligarla a que se observara de nuevo—. No hay nada de lo que debas preocuparte y, por si tienes alguna duda, eres muy atractiva. Ese poder lo tienes en tu mirada.

Aquellas últimas palabras provocaron la risa de Jania, esa risa que él tanto deseaba volver a escuchar. Negó mientras reía a carcajadas. Miró a Dominique alzando su rostro, pronunciando un «Gracias» entre sus labios.

—Y ahora, ¡lárgate de aquí o te juro que gritaré!

Dominique alzó una ceja, separó sus manos de las de ella y las alzó a modo de rendición. No giró sobre sus talones hasta dejar un pequeño beso en la frente de ella y asegurarse de que todo estaba bien. Mas de algún modo lo sabía, sabía que hoy era un nuevo paso para la rehabilitación de Jania, pues haberse dado cuenta de aquella percepción era mucho más importante de lo que muchos podrían llegar a pensar.

El médico caminó de un extremo a otro del pasillo. Las zapatillas parecían golpear con fuerza el suelo de madera, pero en realidad —y estaba seguro de que así era— eran los nervios por ver a su acompañante con aquel vestido.

—Seguro que te queda de maravilla, mujer tonta. —Negó para sí mismo después de haber pronunciado aquellas palabras.

Y como si la hubiera invocado por arte de magia, no tardó en escuchar cómo la cortina, que anteriormente había corrido con sus propias manos, se movía para dejar paso a Jania, perfectamente ataviada con aquel vestido.

—¿Y bien? —Fue lo único capaz de pronunciar. Mordió su labio inferior mientras esperaba la respuesta por parte de Dominique.

Él no se tomó ninguna prisa; de hecho, por algún motivo le gustaba desesperar a Jania hasta el punto de ver cómo su ceño se fruncía con ese característico gesto que, con seguridad, ni siquiera ella sabía en que se había fijado.

—Piensas hablar ¿o qué? Maldito idiota.

Jania se acercó lo suficiente como para que Dominique la observara bien de cerca, como si no fuera suficiente la cercanía que ambos compartían en ese momento. Dejó las manos apoyadas en su cintura para intentar, de algún modo, no sentirse torpe, tal y como en realidad se veía.

—Te queda muy bien. Para no saber elegir... —Dominique alzó sus manos y remarcó aquella expresión con sus dedos—. Tienes un gusto exquisito. Y como me digas que no te sientes guapa o algo así, te juro que te haré tragar tus palabras en la próxima sesión de rehabilitación.

—¡Chantajista! —Ella alzó su rostro con orgullo y se giró sobre sus propios pasos para cruzar el pasillo de nuevo e ir hacia el probador—. Para que quede claro: iré más que perfecta. Pienso eclipsarte, señor sabelotodo.

—Y no lo pongo en duda... —respondió él en un pequeño susurro mientras veía cómo Jania se perdía tras la cortina oscura.

Capítulo 11

Dos días después
Grand Hotel de l'Opera

Los coches circulaban en fila por los alrededores de la Place du Capitole, lugar donde se celebraría el «gran» evento. Palabras exactas con las que Jania había descrito la fiesta a la que acudiría junto a Dominique después de llegar con su vestido a casa. Al final del trayecto recordó aquella discusión que había tenido con él a la hora de pagar la prenda, que también portó con orgullo y satisfacción, dándole toda la razón al médico y a sus palabras. Pues era consciente de que se veía increíble con aquel vestido. Un maravilloso regalo que su amigo le entregó en agradecimiento por ir a la fiesta con él.

«Te queda perfecto, estás preciosa. Ahora solo tienes que procurar disfrutar de la fiesta». Las últimas palabras de su padre se habían quedado grabadas durante los largos minutos de nervios y espera en casa por que Dominique llegara.

Se tomó la «molestia» de tardar más de lo acordado, y aun así estaba segura de que aquella espera y los últimos días de estrés y dudas acabarían por merecer la pena. Algo que quedó demostrado con la sonrisa que ella portaba desde hacía días, una expresión sin ser forzada, totalmente sincera. Así como también debía de reconocer algo y era que estaba disfrutando de la noche como nunca, por más de que los eventos, durante las siguientes horas, aún estuvieran por suceder.

—¿Todo bien?

Dominique giró su rostro para encontrarse con la mirada de Jania; ella asintió sin pronunciar palabra, estaba segura de que en su expresión, e incluso en sus gestos, se podía deducir que se encontraba perfectamente.

—Me gusta que estés así, segura de ti misma y, sobre todo, feliz.

—Gracias, Dominique. No tienes ni idea de cómo te agradezco este detalle.

—La voz de ella sonó suave, delicada, cargada de aquello que creía olvidado. Felicidad—. Solo espero que los nervios no me controlen, no deseo dejarte en ridículo.

—Me extrañaría mucho que llegaras a hacerlo; eres una mujer excelente y sé que todo irá de maravilla.

—La verdad es que siento curiosidad por ver qué se hace en este tipo de eventos. —Jania se giró para mirar a Dominique mientras este esperaba con paciencia encontrar algún lugar donde aparcar—. Jamás creí en los tópicos más comunes. Supongo que, hasta que no ves las cosas con tus propios ojos, no te das cuenta del magnífico trabajo que se hace en un lugar, y en el hospital se hace una labor increíble.

—Al final, es de lo que se trata; el evento se organiza para agradecer el trabajo de cada uno de los miembros del hospital, así como el de los pacientes y familiares porque, aunque no lo parezca, es bueno trabajar con muchas de las personas que nos ayudan a desarrollar nuestra profesión. —Mientras hablaba, los dedos de Dominique dejaban pequeños toques en el cuero del volante. Giró su rostro y sonrió a Jania con orgullo—. Tú y tu familia habéis sido muy buenos pacientes. Viendo tu recuperación, mi único sueño es seguir adelante y, con ello, avanzar cada día para ofrecer lo mejor de mí a mis pacientes.

—Es un sueño precioso.

—Encontrarás el tuyo, Jania. —Dominique llevó una de sus manos hacia la mejilla de ella para acariciarla con delicadeza—. Nunca he estado tan seguro de algo.

Ella misma se sorprendió al escuchar el modo en que él había pronunciado aquellas palabras, fijándose en los ojos oscuros de Dominique una vez más. Era consciente de que ese era su siguiente paso: rebuscar, en su alma y su corazón, cuál sería su nuevo sueño. ¿Qué camino debía seguir a partir de ahora? Amaba sus estudios, pero en su interior comenzaba a crecer una necesidad innata que solo podría saciar si encontraba algo con lo que seguir adelante. Una preocupación que en su mente se formaba con una sola palabra, esa maldita palabra que aún lograba estremecer su corazón cada vez que la pronunciaba. Danza.

La danza que tanto amaba André, el hombre que había removido su vida entera desde el momento en que se conocieron. Un hombre del que, a la par,

intentaba alejarse, pues su propio reflejo en los ojos de él solía recordarle la tortura a la que estaba sometida en más de una ocasión. Por más que no lo hubiera dicho con palabras.

Y casi sin ser consciente, sus mismos pensamientos la llevaron a otro lugar, a su ya lejana Polonia, allá donde había encontrado por primera vez su liberación.

*Plaza Zdrojowy, Sopot, Polonia
Otoño de 2014*

Las manos de Jania temblaban. A pesar de la gélida brisa que golpeaba el rostro de la bailarina, eran puros nervios los que hacían que sus dedos se movieran sin control alguno. El gentío comenzaba a llenar los alrededores de la enigmática plaza de la ciudad; sus ojos buscaban las caras familiares, que en ese día sonreían sin borrar ese gesto de su rostro. Por primera vez iba a bailar ante el público, por primera vez Jania mostraría su magia después de meses de ensayos y ensayos. Comenzó a estirar brazos y piernas; los músculos y huesos de su cuerpo tronaban acomodándose a sus movimientos.

Intentó respirar con calma, algo que parecía completamente imposible. Decir que su corazón estaba a punto de abandonar su pecho era una definición cercana para describir las emociones que se encontraban en el interior de su alma.

El Festival de Danza Contemporánea estaba a punto de comenzar. A pesar de su «juventud», Jania se había ganado aquel lugar como protagonista con esfuerzo y con dedicación a esa profesión que tanto amaba. Pues, para ella, no era un simple pasatiempo; era el sueño al que quería dedicarse durante el resto de su vida, hasta que su cuerpo dijera «Basta». Y sabía bien que, por más años que pasaran, más vidas que viviera, ese seguiría siendo su mundo para el resto de la eternidad.

La música sonaba de fondo, bajo un registro completamente distinto al que iba a bailar ese día junto a todos sus compañeros. Una canción de esas que eran capaces de inspirar a cualquier alma adormilada. «Lucha por tus

sueños, vive, nunca desfallezcas» era la frase que se repetía mentalmente una y otra vez mientras escuchaba las voces de uno de sus grupos favoritos. Take That, con su «The flood», dejó una sonrisa que incluso podría iluminar a la más apagada alma, mientras que sus brazos y sus piernas ya se movían a un ritmo que para muchos podía resultar desconocido.

—¿Has visto cómo se mueve? Si la magia se creara a través de esa chica, sin duda, no habría nada que pudiera superarla...

Las frases se repetían entre el público, mientras observaban con atención a los bailarines, que ya parecían estar preparados para su gran función. La primera de todas para Jania, quizá la más especial por más escenarios que pisara. Fijó el azul de sus ojos en el grisáceo del suelo donde ese día vería cumplido uno de sus sueños; ahí dejaría su huella, dejaría su baile, su alma y su corazón. Lo dejaría todo impregnado en cada centímetro del lugar. El brillo del sol golpeaba con fuerza y dejaba una luz característica sobre el blanco de aquel edificio que se levantaba justo a su espalda, el Hotel Sheraton. Durante unos segundos, se giró sobre sus propios pasos y observó el color rojizo de los tejados; grabó en sus retinas la mezcla de colores y el espectacular diseño del lugar, y dejó que esa visión la llevara a una de esas épocas de ensueño, antigua y mágica, una a la que no pertenecía pero que, sin embargo, sentía cercana.

—Jania, ¿estás preparada? —La voz grave de Mikolaj llegó hasta los oídos de la joven bailarina.

Ella se giró para sonreír al que consideraba su mentor, ese profesor que había comenzado a enseñarle sus primeros pasos de danza cuando contaba con solo cuatro años de edad.

—Estoy atacada, nerviosa, creo que sería capaz de salir corriendo ahora mismo para no volver jamás. —Jania sonrió y después negó dejando un par de palmadas en su rostro—. Más que preparada. Tengo muchas ganas de que suene la música y de que todos comencemos a bailar.

—No lo olvides: demuestra lo que vales. Has nacido para esto, brillas tanto en el escenario como un amanecer, que da la bienvenida a un nuevo día, o incluso más. —Las manos del profesor viajaron a los hombros de ella; dejó sus dedos clavados en los músculos, con delicadeza, como demostrando ese orgullo que sentía por su ya más brillante alumna—. Hoy va a ser un día para que disfrutes, para que lo guardes en tu memoria y lo rememores cada vez que la tristeza te invada. Es el principio de tu nuevo camino, de un

nuevo sueño y de muchos que están por venir.

—Gracias, Mikolaj, por todo. —Jania sonrió justo antes de lanzarse a los brazos de su profesor—. Te voy a echar de menos.

Susurró aquellas palabras en forma de despedida; ese día era el último que podría disfrutar de la enseñanza del hombre que la había convertido en la bailarina que era. Por más que Mikolaj le repitiera, una y otra vez, que solo había pulido un diamante en bruto. La joven se separó para mirar los ojos verdosos de su profesor; los mechones de cabello castaño claro brillaban por el reflejo del sol.

—Espero que te vaya bien en la gira, te lo mereces todo —añadió justo antes de ponerse de puntillas para dejar un beso sobre la mejilla de su profesor.

—Ahora ve a dar los últimos ensayos; el espectáculo está a punto de comenzar.

Jania giró sobre sus propios pasos para acudir al lado del que iba a ser su acompañante principal durante los minutos en los que rendirían homenaje con su baile al poema sinfónico «Vltava», de Bedřich Smetana. Ante la visión de la joven, no quedaba más que un horizonte repleto de árboles y del color verdoso que los representaba. La composición empezó a sonar apenas unos segundos después. Alzó su rostro y notó cómo la extensión de su cuello se mostraba, una vez más, con poder y firmeza. El gentío comenzó a desaparecer en su mundo, ese mundo que tanto amaba, ese mundo que era solo de ella, de sus brazos y de sus piernas: de todo su cuerpo. Primeros pasos, primeras sonrisas, primeros movimientos, y de nuevo comenzó a danzar con una de las melodías más gratificantes, y logró que su corazón se acelerara.

Un sueño cumplido, ese sueño tanpreciado, por encima de cualquier cosa que alguien pudiera soñar.

Un sueño que terminó en un lugar parecido al que ahora pisaba con diferentes pasos, mientras iba acompañada de un hombre cuyos sueños eran muy diferentes a los suyos.

—Jania, ¿estás bien? Te has puesto pálida de repente.

Dominique se paró en seco; los demás asistentes atravesaban la Place du Capitole, dirigiéndose al interior del hotel donde pronto comenzaría aquel evento. Como si acabara de despertar de una pesadilla, ella sintió cómo sus manos temblaban de nuevo, mas era una sensación muy distinta a los recuerdos que llegaban a su mente mientras atravesaba aquel suelo de piedra. Asintió mirando a su acompañante con una sonrisa, tomó su brazo con fuerza y se apoyó sobre su cuerpo mientras caminaba.

—Solo he recordado algo.

—¿Puedo preguntar qué? —Los pasos de Dominique siguieron adelante mientras la acompañaba. Podía notar el pequeño temblor que se había presentado en el cuerpo de ella—. Sabes que puedes contarme lo que quieras.

—Hace unos años, antes de que mi familia y yo nos trasladáramos aquí, bailé por primera vez en un evento importante. La plaza de Sopot tiene cierto parecido con este lugar —comentó ella con una sonrisa. Volvió a elevar su rostro, para cruzarse con la mirada oscura de Dominique, antes de continuar—. Recuerdo perfectamente que aquel día de otoño, justo cuando estábamos a punto de acabar con aquella danza, comenzó a llover.

—¿Una actuación fallida?

Dominique demostró algo más que curiosidad mientras le sonreía. Estaban a unos pocos metros de encontrarse con la entrada al hotel, y sus deseos por escuchar aquella historia, algo que formaba parte de la mujer, le hicieron bajar el ritmo de aquellos pasos. Observó, aun portando esa sonrisa, cómo ella negaba con lentitud y lo miraba de nuevo, con una expresión cargada de orgullos, amor y satisfacción.

—Aquel día continuamos bailando, aun a pesar de la lluvia, incluso con el peligro de que nuestros pies resbalaran sobre la piedra mojada. El público no se marchó; incluso sentí que sus aplausos se acompasaban al latir de mi corazón. —Jania lanzó un pequeño suspiro ante el recuerdo—. Fue uno de los días más felices de mi vida, creo que el más feliz de todos. Ahí comenzó mi sueño, esa fue la primera vez que me consideré bailarina de verdad. Y ahora no tengo ni idea de qué demonios voy a hacer con mi vida.

—Jania, no te preocupes por nada, ¿está bien? —Dominique adelantó un par de pasos, se puso al frente de ella y tomó sus manos con fuerza—. Lograrás encontrar algo que te llene de igual forma que aquel día te llenó bailar. Creo en tus posibilidades, en tu valentía y en tu fortaleza. Solo tienes que buscar en tu corazón.

—¿Por qué siempre tienes las palabras adecuadas, Dom?

Él se echó a reír y se encogió de hombros.

—Puede que no haya sufrido tanto en esta vida, lo reconozco, pero he visto a personas tan destrozadas como tú. Personas que han perdido sueños, uno tras otro, por circunstancias de la vida. Porque el destino, un día, sin más, decidió robarlos sin permiso alguno. —Los dedos de Dominique dejaban pequeñas caricias en las manos de su acompañante—. Así como he visto a esas personas levantarse y volver a retomar su camino con ilusión, esperando por cumplir nuevos sueños, sé bien que lo conseguirás, y el comienzo será esta noche.

—¿Por qué esta noche? —preguntó ella con curiosidad.

Antes de responder retomó el camino hacia la entrada, ofreciendo su brazo para que Jania lo tomara con fuerza.

—Porque, aunque no lo creas, has dado uno de los pasos más importantes de tu vida. Sentirte de nuevo la mujer que eres es un gran avance, y ni siquiera has sido consciente de ello.

—Te adoro. No tienes ni idea de cómo agradezco que te hayas cruzado en mi vida —respondió ella aferrando sus dedos al brazo de Dominique.

«Tanto como yo», él guardó aquella frase en sus pensamientos, pues no tenía razón alguna para dejar que aquellas palabras fueran escuchadas por Jania. Después de todo, lo conocía lo suficiente como para poder descifrar sus pensamientos sin necesidad de expresarlos a través de sus labios. El camino hacia la entrada se marcó por el silencio entre ambos, pues por alguna razón quisieron disfrutar del reflejo de las luces, de la brisa que recorría aquella noche y de los murmullos del gentío que comenzaba a agolparse justo delante de las puertas del hotel. Conforme sus pasos se adelantaban, los flashes de las cámaras se entremezclaron con el sonido del característico «clic». Los nervios de Jania estaban a flor de piel, su respiración ya no era tan tranquila como la que se había asegurado de mantener en los segundos anteriores a aparecer en aquella plaza. Miró a Dominique alzando su rostro de nuevo; se veía tan tranquilo que incluso le sorprendió que ni siquiera mostrara ápice de cómo debía de sentirse por dentro. Recordó que no era la primera vez que acudía a una fiesta; sin embargo ¿qué persona no se pondría nervioso al ser el objetivo de las cámaras? Esa sería su primera vez, una primera vez de muchas otras cosas en las que su vida no estaría marcada por aquello que ya parecía comenzar a dejar atrás.

Respiró hondo mientras recordaba aquellas imágenes que habían aparecido

ante sus ojos hacía minutos atrás, donde cientos la observaban y analizaban. Un primer inicio, el comienzo de un sueño, una sonrisa que no dejó de esbozar cuando se encontró con aquellos ojos, mientras la música sonaba a sus espaldas. Era la ocasión que ahora aguardaba; caminaba al lado de Dominique mientras él mantenía su agarre con fuerza, llevando su camino hacia la entrada cargado de orgullo. Los murmullos llegaron a oídos de ambos mientras le daban la bienvenida, mas ninguna pregunta fue respondida, pues no era misión del médico dar charlas. Siempre había ocupado su papel como esas personas que se escondían en las sombras y simplemente trabajaban en el día a día.

Sin embargo, no dejó de dar la bienvenida a compañeros de trabajo, conocidos y amigos mientras presentaba a Jania con una enorme sonrisa.

—Dominique siempre está hablando de ti, dice que nunca ha conocido a una mujer tan constante como tú.

Jania devolvió la sonrisa a la mujer que él le había presentado como Carla, una de las mejores cirujanas de toda Francia. Por unos segundos aguardó en silencio, buscando las palabras correctas. Se sentía intimidada de estar en una situación como aquella, y no solo eso, pues el ambiente no mejoraba sus nervios.

—Supongo que eso es bueno —respondió finalmente moviendo sus dedos con nerviosismo.

—Tan humilde como siempre —añadió Dominique entre risas.

Este observó a su alrededor; la sala de eventos ya comenzaba a llenarse. Las copas chocaban entre sí, las risas los rodeaban con un eco indescriptible. Quizá para Dominique no era necesario tanto refinamiento pero, al fin y al cabo, debía admitir que cada año le gustaba más acudir a aquel evento, en el que lograban mucho más que reuniones entre amigos y charlas agradables. Acarició su barba con una sonrisa mientras trasladaba sus pensamientos, de nuevo, a las mujeres que tenía delante.

—Llevas un vestido precioso por cierto —aclaró Carla mientras tomaba una de las manos de Jania—. Y no debes de temer por las miradas ingenuas. Estás preciosa, y en tus ojos se puede ver el espíritu luchador que te pertenece.

Jania se sintió analizada, a la par que agradecida, pues no todos los días lograban sacarle una sonrisa como la que portaba esa noche.

—Muchas gracias. La fiesta es perfecta, me alegro mucho de haber aceptado venir con Dom.

—Lo cierto es que hacéis muy buena pareja —añadió la mujer.

Dedicó un guiño a su compañero de trabajo mientras lo observaba con su mirada grisácea. Una de las manos de Carla viajó a la vez hacia uno de los mechones sueltos de ese cabello negro que tanto la caracterizaba.

—No es lo que piensas —respondió Dominique.

—Tampoco hace falta que aclares nada, hombre. Así empeoras las cosas. — Jania se echó a reír antes de observar a la mujer y a su acompañante de nuevo —. Pero en verdad pienso que sí hacemos una buena pareja. Después de todo, un hombre apuesto como tú debería de estar más solicitado de lo que dejas ver.

Aquella broma costó que Carla la acompañara en risas. Dominique, por su parte, no pudo más que rodar los ojos y negar con rapidez. Miró con disgusto a Jania y, sin más, las carcajadas brotaron de su garganta una tras otra. Debía de reconocer que, en el fondo, adoraba a la mujer y las respuestas que siempre tenía para todo, con esa ironía que tanto le agradaba.

—Chicos, ha sido un placer, tengo que dejaros. El evento está por comenzar y no quiero perderme la ponencia.

—Estamos por ir a tomar asiento también. Pásalo bien, Carla. —Dominique se adelantó para dejar un beso en la mejilla de la mujer.

—Se la ve una mujer muy agradable —comentó Jania mientras observaba su alrededor.

—Lo es y, con todo lo que ha sufrido en esta vida, siempre lleva una sonrisa cargada con ella. —Al ver el gesto de Jania, Dominique sonrió y acercó su rostro al de ella, como si quisiera contarle un secreto—. Perdió a su hijo hace un año. Fue un duro golpe para todos. El pequeño tenía cáncer.

—Entiendo.

Los ojos de Jania buscaron a la mujer, que se perdía entre la multitud. El color borgoña se entremezcló con los colores de los demás vestidos y el oscuro de los trajes masculinos. Lanzó un suspiro, pues se daba cuenta de que en realidad todo el mundo había tenido razón con las palabras que le habían dedicado en el pasado. La vida era bastante dura y no solo para ella, sino para la mayoría de las personas.

Tomó el brazo de Dominique y comenzó a caminar hacia la zona de las mesas; por más de que lo intentara, no podía evitar cansarse cuando estaba mucho tiempo en pie.

Observó, a través de las ventanas, el patio exterior del hotel, perfectamente decorado para el momento del cóctel y la cena. La sala donde se encontraban

estaba exquisitamente adornada. Los colores oscuros combinaban a la perfección con el beis de las paredes y los suelos, mas era la iluminación de aquella sala la que le daba ese toque especial. Mientras, Jania observaba las enormes lámparas del techo con el brillo de sus ojos azules. Estaba tan distraída en sus pensamientos que no escuchó la voz que reclamaba su nombre, justo a sus espaldas, mientras ella caminaba, al lado de Dominique, a su respectivo lugar.

—Jania. —El toque que dejaron en su espalda logró sorprenderla hasta el punto de sobresaltarla—. ¿Qué haces aquí?

—André... —Los ojos de ella fueron directos a la mirada de él—. Llevas gafas; nunca te he visto con gafas.

El nombrado alzó una ceja mientras sentía cómo el silencio comenzaba a invadirlo.

—Uso gafas a veces, depende de la ocasión. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Ha venido conmigo. —Fue el acompañante de Jania quien respondió la pregunta. No tardó en ofrecer su mano a André para estrecharla en un cálido saludo—. Soy Dominique, creo que nos hemos visto alguna vez por el hospital.

—Cierto. —André dejó un pequeño toque en su frente—. No te había reconocido; estás muy diferente con traje, en contrario de la bata habitual.

—Tú también luces diferente, eso sin duda.

Mientras ambos hombres hablaban, Jania no pudo pronunciar palabra. Sintió cómo estas se quedaban atascadas en su garganta y formaban un nudo que no parecía querer deshacerse por más de que lo intentara. Observó en silencio el traje azul marino de André, la camisa a cuadros que portaba y, con más curiosidad, aquellas gafas de pasta negra que parecían dar más brillo a sus ojos azules. Hacía días que no se veían, después de su último encuentro en el teatro. Ni una llamada de teléfono recibida por parte de Jania, ni un solo mensaje intercambiado entre ambos. Nada.

Y aun así, allí estaba, paralizada por completo ante la visión de ese hombre, mientras la observaba retomando las imágenes de su desnudez sobre ella, poseyéndola con cada embestida.

—Parece que a alguien le ha comido la lengua el gato. —André se echó a reír mientras observaba a Jania.

Dominique no tardó en deducir cuál era la «relación» que parecía unir a

ambos.

—Perdona, es que no esperaba encontrarte en este lugar. —Por primera vez, después de varios segundos en silencio, Jania consiguió sonreír.

—¿Has olvidado que mi madre trabaja en el hospital? —André se encogió de hombros con las manos guardadas en los bolsillos de sus pantalones—. Maximillian era el que tenía que haber venido con mi madre, pero ha tenido un viaje de última hora, así que aquí me ves, ejerciendo de hombre de la familia.

—Sin duda sí eres hombre —añadió Jania—. Quiero decir... que es maravilloso que no hayas dejado a tu madre sola en un evento tan importante como este.

—Gracias, Jania. Tengo que volver con ella, no creo que quieran ver a los invitados de pie en los minutos de discurso. —André giró sobre sus propios pasos y volvió a hacerlo para sonreír a la mujer y mirarla a los ojos—. ¿Nos veremos después? Me gustaría que habláramos.

—Claro.

Fue lo último que alcanzó a decir ella antes de perder de vista al hombre. Se maldijo por dentro al haber sido tan estúpida, y quizá no solo eso; eran pocas las ocasiones en las que se quedaba sin palabras. Por si fuera poco, no esperaba que, de algún modo, André no le reprochara el no haber recibido siquiera una llamada en los últimos días.

—Damas y caballeros, tomen asiento, por favor.

El eco recorrió toda la sala. La gente comenzó a moverse y dejó murmullos que se convirtieron en silencio y pasos que parecieron perderse en la lejanía del lugar. Dominique seguía en silencio mientras la acompañaba para, caballerosamente, arrastrar una de las sillas y que ella tomara asiento. Él tomó el lugar de al lado para dejar su chaqueta gris oscura y sentarse esbozando una pequeña sonrisa.

—Siento lo de antes. —La voz de Jania sonó en un pequeño susurro—. No quería hacerte sentir incómodo.

—¿Incómodo? Estoy bien. Además, no ha pasado nada que debas lamentar, ¿no?

—No, André es... —Jania intentó buscar las palabras correctas para definir al bailarín, aunque no solo se trataba de definirlo a él, sino de lo que ocurría entre ambos—. Es André.

—Buena descripción. —Su acompañante se echó a reír mientras dirigía la mirada al frente. Tomó una de las manos de Jania y dejó una pequeña caricia

con sus dedos—. No tienes nada de que preocuparte. No me he sentido mal; de hecho, me alegra que tengas a alguien que consiga hacerte sonreír.

Jania quiso responder, pero sus deseos se vieron eclipsados por los aplausos que comenzaron a llenar la sala de aquel característico sonido. Fue Dominique el que apartó su mano para comenzar a acompañar a todos los asistentes con el aplauso dedicado al primer orador de la noche.

Ella se quedó en silencio y dejó que un pequeño suspiro se escapara de entre sus labios. Mordió su labio inferior y con disgusto dirigió su mirada por toda la sala. Intentó buscar a André observando el perfil de cada una de las personas que esa noche la acompañaban de forma indirecta. Después de segundos de búsqueda, allí lo observó, sentado justo al lado de su madre, unas cuatro mesas más a su derecha. Parecía sonriente y, sobre todo, tranquilo, con una expresión que pocas veces había tenido la oportunidad de disfrutar. Aunque sabía que, por algún motivo extraño que aún no lograba descifrar para sí misma, no se encontraba del todo bien. Podía verlo en sus ojos y en el rostro de su madre, quien nerviosa movía sus dedos sin parar, dejando toques con estos en el borde de la mesa.

Tal vez para ella también fuera un evento importante, o quizás, tal y como se había mostrado Jania, simplemente estuviera nerviosa por la ocasión en la que se encontraba.

La voz de uno de los asistentes comenzó a sonar a través de los altavoces. Comenzó dando la bienvenida a todos y agradeciendo la dedicación que habían tenido los trabajadores del hotel para llevar a cabo un evento tan importante como el que iba a tener lugar esa noche. Aquellas palabras llegaban a los oídos de Jania como si las estuvieran pronunciando en voz baja. A decir verdad, quiso concentrarse, aunque sus pensamientos iban directos hacia el hombre que estaba más allá. Se fijó en la barba, que comenzaba a estar más espesa de lo que normalmente lo había caracterizado. Su mirada se tornaba en un reflejo entristecido de vez en cuando; incluso percibió cómo sus labios temblaban mientras intentaba sonreír escuchando la charla de aquel hombre.

¿Qué le ocurrirá?

Tal vez, y pensó que podría ser así, se hubiera molestado por su presencia en la fiesta junto a Dominique. Aunque, en realidad, nunca se habían hecho una declaración formal, por lo que poner algún tipo de molestia sería una completa tontería.

—¿Estás aburrida? —Dominique dejó un pequeño roce en el brazo izquierdo de Jania.

Ella negó con rapidez cuando sintió aquel toque por parte de su amigo. Le gustaba volver a ver su sonrisa y esa comodidad que solían demostrarse entre ambos.

—Solo estoy un poco cansada. No estoy acostumbrada a estas cosas, pero me parece un evento increíble —respondió ella mientras llevaba su mano hacia la copa de agua que habían servido hacía unos pocos segundos atrás—. Aunque debo de reconocer algo. Yo me pondría realmente nerviosa si tuviera que hablar ante tanta gente, creo que lo mío es expresarme más con el cuerpo que con palabras.

—Depende del humor en el que te encuentres —añadió Dominique entre risas—. Porque, cuando hay algo que te molesta, señorita, eres como esos huracanes imparables.

La respuesta por parte de Jania fue un codazo en el brazo de su contrario. Entrecerró sus ojos reclamando silencio, con el índice posado sobre sus labios rosados, y aun así apreció aquel pequeño momento al lado de Dominique, por más de que tuvieran que guardar la «seriedad» en el evento.

—Y ahora daremos paso a la doctora Smith. —Los aplausos se sucedieron uno tras otro ante el reclamo de aquel apellido—. Querida Carla, el micrófono es tuyo.

Ambos aplaudieron a la par que el resto de los asistentes. Jania observó a su nueva conocida con una sonrisa, pues le gustaba ver la seguridad que la mujer transmitía a través de sus ojos, de su sonrisa e, incluso, de cada gesto de su cuerpo al caminar. Todos se quedaron en silencio justo cuando ella dejó los dedos clavados en la madera del atril. Las imágenes comenzaron a reflejarse en la pantalla que había a sus espaldas. Por la expresión en el rostro de Carla, Jania dedujo que aquello tenía un significado bastante importante para la doctora, mucho más después de lo que Dominique le había contado sobre ella. Ladeó su rostro para observar la expresión seria que él mantenía desde hacía unos cuantos segundos. Sin duda, todos parecían haber reaccionado de la misma forma. Era ahora cuando ella misma se daba cuenta de lo afortunada que era por haber sobrevivido, aquel día, a ese maldito accidente, que bien pudo haberle quitado una pierna, pero no la vida. El peor de los sentimientos era darse cuenta de ello al ver cómo en los ojos de otra persona se reflejaba el dolor de la pérdida. Algo que no era la primera vez que veía. Llevó su visión

hacia André y comprobó, una vez más, que sus pensamientos eran ciertos, negando para sí misma mientras dejaba que las palabras de Carla llegaran hacia sus oídos como si se trataran de pequeños susurros.

Los minutos pasaban con lentitud mientras Jania guardaba en sus retinas cada una de las imágenes que llegaban hacia sus ojos. Conoció el porqué de la importancia de aquel evento y, con ello, se sintió orgullosa por haber sido partícipe de un evento tan increíble como el que celebraban esa noche. Se sucedieron los aplausos, uno tras otro, hasta que el silencio invadió de nuevo aquella sala para dejar miradas de orgullo acompañadas de sonrisas de afecto. Todos parecían ser un equipo, y así fue comprobado apenas unos segundos después, cuando Carla se dispuso a hablar.

—Ahora, quiero dar mi agradecimiento a una mujer maravillosa —comentó llevando su visión hacia la mesa donde se encontraba Emilie, acompañada de su hijo André—. Una valiente compañera que cada día es capaz de poner una sonrisa en cada uno de nosotros aun a pesar de su situación personal. Sé que le prometí no hacerlo, pero la realidad es que siento que tengo algo que decir.

Jania llevó su mirada hacia la madre de André y hacia él mismo, intentando descifrar a qué vendrían aquellas palabras.

—Cuando pierdes a alguien, te dices que es ley de la vida —continuó la doctora— pero, cuando pierdes a un hijo, te das cuenta de la cantidad de injusticias que hay en el mundo, pues no hay nada peor que perder la vida de alguien que tiene tanto recorrido por delante. Querida amiga, André y Maximillian, aunque no se encuentre aquí esta noche, sé bien por lo que estáis pasando. Y en nombre de cada uno de los asistentes a esta conferencia y, por consiguiente, fiesta, quiero expresar mi gratitud, además de mi apoyo, por la lucha constante que lleváis día tras día con el pequeño Bastian. Cuando llegue el momento, estoy segura de que mi pequeño lo protegerá allá donde ambos estén.

Aquella confesión fue opacada por los aplausos de cada uno de los asistentes. Jania volvió a observar a André; esta vez, eran lágrimas las que nublaban su mirada. El bailarín abrazó a su madre y dejó un beso en la mejilla de esta. Giró de nuevo su rostro para observar a Dominique en silencio, durante algunos segundos, pues él también parecía comprender aquello a la perfección.

—¿Quién es Bastian?

—Pero ¿es que no lo sabes? —Con clara expresión de sorpresa, Dominique

miró a su acompañante intentando dibujar una sonrisa—. Bastian es el hijo pequeño de Emilie, tiene doce años, o tenía. Lleva casi un mes en muerte cerebral; no tardarán muchos días en desconectarlo de las máquinas, y créeme: no es algo fácil de llevar. Todavía me sorprende la fortaleza que Emilie demuestra cada día al venir a trabajar, al igual que su hijo. Dicen que cada día va a ver a su hermano.

—Es... horrible, así que ¿por eso André se comporta así? —Jania tenía cientos de preguntas que hacer, mas era una la que pareció gobernar toda su mente—. ¿Qué ocurrió?

—Un accidente de tráfico. Ocurrió el 10 de enero. Tengo entendido que Emilie y el pequeño Bastian iban a visitar a André para un evento importante o algo así.

Dominique quiso continuar; sin embargo, Jania se levantó de su asiento tan rápido que incluso llegó a sorprenderlo. Estuvo a punto de ir en su búsqueda, mas no pudo cumplir con ello; la charla continuó y le fue imposible escapar de allí sin llamar la atención.

La que había sido bailarina hasta hacía apenas dos meses se perdió entre la multitud, silenciosa y con rapidez. Abrió la puerta de la sala y se encontró con el patio interno que formaba parte del hotel. Allí, todas las mesas estaban adornadas con manteles blancos, servilletas y sus respectivos cubiertos, que acompañaban a las copas y los adornos, perfectamente colocados, para dar lugar a la cena que disfrutarían a continuación. Jania caminaba deprisa y sentía que, más allá de su mirada, no había absolutamente nada a su alrededor. La vista se le nubló por segundos, a la par que su respiración comenzaba a agitarse de forma descontrolada. Fueron los recuerdos de aquel día los que comenzaron a taladrar su corazón, como si le estuvieran clavando un enorme cuchillo, una y otra vez. Los cristales rotos, las sirenas, los gritos y el llanto de su madre. Todo el conjunto formó una de esas pesadillas que normalmente la despertaba de su sueño y que ahora invadían su realidad.

—Fue él... —La voz se apagó poco a poco mientras tomaba asiento en uno de los bancos de piedra que adornaba el lugar. Sus manos temblaban mientras entrelazaba sus propios dedos con fuerza—. Fue él...

«Hubo alguien más implicado en el accidente Jania...», recordó las palabras de su padre al poco de abrir los ojos. Ahora, todo cobraba sentido en su mente. La fecha, la mirada de André, ese secreto que parecía cargar con él a todas horas, el dolor en su mirada... Llevó las manos hacia su rostro y lo tapó

por completo, como intentando —aunque sin ningún tipo de resultado— que aquellos pensamientos se esfumaran.

—Dios mío —volvió a susurrar—. Fue él.

Capítulo 12

Hospital Pierre-Paul Riquet

15 de enero de 2017

La expresión de Jania no había cambiado desde que sus ojos se abrieron por primera vez dando la «bienvenida» a aquella fría mañana. Su madre seguía acompañándola mientras estiraba la espalda en el sillón perfectamente colocado al lado de la cama de su hija. Observó la gasa que llevaba alrededor de su cuello, que ocultaba una de las heridas, resultado del accidente de tráfico que había cambiado su vida hacia tan solo cinco días atrás. Ni una sola palabra de lo que había ocurrido en aquel momento y tantas preguntas que Jania quería responder.

—Necesito que me lo digas, mamá. No me importa cuánto insistas, quiero que me digas lo que pasó.

—Jania, ¿no tienes suficiente con encontrarte aquí, recuperándote de tus heridas? —La voz de Lila sonó débil a causa del cansancio.

—¿Crees que eso ahora me importa? Necesito saber qué pasó. Sé bien que no fuimos los únicos en el accidente y, si no lo me lo dices tú, procuraré buscar las respuestas por mi parte. Así, tal vez, la tortura sea tan insoportable como para que la vida me lleve de una vez por todas. —En ese instante, Jania no fue consciente de las palabras dedicadas a su madre. En ella vio el dolor y sufrimiento cargado desde días atrás. Suspiró y volvió a mirarla, esta vez intentando esbozar una pequeña sonrisa—. Perdona, mamá, solo necesito saber qué ocurrió. Quizá, así, vea un modo de seguir adelante.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? —volvió a preguntar Lila.

—Vamos, mamá, no soy ciega, ni mucho menos estoy sorda. Sé que los

padres de ese chico han venido aquí, aunque no lo recuerdo exactamente, pero sé que han venido a preocuparse por nosotras. Me gustaría saber quiénes son, al menos, para poder darle las gracias.

—No creo que lo hagas —continuó su madre. Llevó una de sus manos para tomar la de su hija y apretarla con fuerza—. Es mejor así. Ambas familias hemos decidido caminar por nuestro lado, llevar esta recuperación adelante, pues solo nos dañaríamos con el recuerdo. Pero es cierto: hubo alguien más implicado en el accidente, Jania, y no ha salido tan bien parado como tú.

Aquella frase logró que el corazón de su hija diera un vuelco. Pudo sentir cómo su órgano era estrujado sin compasión alguna, a la par que el alma se le rompía en pequeños añicos. Suspiró intentando recuperar la calma de su respiración.

—Entiendo. —Fue la única palabra que alcanzó a decir—. ¿Es joven?

—Unos cuantos años más que tú, sí. —Lila asintió apretando la mano de su hija con fuerza y se levantó de la butaca para dejar un beso en la frente blanquecina de la más joven—. Lo único que debes de saber es que nadie tuvo la culpa de lo ocurrido. Un fallo de electricidad provocó que los semáforos no funcionaran correctamente durante algunos minutos. Ya sabes que llovía a cántaros y, bueno, el accidente no se pudo evitar. Es lo único en lo que debemos de pensar: en eso y en luchar por que todo salga bien para que ambos podáis recuperaros después de este duro golpe. Prométeme que estarás tranquila y que te centrarás en eso, Jania; lo demás ya está hecho.

—Está bien, mamá, te lo prometo. Sabes que nunca he fallado a mi palabra, y mucho menos lo haré ahora.

—Lo sé bien, hija, lo sé bien. —Jania sintió de nuevo el abrazo de su madre mientras dejaba que las lágrimas se hicieran presentes.

Lila rezó en aquel pequeño momento. Rezó por que su familia pudiera superar aquel «obstáculo», por su recuperación, por que —en algún momento de su vida— los sueños de ella volvieran a tomar forma. Y también por que ese secreto, que ahora había quedado oculto, no volviera a salir a la luz.

Lo que en aquel momento Lila no sabía era que André iba a cruzarse en la vida de Jania, por más que el destino intentara mantenerlos alejados.

Habían pasado demasiados minutos como para ser contados mientras Jania seguía sentada en aquel banco. Las lágrimas se habían perdido en el contorno de su rostro, secadas por la brisa que aquella noche golpeaba su piel sin temor alguno a dañar, a dejar su marca, a erizar cada centímetro de su piel. Una brisa poderosa que dejó en ella la marca de un recuerdo pasado, de un día en el que todo parecía ir bien, de un sueño roto debido a un accidente de tráfico. Un maldito coche que le había robado su sueño, mas aquello no parecía valer nada cuando la vida de otra persona se perdía mientras ella seguía allí, maldiciéndose por dentro, llorando con el alma destrozada por haber perdido lo único que había amado de verdad en su vida.

—Estás aquí. —La voz de Dominique llegó con un ligero susurro.

Acompañada en todo momento por esa brisa que no parecía ceder. Como si quisiera caminar con ambos, en aquel instante de confesiones, bajo la oscuridad de la noche.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? —Él se sentó al lado de Jania y tomó una de sus manos con fuerza. Observó cómo parte del maquillaje había quedado marcado por aquellas lágrimas—. Hay algo que te está aprisionando el corazón, y no quiero que me mientas, Jania.

—Fue él.

—¿Quién? ¿A qué te refieres? Vas a tener que ser más clara. —Dominique llevó una mano hacia la barbilla de la mujer para que la mirara a los ojos.

—Bastian. —Ella lanzó un suspiro antes de continuar. Pronunciar el nombre del chico era como si se acuchillara a sí misma una y otra vez—. El hermano de André. Aquel día fue el mismo día que yo sufrí el accidente, ¿no lo recuerdas? Tú revisaste todos los datos, Dominique. Pregunté a mi madre quién era la otra familia, pero ella solo me dijo que habían decidido dejar así las cosas porque el accidente no había sido culpa de nadie.

—Entonces, ¿no sabías que él te buscó? —Cuando el médico observó la expresión de su acompañante, comprendió que aquella confesión la había pillado completamente de sorpresa—. Ahora, deduzco que no...

—¿Cómo que me buscó? —Jania miró a los ojos de Dominique intentando soportar las lágrimas, que de nuevo parecían querer hacer acto de presencia.

—Creo que eso es algo que deberías de hablar con André; tampoco sé todo lo ocurrido. Pero sí sé que, día tras día, además de ir a ver a su hermano

pequeño, preguntaba a su madre por tu estado de salud. —Él se encogió de hombros antes de continuar—. Lo único que sé lo averigüé en pocas charlas con Emilie; además, ambas familias quisieron mantener su privacidad para que no sufieras ningún daño a la hora de la rehabilitación. Se habría aplicado igualmente a Bastian si no hubiera sido por que no pudo recuperarse. Tal vez André simplemente ignoró ese hecho.

—¿Quieres decir que por eso se acercó a mí? ¿Simplemente porque le daba pena? —añadió Jania.

—Yo no he dicho eso. No sé cuáles fueron sus intenciones para contigo, simplemente estoy respondiendo a tu pregunta.

Antes de que Dominique pudiera continuar con aquel «discurso», la puerta de salida hacia el patio se abrió y dejó la presencia de André. El bailarín buscó a Jania con la mirada; su rostro seguía con la misma mueca de dolor que ella había percibido en el momento en que Carla empezó con el discurso en apoyo a su familia. Se levantó decidida a ir en su busca, y dejó a su acompañante en aquel banco. Observó en silencio los ojos del bailarín mientras se acercaba al lugar donde se había quedado parado. Él esperaba cualquier reacción, cualquiera menos la bofetada que Jania le propinó a continuación.

—Me has mentido.

—No lo he hecho, Jania —aclaró André llevando una de sus manos hacia la mejilla adolorida—. Nunca te he mentido.

—¡Lo ocultaste! ¿Acaso no es lo mismo? —Jania alzó la voz, mientras dejaba caer el peso de sus brazos a cada lado de su cuerpo, y apretó sus labios sin apartar la mirada de los ojos de él—. Dime que no te acercaste a mí solo porque yo era quien iba en aquel coche.

André quiso responder, mas el silencio pareció invadir cada parte de su ser. Miró cómo las lágrimas comenzaban a brotar, una tras otra, de los ojos de la mujer. Alargó su brazo para limpiar el rostro de ella, pero Jania se alejó dando un par de pasos.

—Eres un miserable por engañarme, por creer que podías acercarte a mí solo porque te daba pena mi situación. —Los sollozos comenzaron a salir de entre los labios de Jania—. ¿Crees que debías compadecerte? Pensaba que teníamos una conexión, André.

—Y la tenemos, Jania. Tú me gustas —aclaró él queriendo acercarse de nuevo a ella.

Pero, por alguna razón, sus pies quedaron paralizados en los ladrillos de aquel suelo grisáceo. André llevó una de sus manos hacia su cabeza y enredó el cabello entre sus dedos.

—Mira: sé que hice mal, que debí haberte dicho quién era. Pero tú me gustas, Jania, y no te estoy mintiendo en eso. —André la miró con firmeza llevando, a través de sus ojos, la sinceridad de sus palabras—. Nada de lo que ha pasado es mentira.

—No puedo creerte, André, ahora no.

Jania giró sobre sus talones dispuesta a salir de allí, pero se vio detenida por una de las manos del bailarín, quien tomó la suya con firmeza, dejando que la fuerza controlara todo su cuerpo, hasta el punto de no dejarle escape de allí hasta aclarar toda la situación.

—Siento que te hayas enterado de esta forma. Pensaba decírtelo, es solo que no todo lo que ha pasado con Bastian... —La voz de André se rompió al pronunciar el nombre de su hermano—. Son días difíciles, Jania.

—¿Crees que no lo sé? —Ella se giró para enfrentar su mirada con la de André—. ¿Crees que no puedo ponerme en tu lugar? ¡Maldita sea, André! Lo único que hice fue preocuparme por ti desde el momento en que nos conocimos. Te pregunté, te pregunté qué era lo que te ocurría; ¿por qué no pudiste ser sincero? No puedes pedirme que abra mi corazón cuando tú me has mentido de esa forma. ¿He sido un juego de tu engaño? ¿Acaso querías compensarme por algo?, ¿por haber perdido mi pierna? ¿Qué demonios pasa con el teatro! ¿También me llevas allí simplemente para que me ahogue entre mis propios sollozos al recordar lo que no puedo hacer?

—¡Basta! —André elevó tanto la voz que hizo sobre saltar a Jania. Apretó con más fuerza su mano y se acercó a la mujer—. Te estás equivocando conmigo, nunca he sido esa clase de persona. Y sí: ¿qué tiene de malo querer ayudarte?

—No necesito tu ayuda, maldita sea. Bastante tengo con haber perdido lo único que he amado en mi vida para que tú me andes recordando lo maravilloso que es subirse encima de un escenario.

Jania lanzó un suspiro. Sabía que con esas palabras había dañado a André, podía verlo en sus ojos, pero no le importó. El daño estaba hecho. No había nada que rescatar de aquello, no cuando la sinceridad era lo que ella había valorado por encima de muchas cosas durante tanto tiempo. Así como valoró la conexión naciente entre ambos, desde el momento en que su mirar se había

cruzado con el intenso azul de los ojos del bailarín, a través de aquella pantalla. En él no había visto una salvación, mas sí una nueva esperanza, quizá una nueva forma de poner cura a cada uno de sus recuerdos. Y sí, era cierto: incluso ella misma había jugado con sus propios sentimientos al presentarse aquel día en el Teatro Nacional, buscando la mirada de un hombre entristecido por las batallas internas contra las que luchaba día tras día. Pero aquella mentira no importaba más que el sentimiento de traición que ahora recorría el interior de la mujer.

—Suéltame. No quiero volver a verte, André. —Jania tiró de su brazo para soltar el agarre del bailarín.

—No pienso dejarte marchar de aquí sin que me escuches. —Él insistió posando una de sus manos en el hombro de la mujer—. Y me da igual cómo te pongas.

—Ha dicho que la dejes tranquila. —Fue Dominique el que apartó la mano de André, mirándolo con firmeza—. No quieras montar una escena en este lugar y mucho menos en este evento. Creo que nadie se lo merece, así que te lo pediré por favor: deja en paz a Jania.

—¿Y tú quién eres?, ¿su novio? Bendito caballero. —André dejó escapar aquellas palabras con ironía—. Por más de que lo intentes, ella no se fijaría en un tipo como tú.

—Dom, déjalo. —Jania arrugó la tela de la chaqueta de su acompañante con sus propios dedos para evitar que se echara sobre el bailarín—. Solo quiero irme de aquí, ¿podemos simplemente hacerlo?

—Jania, por favor. —La voz de André se volvió súplica.

Ella no se giró en ningún momento para cruzar su mirada con los ojos este. Tomó el brazo de Dominique y comenzó a caminar hacia el lugar donde él había dejado su coche aparcado, en una lejanía que fue lo más parecido a una eternidad para ella, debido al cansancio y a los sentimientos que gobernaban su interior. Caminó en silencio, hasta el momento en que entró en el coche y se sentó en su asiento, esperando a que él hiciera lo mismo. Contuvo las lágrimas todo lo que pudo, pero las emociones, a flor de piel, la obligaron a dejar que estas se derramaran.

—Ha sido un poco estúpido. Dime que estás bien, por favor. —Dominique obtuvo su respuesta en el momento en que cruzó su mirada con la de Jania.

—Quiero ir a otra parte, no tengo fuerzas ni para ver a mis padres.

—¿Quieres venir a mi casa? Yo vivo solo —preguntó él observando cómo

Jania asentía—. Solo procura dejar claro dónde estás; no quiero que tengas más problemas.

Ella volvió a asentir mientras dejaba que las lágrimas resbalaran, una tras otra, por sus mejillas. Observó el gesto de Dominique, y estaba muy segura de que él tenía cientos de preguntas que realizar, pero también tuvo claro que sabría esperar a que ella misma confesara cada uno de los pensamientos que la ahogaban por dentro.

No solo los recuerdos volvieron a su mente; era ese sentimiento de culpa el que ahora parecía crecer en su interior. ¿Cómo iba a cargar con la conciencia de aquella pequeña vida perdida? Después de su recuperación, de haber sido tan irresponsable, y a la vez egoísta, hasta el punto de desear su propia muerte.

Era cierto, y debía de admitirlo: siempre había guardado la esperanza de que aquel chico, al que su madre nombró por última vez en su primer día de rehabilitación, se recuperara. Durante aquellas semanas quiso pensar que algún día se encontrarían, se mirarían a los ojos y ambos serían capaces de sonreír recordando aquel suceso como un simple mal recuerdo. Sin embargo, ahí estaba: dándose cuenta de que aún, después de todo aquel sufrimiento, debía de considerarse afortunada por sobrevivir y, con ello, tener la oportunidad de seguir adelante. Dominique no dijo nada más. Fijó el oscuro de sus ojos en la carretera y se limitó a seguir adelante. Condujo hacia su casa mientras, de vez en cuando, miraba a Jania de reojo, deseando que aquellas lágrimas se perdieran tras una sonrisa esbozada, así como le gustaba verla en todo momento.

El recorrido duró unos cuantos minutos, minutos en los que ella misma dejó que el cansancio y sueño la invadiera. Cerró los ojos pidiendo que todas las imágenes que se habían cruzado por su mente no fueran más que una mentira o uno de esos falsos recuerdos. Y por un segundo creyó que su suerte había cambiado pero, cuando recibió el toque de su acompañante en el rostro y abrió los ojos, comprendió que no iba a ser tan afortunada, por más de que lo deseara.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó ella fijando su mirada en la lejanía.

Justo delante de sus ojos se levantaba un edificio grisáceo, compuesto por tres pisos y con una decoración típica de la zona histórica de Toulouse.

—¿Cuánto he dormido? No estamos muy lejos del hotel.

—El tráfico suele ser denso a esta hora, y la verdad es que no he contado los minutos, pero has estado tranquila durante todo el trayecto. —Dominique

aparcó su coche y la miró esbozando una pequeña sonrisa—. Al menos, has podido disfrutar de ese descanso sin preocuparte por nada más.

—Bueno, el problema se hace presente cuando abres los ojos y la realidad te golpea.

Él entrecerró los suyos. Por unos segundos puso en duda aquellas palabras, pero conoció la realidad de cómo se sentía ella en el momento en que cruzaron sus miradas. Salió del coche en silencio, caminó despacio alrededor de este hasta llegar hacia la puerta del copiloto.

—Anda, vamos. —La abrió esbozando una pequeña sonrisa, volvió a cruzar su mirada con la de ella y de nuevo tomó una de sus manos para ayudarla a salir—. Tomaremos algo, y procuraré cambiar ese mal humor que cargas encima.

—No es precisamente mal humor lo que ahora mismo tengo.

—Entonces, hablaremos de ello mientras bebemos un par de cervezas — aclaró él sacando las llaves de su bolsillo.

Jania observó con detalle el edificio. Sonrió, pues el recuerdo de su amada Polonia le llegó a la mente justo en ese instante, donde el reflejo de las luces nocturnas dejaba un brillo especial en la piedra. A diferencia del exterior, el apartamento del médico era una explosión de colores y modernidad que daba lugar a un respetuoso orden y cuidado que ni ella misma había conocido durante toda su vida. Se quedó en silencio después de que Dominique abriera la puerta y juntos caminaran hacia el salón central, decorado como si se tratara de una exposición del mejor cine antiguo.

—Una de mis grandes pasiones — aclaró él. Dejó su chaqueta en el respaldo de una de las sillas y camino al lado de Jania—. Toma asiento, volveré en unos segundos.

Jania asintió y en silencio recorrió, con pequeños pasos, aquel apartamento —por el contrario a la indicación de Dominique— mientras seguía observando todo su alrededor con ojos curiosos. Fotografías, cuadros, adornos: todo derivaba de entre los colores negros y rojos, combinados a la perfección con el blanco y marrón. Un toque responsable para alguien que realmente lo era. Se acercó a una estantería repleta de libros, de lo que supuso había sido la época de estudiante de Dominique, pero también fue consciente del buen gusto que este tenía por la literatura. Sus dedos rozaban la madera con delicadeza, entretanto su rostro se fijaba en el reflejo del cristal de un portarretratos.

—Son mis tíos, ellos me criaron desde que tenía cuatro años. —La voz de Dominique sonó alegre a pesar del recuerdo que invadió su mente y su corazón—. Un incendio.

—Vaya, lo siento. —Jania lo observó mientras sentía cómo un nudo se formaba en su garganta—. Debió de ser muy duro para ti.

—En realidad, era muy pequeño como para recordar pero, aun a pesar de que los añoro cada día, soy feliz de tener a unos padres como ellos. Han dado todo por mí y por la persona en la que ahora me he convertido.

Se acercó a ella para tomar su mano y llevarla hacia el sofá. Con la otra, sujetaba un par de botellines de cerveza que terminó por dejar sobre la madera de aquella mesa perfectamente colocada encima de una alfombra. Sonrió al ver cómo Jania se agachaba para dejar un pequeño roce con sus dedos sobre la delicada tela.

—Si me dejas admitir algo: no esperaba esta clase de decoración para ser...

—¿Un hombre? —aclaró Dominique con una sonrisa—. No eres la primera que me lo dice, pero lo cierto es que tengo un gusto bastante peculiar. En sí soy bastante raro con este tipo de cosas.

—No diría raro, pero la definición de peculiar sí que va mejor contigo. —Jania tomó el botellín de cerveza y dejó un largo sorbo antes de cambiar la expresión de su rostro de nuevo—. Ahora, puedes preguntarme lo que quieras.

—La única pregunta que me ronda por la cabeza es mucho más sencilla de lo que parece. —Él se encogió de hombros, dejó su espalda apoyada en el sofá y la miró con toda la tranquilidad que siempre lo había caracterizado—. ¿Cómo estás?

—¿Te refieres a cómo me siento después de enterarme del engaño de André? No muy bien la verdad.

—¿Estás segura de que puede tomarse como engaño? —Por más de que esa pregunta sonara insistente, Dominique sentía la necesidad de asegurar su pregunta, de hacer sentir bien a la mujer—. Tal vez las intenciones de él no eran tan malas después de todo.

—¿Cómo te sentirías tú si, después de todo lo que ha pasado, te enteras de que él, en realidad, ya te conocía? —En silencio, Jania tomó la cerveza y dejó que el sabor amargo recorriera su garganta—. Nunca he sido una persona confiada, es verdad, pero no soporto que me mientan, Dom. Le pregunté por qué se encontraba así, cuáles eran esos miedos que a veces no lo dejaban sonreír, y me mintió. Me dijo que se sentía así por la pérdida de su padre.

—En realidad, tampoco es algo que dudo. A esa familia le ha tocado pasar por mucho, lo cual no quiere decir que no te entienda, Jania. No lo estoy disculpando, pues creo que no ha hecho bien, y lo cierto es que no sé si se puede confiar en él.

—Si me apoyas, ¿a qué viene esa pregunta? —Jania lanzó un pesado suspiro.

—Simplemente no quiero que vuelvas a estar mal, y no solo lo digo por André. —Él tomó una de las manos de Jania para dejar una pequeña caricia—. No hay nada de lo que debas culparte, Jania; el destino de Bastian es algo que no se ha podido controlar, mucho menos podemos buscar culpables de aquel accidente, al menos no dentro de vuestras familias.

—De nada me sirve que ahora me digan eso, Dominique.

Jania se levantó. Sin mirar atrás, caminó hacia el gran ventanal del salón. Fijó sus ojos en la balaustrada que dejaba su reflejo en el cristal. La noche estaba oscura, tranquila, apacible, perfecta para salir a pasear, mas ella no sentía otra cosa que miedo a lo que podía encontrarse si escapaba de aquellas cuatro paredes.

—¿No te das cuenta? Tantas lágrimas derramadas, tanto odio guardado por mi situación. Y André ha perdido a un hermano, su madre ha perdido a un hijo. —Giró sobre sus propios pasos para mirar a Dominique e intentar esbozar una sonrisa—. ¿Qué debo de pensar cuando sé que alguien tan joven ha muerto? Soy alguien bastante miserable, ¿verdad? Y aun así, no puedo evitar odiar a André por haberme mentido de esa forma.

—Lo sé, lo sé muy bien, Jania.

Dominique se levantó del sofá para ir al mismo lugar donde ella se encontraba. Dejó sus manos apoyadas en los hombros de la mujer, sonrió y observó con detenimiento el reflejo de ambos. Ella elevó una de sus manos para rozar sus dedos con los de él. Aquel silencio les valió a ambos como respuesta mientras sus miradas se cruzaban, una y otra vez, en el reflejo opaco del cristal.

—Tranquilo, estoy bien —aclaró ella girándose. Se apartó solo para mirarlo y apoyar sus manos en el pecho de él—. Después de todo, tú siempre has dicho que tengo fortaleza y soy valiente, ¿no? Es lo que debo de hacer.

—También tienes todo el derecho del mundo a romperte; no ha sido nada fácil para ti. Desde el momento en que nos conocimos, supe que en todo momento has sido sincera.

—¿Acaso se puede fingir el dolor?

—Créeme: se puede. No es la primera vez que lo he visto. —Él se encogió de hombros. Rozó con sus dedos la mejilla de Jania y se acercó para dejar un beso en su frente—. Ahora solo me queda decirte algo: no debes torturarte, bastante has tenido con todo lo que ha pasado como para que cargues con el sufrimiento de otros. Por desgracia, la vida es así: unos mueren en accidentes de tráfico; otros, en un incendio o por una enfermedad. No es algo que podamos evitar.

—Supongo que debo de creerte —añadió ella—. Gracias por todo, no sé qué habría hecho sin ti, Dominique.

—Lo cierto es que no me considero un salvador ni nada por el estilo, pero sé que he conocido a una mujer maravillosa, una mujer que formará parte de mi vida durante mucho tiempo. Al menos ese es mi deseo.

—¿Y tener que aguantarte? La verdad es que no sé cómo me tomo el atrevimiento. —Jania negó justo antes de echarse a reír. Tomó las manos de él con fuerza, una fuerza que parecía perdida desde hacía mucho tiempo—. En realidad, estaría loca, muy loca, si no supiera apreciar tu compañía, así como tu cariño y comprensión.

Los dedos de Jania jugaban con las manos de él. Se quedó en silencio observando los labios de Dominique y la sonrisa que nunca parecía desaparecer. Pocas veces había visto en él un gesto serio o una expresión que estuviera lejos de aquello que lo caracterizaba. Era obvio que había crecido siendo un luchador; ahora sabía cuáles eran los demonios internos que a él también parecían acompañarlo a diario. Negó para sí misma, sacando aquellos pensamientos de su cabeza. En ese instante sintió cómo las manos de Dominique comenzaban a recorrer la extensión de sus brazos, rozando la piel blanquecina con delicadeza. Jania no se apartó; sus dedos se aferraron a la camisa de él. Notó cómo tomaba mucha más cercanía hacia su cuerpo y se maldijo por dentro en el momento en que él tomó un poco de separación para mirarla a los ojos. Pidió silencio llevando uno de sus dedos a los labios de ella, se acercó para dejar un beso en la comisura de sus labios y, con ello, tomó a Jania por ambas manos.

—Ven. —La voz sonó en un ronco susurro.

Quiso preguntar a dónde era que iban a llevarla sus pasos, mas el silencio parecía ser mucho más atractivo que cualquier pregunta que pudiera pronunciar a través de sus labios. A Jania siempre le había gustado el misterio, esas preguntas que se formaban en la mente de uno y que, de algún

modo, parecía imposible darles respuesta. Se preguntó, por un segundo, cuáles serían las que ella estaría buscando en ese mismo instante. Tal vez muchas, quizá ninguna. Solo se limitó a aferrarse a la mano que había ofrecido Dominique mientras la luz tenue de su apartamento los acompañaba a través del pequeño recorrido, que terminó tras una puerta al final del largo pasillo.

—Puedes quedarte aquí esta noche. —Dominique dio paso a la habitación de invitados—. Es muy tarde para que vayas a casa.

—Quiero que te quedes conmigo.

Aquella confesión fue igual de sorprendente para ambos. Jania no esperó que aquel pensamiento que se había cruzado por su mente fuese dicho en voz alta. Se quedó un par de segundos en silencio, escuchando la respiración tranquila de Dominique.

—No te pido nada, solo que no te vayas —aclaró Jania.

Se giró para mirar a los ojos a Dominique y observar su propio reflejo en el oscuro de estos. Tomó sus manos con fuerza y tiró para que caminara. Dio pequeños pasos, cruzando su visión con la decoración de aquella habitación. Un espejo llamó su atención, tenía toda la pinta de ser una de esas antigüedades irremplazables. Sonrió mientras dejaba que sus pensamientos la llevaran a otra parte, no a una época en concreto, sino a una vivencia que la había hecho sonreír hacía apenas unos días atrás. Jania se plantó delante de aquel espejo y observó cómo Dominique se colocaba justo a su espalda. En esa ocasión, por el contrario a la anterior, llevaba el vestido que con tanta vergüenza no había querido probarse aquel día de compras. Mordió su labio inferior mientras recordaba las palabras que le había dedicado el médico, y logró que olvidara, una vez más, el caos constante que formaba parte de su vida. De nuevo, elevó su mirada; esta vez, él no sonreía. Su expresión era tan distinta que podía jurar estar mirando a un hombre completamente desconocido al que había conocido hacía ya un par de meses atrás.

—Dime qué piensas. —Jania volvió a mirarlo sin perder en ningún momento la sonrisa que esbozaba desde que había entrado en el apartamento, apenas unos pocos minutos atrás.

—Que eres preciosa. No sé por qué no te lo he dicho antes.

—Sí que me lo has dicho, aunque no exactamente con esas palabras. Mucho menos, mirándome de esa forma —aclaró ella.

Dominique llevó las manos hacia los hombros de ella. Poco a poco bajó por la tela del vestido, acariciando sus brazos, hasta posarse en la cintura de

Jania, donde descansaba un cinturón a juego con aquel vestido. En silencio, sin dejar de observar —ni una sola vez— el reflejo de ambos en aquel espejo, lo quitó con delicadeza, procurando rozar el cuerpo de ella en todo momento. Deseaba hacerla sentir importante, y no solo eso: quería que, una vez más, se olvidara de todos esos demonios que la habían invadido durante la noche, quizás a lo largo de aquellas semanas en las que su recuperación había sido una lucha más que constante. Ella se dejó llevar por las manos de Dominique, sin pensar en nada más que disfrutar del roce de sus dedos. No quiso hacer preguntas, ni siquiera a sí misma. Pues temía que un «¿Qué haces?» se instalara en cada parte de su ser y rechazara aquel momento, aclarando en su corazón que quizás esa noche no quería ser tocada por aquel hombre, sino por el bailarín, que tan loca la había vuelto desde el día en que se habían conocido.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella alzando una ceja.

—¿Acaso no puedo admirarte? —respondió él formulando otra pregunta.

Jania asintió sin pronunciar palabra alguna. Se observó en el espejo y vio con sorpresa cómo la sonrisa no parecía borrarse de su cara. Por un momento, se preguntó a qué se debía. Tal vez Dominique no tuviera que ver al cien por cien con ello. Quizá, después de mucho tiempo, veía ante un espejo a la mujer que siempre había sido. Esa mujer luchadora que no temía a nada, una mujer que quería seguir adelante, luchar por nuevos sueños, tomar nuevos caminos. Sin mirar atrás, ni odiarse por haber perdido aquello que con tanto ahínco había logrado conseguir.

—Me alegra haberte encontrado y que seas capaz de hacerme entender que no debo temer siquiera a verme en un espejo. —Jania mordió su labio inferior entretanto dejaba que sus deseos fueran expresados a través de aquel gesto.

Los labios de Dominique viajaron al cuello de Jania y dejaron un pequeño roce, un leve beso, antes de tomar la separación necesaria.

—Ambos sabemos que esto no va a ocurrir, por más de que nuestros cuerpos pidan lo contrario, ¿verdad? —La pregunta no sorprendió a Jania.

Por el contrario, ella volvió a mirarse en aquel espejo y llevó sus ojos a los de él para terminar por dejar un leve asentimiento de cabeza. Fue su corazón y también su alma los que hablaron por ella.

No podía imaginar el roce de unas manos o de unos labios si no eran los de André.

—No, Dom, no va a ocurrir nada —aclaró ella—. Solo quédate conmigo y

no te vayas, por favor. Necesito que me abracés.

Sintió las sábanas frías; al menos, fue lo que Jania había percibido con el roce de sus dedos sobre la tela una vez que abrió los ojos. La luz entraba resplandeciente a través de la ventana, apenas unos centímetros abierta, mientras que la brisa era capaz de marcar un delicioso baile contra las cortinas que cubrían los cristales. Por unos segundos tuvo que volver a cerrar y abrir los ojos; una de sus manos fue a parar a su frente para rozar el cabello que caía sobre su piel. Lo acarició con cuidado, llevando la visión a cada parte de aquella habitación, recordando que se encontraba en casa de Dominique.

—Dom—susurró.

Mas nadie respondió. Se alzó un poco sobre la cama para mirar, una vez más, a su alrededor. En la mesita de noche yacía una pequeña nota que con cuidado acercó hacia su visión para leer aquellas palabras:

Desgraciadamente, para mí, no hay fiesta en el trabajo. Hice el desayuno, espero que hayas despertado con una sonrisa y que nos veamos más pronto de lo que pensemos.

—Seguro que sí.

Estiró sus brazos dando la bienvenida a aquel maravilloso día, que empezaba con una sonrisa dibujada en sus labios, algo que ya se estaba volviendo habitual en la última época. Tomó una camiseta color gris que Dominique había dejado justo en el lado vacío de la cama, lo que logró que ella volviera a sonreír ante ese pequeño detalle, que parecía ser uno de tantos. Rozando su piel con las manos, colocó la tela sobre su cuerpo, entretanto mordía su labio inferior mientras las imágenes de la pasada noche se cruzaban, una tras otra, por su cabeza. Hacía tiempo que no se sentía tan segura como se sintió mientras dormía.

Tardó apenas unos minutos en terminar de arreglarse, después de colocar su prótesis, para dirigirse al cuarto de baño y, con ello, tomarse una ducha.

—Al menos tú no me darás problema alguno —pronunció dejando un par de

palmadas en su muslo.

Pues, de algún modo, agradecía que le hubieran entregado la comodidad suficiente con su nueva pierna para que no tuviera siquiera problemas a la hora de realizar algo tan sencillo como tomar una ducha.

Jania dejó que el agua recorriera cada centímetro de su cuerpo. La calidez de esta se paseó suavemente por su piel blanquecina mientras dejaba que el vaho formante recorriera el cuarto de baño, como una de esas deliciosas melodías que eran capaces de atravesar tu alma y entregar pureza e incluso un sentimiento de salvación que muy pocos eran capaces de percibir consigo mismos. Dejó las manos apoyadas en la pared de la ducha mientras sentía, en tranquilidad, cómo el agua dominaba cada parte de su cuerpo. No había mejor sensación que la de sentirse libre; después de tanto tiempo, podía decirse a sí misma que no se sentía atrapada en las pesadillas que en un momento habían comenzado a controlar cada parte de su vida. No solo mientras dormía. Durante días formaron tan parte de su realidad que Jania creyó firmemente que no iba a volver a abrir sus ojos para ver el mundo con la claridad que tanto deseaba. Enredó los dedos en su cabello mientras se tomaba unos minutos más para disfrutar de aquel calor impregnado en su piel. Siempre le había gustado el agua; de hecho, era una de las esencias que más la caracterizaban y, aun a pesar de estar en un lugar «desconocido» para ella, no se sintió mal en ningún momento, sino todo lo contrario.

Marcó un recorrido tranquilo a través del pasillo y de la habitación. Sin saber bien por qué, tuvo la sensación de que Dominique no se molestaría por aquella invasión. De hecho, cada habitación y lugar de aquel apartamento parecía invitar a ser visto por ojos ajenos.

—Todo un hombre —susurró Jania mientras se acercaba hacia la cocina.

Percibió el frescor del suelo en la planta de su pie izquierdo, mas por un momento, incluso, fue capaz de percibirlo como si su prótesis, una vez más, formara parte de su cuerpo. Así lo sentía desde hacía un tiempo y podía decirse que, por primera vez, era capaz de creer en las palabras que Dominique y su familia le habían dedicado durante tanto tiempo semanas atrás.

Se concentró en la taza de café que tomó con ambas de sus manos, hasta que el sonido de su teléfono móvil llegó hacia sus oídos. Con rapidez llevó los pasos hacia el bolso donde lo tenía guardado, maldiciéndose por haber olvidado que su madre estaría preocupada.

—*No cuelgues, por favor.*

La voz de André la invadió por completo. Jania se quedó paralizada, sin saber bien qué decir, asegurándose de que debió haber mirado quién hacía la llamada.

—*Solo quiero pedirte perdón* —volvió a decir él—. *Sé que me odias, pero no quiero que cuelgues el teléfono sin que me escuches. ¿Está bien?*

—Te equivocas, André. En realidad, no te odio, ¿sabes? —Jania pronunció aquellas palabras mientras intentaba dejar que su respiración se tranquilizara. Tomó de nuevo camino hacia la cocina para sentarse en el taburete donde estaba disfrutando de su desayuno—. Me es imposible odiarte, es solo que... no me lo esperaba.

—*¿Cómo ibas a esperar algo así? Maldita sea, me siento tan estúpido por no habértelo dicho. Yo quería, era solo que... no encontré el valor* —pronunció André al otro lado del teléfono.

—No creo que esa decisión sea cuestión de valor —comentó Jania al bailarín—. Te pregunté. ¿Tan difícil era decir que ya me conocías?

—*Pero no te conocía.*

—Vamos, sabías perfectamente quién era yo desde incluso antes que yo te viera en el video del Teatro Nacional. Eres un mentiroso, André, y odio que me mientan. Quizás no es algo que supieras, pero ahora te lo aclaro. No voy a permitir que vuelvas a mentirme. Sí, acepto tus disculpas, pero no hay nada más que deba decir —añadió ella.

—*Espera, por favor* —suplicó André dejando escapar un suspiro—. *Vamos, Jania, perdóname. Yo te quiero. Te quiero, Jania.*

«Te quiero Jania»: palabras que lograron romper todos sus esquemas. Suspiró, mas no fue capaz de dar respuesta. Entre pensamientos se respondió que lo sabía, sabía bien que André la quería, pero no fue hasta ese instante que ella se hizo la misma pregunta: ¿lo quería a él?

Capítulo 13

Días transcurridos, desde aquel sábado, en que traiciones y mentiras salieron a la luz y destrozaron esa confianza que Jania había logrado construir alrededor de una persona a la que apreciaba. Aunque, en realidad, esa no era la forma exacta de describir aquellos sentimientos que golpeaban su corazón con solo escuchar el nombre de André. La mañana era clara, tan clara que juró ver desaparecida la primavera para dar paso a su estación favorita. Pero, como todo, no era más que una mera ilusión dibujada a través de sus deseos.

Una vida normal era lo único por lo que se permitía luchar desde que aquellos sentimientos encontrados le regalaron una nueva tortura. ¿Cómo pudo comportarse de forma tan estúpida?

El sentimiento de arrepentimiento no era algo que se moviera en su interior, no durante los segundos siguientes a esa noche, cuando se marchó con Dominique y dejó a André con palabras en la boca y con aquel sentimiento de amor mostrado a través de sus labios. Porque, después de todo, fue ella la que se sintió traicionada, un sentimiento difícil de perdonar.

¿Exageración?

Quizá sí, pero para Jania aquellos pensamientos estaban mucho más cerca de la realidad que de la propia mentira. Como aquella que el bailarín había trabajado durante semanas desde el momento en que ambos se habían conocido. Fue en ese instante cuando Jania se preguntó por qué, por qué él no había sido capaz de entregar esa confianza y contarle aquellas penas que ahogaban su alma. ¿Acaso André podía dar por hecho que ella se alejaría después de conocer la verdad? Ya eran unos pocos meses los pasados desde aquel fatal accidente, en el que tantas cosas habían sido perdidas y, aun así, ella seguía queriendo mostrar la cercanía necesaria hacia la familia que había

sufrido tanto como ella misma lo había hecho desde el mismo instante en que sus ojos se abrieron. Pero lo cierto era que ya no servían los lamentos, no cuando la salvación no era posible para un alma que había sido perdida para siempre.

La gente atravesaba las puertas de la universidad mientras que ella seguía allí plantada, justo en la entrada, preguntándose si el momento del adiós ya se habría producido. Por un momento, quiso coger su teléfono para hablar con él, mas fue el miedo quien proclamó un acto contrario. Ya no había vuelta atrás en su decisión, nada que se pudiera arreglar. Ninguna mano a la que aferrarse, ningunos labios que besar ni mirada que observar. Ya no existía nada para ver en André todos esos deseos cumplidos, por más de que su alma quisiera desear lo contrario cuando esos pensamientos atravesaban su mente.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día, Jania? —Caroline palmeó el hombro de su amiga a la par que le dedicaba una sonrisa.

—Solo andaba pensando en mis cosas.

—¿Cosas o es ese chico que vino a buscarte el otro día? —Su amiga alzó una ceja dejando que aquella pregunta cambiara la expresión de su rostro.

—Si él fuera el único que está en mis pensamientos, créeme, no tendría tantos problemas. —La respuesta de Jania la pilló por sorpresa incluso a ella misma, pues por un momento ni siquiera podía creer sus propias palabras. Echó un vistazo a su alrededor antes de mirar a su amiga y encogerse de hombros—. No importa. Han pasado muchas cosas, pero ahora solo quiero centrarme en las clases. Creo que me vendrá bien la distracción.

—Créeme: no solo será distracción. Estamos casi a final de semestre, Jania, y te has perdido dos meses. Más vale que te pongas las pilas si no quieres perder medio curso.

—Tus ánimos me abruma, no sé qué haría sin ti.

Al igual que ella misma, Caroline se echó a reír tras escuchar aquellas palabras. En el fondo, le resultaba bastante divertido burlarse de Jania, hasta el punto de ver ese gesto en el que, la que una vez fue bailarina, rodaba los ojos desesperada, clamando para sí misma un claro «Tierra, trágame». Allá, donde no pudiera ser encontrada. Sentimiento que no solo cruzaba su mente en ese instante; de hecho, se había repetido esas mismas palabras durante aquellos días en los que ni siquiera quería contestar una sola llamada telefónica. Las sesiones de rehabilitación con Dominique ya no eran a diario, como de costumbre, algo que en el fondo, después de toda su situación, por

momentos lograba aliviarla.

«Me gustó mucho que vinieras a casa», fue lo único que él compartió con Jania cuando se vieron por primera vez desde aquella noche en la que el deseo optó por querer controlar sus cuerpos.

Le resultó curioso, pues Jania tuvo la sensación de sentir la misma incomodidad que percibió a través de los ojos de Dominique. Aunque, finalmente, ninguno de los dos se comportó diferente pues, desde el mismo instante en que se conocieron, las bromas entre ellos formaban parte de una rutina que nunca dejaron de lado.

—Creo que no me estás escuchando, Jania. ¿De verdad que estás bien?

Ella asintió, casi sin ser consciente de que sus pasos ya se encontraban atravesando uno de los pasillos principales de la universidad, siendo consciente de la gran distracción que la invadía.

—Lo siento, es que tengo muchas cosas en la cabeza. No tengo idea de si voy a poder con todo antes de que el semestre termine y, sinceramente, no sé ni que voy a hacer después —admitió ella intentando no borrar la sonrisa de su rostro.

—Estás en una situación complicada, debes de darte algo más de tiempo —aclaró Caroline mientras marcaba sus pasos hacia el aula principal—. Mira: sé bien que te lo habrán repetido cientos de veces, pero no debes presionarte con eso, Jania. Cuanto más lo hagas, más pondrás tu mente en tensión, y no creo que eso sea lo oportuno para tomar esa clase de decisiones.

—Supongo que no, pero no puedo evitarlo, ¿sabes? —Jania se encogió de hombros; por más de que mirara a su alrededor, en parte seguía convencida de que ese no era su mundo, al menos no al cien por cien—. Voy a tomarme en serio las clases, mi descanso, la recuperación, pero también pienso hacer hincapié en lo que te he dicho. Creo que, por lo poco que me conoces, te habrás dado cuenta de que necesito estar activa de algún modo, y puedes creerme cuando te digo que a veces siento que poco a poco voy apagándome. Mi rutina ha cambiado tanto que siquiera sé quién soy en la mayoría de las ocasiones.

—A mi modo de ver, sigues siendo la Jania que conocí cuando entraste a la universidad. Lo que pasa es que tenías otros sueños, pero no creo que por ello hayas perdido la esencia que te caracteriza. —Caroline acarició la espalda de su amiga.

Esta no tuvo más remedio que sonreír mientras asentía. Había entendido lo

que su amiga quiso decirle, de una forma que no había sido consciente antes. Y se había dado cuenta, también, del apoyo incondicional que había tenido por parte de ella durante los tres últimos años. ¡Y que rápido pasaba el tiempo! Después de tantos altibajos, era inevitable no estar agradecida por todos esos momentos regalados, además de la preocupación demostrada durante la recuperación después de su accidente.

—¿Estás preparada para afrontar otro día universitario? —La sonrisa esbozada por parte de Caroline no dejaba lugar a dudas.

Era feliz, feliz por estar junto a su amiga porque, después de todo, aquellas semanas en que el destino decidió no portarse tan bien, quizá, habían merecido la pena para darse cuenta de la verdadera necesidad que tenían la una por la otra.

—Creo que preparada no es la palabra. Estoy más que lista, deseando comenzar la jornada y, después, largarme a mi casa con el mal humor cargado durante todo el día. —Jania se encogió de hombros y se echó a reír, algo que sin duda no pudo evitar—. Sí, estoy preparada mientras tú lo estés para soportar las consecuencias de ser mi amiga.

—Creo que las llevo sufriendo varios años. No me preocuparé; después de todo, llegará el momento en que te olvides de mí.

La queja por parte de Caroline, tras recibir un golpe de su amiga, fue tan sonora que varias personas giraron sobre sus pasos solo por el placer de escuchar la melodiosa risa de dos personas que, al parecer, se comprendían mucho más de lo que habían dejado entrever en el pasado. Jania tomó asiento en su lugar habitual, siendo consciente, una vez más, de la evolución dada durante el último par de semanas. Al menos, ya no eran miradas de compasión con las que se cruzaba en el momento en que sus pasos la llevaban a la sala de estudio. Por un segundo, recordó el mensaje de aquella pancarta que la había recibido a su vuelta.

«Donde se cumplen los sueños es en nuestro corazón», se repitió a sí misma entre pensamientos, hasta en tres ocasiones. Sus dedos acariciaban el cuaderno, repleto de apuntes. Tuvo la impresión de que hacía toda una vida desde que hubo disfrutado de ese pequeño detalle, de llevar su visión hacia la pizarra y dejar que sus dedos trabajaran sobre el papel. Y aun así sus pensamientos quisieron viajar, una vez más, hacia la mirada de aquellos ojos azules, una escuela de baile y aquel maravilloso teatro donde una vez soñó, como nunca lo había hecho, poder realizar el mejor de sus bailes. El corazón

de Jania marcaba un ritmo tranquilo. Y entonces se preguntó, se preguntó con toda la firmeza de su corazón: ¿desde cuándo André se había convertido en su prioridad? ¿En qué momento fue él el motivo de su respirar y de cada uno de sus pensamientos?

Escribió su nombre sobre el papel mientras se preguntaba qué estaría haciendo en ese instante. ¿Dónde se encontraría su corazón? Quizá, acompañando el latir del suyo; al menos, era la única respuesta capaz de darse a sí misma. Lanzó un pequeño suspiro al lamentarse por aquella situación que había provocado a través de su odio y rencor. André, André, André era lo único capaz de ver ante sus ojos, de escribir con palabras, de sentir en cada espacio de su alma. Esos espacios vacíos que él mismo se había encargado de llenar, poco a poco, cuando tomó su mano, cuando la abrazó, cuando le hizo el amor. Y otra vez volvió a encontrarse en su interior, en una noche de teatro donde lo prohibido se volvió perdición. Dibujó en su mente esa sonrisa, apagada en la mayoría de ocasiones, la mirada azulada, perdida y triste. El brillo de su cabello negro y esa curiosa barba que estaba lejana a la de un adulto normal. Su altura era poco habitual en el mundo de la danza. Pequeñas imperfecciones que llenaron huecos de oscuridad, ahora iluminados en su alma, y Jania era tan consciente de ello que incluso un terror desconocido la invadió por dentro con solo imaginarlo.

—¿Estás bien, Jania? —Caroline acarició el brazo de su amiga.

Observó la tez blanquecina de ella y se centró, poco después, en la mirada perdida, en esos ojos azules que destilaban melancolía, tristeza y dolor. Caroline tuvo que dejar dos toques más en el brazo de su amiga para que esta fuera consciente de que era la que reclamaba atención.

—Tranquila, no me pasa nada —aclaró Jania después de escuchar, por segunda vez, la pregunta de Caroline.

Se aseguró de sonreír como simple gesto para no preocuparla, aun a pesar de que su interior parecía estar rompiéndose en pedazos por la forma en la que había tratado al bailarín. Y justo en aquel momento, cuando sin duda él había pedido en silencio por su ayuda y apoyo. Cuando ni siquiera el baile era ya capaz de poner cura a todas las penas que inundaban un corazón, que cuanto menos parecía honesto. ¿Merecía la pena tal alejamiento solo porque André había cometido un pequeño error? Intentó buscar las respuestas en su interior. Todas ellas contradictorias, todas ellas la obligaban a medir cuáles eran los motivos por los que sería capaz de decir un «Sí» o de terminar por

convencerse a sí misma de ese «No».

Ese día fue el primero de muchos en que las clases no le aportaron absolutamente nada, debido a su distracción, que le regalaba dudas de necesaria resolución.

Tomó su teléfono móvil para escribir un corto pero claro mensaje. Necesitaba verlo y no esperaría ni un segundo más para encontrarse con aquellos ojos azules a los que tanto deseaba mirar. Las horas se volvieron eternas, las charlas e instrucciones en cada clase se convirtieron en ecos perdidos en la lejanía de una mañana que, cuanto menos, Jania sintió como horrible. Estaba desesperada, sin saber bien qué hacer, tan pérdida que todos los momentos vividos en aquel cercano pasado se asemejaban más a una bendición que a la tortura que le producía sentir ese tipo de dudas. Cambios producidos por un hombre, cuando nunca esperó guardar en su interior ese tipo de sentimientos. Sentimientos que no era capaz de describir, aunque sí los había escuchado en boca de otros. Una sola palabra, una sola explicación para la forma en que su corazón se desbocaba con solo recordar a André, y la forma en que le había fallado. Aquello era amor, un sentimiento que jamás había esperado sentir, mucho menos cuando su mundo se había vuelto un completo caos.

Mientras caminaba, de un lado a otro, por el césped del campus, los nervios la comían por dentro. Ella no hacía más que mirar a su alrededor mientras intentaba calmar sus pensamientos, mas su mente traicionera no estaba dispuesta a darle ni un pequeño respiro. Escuchó su nombre a sus espaldas y sonrió sin apenas ser consciente de que aquel hombre no era el que esperaba.

—Dominique, ¿qué haces aquí? —Recibió su abrazo con una sonrisa dibujada en el rostro.

Él siempre la hacía sentir bien.

—He pensado que podríamos hablar. Tengo la mañana libre en el trabajo y, con eso de que andas tan ocupada, era buena idea que yo viniera a buscarte. — La expresión de Dominique se tornó seria, más de lo habitual en un hombre que solía ser conocido por su eterna sonrisa—. ¿Quieres que vayamos a tomar un café?

—En realidad, no. Estoy esperando a alguien y las clases no tardarán mucho en empezar —admitió ella, mas no creyó necesario desvelar quién era el motivo de su desesperación—. ¿De qué quieres hablar?

—De lo que pasó el otro día o estuvo a punto de pasar. Creo que, como

personas adultas, no lo hemos afrontado mal del todo, pero sinceramente tengo la sensación de que es necesario aclarar un par de cosas. —Dominique tomó las manos de Jania para dejar pequeñas caricias en la piel blanquecina de estas.

Fue en ese momento cuando, por primera vez, Jania deseó que la soltara. Cuando rememoró aquella noche donde los nervios casi la traicionaron. Donde podría haber traicionado al amor que sentía por otro hombre.

—Dom...

—Déjame hablar —prosiguió él. La miró con firmeza, esta vez sonriendo—. Eres una mujer maravillosa, alguien a quien aprecio por encima de muchas cosas. Durante este tiempo, me he dado cuenta de lo valiente, sincera y buena persona que eres. Quizá, y puedo jurar que es así, eres todo lo que siempre he estado buscando en una mujer.

El miedo comenzó a consumir el interior de Jania. Aquellas palabras eran más que una confesión a corazón abierto. ¿Cómo iba ella a romper la esperanza de un hombre tan maravilloso como Dominique? Vio su propio reflejo perdido en los ojos de él, deseando salir corriendo, dejándolo en la lejanía de la distancia, para encerrarse de nuevo en su propio universo, un universo donde no tuviera que hacer más daño, donde solo fuera ella y sus sueños perdidos. Quiso hablar, aun con ese miedo que tanto la aterraba en su interior, y supo que tal vez lo dañaría, pero era necesario, tan necesario que siquiera esperó a que el destino se pusiera a su favor, justo en el momento en que escuchó, pronunciada a través de los labios de él, una simple palabra. Un «pero» que cambió todos los esquemas.

—¿Pero? —preguntó Jania extrañada.

—Pero nada. Quiero ser tu amigo, ser alguien que esté para ti el resto de tu vida. Ser tu apoyo y también esa comprensión que necesites cada vez que te sientas perdida. Reconozco que hacer el amor contigo hubiera sido maravilloso, una bendición, una forma de sentirme vivo de nuevo, como nunca lo había hecho en mucho tiempo. —Él se acercó hacia ella para dejar un delicado beso en su frente—. Y aun así, cuando desperté al día siguiente, me di cuenta de que no podría amarte, porque tal vez, algún día, ese amor pueda llegar a desaparecer. Y temo perderte, Jania, temo perder a la mejor persona con la que me he podido cruzar. Sé bien que, de algún modo, parecemos almas gemelas, pero somos esos amigos que están hechos el uno para el otro. Y espero, con toda la fuerza de mi corazón, que tú también lo creas así.

Fue inevitable que ella se echara a reír, que se lanzara a los brazos de aquel hombre que tantas alegrías y momentos le había regalado desde el momento en que se habían conocido. Si Jania logró superar todo aquello fue, en su mayoría, gracias a la ayuda de Dominique, a la comprensión que él le había regalado, al apoyo que le había entregado, día tras día, haciéndole ver que seguía siendo esa mujer que había luchado por sus sueños, quizá ahora mucho mejor y cargada de más ilusión. Una ilusión por comenzar nuevos proyectos que, aún alejados de la realidad, ella deseaba encontrar.

—Tenía tanto miedo —aclaró ella alzando su rostro para encontrarse con los ojos de Dominique—. Miedo a que no sintiéramos lo mismo, incluso a que nos alejáramos para no volvernos a ver.

—Para nada. —Él negó como respuesta—. Nunca podría separarme de alguien como tú, lo supe desde el día que nos conocimos. En realidad, soy un hombre bastante complicado en eso del amor.

—No sé por qué, pero me acabas de recordar a mi amiga Caroline. Si miras un poco más allá, está sentada en aquellos bancos, espiándome o algo así. —Jania se encogió de hombros en el momento en que vio cómo él alzaba una ceja—. Es en serio, es de esas personas que no puede soportar el no cotillear cada evento que ha pasado en mi vida; de hecho, creo que ahora mismo estará pensando que somos pareja o algo así. Deberías de animarte e ir a conocerla, pero no seas muy cruel. Yo voy a hacer una llamada telefónica, y nos vemos mañana en rehabilitación, ¿vale?

—Perfecto. —Él dejó un beso en la frente de su amiga y se despidió con una sonrisa.

Ella observó, por un momento, cómo se alejaba hacia la zona interna del campus, justo donde quedaba el edificio de entrada a la universidad.

El gesto de Jania cambió de repente, como si ese terror tan conocido por su corazón volviera a invadir cada parte de su foro interno. Habían pasado ya más de diez minutos de la hora acordada con André y, después de conocerlo, sabía que no solía retrasarse en ninguno de sus encuentros, mucho menos cuando se trataba de ella. Escuchó, a través del teléfono, el tono de espera hasta que finalmente saltó el buzón de voz. Suspiró, decidida a dejar un mensaje.

—Es extraño que no hayas venido cuando has dicho que sí tenías tiempo. No estoy enfadada, aunque así lo percibas en mi tono de voz. Me preocupas, André, espero que estés bien y puedas llamarme cuanto antes. Te espero.

Mientras caminaba a toda prisa a través de las calles cercanas al Teatro Nacional, André se lamentaba, una y otra vez, por esa pérdida de tiempo en un día que iba a ser de suma importancia para los ensayos finales de la obra. Nunca, al menos desde que creyó recordar, había experimentado una rabia cercana a la que ahora sentía su corazón, después de escuchar el mensaje de Jania, justo después de desaparecer tras las puertas de aquel campus.

Tal y como le había prometido a ella, acudió a la cita, guardando una mínima esperanza por olvidar todos los malos momentos que habían vivido en los últimos días. Lo que el bailarín nunca imaginó fue encontrarse con aquella visión, mucho menos con las palabras pronunciadas por aquel hombre, cuando se encontró a apenas un par de metros de la pareja, sin que esta fuera consciente, siquiera, de su presencia. Traición, ella había llamado traición a las palabras que él mismo había ocultado por miedo al daño que podía llegar a provocar. Y, sin embargo, ver a Jania sonriente, al lado de Dominique, le hizo entender que, en realidad, debía de importarle poco aquel encuentro entre ambos. Mucho menos cuando la unión entre ella y el médico parecía ser mucho más seria de lo que él mismo había pensado en su momento días atrás. Fue en ese pequeño instante cuando André se dio cuenta de algo; tal vez su temor era cierto, tal vez esas veces que había visto a Jania junto aquel hombre, sonriéndole, no era más que una demostración de cada uno de sus pensamientos.

—Has sido tan estúpido...

—¿Estúpido por qué? —Dave alzó un poco su voz; era este el siguiente intento por que su amigo lo escuchara—. Tío, hoy estas muy raro, y este día es sumamente importante, así que deberías centrarte en el ensayo.

Dave palmeó el hombro de su amigo. André simplemente suspiró ante el golpe, mientras intentaba tomar el control de sus nervios, después de haber llegado al teatro varios minutos tarde. Sus manos temblaban, no solo por el día, sino por el remolino de sentimientos que se entremezclaban uno con otro en su interior. Respiró hondo mientras se concentraba en los logros que lo habían llevado al lugar donde ahora se encontraba. Fue tanto el esfuerzo durante años que la recompensa debía saberle como si nunca hubiera sentido

la satisfacción de cumplir un sueño. Aunque ¿qué era un sueño cumplido cuando no podía tener a las personas que más quería a su lado? Sus pensamientos viajaron desde su padre al pequeño Bastian. Él siempre se había encargado de darle las fuerzas necesarias para continuar, para luchar por un sueño que para André, en muchas ocasiones, se tornaba casi imposible. Como si quisiera tocar con sus propias manos la bendición de estar en el cielo, entre las nubes, danzando con estas, regalando vida a aquellos que disfrutaban de sus pasos en la tierra.

Se sentía vivo cada vez que bailaba y, sin embargo, poco a poco parecía convertirse en más que una tortura para él. En el recuerdo de aquellas palabras de ánimo que ahora se perdían, una tras otra, en la lejanía de su memoria.

Y de repente, como si sus emociones jugaran al ajedrez, su respiración, su visión y sus movimientos empezaron a jugar una batalla entre sus pensamientos y sus sentimientos mientras se encaminaba hacia el escenario del Teatro Nacional. Allí lo esperaban el resto de sus compañeros para dar paso al primer gran ensayo, mientras el director de la obra tomaba asiento en primera línea solo para darse el placer de disfrutar de aquella maravillosa danza. Comenzó a sonar la composición número dos del primer acto. Después de la cantidad de veces que se había interpretado la obra, en diferentes teatros del mundo, la danza contemporánea de la escuela Centre James Carles ofrecía una versión más moderna de la exquisita composición. André suspiró mientras sus pies y sus brazos se mantenían en primera posición, a la espera de marcar cada uno de los pasos grabados en su mente.

Miró hacia las puertas y, una vez más, hacia las butacas vacías, antes de dirigir una mirada a sus compañeros y sonreír. Incluso dejó escapar un pequeño lamento para sí mismo por aquellos malos pensamientos que habían recorrido su mente minutos antes de que la música sonara. Estaba seguro: quería luchar por eso, recorrer el mundo demostrando que podía llegar a cumplir un sueño, descubrir toda tu alma y cada uno de los sentimientos que se escondían en su interior con solo salir a un escenario y bailar. Bailar así como tanto amaba hacer. Bailar para él mismo y para su familia, para los que todavía le quedaban, además de para los que ya había perdido, pero aun así se encontraban justo delante de él, entre aquellas butacas vacías, dejando su presencia y esas sonrisas cómplices que André tanto había apreciado durante años. Incluso dejó que el sonido de los aplausos creara un eco que viajó por cada rincón de su ser y embriagó cada uno de sus sentidos, entregando esa luz

que creía perdida desde hacía mucho. Una luz recuperada, en todo momento, con la danza.

—Lo has hecho muy bien, André. —Anton se acercó a su alumno para regalar un abrazo.

—Deberías esperar a que esté duchado para eso, profesor. —El bailarín se echó a reír mientras negaba con la cabeza, se encogió de hombros y sin más echó un vistazo hacia el frente para señalar hacia los presentes con un simple gesto—. ¿Les ha parecido bueno el acto?

—Les ha parecido increíble. —El mayor se acercó hacia un oído de André para dejar las siguientes palabras a modo de susurro—: Por aquí dicen que, si las críticas son buenas, tal vez viajemos por toda Francia y por algunos países de Europa. Así que, espero que estés preparado para lo que quizás se nos venga encima, y no tengo dudas de que la escuela va a conseguir su objetivo. Además, la unión que ha hecho con los demás grupos de danza de toda Toulouse ha sido magnífica. Estoy seguro de que será todo un éxito, y no sabes lo orgulloso que estoy de ti.

—¿Tú crees? —André lanzó un suspiro—. Estos días siento que todo se está viniendo encima. Trato de concentrarme, pero no estoy seguro de si lo estoy dando todo así como debo.

—Otros, en tu situación, tal vez se habrían rendido y, sin embargo, aquí sigues, al pie de la línea, dando lo mejor de ti. Y no siento que hayas perdido la ilusión o que tu corazón no sienta la danza como antes. Simplemente tu situación ha cambiado un poco durante este corto lapso de tiempo. —El profesor apoyó las manos en los hombros del bailarín, antes de observarlo con una enorme sonrisa—. Ellos estarán orgullosos de ti, de todo lo que has conseguido y del esfuerzo constante que dedicas a este maravilloso mundo. Sé que no solo luchas por ti, también luchas por tu orgullo, así que no dudes, en ningún momento, de que puedes conseguir todo lo que te propongas. Sé que lo has escuchado un millón de veces, pero créetelo, André: tú creas magia.

«Tú creas magia», una magia que, en ciertas ocasiones, André creía perdida. Mas el día de hoy quedó demostrado, para todo el mundo y para él mismo, que ese era su mundo, que deseaba con todas sus fuerzas seguir creando esa magnífica magia. Tomó una ducha rápida antes de despedirse de Dave y abandonar el teatro, con el pensamiento de ir camino hacia el hospital. Todo hubiera estado bien si, a la visión del azul de su mirar, no hubiera llegado el reflejo de Jania.

—¿Qué haces aquí? —preguntó él sin dejar de caminar, dirigiéndose hacia su coche.

—No me has devuelto la llamada.

—Sinceramente no lo creo necesario. La verdad que no sé ni para que te molestas en venir aquí. Vete a tu casa; se hará tarde y yo tengo mucho que hacer —añadió él sin siquiera detener sus pasos, sin dirigir ni una leve mirada hacia la mujer.

Jania observó cómo el bailarín se alejaba. Durante algunos segundos se quedó paralizada, con los pies estáticos en el suelo, sin siquiera permitirse dar un par de pasos. Sin embargo, no tenía pensado perder la oportunidad de hablar con el hombre que había golpeado cada rincón de su mente sin cesar. Por no hablar de su alma ni de su corazón. Después de tantos días, aquella fue la primera vez que, sin pensarlo dos veces, comenzó a caminar más rápido hasta marcar un pequeño trote con sus piernas. Cogió con fuerza uno de los brazos de André para detenerlo.

—¡Te he dicho que me dejes! —El bailarín no fue consciente de la fuerza con que apartó su cuerpo.

Vio cómo Jania caía al suelo mientras clavaba el azul de su mirada en el gesto preocupado de la mujer, que ni siquiera era por el dolor físico que la atravesó cuando su cuerpo aterrizó en la acera.

—Perdona, no quería provocar algo así. —André cedió sus manos para que ella se levantara—. Deberías de irte a casa. No tengo ganas de hablar, por favor.

—¿Por qué? Maldita sea, yo creía que íbamos a vernos y que podríamos aclarar lo sucedido. Mira, André: siento mucho lo que pasó aquel día, ni siquiera debí de molestarme, es solo que todo me pilló de sorpresa.

—¿Tanto como para marcharte con Dominique y acabar en su cama? —No solo fue aquella pregunta, sino el tono de reproche que acompañó aquellas palabras. André se encogió de hombros, limitándose a dibujar una sonrisa forzada antes de mirar a la mujer, paralizada por completo, sin apenas fuerzas como para pronunciar una sola palabra—. Sí, llegué a la universidad con toda la ilusión de verte y, cuando estuve apenas a unos metros de vosotros dos, ambos estabais la mar de felices por aquello que supuestamente pasó. Creo que es mejor que vayas con Dominique; después de todo, no creo ser suficiente para ti. ¿Tanto dolor te he provocado? ¿Tan mal lo hice por querer conocer a la mujer que sufrió aquel accidente junto al que ahora ya no tendrá

la oportunidad de seguir viviendo? Lo siento si te hice daño, Jania, pero no creo haber sido tan hijo de puta.

—André, espera.

—He dicho que no, vete. —El bailarín volvió a zafarse del agarre de Jania, la miró a los ojos y sin más dejó que todo el desprecio que se encontraba en su interior llegara al de la mujer—. Ni siquiera merece la pena escucharte cuando, en teoría, he sido la peor persona del mundo, según tú.

—Yo jamás dije eso —protestó ella—. Tienes que escucharme, hay algo que quiero decirte.

—No hay nada más que decir. Me voy, Jania. —André llevó una de sus manos hacia su cabello para dejar sus dedos enredado en este—. Tengo mucho que hacer, y mi familia está preparando la marcha de Bastian. Así que no me molestes.

—Pero, André, no fue lo que piensas. —Ella observó cómo se alejaba, ni siquiera reparó en el dolor creciente en su pierna derecha—. Tengo algo que decirte. Te quiero...

Capítulo 14

Nunca antes el camino a casa había estado tan marcado por la soledad que en ese instante pareció apoderarse del alma de Jania. El cielo comenzaba a oscurecer; las nubes se arremolinaban, una junto a la otra, y dejaban todo bajo un manto ennegrecido, semejante a la oscuridad que es capaz de ahogar el propio corazón. Las palabras de André seguían repitiéndose, una y otra vez, en su cabeza, en forma de tortura constante, debilitante. Mas había sido la mirada de él la que había provocado ese dolor, que golpeaba su pecho y destrozaba su interior en pequeños añicos. Y en el fondo sabía que, sin duda, lo merecía, desde el instante en que se había plantado ante la presencia del bailarín.

¿Qué podía esperar?, ¿rendición?, ¿perdón?

Nada de eso tenía cabida después de la forma en la que se había comportado con él. Las gotas comenzaron a caer con delicadeza; dejó que sus ojos se fijaran en la neblina creada por las nubes. Se permitió, incluso, que la lluvia le entregara esa paz que tanto necesitaba, aunque ese «logro» estuviera lejano a ser conseguido.

El silencio la inundó cuando entró a casa, después de recordar que sus padres no estarían en esta durante la noche, y necesitaba tanto hablar que no dudó en tomar su teléfono para llamar a Caroline y casi exigirle que se presentara allí para compartir una cena con ella. Se dirigió hacia la cocina, después de colgar el teléfono, y comenzó a preparar algo sencillo para comer y así intentar hacer la espera algo más corta. Se maldijo, una y otra vez, por permitirse jugar con los sentimientos de un hombre que, cuanto menos, había sufrido tanto como ella. Además, se sintió invadida por cada una de las imágenes que se cruzaban en su cabeza, de todas aquellas vivencias con Dominique, su aprendizaje, su amistad y aquella noche única. Sonrió, pues de

algún modo seguía sin sentir arrepentimiento alguno por haberse visto protegida aquella noche. No solo por aquel «regalo», que la hizo sentir especial, sino por lograr que viera, en más de una ocasión, que era cierto: ella también merecía una segunda oportunidad.

El sonido del timbre la distrajo de sus pensamientos y, con ello, correteó todo lo que pudo hasta la entrada para abrir a su amiga.

—*Más te vale que tengas algo rico de cenar por hacer que venga corriendo* —protestó Caroline al otro lado del telefonillo.

—Anda, sube.

Entre risas, Jania dejó la puerta abierta y volvió a la cocina para seguir con aquel plato sencillo mientras prendía el equipo de música. Se lamentó, por un segundo, al escuchar la canción que llegó hasta sus oídos; de algún modo, cada una de las melodías le recordaban a un estado o momento de su vida en las últimas semanas, aunque a esas alturas ya no estaba dispuesta a dejar que los recuerdos volvieran para convertirse en pesadillas. Tarareó en voz baja «Overjoyed», de Matchbox Twenty, mientras se encargaba de cortar el tomate para hacer una salsa sencilla. Caroline era una loca de la pasta y esa noche, de alguna forma, debía agradecer que su amiga estuviera en casa para hacerle compañía.

—Ya había olvidado este lugar. Maldita sea, ¿por qué te tardaste tanto en llamarme e invitarme a cenar? —Caroline dio un buen portazo para hacer notar su presencia en la casa, mientras acompañaba sus pasos con aquellas palabras.

Se acercó a la cocina, pues supuso que Jania se encontraría ahí y, sin pérdida alguna de tiempo, se acercó para darle un abrazo y dejar un beso en su mejilla.

—Al menos no me habrás invitado para hacer algún trabajo universitario, ¿verdad?

—Vamos, Caroline, sabes bien que no es la primera vez que vienes, y te he invitado por motivos más coloquiales. Es solo que ya sabes...

—No voy a reprocharte nada después de lo ocurrido tras el accidente, Jania. —Dedicándole un guiño, Caroline tomó la cuchara de madera y probó un poco de salsa para llevarla a su boca mientras comenzaba a girar con alegría—. Sabes que te aprecio mucho, pero siempre he entendido tu misterio y, más allá de eso, los motivos que te han llevado a actuar como lo haces.

—Es bueno saber que, al menos, no me reproches mi actitud. Son tantos los que me han juzgado que no tengo deseo alguno de que una buena amiga lo

haga. —Jania se encogió de hombros y volvió a concentrarse en la salsa añadiéndole los aromas—. ¿Cómo ha ido el resto del día?

—¿Lo preguntas por el chico misterioso? ¿Sabes que no me ha dicho su nombre? Y a todo esto... —Caroline dejó un pequeño golpe en el brazo de su amiga—. ¿Por qué demonios me mandas a alguien para que hable conmigo? ¿Estás loca?

—Dominique es buena persona, y tampoco es que sea misterioso.

—¿Era Dominique! Maldita sea, ¿por qué no me habré dado cuenta?

—Es raro que no te haya dicho su nombre, él siempre suele bromear con eso. —Las palabras se perdieron en un ligero eco mientras Jania caminaba por el resto de ingredientes de la cena, justo antes de volver, mientras esbozaba una pequeña sonrisa—. Aunque, bueno, después de haberlo lanzado a tus brazos...

Ella se echó a reír cuando observó el gesto de «odio» que le había procesado su amiga.

—Te la estás jugando, Jania. No puedes hacerme esperar ahí tirada como una colilla y, mientras estoy sentada y tú esperas a tu amor, mandarme a un completo desconocido para que me haga sonrojar.

—¿Te hizo sonrojar? Vaya, para que luego diga que no tiene poder de atracción hacia las mujeres. —Jania negó ante su propio comentario—. Y sobre lo primero, André no es mi amor. Al menos, ya no creo que lo vaya a ser.

Jania se encogió de hombros, y aquel gesto sirvió para que su amiga se diera cuenta, al segundo, de que algo no había ido bien entre ambos. Detuvo sus pasos cogiéndola de una muñeca cuando se dispuso a salir de la cocina para preparar los platos sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? Sé bien que no estabas saliendo con él, al menos es lo que siempre me has dicho, pero te conozco y tengo muy claro que te gusta.

—Bueno, todo iría perfecto si solo me gustara, pero creo que he sido tan estúpida como para no darme cuenta antes de lo que sentía y, por si fuera poco, terminé por estropear todo eso con mi maldita arrogancia. —Ella se encogió de hombros mientras clavaba el azul de sus ojos en la mirada de Caroline—. Creo que no hay nada que pueda arreglar.

—Más te vale contarme con detalle todo lo que ha pasado, y luego veremos qué podemos hacer contigo, señorita.

Solo fue cuestión de minutos el terminar de preparar toda la cena. Jania se tomó unos segundos de silencio antes de empezar a relatar el modo en que

había conocido a André; cada detalle era lo más parecido a un recuerdo doloroso y tortuoso que le desgarraba el corazón poco a poco. Sin aún poder creerse aquello que ella misma había considerado traición, Jania continuó hablando entre gestos de seriedad y pequeñas sonrisas esbozadas por el recuerdo de los momentos vividos al lado de él. Percibió el gesto de confusión de Caroline cuando le habló de aquella noche, pocos días atrás, que había disfrutado al lado de Dominique, mas en ningún momento observó que ella le reprochara nada. Era algo que siempre le había gustado de su amiga, además de su sinceridad.

A ratos, Caroline disfrutaba; en otros, intentaba dar pequeñas respuestas mientras grababa en su mente cada una de las palabras que Jania pronunciaba con cuidado y sin perder, en ningún momento, ese característico gesto de alegría. Siguió escuchando a su amiga, segundo tras segundo, minuto tras minuto, mientras se dedicaba a compartir pequeñas caricias en la mano de ella, entretanto la observaba con sumo cuidado y se deleitaba a la vez con el plato de pasta y con la música de fondo que las acompañaba.

—Muy bien, creo que aquí hay varios puntos que abordar —comentó finalmente después de que Jania terminara con su «discurso».

—Me siento muy idiota, Caroline, como nunca, y creo que la he cagado como ninguna persona habrá hecho de aquí a cien años desde esta época.

La nombrada alzó una ceja antes de echarse a reír sin poder evitarlo. Le gustaba retar a su amiga, pero en ese punto Jania sonaba tan exagerada que incluso ella misma no pudo evitar unirse a su risa contagiosa.

—Lo primero, no creo que seas idiota. Y a mi modo de ver, André y tú no erais o sois más que amigos cercanos que han sentido una conexión más que especial. En cierto modo, te envidio, Jania, pues lo poco que he podido ver de parte de Dominique llama bastante la atención.

—Vete a la mierda, Caroline. Si vas a darme ese tipo de consejos, mejor no te te cuento nada. —Fue Jania la que se echó a reír ante el gesto de su amiga.

—Sabes que tengo razón. Creo que André está molesto por otra cosa. Quizá le hubiera gustado un poco de apoyo por tu parte y que, por decirlo de alguna manera, no hubieras corrido a los brazos de otro hombre. —Caroline se encogió de hombros ante tal expresión que, para su propia sinceridad, no era de usar al gusto—. Después de todo lo que me has contado, está claro que su momento no es muy grato para llevarse una desilusión que, en cualquier caso, no debió tener. Pues te creo y lo sé muy bien porque te conozco. Tú le dejaste

bien claro qué era lo que teníais, aunque es cierto que a mí también me habría enfadado y mucho que no me hablara de que en realidad te conocía. No sé, tal vez, en un principio, el intentó acercarse a ti para conocer a la otra parte implicada. Pero...

—¿Pero? —preguntó Jania después de percibir el silencio, durante unos cuantos segundos, por parte de su amiga.

—Creo que él también te quiere, te lo ha dicho. Y a alguien que ha sufrido como lo está haciendo André... no lo veo capaz de jugar con los sentimientos de una persona. Puede que haya cometido un error, pero también sé que, si lo habláis, podréis arreglarlo —finalizó ella antes probar otro bocado.

Se encogió de hombros, miró a Jania y finalmente le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Está bien, creo que tengo que ir a hablar con él, y no me importa demasiado si no me quiere escuchar. Dejaré que me arrastre por el suelo, una y otra vez, si es necesario.

—Espero que no. Lo único que te falta es que no puedas andar bien con tu pierna buena. Sin ofender —comentó Caroline antes de echarse a reír.

—Si no fuera porque te adoro, ahora mismo te llamaría idiota, con todas las letras. —Jania alzó una ceja antes de seguir a su amiga en aquella carcajada—. Solo espero que todo vaya bien, dentro de lo que cabe. Ni siquiera sé cómo puedo tener el valor de querer plantarme ante su presencia.

—Quizá, y te lo digo desde un punto de vista externo, le hagas bien estando a su lado. No creo que quiera estar a solas en este momento.

Jania observó a su amiga y comprendió, en ese mismo instante, que no solo le estaba dando un consejo, sino mandándole una señal. En el fondo, sabía bien que podía llegar a tener razón; después de todo, ella misma conocía lo suficiente al bailarín como para saber cómo debía de sentirse. Aquellos demonios internos de André podían verse reflejados en una mirada, en una sonrisa, en un pequeño movimiento, incluso llevados a través de sus palabras cuando mantenía una pequeña charla con el francés. Así era como lo había visto ella desde el mismo instante en que se habían conocido: como a un hombre cargado de demonios internos que intentaba, ante todo, sobrevivir en un mundo que quizás no le había regalado las vivencias esperadas.

¿Cuántas serían las similitudes que a ambos los unían?

No solo era la danza; eran esos miedos, esa constancia, incluso las sonrisas y las lágrimas, por más de que la sensación de pérdida no fuera la misma. Era

cierto: André había perdido mucho más que ella, y ahora Jania se consideraba la persona más egoísta del mundo por haber permitido lanzar quejas al aire cuando un sueño podía ser cambiado por otro. Por más de que significara toda su vida... Pero ¿qué era una vida cumpliendo sueños si no tenías a tu lado a aquellos que amabas?

Mientras se miraba al espejo, minutos después de que la soledad la invadiera, Jania se dio cuenta de algo: no merecía la pena tener un sueño para vivirlo a solas. No después de lo vivido en las últimas semanas, en las que comprendió que era imposible vivir una vida cargada de sueños sin aquellos a los que quería. Su familia, sus amigos y, ahora, André. Ese maravilloso hombre que no merecía tener que recoger, día tras día, los trozos esparcidos de su alma.

—Lo siento tanto... —Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar en la soledad de su dormitorio, mientras dejaba pequeñas caricias en su muslo derecho—. Ojalá puedas llegar a perdonarme.

Por el daño provocado, por todas aquellas palabras dedicadas, aun sin pensar en las consecuencias, cuando en realidad nunca debió pronunciarlas. ¿Quién era ella para juzgar los actos de alguien que, en el fondo, solo intentaba seguir adelante, por más de que sus métodos no fueran los «correctos»? Desvió su mirada hacia la ventana; las cortinas se movían con delicadeza y le dejaban ver, en algunas ocasiones, la oscuridad del cielo y, en otras, simplemente la ocultaban tras el blanquecino de aquella fina tela. Cerró sus ojos mientras recordaba una misma tela que cubría la oscuridad de ese teatro donde todo había empezado y, por algún maldito presagio, parecía querer terminar. Jania tuvo la sensación de haber iniciado, en aquel lugar, un camino al que ahora tenía que ponerle fin, mas por un segundo quiso asegurarse de que tal vez ese final no tuviera el peor de los desenlaces. Después de todo, sí había algo de cierto en ella: nunca se rendía ante una causa perdida y, aunque ahora el nombre de André estuviera con dedos entrelazados a esa palabra, podía que aun quedara una mínima oportunidad de recuperarlo.

Dejó que sus ojos se cerraran acompañando a la noche, a la oscuridad, una vez más. Intentando olvidar, durante algunas horas, en las que el sueño estaría presente, todos aquellos momentos amargos que ella misma había creado.

17 de marzo de 2017

Abrir los ojos, a veces, era un signo de nueva alegría, de vida, de un nuevo día en el que se debía cumplir ese objetivo marcado. En ese día, Jania no tenía otra misión que ir al Hospital Pierre-Paul Riquet para completar su rehabilitación, con la pequeña esperanza de encontrar a André en el lugar. Sabía bien que, aun a pesar de lo que estaba pasando, no dejaría de lado los ensayos en el teatro, pero mucho menos abandonaría a su madre en aquel momento, donde una decisión final estaba por darse. Mientras se arreglaba, se preguntó, una y otra vez, cómo podían ser capaces de soportar esa carga, ese peso en el que tienes que tomar la decisión más difícil de tu vida. Dejar marchar a un ser querido, a sabiendas de que no volverás a ver su sonrisa ni ese brillo en los ojos, y darle ese descanso eterno que tanto merecía.

Desayunó, para despedirse de su madre poco después. Con un silencioso abrazo, sin cruzar ni una sola palabra, pues Jania no tenía el valor de dejar ver lo estúpida que había sido ante sus actos. Unos actos que repasó, una y otra vez, en aquel autobús que la llevó de camino al hospital.

Las puertas se abrieron ante ella, con la misma delicadeza característica en tiempos pasados. Aunque, en ese instante, aquellos pasillos recibían a una mujer totalmente diferente de la que había sido en los primeros días tras el accidente. No quedaba nada de esa Jania desesperada por cerrar sus ojos para no volver a despertar; no quedaba ya el eco de los lamentos que ella misma había pronunciado en voz alta, cuando el dolor provocó que ya no soportaría más ni un segundo de vida. Fueron más de dos meses de aprendizaje, en los que aquellas vivencias le demostraron que no por ello debía mostrar ni un ápice de rendición. Pero lo más lamentable que se cruzaba entre sus pensamientos era que solo bastó con destrozar el corazón de alguien para darse cuenta de aquello.

—Sinceramente, no creo que sea tan malo. —La voz de Dominique sonaba tan tranquila como siempre.

Jania lo observó con una sonrisa. En el fondo, se alegraba mucho de que todo hubiera vuelto a la normalidad con él.

—¿Qué no crees que sea tan malo? Vamos, Dom, tú me viste.

—Y también lo vi a él; su forma de actuar no fue necesaria, ni un poco. Él también cometió errores, Jania, y no solo esa noche. No debió mentirte cuando le preguntaste. —Dominique se encogió de hombros mientras presionaba con más fuerza la musculatura de la pierna de Jania. La observó por unos segundos y le dedicó un guiño—. Mira: si de verdad no quiere perdonarte, es porque, en realidad, al menos a mi parecer, no siente nada de eso que siempre ha querido dejar claro. Sé muy bien que está pasando por un momento malo, al igual que su madre. Es increíble que todavía siga en el hospital, caminando como si nada, trabajando como la gran enfermera que es, pero eso no es justificación para que André provoque eso en ti: odio y rabia por ti misma. Si una persona llega a producirte esa sensación, de verdad no te merece.

—Me pregunto, en realidad, a quién le mereceré la pena. —Dichas esas palabras Dominique ejerció más presión, lo que provocó que un pequeño grito se escapara de entre los labios de ella—. Eres un bruto.

—No soy un bruto, no me hagas cambiar de opinión con respecto a ti. Ya lo habíamos hablando. Somos amigos, y sí: tal vez aquella noche casi pasamos la línea, pero sinceramente jamás olvidaré aquel maravilloso momento, por más de que sepa que tú y yo no vamos a encajar más allá de una amistad. —Él se encogió de hombros sin apartar ni un segundo la mirada de Jania—. Pero también quiero que tengas claro que, si de verdad él te quiere, debe de merecérselo, y tú eres una mujer maravillosa, que tal vez solo haya cometido unos pocos errores.

—Lo sé. —Jania esbozó una sonrisa—. Y la verdad es que yo siempre le dejé las cosas claras a André, se lo dije. Le dije que no podía pretender que yo viera la danza con la misma visión con la que él la disfruta ahora mismo. Por ponerte un ejemplo.

Al igual que dijo que no se sentía preparada para relacionarse con nadie, ni mucho menos para enamorarse. Ciertamente, y lo sabía muy bien, lo estaba. Cada vez que por su mente se cruzaba la imagen de aquellos magníficos azules, sabía bien que estaba enamorada de André hasta lo más profundo de su alma. Así como tenía muy claro que Dominique llevaba razón en cada una de sus palabras. Si André la quería, él debía de perdonarla.

—Gracias por aconsejarme, no sé cómo no te cansas de hacerlo.

—Será porque te quiero y, además, me lanzaste a una piscina vacía en la que encontré a una hermosa y simpática mujer. —Él sonrió. Fue en ese instante que Jania supo a quién se refería—. ¿Es así de pesada siempre? Quiero decir,

porque le di mi teléfono y lo inundó a mensajes solo porque no le había dicho mi nombre. Aunque supongo que ahora ya sabrá quién soy.

—Lo sabe, pero tú debes de saber algo también: ella se vengará. Odia que la dejen con la incógnita y sí: es una mujer muy extremadamente pesada. —Jania se echó a reír—. Pero es mi mejor amiga y ha estado ahí para apoyarme en todo momento. Créeme: es una mujer maravillosa. Es increíble que te llamara la atención, ni siquiera lo hice con esa intención. Para serte sincera, lo único que quise en ese instante era que se distrajera un poco y dejara de espiar mis movimientos.

—¿Espía tus movimientos? —Él alzó una ceja nada más escuchar aquella afirmación—. Sí que tienes amigas raras.

—Y amigos, no te olvides; a partir de ahora, tú entras en esa afirmación —añadió Jania entre risas—. Pero me alegro de que todo fuera bien. Quién sabe, quizás has encontrado a esa mujer que tanta falta te hacía. Y sí es así, no os olvidéis que yo tengo que ser la madrina de boda y de vuestros futuros hijos.

Dominique apretó de nuevo sus dedos contra la piel de Jania justo antes de unirse a sus risas. Después de tantos días, en los que la había observado y sentido completamente perdida, ahora podía decir, con total seguridad, que ella estaba preparada para seguir adelante, marcarse esos objetivos que tantas veces le había dicho y comenzar a construir nuevos sueños que la llenarían de vida.

Sueños de los que hablaron en los siguientes minutos de rehabilitación mientras Jania, con ojos ilusionados, le comentaba que estaba dispuesta a terminar sus estudios y, quizás, a continuar formándose más adelante. Buscando nuevas fronteras, diferentes cosas por hacer y, aunque aún tenía dudas sobre a lo que quería dedicarse definitivamente, se sentía con toda la seguridad de poder decir que ya estaba preparada, que había avanzado y que su supervivencia sí debió haber significado algo.

—Lista. ¿Qué tienes pensado hacer ahora?

—Creo que me quedaré por aquí, quiero ver si él aparece —comentó Jania lanzando un pequeño suspiro—. A ver si tengo suerte.

—Bueno, podemos ir a tomar un café en mi descanso. Estaré en la cafetería dentro de una hora, ¿nos vemos allí? Hay algo de lo que quiero hablarte.

—¿No puedes decírmelo ahora? —preguntó Jania con curiosidad—. Sabes que odio que me dejes en ascuas; en eso, deberías de saber que soy exactamente igual que Caroline, aunque yo no llegue a vengarme después.

—Lo siento, tendrás que quedarte con la incógnita. Ahora ve a darte una ducha a los vestuarios, y luego nos vemos. Tengo mucho trabajo que hacer.

Dominique dejó el característico beso en la frente de ella, mientras acariciaba su mejilla y dejaba un mechón de cabello descolocado detrás de la oreja de Jania.

Aquella despedida por su parte, además de las palabras que ambos habían compartido, fue un gran antídoto para ella. Y era cierto: podía que las circunstancias no fueran las indicadas para que ambos tuvieran que conocerse —al menos era lo que siempre había creído Jania—, más después de aquellos días, de esa amistad compartida y de todos los momentos vividos... También estaba segura de algo: si el destino le había marcado en su día ese camino, sin duda, debió de haber sido por una buena razón, y ahora lo aceptaba sin protesta alguna.

Dejó que el agua trasladara todos esos pensamientos a lo más profundo de su alma. No se tomó prisa alguna, pues aún quedaba mucha mañana y, según el conocimiento que tenía sobre el horario de André, él debía de encontrarse en el punto álgido de su entrenamiento. Recorrió los pasillos en silencio, colocándose a la espalda aquella mochila que la había acompañado desde los últimos días. Sin saber muy bien por qué, quiso pasar desapercibida, ser esa desconocida que tiempo atrás nunca había pisado aquel suelo claro, brillante, lleno de muerte y, también, de nuevas esperanzas. Perdida en sus pensamientos no se percató de la presencia de Emilie, que con semblante serio recogía un par de carpetas de la recepción, justo en el piso donde Jania se encontraba.

—Estaré en la tercera planta haciendo las rondas —dijo ella en voz baja, en lo que se percibió como un ligero susurro.

—¿La habitación de Bastian está lista para todo?

—Sí, todo está listo, Clementine, muchas gracias. —Emilie esbozó una pequeña sonrisa, antes de asentir y perderse de nuevo mientras caminaba a través del pasillo.

Como si necesitara comprobar por ella misma lo que en su día sus ojos habían deseado observar, Jania siguió los pasos de la madre de André. En silencio, colocándose la capucha de su sudadera; no quería ocultarse, simplemente no deseaba crear un problema a la mujer, que claramente portaba semblante desesperado.

Subió las escaleras, como nuevo ejercicio impuesto por ella misma. Tres plantas y notó cómo los nervios comenzaban a crecer en su interior de una

forma más que inexplicable. ¿Qué demonios quería hacer? Tenía clara su posición y hacia dónde la llevaban sus pensamientos. Necesitaba verlo —por una vez, al menos—, acariciar las manos de esa persona que perdía su vida inevitablemente. El joven involucrado en un accidente que había cambiado el destino de muchas personas aquel 10 de enero de ese mismo año. Pero también necesitaba algo. Mientras entrelazaba sus propios dedos con fuerza, tenía que decírselo, pedir perdón, porque ella no merecía vivir a cambio de una vida perdida. Porque el destino debió de haber sido más justo con alguien que tenía toda una vida por delante, para comenzar a construir sueños que quizás aún no se encontraran en su mente. Necesitaba hablar, contárselo, dar ese paso sin arrepentimientos, y ¿por qué no? Dejarle claro que, en parte, gracias a él, ese joven llamado Bastian, ahora ella podía seguir adelante, con la ilusión que había perdido días atrás y que, sin saber cómo, había llegado a recuperar.

No fue necesario preguntar el número de habitación. Mucho menos dirigir palabra con las personas que se cruzaban en todo momento por su camino, pasando a su lado, rozando el cuerpo contra su piel. Entregándole vida y también esos nervios que no parecían querer cesar nunca. Su corazón le dijo, en el instante en que se plantó en aquella puerta, que era él, un joven postrado sobre la cama, con ojos cerrados y respiración tranquila, mientras su tez parecía brillar como la de un ángel reencarnado en la tierra.

—Bastian—susurró—. Eres tú, ¿verdad?

El silencio sepulcral que recibió a Jania la hizo estremecer. Era obvio que no esperaba respuesta, pero por un segundo deseó abrir los ojos y que fuera una sonrisa la que la recibiera en ese instante, incluso un par de palabras. Dio dos pasos inseguros antes de entrar a la habitación, vacía, con el único sonido de la máquina que trabajaba para que el joven pudiera seguir viviendo un poco más. Aunque, en realidad, aquello no fuera vida. Mordió su labio inferior antes de armarse del valor necesario para colocarse al lado de la viva imagen de su hermano mayor. Mismo cabello negro y rizado, misma nariz, y apostaba a que tenía el mismo tono intenso como color de ojos. Tenía toda la presencia de ser un adolescente que se convertiría en un atractivo hombre cuando se hiciera mayor. Algo que, por desgracia, no iba a conseguir.

Jania volvió a dar dos pasos, alargó una de sus manos para rozar la de Bastian y dejar que sus dedos se entrelazaran con los del chico. Y rezó, una y otra vez, por que él apretara los suyos con la fuerza que parecía caracterizarlo.

Mas no lo hizo, y aquello la dejó sin respiración, mientras no podía apartar su mirada de la tranquilidad que se percibía en el gesto del chico.

—Siento no haber venido antes, de verdad que lo siento —comenzó a decir con voz titubeant—. Ojalá todo hubiera sido diferente. Quería venir a verte, pero ni siquiera sabía que existías. Es irónico, ¿verdad? Durante semanas he estado al lado de tu hermano, y no tenía idea de que existieras...

Jania observó a su alrededor, fijó su mirada en el sillón perfectamente colocado al lado de la cama —testigo, con mucha seguridad, de largas noches de insomnio—. Tomó asiento, después de acercarlo todo lo que pudo, y dejó la mochila que cargaba en el suelo, al lado de este.

—¿Sabes que también era bailarina? Es raro, pero ahora ya no digo que lo soy. Me ha costado mucho acostumbrarme a decir que no lo soy, que lo era, que ya no lo seré más. Me pregunto qué te hubiera gustado estudiar a ti. ¿Qué habrías sido de mayo, Bastian? —preguntó con voz susurrante—. No sé por qué me temo que André ha sido todo un ejemplo para ti y que tú has sido el pilar que lo ha mantenido en todo momento en el lugar donde siempre ha merecido estar: en lo más alto. Eras tú quien lo apoyaba en las largas horas de ensayo, ¿verdad?

No dejó en ningún momento de sonreír mientras hablaba a aquel joven que, aunque mantenía sus ojos cerrados, parecía entender a la perfección cada una de las palabras que ella le estaba dedicando. Jania nunca se había considerado una gran contadora de historias, pero tenía tantas cosas que contar que le sorprendió el hecho de ni siquiera pararse a respirar. Le habló de aquellos principios en los que, como joven que era, no creía demasiado en el destino que le iba a deparar el mundo de la danza. Las lesiones y los largos ensayos después de las clases, el sacrificio que eso significó para su familia y aquel maravilloso día en el que, por primera vez, vio su sueño cumplido. El viaje a Toulouse, dejar su amada Polonia atrás y cada una de las lágrimas que había derramado aquel día, mientras el avión la alejaba para siempre de una tierra donde había empezado aquel sueño llamado Danza. Incluso le habló de la primera vez que había abierto los ojos después del accidente, le contó lo cobarde que había sido durante días por desear su propia muerte, cuando de nuevo recibió el don de poder seguir luchando por otros sueños que tal vez nunca en la vida se había llegado a plantear.

Su mano seguía aferrada, en todo momento, a la de Bastian; no pensaba en soltarla pues, de algún modo, así se sintió correspondida en gestos y palabras.

Imaginó una sonrisa pícaro en el rostro de él, el brillo de sus ojos azules mientras la miraba; se imaginó una voz grave que cambiaba, día tras día, para dejar la adolescencia atrás. E incluso se imaginó sus más de diez centímetros de altura con respecto a su hermano mayor, siendo André el gran burlado de la familia.

—Hablo demasiado y creo que vas a aburrirte de mi voz. Pero tal vez te alegres de saber que ahora eres un ejemplo para mí. Quiero dar lo mejor de mí misma, no solo por ti, sino por tu hermano y por tu familia. Esa familia que tanto respeto merece por cómo ha tenido que esforzarse, día a día, por luchar y seguir adelante —añadió ella en lo que sintió un susurro perdido en el fondo de su garganta—. A veces deseo, con todas mis fuerzas, haber sido yo quien se hubiera quedado postrada en esta cama. No mereces ser tan joven y no poder cumplir los sueños que se hayan cruzado por tu mente.

—Tú tampoco lo habrías merecido.

Aquella voz hizo que Jania se levantara de golpe del lugar donde permanecía sentada. Apartó su mano de Bastian y miró fijamente a Emilie, que en ese instante guardaba las manos de nuevo en sus bolsillos; ese era el indicativo de algo heredado por André. La sorpresa logró que la joven se alterara hasta el punto de querer salir huyendo del lugar. Se preguntó cuánto tiempo llevaría la madre de los chicos observando, escuchando sus palabras. Mas no reparó en eso, simplemente cogió su mochila y quiso escapar de allí sin dar ningún tipo de explicación. Pero, para cuando estuvo a punto de atravesar la puerta, Emilie no permitió que abandonara la habitación.

—No te vayas. Me gusta escucharte, Jania —aclaró ella esbozando una pequeña sonrisa.

—Pero yo no debería de estar aquí, no tengo ningún derecho a venir y hablar con... él.

—Tienes todo el derecho del mundo —aclaró la enfermera—. Pero no tienes derecho a decir que tú mereces el mismo destino que está sufriendo mi hijo. Nadie, por más odio que haya en la faz de la tierra, merece morir sin ser consciente de cómo su vida se apaga poco a poco y que, con ello, su respiración no sea más que posible a través de una máquina.

Emilie tomó la mano de Jania y caminó hacia los pies de la cama de su hijo.

—Su sueño era ser músico, le encantaba tocar el piano y muchas veces lo hacía para André, mientras él ensayaba. —Miró a Jania sin dejar de sonreír en ningún momento—. Ambos hacían un gran equipo y se unieron mucho más

cuando su padre falleció de cáncer. Fue una desgracia que ni André ni yo esperábamos que se repitiera. Pero, en realidad, no podemos juzgar a nadie, no podemos lamentarnos y pensar que otros lo merecen más que nosotros. Lamentablemente, el destino es algo que no se puede controlar.

Jania se quedó en silencio mirando hacia los ojos azules de la mujer, desviando —por algunos segundos— su visión de la cama donde permanecía Bastian con gesto inmaculado.

—Debes seguir adelante sin lamentarte, sin pensar en qué has dejado atrás o en qué vida se ha perdido a cambio de tu supervivencia, porque en realidad, si así lo deseas, este pequeño hombretón te acompañará allá adonde quieras llevarlo. —Los ojos de Emilie se tornaron cristalinos, las palabras se atascaron en su garganta durante algunos segundos. Suspiró, observó a su hijo y después, de nuevo, a Jania, y llevó una de sus manos hacia la mejilla de la más joven—. Muchos te habrán dicho que pareces una adolescente desvalida cuando, en realidad, eres toda una adulta, ¿verdad?

—Algo así —respondió ella casi sin voz.

—Sé reconocer a alguien valiente y que quiere superarse a sí mismo. Tal vez tú ya no puedas bailar, pero estás aquí porque él también lo deseó con todas sus fuerzas. Solo prométeme algo, Jania.

—Dígame.

—Busca en tu interior qué es lo que sueñas hacer. Quizás no puedas subirte a un escenario, pero hay mucho en ti, mucho que enseñar, mucho que destapar. Da lo mejor de ti en todo momento; él se sentirá orgulloso, así como yo y Maximillian. —Emilie la miró de nuevo, esta vez, esbozando una enorme sonrisa—. Y mi tonto hijo enamorado, también.

—Creo que André me odia; le he fallado.

—Te equivocas: André te quiere como nunca ha querido a nadie. Soy la persona que mejor lo conoce y, después de todo lo que ha pasado, nunca lo vi sonreír tanto como lo hace cuando pronuncia tu nombre. Puede que esté dolido, pero él te quiere; estoy segura de ello. —La enfermera le dedicó un guiño—. No permitas que el tiempo pase y todo se vaya al olvido.

—¿Qué puedo hacer entonces? Soy demasiado idiota como para hacer las cosas bien.

Emilie negó, llevó una de sus manos al pecho de Jania y se acercó para abrazarla con fuerza, antes de separarse y volver a mirarla a los ojos.

—Sabrás qué hacer; estoy segura de ello —añadió la mayor de ambas—.

Están siendo días muy duros para él, entre los ensayos finales y todo lo que está pasando. Ya tenemos todos los papeles firmados y listos para decir adiós a Bastian; será mañana. Pero estoy segura de que podremos seguir adelante; todos somos conocidos por ser seres valientes, desde mi novio hasta tú misma.

«Conseguiremos seguir adelante, y André volverá a sonreír gracias a ti». Las últimas palabras que Emilie había pronunciado se le quedaron grabadas en la mente. Su visión se centraba en la conversación que mantenía con Dominique, en el movimiento de sus labios y en la mirada que él siempre le dedicaba cada vez que hablaban. Pero los pensamientos de Jania estaban en una lejanía tan latente que por un segundo se preguntó dónde demonios se encontraba.

—Y ahora viene esa sorpresa que antes quise comentarte. ¿Preparada? — Fue el toque que su amigo dejó en la mano de ella lo que la obligó a abrir los ojos y asentir.

—Vamos, sácame de dudas, que estoy harta de que me mantengas en la incógnita.

Dominique se echó a reír en ese mismo instante. Levantó un dedo como pidiendo espera, y sin más tomó su cartera para sacar cuatro entradas.

—¿Es lo que creo que es?

—En las mejores butacas —añadió Dominique mientras mostraba las entradas para el día del estreno de *El lago de los cisnes* en el Teatro Nacional—. Pensé, y no me cabe duda de ello, que querrías ir a ver el estreno para ver a André y al resto de tus compañeros. No sé por qué tengo la impresión de que no ibas a tomar el paso de ir, así que me he tomado la libertad de hacer este regalo. Espero que no te moleste.

—¿Molestarme? Me parece un detalle maravilloso. Y tienes toda la razón del mundo: ya había tomado la decisión de quedarme en casa encerrada.

—Entonces, me alegra haberme adelantado. Puedes invitar a quien quieras, salvo que sea Caroline, porque a ella la invitaré yo —añadió Dominique esbozando una enorme sonrisa.

—Esa sí que no me la esperaba. —Jania alzó una ceja y se levantó para llegar hacia la mejilla de su amigo y dejar un beso sonoro en su piel—. Te adoro, y le encantará ir contigo.

—Y a mí que no pierdas la oportunidad de ir a ver algo que, en realidad, te entregará fuerzas para el futuro, para tu vida y para esa esperanza que tú crees perdida.

—Tú siempre tan filósofo, Dominique. Gracias por todo. Y cuando digo por todo, es por todo. —Jania volvió a sonreír, tomó su taza de café y, durante un buen rato, consiguió olvidarse de todos esos pensamientos tristes que la habían invadido en los últimos días.

«Te adoro —dijo para sí misma, entre pensamientos, mientras observaba cómo Dominique bebía de su taza—. Y no tienes idea de cómo agradezco haber despertado aquel día para poder vivir todo lo que ahora estoy disfrutando».

Capítulo 15

Cómo le hubiera gustado que, aquella mañana, sus nervios no significaran otra cosa que la ansiedad que siempre la invadía en el momento que debía de pisar un escenario. Ya fuera para un simple ensayo o para una de esas pruebas que terminaban por determinar el futuro más cercano de un bailarín.

André trabajaba con sus manos mientras abrochaba cada uno de los botones de su camisa blanca, brillante e impoluta, tal y como a él le habría gustado, por más de que este día fuera el último adiós, para siempre, y de que perdiera la poca esperanza que el mayor de los dos hermanos se había encargado de recoger, día tras día, rezando, deseando que el más pequeño abriera los ojos de nuevo. El silencio lo acompañaba en el cuarto de baño de su casa, mientras escuchaba un ligero eco de fondo, acompañado de los pasos de su madre y de Maximilian. Fijó el azul de su mirar en el reflejo del espejo, donde tantas veces los hermanos habían bromeado con juegos dignos de niños pequeños.

Mientras, olvidaba y dejaba atrás ese dolor que a ambos los había unido de por vida y que terminó por hacerlos más fuertes. ¿Qué haría ahora el bailarín sin su hermano pequeño? Sin esa fortaleza que le entregaba a diario. Sin la magnífica sonrisa que esbozaba cada vez que lo veía bailar, sin esa mirada inocente que transmitía mientras sus dedos danzaban sobre las teclas de su piano. ¿Qué haría sin el sonido de esa magnífica música mientras marcaba, una y otra vez, aquellos pasos que, según muchos decían, obraban magia? Incluso sin la voz grave de Bastian cuando cometía un ligero error y él solía verlo como la peor acción del mundo.

Tantas cosas perdidas, tanto dolor en un corazón que seguía adelante aun sin saber cómo. Volvió a alzar su vista, esta vez para encontrarse con la mirada de su madre y con la sonrisa de su nuevo padre, un hombre que les había

entregado mucho más de lo que ambos hermanos pudieron haber deseado. Ahora, un alma partida en dos, un hombre que en su mayoría miraba hacia un lado y solo percibía vacío, vacío y soledad.

—¿Estás listo? —La voz de su madre sonó seria, algo habitual, ya acostumbrada a esconderse detrás de su sonrisa, en ocasiones, casi fingida—. Nos vamos en apenas diez minutos.

—Tranquila, mamá, no tardaré —respondió André.

Observó cómo ambos se marchaban. Maximillian no dedicó palabra alguna pues, en realidad, no lo vio necesario. El bailarín se miró de nuevo en el espejo y notó el brillo opacado de sus ojos. ¿Dónde quedó esa mirada ilusionada que lo había caracterizado durante tantos años? Perdida, en algún punto lejano, en uno de esos recuerdos contruidos alrededor de la felicidad que logró disfrutar junto a su hermano, una unión rota e irreparable. No podía sentirlo de otra forma; por más de que intentara mirar hacia delante, por más de que quisiera aferrarse a cada una de las cosas que ambos habían vivido en el pasado, lo necesitaba en su presente, lo necesitaría en su futuro. Y no lo tendría más.

Era el día de su despedida, de su adiós definitivo: iba a ser su día.

Ese 18 de marzo sería recordado para siempre como su día, como el adiós de Bastian, como el fin de todo. Por más de que su sueño estuviera ahí, por más de que la danza lo acompañara, ya no sería lo mismo. Jamás sería lo mismo. Mojó sus labios mientras dejaba caer las gotas por la yema de sus dedos. Las observó cristalinas, silenciosas, amargas, pues no había forma de encontrarle purificación a un alma que se había perdido días atrás. Y ahora ¿qué le quedaba sino lamentarse por todas las equivocaciones y los actos cometidos en forma de error?

Jania fue el último —el último de tantos— y André no tenía siquiera fuerzas para pensar en arreglar algo que ya no tenía solución. Así sería su vida a partir de ahora: como la de un fantasma que camina en silencio, acompañando a los suyos, intentando sobrevivir día tras día, sin conseguir aferrarse a un ápice de felicidad.

Caminó hacia el coche de su madre; Maximillian lo observó esbozando una sonrisa, dedicándole un guiño, haciendo un pequeño gesto con su rostro para que se sintiera tranquilo. Mas no lo consiguió; ese día nadie podría lograr que André se sintiera bien. El bailarín abrió una de las puertas traseras, se sentó y se puso el cinturón de seguridad. Ese coche fue testigo de cantidad de viajes,

mientras él mismo conducía y, en el asiento donde ahora su padrastro se sentaba tranquilamente, Bastian se dedicaba a molestar, segundo tras segundo, hasta convertir los largos minutos de aquellos trayectos en un cúmulo de conversaciones y risas entre ambos hermanos.

—Parece que va a llover. —Maximillian dirigió su mirada hacia el cielo, oscurecido por las nubes, mientras se preparaba para las lágrimas de una amarga despedida.

—Es increíble ver cómo parece haberse cumplido un pequeño deseo. A él le encantaban los días así, decía que una tormenta no podía significar otra cosa que el preludio de una calma duradera a través de los días. Una calma para el corazón —añadió Emilie observando la carretera.

—Lo es.

André no fue capaz de añadir palabra alguna, no cuando sentía esa presión en el pecho que lo haría explotar en cualquier momento. Se sentía ansioso, apenas sin poder respirar; las palabras se le quedaban atascadas, una tras otra, en un nudo en su garganta, mientras el coche estaba cada vez más cerca del hospital. Metro tras metro, el trayecto se hacía corto. Quiso que se convirtiera en un tiempo eterno donde jamás llegaran a su destino, pero este no iba a ser tan condescendiente con él. Al parecer, no tenía pensado dedicarle siquiera un poco de rendición, ni mucho menos algún que otro motivo para seguir creyendo que la vida, en el fondo, merecía la pena. El bailarín apretó sus labios sin cesar, una y otra vez, reprimiendo su voz, aunque en realidad no fuera eso lo que quería ocultar. Se daba valor a sí mismo para ser fuerte y no derramar ni una sola lágrima aunque, al final, parecía completamente imposible. Aun así sonrió mientras observaba con cuidado la mirada de su madre a través del espejo retrovisor. Una madre que había perdido tanto...: un marido y ahora perdía a uno de sus tesoros. Una demostración donde la vida y el destino no parecían ir cogidos de la mano con las buenas personas, aquellas que luchaban por hacer del mundo algo mejor.

—Ya estamos llegando, André. ¿Va todo bien? —Emilie giró su rostro para encontrarse con la mirada y el asentimiento de su hijo—. No te preocupes.

Pero sí lo estaba, y no era solo preocupación lo que se presentaba en el interior de su cuerpo. Era temor, temor a lo desconocido. Ahora, André se sentía como pequeño con las alas rotas y con el alma tan oscurecida como para querer esconderse en cualquier lugar y no salir jamás. Su edad, su madurez se quedaban atrás cuando el nombre de su hermano era pronunciado

por otros. Recordó aquel día cuando, desesperado, no había dejado de mirar atrás, por su llegada, mientras la fila de bailarines disminuía audición tras audición. Había bailado a solas, preguntándose por qué su hermano y madre aún no estaban allí. Y cuando hubo recibido aquella llamada telefónica, sintió cómo su alma se partía en dos, sin oportunidad a ser recuperada tiempo después.

—Todo está listo. —La voz de uno de los doctores recibió a la familia mientras tomaban camino a través de los pasillos del hospital.

André se sentía tan en su mundo que percibió las voces como si se trataran de un lejano susurro.

—¿Tú eres su hermano mayor, verdad? —aclaró de nuevo aquel médico de voz tranquila.

—Soy André D'Alzon, sí. —El bailarín entregó su mano esbozando una pequeña sonrisa—. ¿Podemos despedirnos antes?

—Estáis en el derecho de hacer todo lo que queráis hasta que llegue la hora en la que desconectemos los respiradores de Bastian.

—Muchas gracias, Albert —aclaró Emilie mientras observaba a su compañero con una sonrisa. Entregó su mano con fuerza a la de Maximillian y a la del mayor de sus hijos—. No perdamos más tiempo. Aunque no pueda ser más complicado, debemos de hacerlo ya.

Y André lo sabía, sabía bien que debía dejar marchar a su hermano, y se preguntaba por qué demonios estaba siendo tan estúpido como para hacer que sus pasos se tornaran aún más lentos. Guardó las manos en sus bolsillos mientras el ascensor se dirigía hacia la tercera planta, allí donde el joven tenía la habitación. Cuando las puertas se abrieron, muchos de los compañeros de trabajo de Emilie los estaban esperando. Algunos, esbozando pequeñas sonrisas; otros, con el pequeño gesto característico del momento que estaban a punto de vivir.

Fue el bailarín quien se adelantó a los pasos de todos. Deseó gritar, que todos se marcharan, que lo dejaran a solas con su hermano para siempre, mas sabía que aquello era clamar por algo imposible. Debía de dar todo el apoyo posible a su madre, y ese apoyo estaba marcado por la compañía de aquellos a los que ella apreciaba. Sin embargo, todos comprendieron el dolor del francés y el deseo por ver a Bastian una vez más, antes de que todo terminara. André tomó camino hacia la puerta de la habitación y dio un par de pasos, con la mayor de las inseguridades. Respiró hondo y cerró sus puños con fuerza.

Sintió cómo alguien posaba las manos sobre sus hombros, y fue consciente de la presencia de Maximillian, que —como siempre— demostró ser un gran apoyo.

—Adelante —le dijo con voz susurrante.

—Solo serán unos minutos —aclaró André antes de entrar en la habitación y cerrar la puerta a sus espaldas.

Respiró hondo, mientras intentaba sonreír, aunque tenía muy claro que era algo imposible de conseguir. Por más de que se lo propusiera, por más de que quisiera regalar esa sonrisa que tanto igualaba al pequeño Bastian, a la persona que se había llevado la otra mitad de su alma en el momento en que hubo cerrado los ojos, no podía permitirse ni una leve sonrisa ante su presencia. Se quedó en silencio, apoyando sus manos en aquel colchón, justo a los pies de la cama. Miró a su hermano, al que se notaba tranquilo, apacible; no había signo de dolor en su rostro, incluso parecía feliz. Y fue lo único que André vio capaz de rescatar; después de todo, su hermano ya no sufría y no volvería a sufrir nunca más.

—¿Sabes?: estrenamos dentro de diez días, y todo va más que perfecto. — André apretó sus dedos alrededor del metal, alzó su vista, fijando sus ojos en el rostro de su hermano, y suspiró—. El resto de los bailarines lo hacen muy bien, aunque seguro que dirías que el único capaz de hacer magia soy yo. Pero te equivocarías; creo que ya he perdido ese don y, para ser sincero, no creo que pueda recuperarlo.

Quiso esperar una respuesta, lo deseó con todas sus fuerzas, con toda su alma. Pero su hermano no iba a responderle, y mucho menos escucharía ese pequeño chasquido de lengua que siempre le indicaba su desacuerdo en una conversación.

—Siquiera me veo capaz de salir a ese escenario si no voy a encontrarme con tus ojos, ni con esos aplausos que siempre indican cuán orgulloso estás de mí. —Tras aquellas palabras se quedó paralizado—. Todavía no entiendo qué has hecho tú para merecer esto. ¿Por qué no fui yo? Tú tienes toda la vida por delante, Bastian, y yo... yo ya no soy nada si no estás a mi lado para apoyarme. ¿Quién cogerá mi mano?, ¿quién me sonreirá?, ¿quién me regañará cuando haga todo mal?

Esperó una respuesta. Sus ojos se humedecieron observando a su hermano, deseando que lo mirara, que rozara su mano. Mientras dejaba que la sorpresa lo invadiera, recibió una caricia en el tacto de su mano.

—Yo lo haré. —La voz de Jania llegó en un pequeño susurro.

André se giró y no dudó: la encerró entre sus brazos abrazándose a ella, dejando su rostro escondido en el cuello de Jania. Explotó sin acallar los gemidos que dieron paso a las lágrimas, una tras otra, mientras su alma volvía a resquebrajarse en pequeño pedazos. Jamás un dolor fue tan grande como el que ahora sentía y, aun así, sintió una liberación desconocida al acariciar la espalda de ella, al sentir cómo el aroma de su piel se introducía para entregar la luz perdida semanas atrás.

—Perdóname —declaró—. Perdóname, no quería hacerte daño, Jania, de verdad que no quería. Yo solo quería conocerte, poder sonreír pensando que tú estabas bien y que podías salir adelante.

—No tengo nada que perdonar. Escúchame. —Jania se separó para mirar a los ojos del bailarín—. Te quiero. No me importa cómo nos hayamos conocido ni lo que haya pasado. Fui una egoísta y ni siquiera debí marcharme de allí. Lo que pasó con Dominique... no fue nada.

—Eso me da igual. —André la miró, posó un índice sobre los labios de ella y simplemente sonrió—. Tú misma lo dijiste: no éramos nada, no somos nada. Solo soy capaz de preguntarme qué he hecho para merecer que estés aquí a mi lado, cuando ni siquiera merezco nada. He perdido lo poco que tenía, no me veo capaz de sonreír. Y estoy fallando a Bastian. Eso es lo que más me duele: que le estoy fallando.

—Vamos, André, no lo haces. —Ella elevó una de sus manos para rozar la mejilla del bailarín. Se raspó la yema de los dedos con la barba incipiente y sonrió, sonrió porque en verdad le encantaba sentir esa sensación—. Ayer vine a ver a tu hermano. Tu madre es una gran mujer y me dijo tantas cosas, cosas que yo no creía merecer. Pero ahora entiendo algo. Sé que será duro, pero también tenemos un camino por delante, muchas cosas que cumplir. Tal vez Bastian no esté, aunque me gustaría pensar que siempre estará de nuestro lado. Quizá sea su sacrificio el motivo para que nosotros sigamos soñando, sin mostrar ningún tipo de rendición, sonriendo por él y por todos aquellos que nos aprecian. Debes hacerlo por él y por ti.

—¿Crees que podré conseguirlo? —preguntó él en voz baja.

Dirigió su mirada hacia atrás para observar a su madre y a Maximillian cogidos de la mano. Ambos sonreían y entregaban ese apoyo que siempre había obtenido de ellos. Unos padres de los que no tenía queja y a los que agradecería, en todo momento, cada vivencia a su lado, así como las palabras

de ánimo.

—Conseguirás todo lo que te propongas, André. Tienes magia, y no solo como bailarín; lo veo en tus ojos y, si me lo permites, te acompañaré en ese camino que ahora inicias. —Jania apartó la mano de la mejilla de él y tomó sus manos con fuerza—. Si eso es lo que quieres.

—Es lo que quiero, claro que sí —respondió André esbozando una pequeña sonrisa.

No fueron necesarias más palabras entre ambos. Jania se quedó en silencio y dejó que el bailarín se despidiera de su hermano. Un momento íntimo en el que se sintió querida, amada y privilegiada por que él le permitiera estar a su lado, junto a él, a su madre y al novio de esta.

Eran una familia cercana, una familia luchadora y valiente, una familia que en ese día despedía a uno de sus miembros más importantes. Jania entrelazó sus dedos a los de André con fuerza. Lo observó en todo momento mientras dejaba caricias, también, en uno de sus brazos, pequeños besos que el agradeció mirándola durante algunos segundos, permitiendo que ella calmara su corazón de una forma que no había conseguido en las últimas semanas. Cuando las máquinas dejaron de hacer su ruido constante, el bailarín sintió su corazón paralizarse y, sin embargo, lo comprendió. Entendió que su hermano debía marcharse, debía decir adiós a su familia e iniciar su nuevo camino por más de que ellos no fueran conscientes de cuál sería su próximo destino. Las siguientes horas transcurrieron entre palabras de ánimo, lágrimas y leves sonrisas. Pues, después de todo, el dolor constante que habían sufrido ese día llegaba a su fin para dar paso a una nueva esperanza, a nuevos sueños y a nuevos días que despertarían para seguir adelante. Quizá no olvidando, pero sí sobrellevando aquel dolor para convertirlo en buenos recuerdos y en una forma para entregarse fuerza y vivir todo con una nueva ilusión.

Jania no se separó en ningún momento de André. Descubrió la sonrisa de Dominique entre el resto de sus compañeros de trabajo que habían acudido en ese día para dar su apoyo a Emilie. Con un simple gesto de aprobación, sonrió, miró a la mujer y al bailarín en silencio, sin siquiera adelantar un par de pasos, diciéndose con la mirada que ambos tendrían apoyo mutuo por y para siempre.

—Si vuelve a tocarte, más allá de que sea un amigo, seré yo mismo el que le pegue una paliza.

Las palabras sorprendieron tanto a Jania que no pudo evitar alzar una ceja y

dejar un golpe en el brazo del bailarín. Después de largas horas de seriedad, ojos cristalinos, y silencio, no supo muy bien por qué le habían gustado tanto aquellas palabras.

—No lo hará, te lo aseguro —respondió ella.

—¿Segura? —André mordió su labio mientras entrecerraba sus ojos, sin apartar ni un segundo la mirada de ella. Negó con rapidez y dejó un beso en su frente, en esa blanquecina piel que tanto le gustaba—. Solo estoy de broma, no tengo nada que reprocharte, no después de todo lo que hemos pasado, no después de lo que hoy comenzamos.

—Eres tan idiota que a veces me pregunto por qué demonios me llamaste tanto la atención.

—Quizá porque, en realidad, sí que hay algo de cierto en lo que suelen decirme desde que tengo uso de razón. —El bailarín observó a su alrededor; todos se agolpaban en el pasillo mientras esperaban por el aviso para el traslado de Bastian del hospital al lugar donde celebrarían la ceremonia. Cogió las manos de Jania con fuerza, la atrajo a su cuerpo, la abrazó sin pensar en miradas ajenas, se acercó a uno de sus oídos y dejó que su voz sonara en apenas un susurro—. Suelen decir que la magia se atrae entre sí.

—Yo no tengo nada de magia.

—Creo que todavía no eres consciente de que quizá no puedas bailar, pero eso no significa que tu corazón no esté cargado de ella. Me has salvado de la única forma que jamás pensé que alguien podría lograrlo. Y puedes creerme,; nunca he dicho palabras en vano, ni las diré, si llevan el significado que ahora quiero transmitir a través de estas. —Volvió a separarse y dejó un ligero beso en los labios de Jania.

Le creyó, llevada no solo por las palabras. Era la expresión de su rostro, su mirada la forma de pronunciar aquella promesa; todo en André le indicaba que no le mentía, que decía la verdad, además de que sentía ese día como un comienzo para ambos hacia un futuro que quizás no había visualizado hasta el momento en que ambos se conocieron.

Aquel había sido un día en el que, por más de que lo hubieran intentado, las sonrisas no lograrían borrar la tristeza que se respiraba en el ambiente. Y era bien cierto: todos se hicieron a la idea poco a poco, pero nunca era fácil despedirte de un ser tan amado como lo era Bastian en su familia, ni para sus amigos ni para compañeros de trabajo y otros conocidos que, durante años y, sobre todo en los últimos meses, les habían prestado su apoyo. El camino fue

largo, duro, a la par que tranquilizador. André no separó, en ningún momento, su mano de la de Jania, mientras que ella la apretaba con fuerza y regalaba caricias, palabras de afecto, miradas de cariño y pequeños gestos de amor, en un día que no sería marcado en el calendario con alegría, pero sí con el inicio de un nuevo camino o, como al hermano del bailarín siempre le había gustado decir: del brillo de una nueva esperanza.

Las gotas de lluvia comenzaron a caer sin cesar, acompañando los pasos de los asistentes en el cementerio de Terre Cabade. Jania observó que el cabello de André brillaba, junto a esa mirada peculiar que tanto lo caracterizaba. Mientras caminaban, apenas a un par de metros por delante de ellos, Emilie y Maximillian iban en silencio, como si quisieran guardar para sí mismos las palabras que se escapaban a través de sus pensamientos. Ella quiso decirles más de lo que incluso pensaba, palabras de agradecimiento, de apoyo, de alegría, que se arremolinaban en su mente: un conjunto de todo lo vivido durante las últimas semanas. Aunque, de algún modo, Jania tenía claro que, con estar al lado de André, era más que suficiente para expresar todo aquello que sentía en su interior.

Recordó la charla con Emilie hacía tan solo unas horas atrás, y la admiró, no solo por ser una mujer sabia, sino por demostrar un apoyo que quizás otros no podrían llegar a dar en su situación. Acompañó en palabras y rezos a la familia y, aun a pesar del cansancio, del entumecimiento de cada músculo de su pierna, no se movió de aquel lugar. Se aferró a André mientras dejaba caricias en su brazo y raspaba la tela de su traje con la yema de los dedos, sin hablar, solo quedándose allí para él, como lo que ahora era: su acompañante de vida. Sin pensar en si sería para el resto de esta, pero sí con la ilusión y el placer de sentirse querida por un hombre más que increíble.

—Has sido maravillosa, por acompañarnos en todo momento, Jania. — Emilie se abrazó a ella y dejó un par de besos en su mejilla. Aun a pesar de su mirada perdida, nublada por las lágrimas, no evitó en ningún momento aquella sonrisa que siempre solía portar—. Ahora debes de venir a comer a casa, y no voy a aceptar un «No» como respuesta.

—Creo que me leyó la mente con esas palabras. —Ella se echó a reír

mientras sentía la caricia de André en su mano.

—Nada de tratarme de usted; después de todo, ya es como si fueras de la familia. —La enfermera dirigió su mirada hacia su hijo mayor y le dedicó un guiño—. Y tú, más vale que la cuides.

—¿Desde cuándo una madre amenaza a su hijo con este tipo de cosas?

—Desde que una madre sabe bien qué persona le hace bien a su hijo. —Emilie alzó un dedo antes de echarse a reír—. Más te vale que no me digas la típica frase de «No soy un adolescente», o juro que patearé tu bonito trasero.

André miró a su madre, alzó una ceja y sin más rodó los ojos, a sabiendas de que podría ganarse una de esas regañinas insoportables por parte de ella. Tomó la mano de Jania y la llevó a sus labios para dejar un delicado beso, luego dirigió sus pasos hacia la entrada del hospital. Sin más preámbulos, dejando todo atrás, intentando por largos segundos demostrar esa fortaleza que tanto lo había caracterizado en el pasado, por más de que no tuviera energías para seguir adelante. Solo quedaba un último paso: recoger las cosas que habían pertenecido a su hermano pequeño durante aquellas semanas de lucha perdida. Nadie más que Jania lo acompañó en aquel «tormento» que invadía su interior con cada paso dado.

Los pasillos se asemejaban tan desconocidos como lo contrario; era una mezcla que anteriormente no había sentido mientras caminaba ese mismo recorrido.

Ciertamente tenía claro que para él no era lo mismo entrar en una habitación que durante semanas había sido como un refugio a encontrarse con que su hermano ya no descansaría más sobre aquella cama. Ya no quedaba nada de él. Andre se había despedido de Bastian mientras las yemas de sus dedos rozaban con delicadeza la madera de su ataúd, mojado por la ligera lluvia que los había acompañado durante la ceremonia y el entierro. Ahora, acariciaba sus dedos mientras caminaba mirando al frente; incluso pudo sentir la suavidad de estos, como si una nueva pureza le hubiera sido entregada y, a través de su piel, esta fuera transportada directamente a su alma y a su corazón. Este ya no se encontraba reprimido, encogido, como si lo tuviera encerrado en un puño; podía escuchar su latido y se sentía tranquilo, como hacía mucho tiempo no lo escuchaba. André pensó en la presencia de Jania, pues seguía creyendo con firmeza que ella podría obrar cualquier tipo de milagro con solo estar a su lado. De un modo, lo había salvado de aquella oscuridad en la que el mismo se había encerrado, aun sin saber cómo, aun preguntándose por qué, cuando no

parecía merecer absolutamente nada. Y ahí la tenía, de la mano, mientras caminaba de su lado sin pronunciar palabra, pero diciendo mucho más de lo que cualquier podría llegar a esperar.

—¿Necesitas que te deje a solas? —le preguntó ella cuando ambos se plantaron ante la puerta de la habitación.

—Creo que puedo hacerlo, pero tengo miedo a derrumbarme al entrar y ver que no está.

—Entonces iré contigo. —Jania se elevó un poco para dejar un beso en la mejilla de André—. Todo va a ir bien. No estás solo, y tu madre y Maximillian están apenas a unos metros de distancia.

—Lo sé. —El bailarín abrió la puerta; segundos antes de soltarse de la mano de Jania, dio dos pasos y se quedó plantado en mitad de la habitación, teñida de un blanco impoluto—. Ahora, que me doy cuenta, no la recordaba así.

Vacía, brillante, como si todos los recuerdos que un día había guardado en su mente hubieran desaparecido sin más, como si hubieran sido llevados por una ligera ráfaga de viento.

—Yo tampoco aunque, en mi caso, solo he venido una vez —añadió Jania.

—¿Qué le contaste? —André se giró para mirar a la mujer a los ojos—. Me gustaría saberlo, me gustaría imaginar su sonrisa al escuchar tu voz y creer que, por un momento, me consideró afortunado por haber conocido a una mujer como tú.

—Solo le hablé de cómo me había sentido después del accidente, de que en realidad pensaba con firmeza que era yo quien debía de estar sobre esta cama y de que, después de muchos días, me había dado cuenta de que debía seguir adelante y buscar nuevos sueños a los que aferrarme. —Ella caminó un par de pasos hasta tomar asiento en el sillón, que ya no se encontraba pegado a la cama—. Toqué su mano, sentí como si él mismo la tomara con fuerza y, aunque no se lo dije en palabras, le prometí luchar por él cada día, de aquí hasta que el destino decida el día en que yo misma esboce mi última sonrisa. No pienso rendirme, y no quiero que tú lo hagas, André. Estás a punto de ser el protagonista principal de *El lago de los cisnes*; ese es el mayor de los privilegios para alguien que ama la danza tanto como nosotros.

—Ojalá, ojalá estuvieras a mi lado y de mi mano subida sobre ese escenario. Me haces tanta falta que ni te imaginas cuántas veces he soñado que te llevo en volandas sobre la madera desgastada de este. —André se acercó a ella y la tomó de las manos—. Y no tienes idea de cómo te agradezco que

camines a mi lado. Debe de ser una tortura para ti.

Lo había sido en el pasado, ahora, era el fiel y vivo recuerdo de lo que un día había tenido y soñado, de su lucha diaria en la vida y de cómo esas sonrisas se habían quedado ancladas en su alma y en su corazón para entregarle la fuerza que ahora necesitaba. Puede que ya no fuera bailarina, pero otros caminos se abrían justo delante de su mirar; incluso podía entregar la mano a André y asegurarse a sí misma que él estaría caminando de su lado, cumpliendo su sueño, mientras ella misma buscaba aquello que le trajera la felicidad plena, una felicidad que de nuevo comenzaba a sentir crecer desde la más profunda calidez de su corazón.

—Te equivocas. Soy feliz por ti, soy feliz por compartir eso contigo y soy feliz por saber que tu magia seguirá trayendo sonrisas encima de un escenario. —Jania llevó una de sus manos a la mejilla de André, acarició su piel hasta llegar a su nuca y enredó sus dedos en el cabello de él para atraerlo a sus labios y, con ello, besarlos—. Nunca dejes que eso se te olvide.

—Teniéndote a mi lado, es imposible que me olvide, Jania. —André apoyó su frente en la de ella, buscó sus manos y sin más se separó—. Creo que es momento de salir de aquí. Él querría que siguiéramos adelante.

Jania asintió mientras observaba cómo André iba en busca de las dos bolsas ya listas para llevarse todas las pertenencias de su hermano. Bajaron el ascensor en silencio y, cuando las puertas de este se abrieron, nada más llegar a la planta baja, allí estaba su madre, con esa mirada cómplice que tanta protección y apoyo le había dado. A su lado, Maximillian se acercó un par de pasos para abrazarlo y luego encerrar a Jania entre sus brazos durante algunos segundos. Ahora, todos eran una familia y juntos lucharían por atravesar nuevos caminos.

—Entonces, ¿vas a ir al estreno, Jania? —Esta escuchó la voz de Maximillian a sus espaldas.

—Ya tengo las entradas. Un buen amigo me dijo, hace un par de días, que eso me entregaría fuerzas para el futuro, para la vida y para esa esperanza que, en realidad, y tenía razón, yo misma creía perdidas. Pero, por nada del mundo, me perdería a André encima de un escenario. —Ella llevó su mirada hacia los ojos azules del bailarín—. Fue bailando como lo conocí y como me enamoré de él.

El francés la observó sin dejar de sonreír. Escuchar aquellas palabras le entregaron algo que nunca creyó haber conocido: un calor capaz de romperlo

en dos, de recorrer cada parte de su ser y de llegar hasta su corazón para decirle que, efectivamente, merecía ser amado por alguien.

Después de varios minutos de lluvia, las nubes se marcharon, poco a poco, y dejaron que la claridad del cielo los golpeará directamente a los ojos. El azul brillaba con un resplandor que Jania pocas veces se había preocupado por percibir, al menos, en las últimas semanas. De la mano de André, caminó hasta llegar al coche de este. Ni siquiera preguntó adónde irían, solo quería estar a su lado, acompañarlo allá donde la llevara. Sonriendo, guardando silencio, charlando, riendo, acariciando sus manos y sus mejillas, consolando su llanto. Era lo único que le importaba. Puede que el destino no estuviera escrito pero, si ella misma tenía que hacerlo, entonces, sin lugar a dudas, lo haría con él. Fuera donde fuera.

Capítulo 16

Teatro Nacional
10 de abril de 2017

Todos los días, desde que había empezado oficialmente su relación con André, fueron fantásticos, así como cada una de las horas que pasó a su lado, construyendo memorias a través de palabras, pequeños paseos o visitas al teatro, como ese mismo día. Aunque la realidad dictaba que ese no sería uno normal, sino el más especial todos. El estreno de *El lago de los cisnes* y el cumpleaños de ella. Jania sonreía mientras caminaba, de un lado a otro, por el escenario, esperando el reencuentro con el bailarín, durante la mañana, para observar los últimos ensayos del francés. Tan solo faltaban unas pocas horas para que el teatro abriera sus puertas a cada uno de los espectadores que, esa noche, verían por primera vez la magia de una obra que, durante tantos años, había regalado gran cantidad de recuerdos a un sinfín de personas. Destinada a ser una obra con estilo diferente, adaptada a la danza contemporánea, seguía siendo ese clásico de antaño. Era el gran día, y todos los bailarines estaban listos para elevar el listón alto con el que todos habían comenzado los ensayos, hacía ya semanas atrás.

La oscuridad y el silencio del lugar se entremezclaban en perfecta armonía: un mágico conjunto donde envolver aquel sueño hecho realidad.

Un sueño que esa noche André vería cumplido, después de duros años de esfuerzo y, sobre todo, que dejaría atrás los últimos acontecimientos que habían abordado su vida y que habrían provocado el profundo abandono no solo de la danza, sino de sí mismo. Jania miraba de un lado a otro, nerviosa, deseando que el bailarín apareciera tras las cortinas que separaban el escenario del *backstage*. Deseaba ver el brillo de su mirada, el movimiento

nervioso de sus labios mientras hablaba intentando entremezclar las palabras, que difícilmente solían salir de entre estos con claridad cuando se encontraba en ese estado. Un día especial para ambos, aunque el francés desconociera el hecho de que Jania estaba celebrando su cumpleaños número veintidós.

—Has llegado temprano. —La voz de André sonó más dulce de lo que Jania, en ocasiones, creía recordar—. ¿Tan nerviosa estás?

—Podría decir que más que tú, pero no creo que eso sea cierto, así que dejaré la respuesta en un simple «Sí». —Jania se acercó al bailarín para llevar las manos hacia su rostro y, con ello, besar sus labios. Notó la humedad del cabello de este, esbozó una sonrisa mientras acariciaba la nariz de André con la suya—. ¿Estás preparado para lo que se te viene encima?

—No estoy muy seguro, creo que todavía percibo, como un sueño lejano, que vamos a salir de gira si obtenemos buenas críticas en el día de hoy. ¿Sientes que seremos capaces de llegar a ese nivel? Porque yo tengo tantas dudas que siento un enorme nudo en la garganta.

—Creo en tus posibilidades y en las del resto de los bailarines. He estado viendo los últimos ensayos, día tras día. Lo haréis bien; los pocos fallos que habéis llegado a tener los sabéis suplir muy bien con la danza, los cambios de registro y el tiempo. —Jania tomó las manos de André y llevó una hacia sus labios para dejar una leve caricia con estos—. Lo vais a hacer muy bien, y no pongo en duda que, dentro de pocos días, estaréis viajando, por toda Francia y por algunos países de Europa, para subiros a los mejores escenarios.

—Y siquiera estoy seguro de querer abandonar Toulouse. —André dibujó una mueca de disgusto mientras observaba a Jania.

—Voy a estar bien. Estoy con los exámenes finales de semestre y me siento bastante preparada para avanzar con respecto a eso; lo demás, simplemente, llegará solo. —Ella se encogió de hombros y sonrió quitando importancia al asunto.

André asintió y dejó un beso en la frente de ella. En mitad de la tenue claridad, esperó en silencio a que Dave y el resto de los compañeros, que completarían los últimos ensayos esa mañana, salieran al escenario. Jania bajó de la madera para tomar, como de costumbre, su asiento en las primeras butacas y, con ello, fijar sus ojos al frente para dejar que las imágenes de aquella mágica danza quedaran impregnadas en sus retinas. La música comenzó a sonar mientras daba paso al acto primero. Jania mordió su labio inferior, sin perderse el mínimo movimiento por parte de ellos. Apuntó en su

mente cada error que alguno pudiera cometer para, cuando la música cesara, ayudar todo lo posible. Pues la visión de alguien que entendía aquel mundo a la perfección, así como hacía ella, era una gran ayuda para el resto de los bailarines.

Los minutos pasaron, uno tras otro, siendo percibidos con una lentitud deliciosa, pero a la par con la rapidez que muy pocos notaron. Los últimos ensayos terminaron y era hora de pasar a la acción, tomar aquel último descanso entre horas como una forma de revitalizar la mente y el cuerpo, antes de que el gran espectáculo comenzara. André y Jania fueron a pasear por los alrededores antes de encontrarse con Emilie y Maximillian para comer en un restaurante cercano. Algo que ella agradeció enormemente pues, desde el día en que habían despedido al hermano menor del bailarín, la habían tratado como si fuera una más de su familia. No les importaron aquellos malos momentos que le había hecho pasar a André, tampoco la juzgaron, sino que se dedicaron, en cuerpo y alma, a ayudarla y, con ello, aconsejarla para el futuro cercano que tendría que afrontar de ahora en adelante, con sus estudios y cualquier sueño que quisiera cumplir cuando se sintiera preparada.

Ella descubrió que la madre de André era una mujer inteligente, que no se dejaba llevar por prejuicios en ningún momento y, sobre todo, se dio cuenta de lo constante, valiente y luchadora que era. Como esas mujeres guerreras que, en tiempos actuales, no solían existir. La admiraba, debía de reconocerlo; cada vez que hablaba o la miraba a los ojos, necesitaba reconocerse a sí misma que admiraba a esa mujer, aun cuando, después de tanta pérdida, se había levantado, una y otra vez, para seguir adelante sin mostrar un solo ápice de rendición, apoyando a André y a su novio, Maximillian, como nunca lo había hecho.

—Sinceramente, creo que te va a ir muy bien y quizá, en un futuro, puedas pensar en aumentar tus estudios. Nunca es tarde para estudiar otra carrera universitaria. —Maximillian miró a los ojos de Jania esbozando una enorme sonrisa, con la mayor de las tranquilidades, mientras tomaba la copa de vino tinto entre sus manos—. Sabes que, cualquier cosa que necesites, puedes consultarme.

—Lo tengo presente, aunque todavía no sé qué haré después de terminar los estudios de filosofía. Todavía me queda un curso para poder pensar en qué voy a hacer después. Así que estoy tranquila. —Jania sonrió cuando sintió la caricia en su mano por parte de André—. No hay nada de lo que alguien deba

de preocuparse; pienso seguir adelante y descubrir qué más cosas quiero hacer.

—Y la rehabilitación, según me ha contado Dominique, está llegando a su fin con un gran sobresaliente —añadió Emilie sin dejar de mirarla—. Aunque te parezca demasiado, es de admirar que hayas conseguido darlo todo y que ahora, cuando te miro a los ojos, me dejes ver a esa mujer que siempre has sido, alguien en quien reflejarse.

Jania se quedó en silencio, observando cómo el camarero llegaba con el pedido realizado hacía unos pocos segundos atrás. El restaurante, de corte clásico, era de gastronomía italiana y estaba ubicado en la zona de los alrededores del teatro. Además de tranquilo, la música clásica que acompañaba a los comensales transmitía una calma que, en ese instante, André necesitaba. Estaba seguro de sus posibilidades; sin duda alguna se sentía completamente preparado, y mucho más de lo que muchos podrían llegar a creer. Aun así, mientras ella se dejaba embriagar por el aroma delicioso de la comida, siguió meditando aquella respuesta sin dejar de mirar a su novio en ningún momento.

—No estoy segura de si soy un buen ejemplo en el que alguien se pueda reflejar. Me ha costado mucho llegar hasta aquí, a donde estoy ahora. —Jania se encogió de hombros—. Y a decir verdad: creí que no lo conseguiría. Mi actitud no fue la mejor cuando empecé con la rehabilitación. Dom ha tenido mucha más paciencia de la que debió tener conmigo.

—Ni tanto. Lo peor para un médico es ver cómo un paciente decae cada vez más y tal vez, al principio, te haya costado salir adelante, pero Dominique tiene muy buenas palabras hacia ti. Y él es alguien que se toma muy en serio su trabajo.

—Hablando de él —interrumpió André—: ¿va a venir al estreno?

—Sí, ¿no te lo dije? Fue él quien me regaló las entradas para ir. Según él, no parecía tener intención de ir, y no es que fallara en eso, pero la verdad es que se lo agradezco; no hay mejor regalo de cumpleaños que poder verte sobre el escenario bailando.

El bailarín alzó una ceja al escuchar las palabras de Jania.

—¿Por qué demonios no me lo dijiste? —protestó.

—Porque, precisamente, ibas a ponerte así, y tienes que estar concentrado en el estreno y en tu baile. No quiero que te distraigas con nada.

—No es una distracción intentar hacer un buen regalo a mi novia. —André

tuvo que soportar las risas de su madre y de Maximillian—. ¿Qué?

—Nada, es solo que a veces parece mentira que tengas veinticuatro años. ¿Vas a coger una de tus típicas rabetas solo porque no te haya dicho que es su cumpleaños?

—Todo lo contrario. Se lo haré pagar, pero no en presencia de vosotros; como adulto que soy, estoy seguro de que podré hacer muchas cosas lucrativas con ella. —El bailarín miró a Jania y le dedicó un guiño mientras observaba cómo ella agachaba la cabeza avergonzada—. Oh, vamos, tampoco he dicho nada.

—No, si no es que no quiera hacer cosas lucrativas contigo, André, pero no deberías de dar ese tipo de información cuando estamos delante de tus padres, ¿no crees?

Fue un momento familiar en el que todos se echaron a reír sin poder evitarlo. André observó a su madre sin dejar de sonreír en ningún momento; después de todo, la veía feliz, fuerte y con ganas de seguir luchando por seguir adelante, apostando por no perder esa sonrisa que tanto la caracterizaba. La admiraba, así como Jania lo hacía por más de que no lo hubiera expresado en palabras. Era un pequeño detalle que el francés también sabía. Lo veía cada vez que observaba a su novia y la forma con la que esta miraba a la enfermera. Para André, aún era como un sueño que, después de aquellas semanas en las que habían sufrido tanto, en las que había habido tantos malos entendidos y dolor provocado por su parte, todos estuvieran allí, disfrutando de una comida. Como esa familia que se unió en una.

Y, sin duda, todo parecía estar bien. Después de tantos rezos que habían quedado en el aire, sin recibir respuesta, por fin podía decir que se encontraba feliz y que se sentía preparado para su nuevo empezar.

Un nuevo comienzo, acompañado por la oscuridad de la noche, que comenzaba mientras el sol se escondía tras las nubes que adornaban la ciudad.

En los vestuarios todos se preparaban para vestir las ropas del primer acto. André se miraba al espejo sin cesar, una y otra vez, para comprobar que el maquillaje y su aspecto fueran más que perfectos para esa noche. No se podía escapar ni un mínimo detalle, pues consideraba que eso lograría estropear la

imagen de la obra, y no solo eso: también la del resto de sus compañeros. Dave palmeó su hombro, una forma de dar ánimos en silencio, aunque lo cierto era que el murmullo del público lograba que, en ese instante, todos esos nervios se sintieran a flor de piel.

Contando minutos, apenas quedaban diez para que todos comenzaran a colocarse tras la tela color borgoña que los separaba del escenario y de los ojos del público. Esas personas que no solo llegaban para disfrutar, sino para juzgar aquella danza y el espectáculo que iban a ofrecer.

—Espero que sea un buen regalo de cumpleaños —murmuró André.

—¿La afortunada es esa Jania?

Dave miró a su amigo, alzó una ceja y observó la sonrisa de su compañero. Para André, aún resultaba algo extraño poder decir en voz alta que había encontrado a esa acompañante de vida que, durante tantas noches de desvelo, había soñado. Algo que no creyó posible para él, ni mucho menos justo. Y ahí estaba, deseando ver el rostro de Jania y la forma en la que sus ojos lo miraban cada vez que bailaba, con ese orgullo implícito, además de la añoranza que se dibujaban en estos al recordar que antaño ella también había sido capaz de disfrutar del maravilloso mundo de la danza.

Pero, sobre todo, lo que más valoraba el francés era el conocimiento de su apoyo, tener a Jania en cada momento y que esta lo acompañara en ese camino, sabiendo valorar como él mismo se enamoraba cada día más de la danza.

—Ella es la afortunada; después de todo lo que ha pasado, admiro su valor como nunca valoré alguna otra cosa —aclaró él con una sonrisa.

—No la conozco, pero estoy seguro de que es una persona madura. Y sí: tal vez otra todavía estaría escondiéndose entre lamentos, por si en algún momento te lo has preguntado. —Dave volvió a posar una de sus manos en el hombro de André—. Creo que adora verte bailar y no te odia, eso sin duda. Debe de admirarte. Así como tampoco dudo de la fuerza que le entregarás cada vez que te vea ensayar o subirte sobre el escenario. Este tipo de personas se sirven de eso para seguir adelante y tomar nuevos caminos.

—Pareces mi psicólogo —protestó André esbozando una sonrisa.

—Bueno, supongo que es lo malo de estar estudiando esa carrera. —El rubio se echó a reír antes de moverse un poco para lavar su cara.

Las sonrisas y las palabras de ánimo comenzaron a hacer eco en el vestuario. Poco a poco, y después de prepararse —además de vestirse—, André y los compañeros que actuarían en la primera escena salieron hacia el *backstage*

para colocarse en posición antes de que las cortinas dieran paso a las luces y, con ello, a los aplausos.

Jania se movía nerviosa en su asiento, acompañada por su madre en todo momento, mientras que, al otro lado, Dominique charlaba amigablemente con Caroline, presentes para calmar los nervios de la que hoy disfrutaba de un cumpleaños más junto a los suyos, pero con un gran cambio en su vida. Se sentía aliviada al no pensar que deseaba ser ella quien bailara como regalo de cumpleaños. Solo quería observar a André, cerrar sus ojos e imaginar que no existía nadie más que él encima de ese escenario. Y cada uno de sus suspiros, así como sus chasquidos con la lengua, hacía detonar sus nervios.

—Le va a ir bien —comentó Lila en voz baja.

—Lo sé, confío mucho en André y en el trabajo y dedicación que ha demostrado en todo momento, pero no puedo evitar sentirme nerviosa ante ello. Este día no solo va a ser importante para él, sino para la compañía de baile que organiza la obra; si logran una buena crítica, viajarán por Francia y por algunas ciudades de Europa —comentó Jania con una sonrisa—. Y Dios, estoy deseando que ese sueño se haga realidad. André se lo merece todo, después de lo último que ha pasado... Simplemente... no sé.

—Todo estará bien, no te agobies demasiado. —Dominique, que escuchaba atentamente las palabras de su amiga, se giró para tomar la mano de Jania—. Me recuerdas a esa mujer que entró, por primera vez, atravesando la puerta de rehabilitación en una silla de ruedas. Y no te conviene estar así.

—Ni que fueras mi padre para decirme qué me conviene o qué no. Ponte a hablar con Caroline; es lo que debe de hacer un hombre enamorado.

—¿Qué? —Después de observar cómo Jania le sacaba la lengua, Dominique golpeó a esta en el brazo más cercano—. Esta me la vas a pagar, que te quede claro.

—Ya, seguro —comentó ella antes de echarse a reír. El silencio la invadió en el momento en que las luces se apagaron para dar paso al pequeño eco de los pasos, mientras todos parecían colocarse sobre el escenario—. Empieza, ya empieza. Ánimo, André.

Pronunció las últimas palabras en voz baja. La pieza número uno del mismo acto, «Allegro giusto», comenzó a sonar y, con ello, la magia de aquella obra iluminó cada rincón del Teatro Nacional. Jania se embriagó de emoción al ver a todos los bailarines interpretar su parte, perfectamente vestidos y acompañando las música con la expresión de la danza contemporánea. El

objetivo de una obra era llevar, en todo momento, a los espectadores hacia una época de ensueño, lejana a la realidad que se percibía más allá de las puertas de aquel teatro. Algo que, desde el segundo uno, los bailarines consiguieron.

La sonrisa de Jania se pronunció al ver a André, sobre el escenario, interpretando a la perfección su personaje protagonista como el príncipe Sigfrido. En un ligero movimiento que nadie fue capaz de percibir, ella captó su mirada azulada, directa hacia sus ojos, así como siempre le había gustado.

Mordió su labio con fuerza, intentando contener la emoción que había comenzado a recorrer el interior de su cuerpo. No solo estaba orgullosa, sino más que maravillada; además, estaba enamorada de ese hombre luchador, que ahora cumplía su sueño y se movía provocando aquello que en ciertos momentos ni él mismo había creído: magia. Cada uno de sus movimientos, acordes con la melodía que sonaba de fondo, que recorrían cada parte del escenario, llegó a los corazones y almas que se encontraban con su visión fija en este. Muchos bailarines eran los que acompañaban a la danza de André, pero él era de ese tipo de personas que brillaba, por sí solo, por encima de cualquiera que bailara a su lado, siguiendo aquellos mismos pasos, llevando el movimiento de brazos y de piernas a través de la música de Tchaikovsky.

—Mamá, cuando sea mayor, yo quiero bailar como ese chico. ¿Crees que podré hacerlo?

Jania percibió aquella dulce voz a su espalda, como si estuviera en mitad de un sueño y el sonido se introdujera en su mente queriendo desvelar algún tipo de mensaje.

—Claro que sí, hijo. Podrás hacer cualquier cosa que te propongas si así lo deseas. Estoy segura de que ese chico lleva años de ensayo cargados a su espalda. Pero ¿lo ves? Hace magia, y eso solo se consigue con perseverancia, hijo.

Las palabras de aquella desconocida atravesaron el alma de Jania de una forma que ni siquiera ella pudo llegar a esperar. Se sintió como en aquellos años jóvenes de escuela, donde no tenía idea hacia dónde iba a llegar, y allí estaba, viendo con sus propios ojos cómo su amada danza entregaba el mejor momento de su vida a la persona que más quería. Aquella visión de semanas atrás, en las que había querido cerrar sus ojos para no despertar más por lo perdido, ahora le hizo ver aquellas palabras como una nueva esperanza.

—Iré a la escuela y me esforzaré mucho, todos los días. ¿Crees que podré ir a una escuela de baile? —preguntó aquel pequeño.

—Allí es donde comenzarán tus sueños, hijo, claro que sí.

—Donde se cumplen los sueños —susurró Jania en un tono prácticamente inaudible.

«Donde se cumplen los sueños», volvió a repetirse entre pensamientos. Llevaba tiempo en busca de su nuevo sueño, de aquello que llenara su alma y su corazón al completo. Y allí, donde André cumplía el suyo, mientras se movía como una ligera brisa de otoño capaz de azotar tu piel con suavidad, Jania sintió por primera vez que ese sueño que un día había comenzado aún estaba lejos de terminar. Su vida, su danza, algo que jamás podría sacarse de la mente ni de su alma ni de su corazón. Por más de que quisiera, por más derrotas que sufriera, una tras otra, ella siempre sería una enamorada de la danza que, aun a pesar de no poder bailar, quería seguir adelante con aquello, viendo —en ojos ajenos e ilusionados— cómo luchaban día tras día por cumplir esa ilusión que solo unos pocos podían llegar apreciar. Así como lo apreciaba ella, así como la misma magia que André desprendía encima del escenario.

—Dijiste que era bueno, pero jamás comentaste que era increíblemente bueno —comentó Lila acercándose al oído de su hija.

—Es que hay que verlo por uno mismo, mamá —respondió Jania volviendo su vista al escenario—. Por eso, aquel día, cuando lo vi a través del monitor de mi ordenador, quise venir a este lugar. Necesitaba conocerlo, conocer a alguien que vivía la danza así como yo la he vivido durante tantos años.

—Así como la vivirás para siempre, Jania; es algo que jamás se irá de tu interior —añadió su madre.

Lila le leyó el pensamiento de una forma que su hija no esperaba. Tenía toda la razón del mundo: era imposible tirar esa clase de amor a la basura para terminar por cerrar las puertas de un corazón que daba cabida a muchísimas cosas, a muchos sueños e ilusiones. Recordó aquel día, cuando había abierto su ordenador e introducido en el buscador el nombre de la escuela Centre James Carles, allí donde muchos se habían preparado durante años, allí donde había comenzado aquella obra. La Jania de ese pasado no tenía nada que ver con la que ahora se sentaba en esa butaca, mientras llevaba su visión hacia el escenario y ambos lados. Para observar a su madre, a Dominique y a su mejor amiga, Caroline. Durante semanas ellos habían sido su fuerza, la luz de su corazón y quienes le entregaron, en todo momento, esa nueva esperanza que en un pasado no creía.

Incluso André, con aquel primer beso, había dicho mucho más que con cualquier palabra. Le había hecho promesas que no creía ver cumplidas hasta el momento en que casi lo perdió por una soberana estupidez.

—Te amo —dijo moviendo levemente sus labios cuando cruzó su visión de nuevo con el bailarín, mientras este se retiraba, entre pasos de baile, a un lado del escenario.

El primer acto había terminado y, con ello, todo el escenario cambió con una rápida magia que percibió como enigmática. Así como el resto de los minutos en el que todos los bailarines se subieron al escenario del Teatro Nacional. Con nerviosismo, permaneció sentada hasta que la escena final, numerada como la veintinueve, dio por terminado el espectáculo con el último acto. Los aplausos se sucedieron uno tras otro, en el justo momento en que las luces se encendieron y los protagonistas acudieron junto al director de la obra, acompañados por el resto de los bailarines, que habían hecho de la adaptación contemporánea de *El lago de los cisnes* una absoluta maravilla.

—Estoy más que seguro de que van a conseguir unas críticas espectaculares —comentó Dominique llevando su visión hacia Jania—. Nunca había apreciado la danza, al menos no de la forma en la que hoy la he sentido. Y mira a Caroline: se ha quedado muda.

—En realidad, estoy llorando. Cuando lloro no puedo ni hablar —comentó ella entre sollozos, lo que provocó la risa del resto de sus compañeros.

—André es un bailarín increíble; lo ha demostrado hoy y lo demostrará en el futuro. Tengo tantas ganas de verlo que saldría ahora mismo corriendo de aquí.

—Puedes ir, te está esperando en la zona del *backstage*. —La voz poco conocida llegó hacia los oídos de Jania. Anton, el profesor de André, se acercó a ella para ofrecer su mano a la joven—. Vamos, no hay tiempo que perder, antes de que las luces se apaguen para dar la despedida a todos los espectadores.

—Está bien.

Jania asintió mirando hacia su madre y amigos antes de levantarse de su lugar y acompañar los pasos de aquel hombre que apenas conocía y, sin embargo, al que tanto agradecía que hubiera entregado la oportunidad de esa demostración a André. Una oportunidad que para ella se había perdido en la lejanía de un accidente, pero que le había entregado otras muchas cosas nuevas.

Con paso firme y nervioso, caminó hacia atrás del escenario. André seguía

con la ropa de baile puesta, maquillado y con el brillo de su piel, perlada por el sudor de un maravilloso esfuerzo. Sonrió como nunca y se acercó hacia Jania para dejar un pequeño pero dulce beso en sus labios. Llevó una de sus manos al rostro de ella para acariciarla y la llevó hacia el cabello rubio de la mujer. En sus ojos azules pudo ver el orgullo que su mirada transmitía y, con el mismo, André sonrió a sabiendas de que el sentimiento era, plenamente y cien por cien, justo y verdadero.

—Hoy es tu cumpleaños —dijo él.

—Sí. El día todavía no ha terminado, André, pero ¿por qué lo dices? — Jania lanzó la pregunta sin saber bien qué decir.

Sintió cómo él tomaba su mano con fuerza y entrelazaba los dedos con los suyos, mientras dejaba pequeñas caricias en su piel. Detrás del francés apareció su acompañante durante toda la obra: la mujer que había adoptado el papel protagonista como Odette. Jania se acercó a ella para abrazarla, después de que André las presentara, pues en ningún momento tenía algo que reprochar a una mujer que, como ella, bailaba como si danzara sobre las nubes, con una técnica impecable.

—Lo has hecho muy bien, me ha gustado mucho —comentó Jania.

—Gracias —respondió la joven de cabellos castaños—. Ha sido un placer que vinieras a vernos. André habla mucho de ti y, bueno, en realidad, eres muy conocida entre todos los compañeros.

—He tenido la oportunidad de bailar con algunos de ellos, pero supongo que me he alejado un poco de este mundo —añadió ella como respuesta—. Espero poder recompensar esta dejadez con todos vosotros; tal vez, en algún momento, podamos juntarnos para tomar algo.

—Podríamos hacerlo después de nuestra despedida. ¿Tú qué crees, Mina? —preguntó André mirando hacia su compañera.

—Todo depende de lo que responda tu novia y de si no te mata cuando cumplas con tu regalo de cumpleaños —dijo su acompañante.

—Espera, ¿qué regalo?

Antes de poder recibir respuesta, los aplausos se sucedieron uno tras otro, las cortinas se abrieron y las luces golpearon directamente los ojos de Jania. André siguió cogiendo su mano, comenzó a caminar y, con ello, marcó sus pasos hacia el escenario, junto a Mina y a Anton. Mordió su labio inferior y buscó el micrófono, que le fue entregado en cuestión de segundos. Por su parte, Jania quiso girar sobre sus pasos y dar marcha atrás, pero en aquel

momento se sintió tan paralizada que no pudo hacer más que mirar al francés intentando descifrar qué idea podría tener en mente.

—Ella es Jania —dijo tomando con fuerza el micrófono—. Y hoy es importante que todos ustedes la conozcan por lo que siempre ha sido: una excelente bailarina. Justo delante de mí, se encuentra su madre, Lila, y dos de sus amigos, Dominique y Caroline. Ellos saben de esta pequeña sorpresa, ellos saben de estas palabras.

—Pero ¿qué demonios? —Nerviosa, Jania observó a su madre y a los nombrados, mientras ellos esbozaban una sonrisa—. André, para.

Mas él no se detuvo.

—La vida suele ser uno de esos caminos que, por desgracia, está lleno de obstáculos. Logramos atravesar unos, y otros nos golpean de una forma que dañan nuestra alma y nuestro corazón por el resto de nuestras vidas. —André se movió sobre el escenario con rapidez y se colocó a un par de pasos de Jania, sin soltar su mano—. Ella sabe mucho de eso, al igual que yo mismo lo sé. Hace justo tres meses, comenzó el sueño que hoy cumplo encima de este escenario, junto a Mina, a Dave y a muchos de nuestros compañeros. Pero aquel día ese sueño también se vio opacado por un grave accidente.

Los recuerdos llegaron a la mente de Jania, así como a la de André, dos almas que habían sufrido un dolor parecido ese mismo día, por más de que sus destinos hubieran tomado rumbos distintos.

—Un accidente que se llevó la vida de mi hermano pequeño, Bastian, así como marchitó el sueño de una mujer que, con sumo esfuerzo, se dedicó al mundo de la danza desde que tuvo uso de razón. —André se giró para mirar a los ojos de Jania—. Ella, mi novia, Jania, viajó desde su lejana Polonia a esta ciudad para continuar su sueño. Para llegar ese 10 de enero a un *casting* que seguramente cambiaría su vida para siempre. Aunque hay algo de cierto en todo eso: su vida cambió para siempre tras aquel accidente. Un sueño que fue robado y desgarró su corazón.

Las caricias de André viajaron desde la mano de Jania, paseándose por todo su brazo, hasta llegar al cuello y el rostro de ella. Le regaló caricias, una sonrisa y un beso en la frente que supo a gloria. Pudo ver, con el azul de sus ojos, cómo la visión de ella se tornaba nublada por culpa de las lágrimas que comenzaban a salir sin cesar.

—Incluso me atrevo a decir que también su alma —añadió, esta vez, dirigiéndose hacia los espectadores, que guardaban silencio sin dejar de

observarlo—. Y, sin embargo, aquí está, encima de este escenario, de pie, caminando, viéndome a los ojos y diciéndome que me ama con esa mirada que tanto me gustó en su día. Hubo días en los que se rindió ante aquel fatal destino, pero siempre supe que había una luchadora en su interior. Y luchó por volver a caminar aun después de haberse rendido. —La voz del francés se tornó tranquila una vez más—. Antes, no solía comprender el significado de los sueños. Hoy, encima de este escenario, soy consciente de que yo he cumplido el mío. Pero, tres meses después, y el día de su cumpleaños, solo quiero decirle a Jania que lucharé, a su lado, por que encuentre ese sueño que un día perdió y debe volver a recuperar.

Un sueño que, sin que André tuviera idea, en realidad, ya comenzaba a crecer en el interior de la mujer.

Jania acarició la mano del bailarín agradeciéndole, una vez más, aquel apoyo y que en ese instante se encontrara encima de aquel escenario, aun sin saber muy bien qué era lo que podía esperar de ese momento.

—Todo comenzó en este lugar y, de nuevo, quiero que una nueva ilusión se forme mientras todos ustedes la ven aquí, a mi lado, tomándome las manos y bailando conmigo.

—André, sabes que no puedo —dijo ella en voz baja.

—Sí que puedes —respondió él. Pegó su cuerpo al de la mujer y entregó el micrófono a su amigo para terminar por quedarse a solas con Jania sobre aquel escenario—. Ven.

A la salida del teatro, mientras el gentío se dispersaba y Jania esperaba —al lado de su madre y sus amigos— por André, no dejó de recordar aquel baile encima del escenario mientras la música de Tchaikovsky sonaba. Los nervios la habían controlado en un momento que se volvió mágico con el paso lento de los segundos, donde solo existieron ella y el francés, donde —encima de un escenario— vivieron juntos uno de los instantes más especiales de su vida. En palabras de André, quería que aquel día también lo fuese para ella, que viviera el baile tal y como él lo había disfrutado durante aquellos largos minutos, en los que *El lago de los cisnes* había llevado a un estado de magia a cada una de las personas que había fijado su vista hacia el escenario.

En silencio, Jania movía sus manos de forma nerviosa, entrelazando sus dedos y llevándolas a ratos hacia sus bolsillos o hacia la tela de su camiseta, intentando que los deseos que ya se habían impregnado en su corazón no fueran pronunciados a través de sus labios. Al menos hasta tener la presencia de su novio justo delante de su visión. Hacía apenas unos segundos que Lila había preguntado a su hija qué ocurría, mas fue silencio con lo que esta respondió, incapaz de sonreír, creyendo con firmeza que, tal vez, aquel sueño creciente no era más que una mera ilusión que acabaría por no poder cumplir. Así como tampoco había cumplido su sueño de bailar. Aunque lo cierto era que, sobre aquel escenario, se había descubierto nueva por dentro. Fue esa persona que en el pasado sonreía sin cesar, sin pensar en las consecuencias, nada más que en disfrutar y en mirar hacia su presente más cercano y hacia ese futuro que trabajaba día tras día.

La sonrisa de Dominique atravesó cada uno de sus sentidos, a sabiendas de que estaba orgulloso, al igual que Caroline y su madre. Podía percibirlo sin necesidad de palabras, así como lo había percibido en el abrazo que el bailarín le había entregado cuando la música dejó de sonar en el Teatro Nacional.

—Estás demasiado pensativa, ¿qué demonios te pasa? —La voz de Dominique distrajo a Jania de sus pensamientos. Él sonrió, como siempre solía hacer, mas no parecía que fuera a recibir respuesta alguna por parte de ella—. Vamos, debe de ser importante cuando no dices ni media.

—Lo es, pero estoy esperando a que André venga. No me metas presión, o te juro que desecharé la idea.

—¿Qué idea?

André apareció a su lado y tomó su mano antes de dejar un delicado beso en la mejilla de ella. El cabello mojado del bailarín rozó con suavidad el rostro de Jania, así como el aroma a su perfume se introdujo, poco a poco, a través de sus fosas nasales y recorrió el interior de su cuerpo, mientras le entregaba aquellos recuerdos que, por primera vez, había vivido en ese mismo lugar, hacía tan solo unas pocas semanas atrás.

—Tengo que contaros algo, algo que me ha venido a la mente mientras bailabas sobre el escenario, pero no quiero hacerlo si no está papá tampoco. ¿Podemos ir todos a casa? ¿Crees que él habrá llegado de trabajar, mamá? —Jania dirigió sus ojos hacia la mujer.

En ese tipo de ocasiones, cuando las dudas invadían el corazón de Jania,

más vulnerable se sentía, como si su edad o su madurez no contaran para nada. Todos se miraron en silencio, preguntándose qué podría ser eso que parecía ahogar el alma de ella. Un sentimiento que quedó oculto tras esa sonrisa que siempre la había caracterizado.

—¿Vas a tenernos así toda la noche? —protestó Dominique.

—Os tendré así el tiempo que sea necesario.

Juntos caminaron hacia sus respectivos coches. Prometiendo encontrarse, apenas unos minutos después, en la casa familiar de los padres de Jania. Mientras dirigía su visión hacia la carretera, André —de vez en cuando— observaba a su novia con alegría, intentando descifrar esos pensamientos que, en algunas ocasiones, lo ponían nervioso. Sentía la clara necesidad de viajar más allá de su mente, de introducirse en esta y poder sentir qué era lo que pensaba, cuáles eran esas palabras que tan bien parecía guardar en su interior. Jania cruzó su mirada con la de él, brillante, y dejó en esta el reflejo de las luces que directamente golpeaban el cristalino de sus ojos.

—André. —La voz de Jania sonó en un pequeño susurro.

—Dime, preciosa.

Él la miró esbozando una enorme sonrisa; sus dedos jugueteaban sobre el volante mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde para proseguir el camino, en lo que serían los últimos minutos de travesía, hasta llegar a la casa de Jania.

—¿Me apoyarás? —preguntó ella, esta vez mirando a los ojos del francés.

—Claro que sí, te apoyaré en todo aquello que desees. ¿Qué es lo que pasa? Te noto muy seria. —André tomó la mano de Jania y dejó una pequeña caricia en esta, lo que provocó que la mujer sonriera mientras esperaba por esa respuesta, que era tan necesaria—. Dime, no tengas miedo.

—Tengo un nuevo sueño.

Epílogo

Seis meses después
Toulouse, Francia

Las llaves que Jania llevaba entre sus dedos dejaron el característico sonido del metal —chocando la una con la otra— mientras abría la puerta que daba paso al interior de aquel local, donde meses atrás no era más que un lugar vacío, sin vida, donde el polvo era lo único existente —además de muebles viejos— y creaba un abandono que antaño había dejado aquellas mismas puertas cerradas en lo que pudo haber sido un «para siempre».

Con alegría, dejó que la poca luz del típico otoño francés pasara a través de los grandes ventanales.

Apenas faltaban unos minutos para que los alumnos más jóvenes comenzaran a llegar. Y como siempre, ella portaba su bolsa con todo lo necesario para empezar con las clases. Observó el mostrador que decoraba la recepción; los papeles informativos estaban perfectamente colocados y daban al tono azul marino una alegría que muy pocos podrían llegar apreciar. Solo alguien que cumplía un sueño sabía del significado que tenían unos pocos papeles encima de aquel escritorio.

La voz de Caroline se introdujo en sus oídos cuando, cinco minutos después, entró por la misma puerta que Jania había cerrado a sus espaldas.

—¿Lista para otra jornada de trabajo? —preguntó con alegría.

—En realidad, estoy muy nerviosa, Caroline. Hoy es el día.

—André está de vuelta, ¿cierto? —Su amiga se adelantó un par de pasos para dar un fuerte abrazo a Jania—. No sabes cuántas ganas tengo de verlo y de que nos cuente cómo ha ido toda la gira junto al resto de los bailarines.

—Las críticas, en todos los periódicos y noticias, hablan mucho más que

cualquier cosa que su visión nos pueda contar. —Jania elevó su rostro para dirigir su mirada hacia las afueras del local—. Pero estoy deseando tenerlo aquí. A decir verdad, lo echo mucho de menos. Y esto no es lo mismo si él no está. Me siento como si faltara una parte de mi alma; la suya también esta puesta en este lugar.

Lanzó un pesaroso suspiro mientras intentaba calmar sus nervios. No había duda de lo especial que sería aquel día, aunque en realidad, desde que las puertas del local se habían abierto por primera vez para recibir a unos jóvenes soñadores, para Jania fue dado como tal. Un sueño que había comenzado hacía tan solo un par de meses atrás. Ese sueño creciente que había atravesado su corazón cuando la voz de un pequeño soñador llegó hasta lo más profundo de su alma.

Un pequeño soñador que, como cada tarde, abrió las puertas del lugar con una alegría que encandilaba a Jania por completo.

—¡Profesora, profesora! ¿Hoy llega André? Dígame que sí, por favor. —El pequeño de apenas ocho años de edad se abalanzó sobre Jania para darle un enorme abrazo.

—Pequeño mocososo, no deberías de entrar así, ¿dónde están tus modales? — Ella esbozó una sonrisa mientras dirigía su mirada hacia la madre que, como cada tarde, acompañaba a su hijo a sus clases de baile—. Pero sí, Benjamin: hoy estará aquí para bailar con todos vosotros.

—¿Tú también bailarás, profesora?

—Quizá sí. Si os esforzáis mucho, lo haré —respondió Jania.

Poco a poco los alumnos fueron llegando, uno tras otro, hasta completar la clase de veinte alumnos que entregaron a Jania, día tras día, una nueva ilusión y esperanza de vida para seguir caminando.

Preparando las clases recibió a sus dos asistentes, así como profesores de danza contemporánea.

Pues, aun a pesar de su conocimiento, Jania siempre había sido consciente de que, por más que quisiera, solo podría dedicarse a enseñar en vez de a bailar. Mas, aun así, con ilusión y con la alegría que cada una de las clases le aportaban, no evitó sonreír cada día, a cada momento, mientras sus manos se cogían a las barras laterales para mostrar su característica sonrisa a los pequeños alumnos y, con ello, comenzar con las clases. Preparando a los futuros bailarines, pequeños soñadores que, como ella, empezaban su camino en aquel mágico mundo.

—Hola a todos. —André abrió las puertas de la sala principal.

Fue tal el silencio con el que había entrado al local que Jania no se había percatado de su presencia hasta que escuchó su voz. Observó su cabello rizado, algo más largo de lo habitual, con ese color negro tan brillante como la más oscura de las noches. El azul de sus ojos resplandecía y, cuando se acercó a su novia, ella no pudo más que llevar sus manos hacia el rostro de él para raspar, como era habitual, las yemas de sus dedos en la barba incipiente del francés.

—Llegas pronto —dijo ella en un pequeño susurro sobre los labios de André.

—No quería ir a casa sin antes pasar por aquí. Estaba deseando verte, a todos. —El bailarín dirigió su mirada hacia los alumnos, que ya empezaban con el calentamiento previo. Sonrió y asintió a Benjamin, el mejor alumno de Jania—. ¡A trabajar!

—¡Sí! —La voz de cada uno de los niños sonó al unísono, con ese poder que a André tanto le entusiasmaba.

—¿Qué llevas ahí? —Jania lo miró con una sonrisa mientras señalaba hacia la mano derecha de André.

—Oh, es el periódico donde han publicado la entrevista que nos hicieron después de terminar con la gira en París. —Él lo mostró con una sonrisa y un orgullo que se vio reflejado en la mirada de Jania—. Las críticas han sido muy buenas.

—Estaba segura de eso. Déjame ver.

En silencio, Jania tomó el papel entre sus manos para leer con cuidado. La sonrisa se acentuó mientras leía, renglón tras renglón, y sentía cómo ese calor característico en las últimas semanas se hacía más y más creciente en su alma y su corazón. Observó a André en silencio hasta que llegó hacia la última pregunta que el entrevistador había hecho al francés: «¿qué será lo siguiente que hagas hasta que vuelvas a subirte a un escenario?»

—La respuesta no está. —Jania llevó su mirada hacia los ojos de él.

—Es que no era una respuesta que pudiera dar si no estaba mirándote a los ojos.

—¿Entonces? —volvió a preguntar ella.

—Cumpliré mi sueño, a tu lado, así como seré parte del tuyo, Jania, si es que tú lo deseas. Quiero ser profesor de esta escuela, quiero que Jeune D'Alzon sea ahí donde se cumplen los sueños, no solo los tuyos, también los míos y los

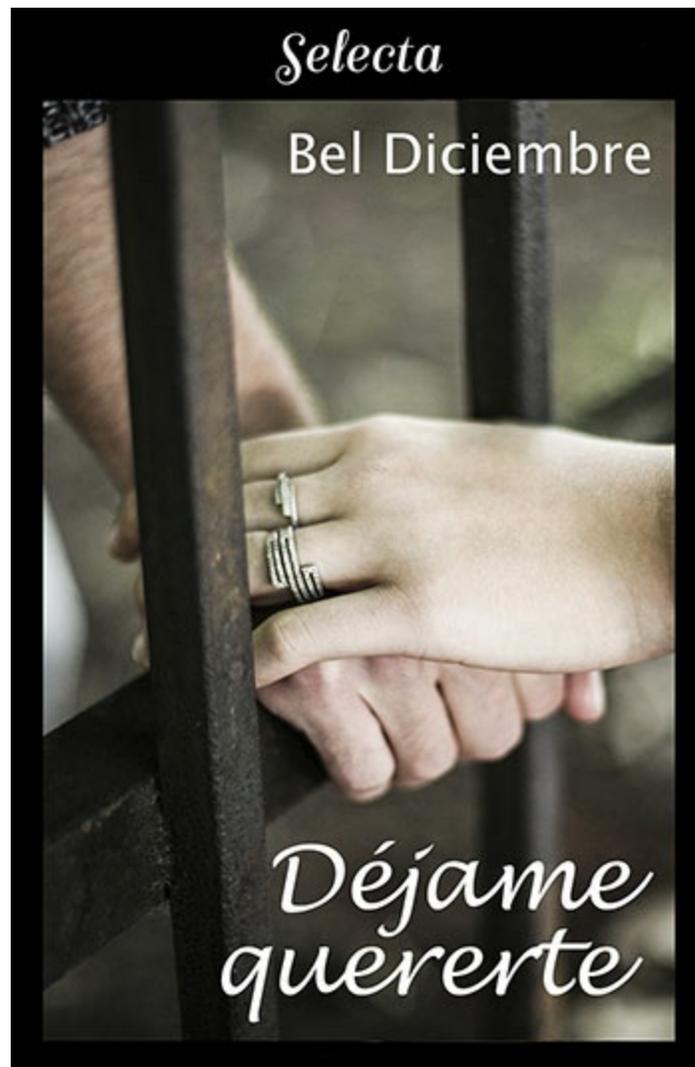
de estos pequeños que hoy, con esa sonrisa, crean magia. ¿Qué te parece la idea?

La música sonó de fondo, mientras el corazón de Jania, una vez más, se paralizaba. Mas esta vez no era por un sueño truncado, sino por la emoción que había inundado su corazón al saber que, de nuevo, vivía por y para cumplir el más bello de estos.

—No podría haber deseado otra cosa más que esto, mi amor. —Eché un vistazo a su alrededor, llevando su visión hacia los alumnos y, justo después de dejar un beso en los labios de su prometido, dio un par de palmas—. ¡Que empiece a sonar la música!

FIN

Si te ha gustado
Donde se cumplen los sueños
te recomendamos comenzar a leer
Déjame quererte
de *Bel Diciembre*



Capítulo 1

El tráfico no era un problema con su flamante moto BMW que, aunque comprada de segunda mano, era bastante mejor que la de la mayoría de sus amigos. El rugido de su motor era casi música para él y su carcasa brillante, uno de los mejores reclamos para las miradas. Sin embargo, sabía que, esa vez, la atención la estaban captando el par de piernas impresionantes que tenía a cada lado y que ya lucían un fantástico bronceado gracias a la máquina de rayos UVA que sus padres le habían comprado aquella Navidad para su uso exclusivo.

La dueña de esas piernas, Mary, había utilizado la excusa de estar llegando tarde para que la llevara hasta el instituto y seguir haciendo creer a sus amigas que todavía salían juntos. Pero a Martin no le importaba demasiado. Lo cierto era que había roto con ella porque estaba un tanto harto de ese tipo de relaciones en las que no había más que coqueteo, apariencia y algo de sexo que no siempre era de buena calidad teniendo en cuenta que esas niñas de clase bien creían que, para excitar y agradar a un hombre, era suficiente ponerse el último modelo de Carolina Herrera. Sin embargo, no tenía un recambio, y la falta de esos pocos momentos de desahogo sexual lo estaba poniendo de un humor de perros por lo que, al final, eso era mejor que nada. Así que había accedido a llevarla al instituto y estaba maquinando cómo invitarla aquella noche a su casa sin que tuviera que mediar un compromiso que fuera más allá de esas horas compartidas.

En la puerta del instituto se congregaba un gran número de alumnas para la hora que era. Lo lógico habría sido que estuviera ya casi todo el mundo en el interior. Martin tuvo que aparcar la moto en la acera de enfrente, donde también estaba el grupo de amigas de Mary.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mary—. ¿Por qué está todo el mundo fuera?

—La Che Guevara otra vez —respondió una de sus amigas—. Está montando un buen numerito.

—¡Qué pesada! —exclamó Mary—, aunque esta vez se lo voy a agradecer. Gracias a ella no van a notar que he llegado tarde y puedo quedarme un ratito más con el campeón que me ha salvado y me ha traído hasta aquí.

Había dicho esas últimas palabras arrojándose más a Martin y quitándole el casco de la moto con gestos claramente insinuantes. Él se mantuvo bastante imperturbable respecto a Mary, pero la explicación sobre el retraso en la entrada de las alumnas le había despertado cierta curiosidad.

—¿La Che Guevara? —preguntó.

—Es una pesada —respondió con rapidez Mary—. Una niñata de noveno que está todo el día reivindicando cosas. Da lo mismo si quiere que le firmes un manifiesto a favor de las ballenas del Ártico o está recogiendo pasta para que los refugiados somalíes puedan venir de vacaciones a Estados Unidos; lo importante es que te ha de machacar haciéndote creer que llevas una vida simple y que solo tendrás la vida eterna si te dedicas a hacer el bien social.

—Tampoco me parece tan mal que, en tu fantástico instituto de niñas de casa bien, haya alguien con conciencia social y me parece que hasta a ti te queda muy mal que critiques a alguien porque quiera defender causas perdidas —le dijo Martin con una sonrisa irónica.

—No es por eso que la critico —replicó Mary un tanto ofendida—. Lo que no voy a tolerarle es que vaya dando lecciones de comportamiento.

—A lo mejor puede hacerlo —volvió a insistir Martin, que disfrutaba con el enfado que estaba generando.

—¡Oh sí! De boquilla todo lo que quieras, pero la niñata esa es la hija de Victor Morton, el socio principal de la firma de abogados más importante de todo el país —gracias a que asesora a las principales empresas nucleares y petrolíferas—, que ocupa el puesto número diez de las firmas internacionales por sus acuerdos con Arabia Saudí, Omán y los Emiratos Árabes Unidos. Así que no es un dechado de comportamiento respetuoso con el medio ambiente.

Martin soltó una franca carcajada. Quizás era la primera vez que Mary articulaba un discurso coherente de más de diez palabras sobre algo distinto a la compra de moda y, pese a que sabía que estaba basado en la envidia, había demostrado tener ciertos conocimientos tanto de economía como de geografía.

—¡Mira! —dijo en ese momento una del grupo—. El director ha llegado. Ahora le va a caer la del pulpo.

Todos miraron hacia la puerta principal y vieron el efecto que producía la aparición de aquel hombre calvo, de media barba y aspecto amenazante, sobre la multitud que se había concentrado en la puerta y cómo se empezaron a dispersar hacia los lados.

Entonces fue cuando Martin la vio. Llevaba un megáfono en la mano. Vestía

una falda estrecha y corta, de color gris, y una camisa blanca entallada que perfilaba unos pechos no demasiado grandes, pero claramente redondos. Atravesada sobre el tórax llevaba una bolsa de la que iba sacando octavillas con la mano libre y las iba repartiendo. Por peinado, una simple coleta cogida en la parte más alta de su cabeza, pese a lo que el pelo rizado y rojizo le llegaba por debajo de los hombros. Los ojos de un verde intenso sostenían una mirada vivaracha y tenaz. La boca perfilada en labios gruesos sonreía desafiante. Las piernas musculadas insinuaban la práctica de algún deporte. Era una criatura simplemente encantadora.

El director empezó a vociferar y la ira impedía que las palabras le surgieran con más coherencia o claridad. La chica parecía escucharlo entre divertida y paciente. El resto de las alumnas miraba la escena y en alguna esquina se empezaron a oír apuestas. Después de una serie de gritos y gesticulaciones, el director calló y la miró de hito en hito.

Martin se acercó un poco más al grupo. Quería oír lo que iba a pasar a continuación.

—Veamos, señor Kensignton. Si no me equivoco, su autoridad se concentra en el interior de ese edificio. Yo estoy en la calle y estoy ejerciendo dos derechos que ni usted ni nadie pueden conculcarme: la libertad de expresión y la defensa de lo que considero mis intereses.

—¡No! —volvió a gritar el director—. Usted no defiende sus intereses, está defendiendo, en todo caso, los de otras personas.

—Se equivoca de nuevo, señor Kensignton. Esas otras personas, por encima de todo, son seres humanos y yo me siendo muy identificada con los de mi especie, sobre todo cuando en ello les van la supervivencia y el derecho a algo tan básico como la comida diaria.

—No sea demagógica, señorita Morton. Nadie está privando a esas personas de su derecho a comer.

—¿Perdone? Usted ha denegado las becas comedor a cinco alumnas que están aquí gracias a unas becas de estudio y que solo tienen una hora de comer mientras que viven a más de diez kilómetros. Premisa A, Premisa B y Conclusión. Es pura lógica, señor director.

—Megan Morton, tiene dos minutos para disolver esta manifestación ilegal o voy a olvidar de quién es usted hija.

—Mire, señor Kensignton, yo creo que a mi padre habría que dejarlo fuera de esto; pero, si usted se empeña en citar lo y olvida de quien soy hija, me

temo que su fantástico gimnasio, sobre cuya promesa se han matriculado unas cuantas alumnas, va a sufrir un serio revés.

Martin vio palidecer al director antes de que este mascullara algunas palabras inteligibles y se dirigiese al interior del instituto mientras el resto de las alumnas congregadas empezaba a abuchear envalentonadas por esa obvia retirada. La muchacha, sin embargo, estaba muy seria. Casi se diría que se había entristecido. Hasta que, al fin, alzó el brazo, conectó el altavoz y gritó:

—¡No! Que esto no os haga olvidar lo más importante. La batalla estará ganada si mañana les demostráis de verdad que no vais a tolerar ninguna injusticia. ¡Recordad! Mañana ninguna de nosotras debe comer en el comedor escolar. Si a las becas no se les puede becar también la comida porque no tienen suficientes beneficios, les vamos a recordar cómo pueden perder todos esos beneficios. ¡Boicot al comedor! ¡Mañana nadie comerá!

En ese momento, el móvil de Martin sonó y para atender la llamada se alejó unos metros. Era su hermano, que le avisó que su madre había vuelto a tener un ataque epiléptico y se la llevaban al hospital. Aquello parecía que no iba a acabar nunca. El cáncer de pulmón le había hecho metástasis en el cerebro hacía ya dos meses y los médicos no parecían encontrar la manera de pararlo, aunque de forma continua la sometían a tratamientos experimentales que los estaban dejando en la más pura indignancia y a ella, agotada de fuerzas, pese a que se aferraba a la vida de manera increíble y parecía estar dispuesta a desafiar a la ciencia y a las estadísticas.

Se despidió de Mary abandonando la idea original de verse con ella por la noche y arrancó la moto con cierto estrépito. En el último momento, volvió a mirar a Megan Morton. Ella también lo estaba mirando y sus miradas se cruzaron permaneciendo unidas unos segundos hasta que ella apartó la vista segundos más tarde y él se colocó el casco.

Ya en el hospital, su hermano James le informó que los médicos habían estabilizado a su madre nada más llegar y que ya estaba relajada y tranquila gracias a unos sedantes. La dejarían una noche atendiendo a su delicado estado de salud, lo que sus hijos agradecieron porque, pese a que se turnaban los cuidados, no era fácil pasar la noche con alguien que necesitaba atención cada pocas horas puesto que requería de fuerte medicación y se la conectaba a un respirador que imposibilitaba que se levantase.

James había llegado en la ambulancia por lo que accedió, a regañadientes, a que Martin lo llevase en la moto. Los dos hermanos eran muy diferentes. No

solo era que se llevaban doce años y eran de padres distintos, sino que el carácter de James denotaba siempre una excesiva prudencia, precaución y resistencia a cualquier cambio. Según Martin, era, además, tradicional y aburrido. Mientras que la opinión que James, como hermano mayor, tenía de Martin era que, como poco, había que educarlo de nuevo y hacerlo madurar, y eso si no pensaba en más de una ocasión que era una bala perdida sin solución.

James había estado casado tres años, pero su mujer lo había abandonado por otro tipo y, desde entonces, vivía de nuevo con Martin y su madre; aunque el carácter se le había agriado un poco más, lo que hacía que las ya difíciles relaciones entre los hermanos hubieran empeorado de forma considerable. No ayudaba nada la carga que debían asumir ambos con su madre, aunque procuraban disimular delante de ella manteniendo las formas.

Cenaron en la cocina casi en silencio y después se dirigió cada uno a su habitación. Martin se tumbó en la cama y al cerrar los ojos se le apareció la imagen de la chica del instituto.

—Megan Morton —susurró, pese a que de inmediato se sintió ridículo por haberlo hecho.

Lo había impactado, sí, pero no sabía con exactitud por qué. Desde luego, tenía un buen cuerpo y una cara muy interesante, que más que guapa se hacía tremendamente deseable, sobre todo por aquellos labios carnosos. A lo mejor le había hecho gracia que esa figura tan pequeña fuese capaz de encandilar y mantener a su alrededor a tantas personas. Capacidad de liderazgo, quizás. Y por eso él también se había visto atrapado, pese a que era casi una niña. Según Mary, estaba en noveno, así que tendría unos catorce o quince años, aunque habiéndola visto allí, mientras desafiaba al director del instituto, podía parecer alguien mucho más mayor. En cualquier caso, era una cría en la que, a sus veinte años, no debía fijarse. Sin embargo, no podía quitársela de la cabeza.

Recordó la descripción que Mary le había hecho de su familia. A él no le había parecido la típica niña mal criada, pero en realidad la había visto solo unos minutos. Ese fue el detonante que lo hizo tomar una decisión. Iría al día siguiente a comprobar si había conseguido convencer a sus compañeros y había evitado que fueran al comedor. Sería interesante verla gestionar ese pequeño fracaso puesto que —Martin estaba convencido— las alumnas del prestigioso instituto Winsor no iban a renunciar a la comida, ni iban a desafiar

a la autoridad por algo tan lejano como unas becas.

Durmió de manera plácida hasta que sonó el despertador y se dirigió a la escuela técnica pública donde se había matriculado aquel año –después de haber estado otros cuatro sin estudiar– con el objetivo de obtener algún certificado que le permitiese trabajar en el ramo informático, que tanto lo apasionaba.

Él nunca se había caracterizado por ser un buen estudiante y no porque le faltaran capacidades, sino porque le fallaba la actitud, y de eso era muy consciente. No soportaba la disciplina de una clase ni el soporífero discurso de profesores escasamente motivados. Sus años en el instituto habían acumulado más expulsiones y expedientes disciplinarios en general que aprobados. Así que, cuando finalizó la etapa obligatoria, se lanzó a buscar trabajo esperando que aquello lo liberara. Sin embargo, la falta de contactos y un nivel insuficiente lo abocó a trabajar en categorías no solo de rango inferior, sino mal pagadas, y a dar más tumbos y cambiar más veces de empresa de la que hubiera sido aconsejable. No había ninguna oportunidad para un jovencito que no respetaba la jerarquía y que parecía incapaz de respetar una jornada de trabajo.

Cuatro años más tarde, cuando la enfermedad de su madre se desveló como carísima de curar, Martin se dio cuenta de que debía encontrar un trabajo, sí, pero también formarse en algo que le permitiese ascender de categoría. Su hermano James sí había estudiado una ingeniería y estaba bien colocado en una empresa de logística; pero no lo iba a ayudar porque una vez ya lo había recomendado y, con toda probabilidad, había sido el puesto de trabajo en el que Martin había durado menos: dos horas.

Así que decidió volver a intentarlo y se matriculó en la Escuela Vocacional para iniciarse en los conocimientos más académicos de lo que era su pasión: la informática. Llevaba solo un semestre y lo cierto era que había obtenido unas calificaciones muy altas en todas las asignaturas técnicas. Lamentablemente, también había otras materias mucho más formales, como Matemáticas o Literatura, con las que tenía más problemas. Sin embargo, al final, había conseguido aprobarlo todo y estaba en el segundo semestre.

A la hora del almuerzo ya estaba subido en su BMW y en pocos minutos había llegado al instituto Winsor. A distancia pudo observar que Megan Morton había triunfado.

Un gran número de chicas jovencitas estaba en la puerta con evidentes signos

de nerviosismo, lo que le recordó las escenas de cuando los niños esperan ante la puerta del autobús que los ha de llevar de campamento. Eran de todas las edades y Martin pudo reconocer también a Mary con todas sus amigas del último curso en una posición un tanto más tensa y alejada. La saludó de lejos y se quedó apoyado en su moto con los brazos cruzados. Mary se acercó moviendo las caderas de manera un tanto exagerada.

—¿Has venido a verme? —le dijo sonriendo.

—Tal vez —contestó él con ambigüedad y añadió mientras señalaba al grupo formado en la puerta, como si no supiera nada—. ¿Os han dejado salir antes?

—Más o menos —dijo Mary—, si me das unos minutos, tal vez sí que pueda irme.

Martin asintió con la cabeza y Mary se dirigió de nuevo hacia el grupo de amigas. De pronto, las puertas del instituto se abrieron y del interior surgió Megan Morton con la expresión más arrebatadora que Martin hubiera visto en la vida. Los ojos le brillaban, la cara estaba sonrosada y la boca sonriente. Vestía el equipo deportivo, que consistía en una camiseta de tirantes blanca, con estampados rojos, y unos pantalones cortos de color rojo, con un calzado deportivo blanco. El pelo lo llevaba suelto y la ondulación de sus rizos caía sobre sobre su espalda como si fuera una capa protectora.

A su lado iban el director del instituto, que el día anterior la había gritado, con una expresión críptica y otro hombre, mucho más joven, de unos treinta años, que por su vestimenta debía ser el profesor de Educación Física y que, según pensó Martin, era muy consciente de su gran atractivo físico.

—¡Queridas alumnas! —Fue el director quien inició el discurso—. La escuela ha decidido continuar prestando asistencia a las cinco alumnas becadas de nuestra comunidad en lo que se refiere a la ayuda de comedor, al comprobar no solo que sus calificaciones están siendo de lo más convenientes, sino la circunstancia sobrevenida de la anulación de la línea 3 del autobús, lo que impide la posibilidad material de que puedan acudir a sus domicilios. Esta circunstancia nueva es la que ha provocado este cambio de criterio o, más bien, el retomar lo que esta escuela ha venido haciendo desde siempre, que no es otra cosa que...

Los gritos, aplausos y algún que otro abucheo apagaron el resto de la intervención del director. Megan seguía como extasiada y estaba siendo felicitada por cada vez más compañeras, que la abrazaban, le sonreían y la

besaban.

El director optó por callarse al comprobar que era absurdo seguir hablando porque ya nadie lo escuchaba y, casi como huyendo, se dirigió hacia la puerta de entrada, pero en el último momento vaciló y se detuvo a esperar al otro profesor. Este había estado mirando a Megan con excesiva insistencia hasta que, alargando el brazo, la cogió por el codo, la hizo girarse y se acercó a su oreja para hacerse oír entre el cada vez mayor jolgorio que se había apoderado de todas las alumnas. Lo que le dijera a Megan la hizo sonreír. Martin pensó con acritud que el profesor parecía estar echándole los tejos y se sorprendió a sí mismo sintiéndose molesto, aunque en seguida lo atribuyó a que era francamente patético ver a un hombre babear por una jovencita a la que le doblaba la edad.

El profesor de Educación Física también acabó abandonando el atrio del instituto y aquel pareció ser el detonante para que todos los gritos y aplausos se incrementaran. Ahora eran ya incluso las alumnas más mayores, las del grupo de Mary, las que se acercaban a saludar a la pequeña vencedora.

Megan se sentía pletórica. La discusión en el interior del instituto había sido larga y tensa. El director había intentado amedrentarla en diversas ocasiones y no había dudado incluso en alzar la voz de manera evidente. Pero tenía que agradecer la aparición de Peter Cuning, el profesor de Educación Física, que alertado por las voces se había presentado y había conseguido pacificar al energúmeno de director.

En el despacho Megan había llegado a entender qué era lo que de verdad le había molestado al director de manera tan evidente. La empresa que tenía la concesión del restaurante del instituto lo había llamado y le había impuesto la solución inmediata al conflicto para evitar el boicot que se estaba haciendo sobre sus intereses. Al parecer, el tema se había filtrado por las redes sociales y el vídeo de veinte segundos que ella había grabado como protesta contra el trato discriminatorio hacia los becarios se había hecho viral. Así que el Winsor High School no había sido el único instituto que había padecido aquel día la desaparición de todos los alumnos de los comedores escolares y la empresa más afectada era, justamente, la Food School Enterprises, al tener la concesión no solo del Winsor, sino del setenta por ciento de los institutos de Massachusets.

Había sido un golpe de suerte, pero también la consecuencia de sus actos y, aunque sin duda se sentía feliz, sabía que aquello iba a tener, con toda

seguridad, consecuencias en su casa. Su padre se iba a enterar. Las redes sociales eran algo que él vigilaba de manera constante porque, según él, los mayores delitos contra el honor, en los que su firma era especialista, se cometían sobre todo en aquel espacio. Le extrañaba, en realidad, que la Food School Enterprises no lo hubiera llamado ya para garantizar y asegurar el fin del boicot por todas las vías posibles.

Pero eso era algo a lo que se enfrentaría a la noche, cuando llegase a casa. Ahora quería disfrutar de aquel momento y sentirse feliz y satisfecha sabiendo que luchar contra una injusticia tenía su recompensa. Le había puesto un mensaje de texto a Herder para que lo hiciese llegar a las demás chicas. Por fin podrían seguir estudiando allí sin ningún tipo de problema. Las había mantenido al margen de todo aquello porque le había parecido vil provocar que todas las miradas recayeran en ellas. Debía ser horrible sentirse siempre diferente, estar en un ambiente donde la capacidad económica parecía ser lo único importante y saber que eso era justo lo que no tenías. A nadie le importaba que fueran de las mejores alumnas. Ellas nunca podían invitar a nadie a pasar un fin de semana en su casa de campo, ni celebrar una fiesta con los chicos más ricos del condado. Ellas tenían siempre que soportar miradas de desprecio o de pena, jamás las de un igual. Y, sin embargo, ahí estaban, sonrientes, trabajadoras, respetuosas... Megan les dijo una vez que en el fondo las envidiaba porque ansiaba su coraje y su determinación, y porque, pese a todo, no la odiaban a ella ni a las que eran como ella por lo que representaban.

Seguía recibiendo felicitaciones, palmaditas en el hombro y los abrazos; pero vio cómo poco a poco aquella espontánea manifestación empezaba a disolverse, lo cual agradeció porque, de pronto, notó todo el cansancio de la tensión acumulada de los últimos días.

Su amiga Rita se acercó a ella y, mientras la miraba, sintió cierta incomodidad, como si estuviera siendo observada. Buscó a su alrededor y lo vio. Era el mismo chico del día anterior. La miraba de hito en hito con una postura entre retadora y curiosa. Apoyado en la moto, vestido totalmente de negro y luciendo unos brazos musculados y bronceados, era la viva imagen del chico descastado y marginado. No encajaba en absoluto en aquel barrio, ni entendía por qué la miraba con esa intensidad.

—¡Hey! —le dijo entonces Rita, que había llegado a su altura—. ¿Qué te ha dicho el profesor Cuning, pillina?

—Nada, malpensada.

—Por favor, no me hagas esto, mi imaginación adolescente y calenturienta lo va a suponer todo... todo.

—Serás... No me ha dicho nada, de verdad, solo me ha hecho una broma.

—Explícamela, por favor.

—Lo vas a sacar de contexto, te conozco.

—¡Dios! Si me dices eso, todavía soy capaz de imaginar más cosas.

—¡Qué pesada eres, por favor! Está bien. Me ha dicho que la próxima vez que decida hacer una revolución le avise antes, a ver si tiene suerte y puede captar en foto la segunda versión de *La Libertad guiando al pueblo*.

Como había imaginado, su amiga la miró con los ojos muy abiertos sin esconder un ápice por dónde iban todos sus pensamientos.

—¡Está ligado contigo!

—¿Qué dices, perturbada?

—¡Es genial! ¡Con el tío más bueno de todo el instituto!

—No te fastidia. En un instituto femenino y, con la media de edad de los profesores en cincuenta años, no es muy difícil ser el tipo más guapo. Pero deja ya de elucubrar. Me ha hecho una broma. Una simple broma.

—Megan, definitivamente eres tonta.

Megan se echó a reír y al hacerlo, sin apenas darse cuenta, desvió la mirada de su amiga y volvió a verlo a él. Seguía mirándola con la misma insistencia, tanta que la perturbó sin lugar a dudas y, sin entender por qué lo hacía, tomó a su amiga de los hombros y, como si de un baile se tratase, la hizo moverse ciento ochenta grados al tiempo que ella lo hacía. Así quedó ella de espaldas mientras que su amiga podía verlo.

—¿Qué haces? —preguntó Rita.

—Rita, por favor. Necesito que hagas una cosa por mí.

—¡Claro! Pero ¿qué te ocurre?

—Vas a tener que disimular. Te diga lo que te diga no quites la vista de mí. ¿Me has entendido?

—Chica, me estás asustando. Dime ¿qué ocurre?

—Prométeme que no vas a girarte.

—Prometido.

—Hay un chico... ¡Eh! Te he dicho que no apartes tu vista de mí. Hay un chico en la acera de enfrente y tú, con disimulo, vas a comprobar si sigue mirando hacia aquí. Pero disimula, por favor.

Rita sonrió comprensiva. Entonces la abrazó como habían hecho la mayoría

de las compañeras en los últimos minutos y eso le permitió mirar como si lo hiciera hacia el infinito. Cuando deshizo el abrazo mantuvo las manos sobre los hombros de Megan y fijado la vista en sus ojos le dijo:

—Sí. Sigue mirando. Más bien yo diría que sigue atravesándote con la mirada. Pero, Megan, escúchame bien, ese chico no te conviene.

—¿Lo conoces?

—Lo suficiente para saber que debes alejarte de él.

—¿Quién es?

—Si te lo digo, ¿te alejarás?

—Rita, tengo bastante con mi padre, por favor. Dime ¿quién es?

—Es Martin Grisham. Tiene veinte años y dicen que se ha tirado a medio Boston. Es un chico de los barrios bajos al que, sin embargo, le gusta cepillarse a chicas de clase alta. Su último *affaire* ha sido con Mary Trump, la delegada de decimosegundo. Una perla de mucho cuidado que, por cierto, ahora mismo se está dirigiendo hacia él como cualquier gata en celo. Así que es prohibitivo por partida doble. Porque él es un sinvergüenza y porque Mary es una arpía celosa.

Megan asintió pensativa. Tampoco era que tuviera ninguna intención, pero era verdad que la había perturbado un tanto. De manera súbita, se sintió ridícula. ¿Por qué aquel tipo tenía que provocarle aquel nerviosismo? ¿Por qué incluso la había hecho avergonzarse y sentirse intimidada? Ella no era cobarde y, sobre todo, no iba a ser como la típica niña de clase bien a la que se podía ligar con solo mirarla de manera insistente.

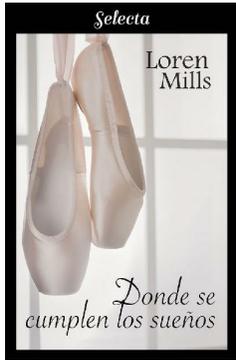
Decidió, por tanto, plantarle cara. Se giró con lentitud. Respiró hondo para serenarse e impedir que se sonrojase, lo que le pasaba demasiado a menudo, y cuando creyó estar lista levantó la vista y lo miró a los ojos con el firme propósito de mantener el reto hasta que fuese él quien la retirase.

Se dio cuenta de que él advirtió el reto porque sus ojos se hicieron más grandes y su boca se curvó en una ligera sonrisa. Sin embargo, segundos más tarde aquello era imposible sin provocar un escándalo, puesto que Mary Trump, en efecto, había llegado a su altura y parecía estar hablándole. No tardaría mucho en tener que desviar la vista hacia su amiga o delatar su interés por ella. Optó por Mary Trump y Megan volvió a sentir con satisfacción que había ganado la segunda batalla del día.

Martin le dio un casco a Mary para que se lo pusiera como ella le había pedido. Estaba claro que aquella noche su abstinencia se rompería. Sin

embargo, no se sentía demasiado feliz por ello. Subió a la moto y dejó que Mary también lo hiciera y lo abrazara más de lo que era necesario. Antes de darle al acelerador, no pudo evitar girarse otra vez. Y sí, aquella criaturita lo seguía mirando y la expresión de triunfo en su cara era tan clara como para no pensar que él iba a cobrarse la revancha.

Cuando un sueño se desvanece, el destino marcará un nuevo camino...



Jania está a un paso de cumplir su mayor sueño: ser bailarina profesional. Pero el destino le tiene preparado otro camino, uno donde deberá descubrir un nuevo comienzo.

No obstante, no estará sola.

André, un bailarín con sus propios demonios, volverá su mundo del revés.

Junto a él, Jania también conocerá la importancia del amor y la pasión por un mismo sueño.

Y Dominique será el hombre que le enseñe nuevas oportunidades, ilusiones y el reencontrarse con sí misma

Loren Mills es el seudónimo de la autora española de ficción y novela romántica, que nació el 18 de febrero de 1987 en Albacete. Ha sido finalista en el I Certamen Internacional RÆNTROPIA, con el relato *De vuelta al pasado* y seleccionada entre los autores de la antología *152 Rosas*, con el relato *La calidez de sus brazos*. Actualmente compagina sus estudios en formación profesional con la escritura, de la que disfruta en su tiempo libre.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Loren Mills

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-04-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Donde se cumplen los sueños

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Loren Mills

Créditos

Índice

Donde se cumplen los sueños

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Loren Mills

Créditos